

"A vos te falta Malvinas"

Señales de identidad en el relato testimonial de la guerra de Malvinas (1982-2005)

Autor:

Mantiñan, Graciela

Tutor:

Schvartzman, Julio

2015

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Magister de la Universidad de Buenos Aires en Literaturas Española y Latinoamericana.

Posgrado

Maestría de Literaturas Española y Latinoamericana

Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires

TESIS

“A vos te falta Malvinas”

Señales de identidad en el relato testimonial de la guerra de Malvinas (1982- 2005)

Maestranda: Graciela Mantiñan

Director: Dr. Julio Schvartzman

Expediente: 838591/2007

Correo electrónico: avostefaltamalvinas@gmail.com

Esta tesis fue defendida el 1ro. de julio de 2015.

Dedicatoria: a la memoria de todos los muertos en la guerra de Malvinas y la de mis padres Carmen y Oscar Mantiñan.

Mi agradecimiento a:

El director de la tesis Julio Schvartzman, el excombatiente Gabriel Sagastume, Vilma Villodres, Guillermo Korn y muchas personas que en diferentes momentos y lugares, contribuyeron a la realización de este trabajo.

ÍNDICE

Introducción

Itinerario de una búsqueda.....	5
La crítica literaria.....	8
Otras ideas.....	11
El encuadre metodológico.....	15
Algunas observaciones.....	20
Apéndice: En el horario de protección al menor.....	23

Capítulo I

Las modelizaciones del relato testimonial

Leer la guerra desde los prólogos.....	27
I.1. Denuncia y revelaciones.....	28
I.2. Cultura beatnik y rock nacional.....	36
I.3. Nace una generación.....	40
I.4. El relato múltiple.....	43
I.5. Un recuerdo histórico.....	46
Primera síntesis provisoria.....	50

Capítulo II

Las señales de identidad del relato testimonial

Ser chicos, no-saber, no-tener, no-poder.....	53
II.1. Fundacional: <i>Los chicos de la guerra</i> de Kon	
II.1.1. El sujeto de la narración siempre adolescente.....	57
II.1.2. No-saber: lo que la derrota enseñó.....	65
II.1.3. No-tener: linyeras, mendigos, ladrones.....	67
II.1.4. No-poder: donde mueren las palabras.....	68
II.1.5. Un punto de partida insoslayable.....	70
II.2. Daniel Terzano: la visión del testigo-escritor	
II.2.1. Otra forma de construir al narrador adolescente.....	70
II.2.2. No-saber: lo que Malvinas permite revelar.....	73
II.2.3. No-tener: desde el cuerpo y la mirada.....	75
II.2.4. No-poder: en 1985 y doce años después.....	76

II.2.5. ¿Cómo avanza el relato testimonial?.....	77
II.3. <i>Iluminados por el fuego</i> de Esteban y Borri: la funcionalidad de la memoria	
II.3.1. La experiencia adolescente de ayer define hoy a una generación.....	80
II.3.2. No-saber: de la hermanita perdida al infierno.....	91
II.3.3. No-tener: la degradación del cuerpo, la desconfiguración de la imagen.....	92
II.3.4. No-poder: “ <i>en la guerra los que mueren son los otros</i> ”.....	94
II.3.5. Volver quince años después.....	95
II.3.6. Lo que cambia en el relato testimonial.....	97
II.4. <i>Partes de guerra de Speranza y Cittadini</i> : lo espectacular de un episodio único	
II.4.1. Ser chicos sigue siendo definitorio, pero ya no como miembros de una generación.....	98
II.4.2. No-saber: aprender en la Islas.....	108
II.4.3. No-tener: de la carencia a la degradación.....	111
II.4.4. No-poder: el cine como inútil recurso de comparación.....	111
II.4.5. La memoria traumática del relato testimonial.....	112
II.5. Una referencia ineludible: “Nuestro Vietnam” de Daniel Riera.....	114
II.5.1. La imagen de adolescente tantos años después.....	116
II.5.2. Ellos tampoco sabían ni tenían.....	117
II.5.3. La vigencia del no-poder.....	117
II.5.4. Asfixiados por la memoria.....	118
II.6. <i>Crónicas de un soldado</i> de Fabián Bustos: un giro del relato testimonial	
II.6.1. Un adolescente distinto por historia y vocación.....	119
II.6.2. No-saber: lo que se supo después.....	127
II.6.3. La comida como cifra del no-tener.....	130
II.6.4. No-poder: “simplemente todo se vino abajo”.....	132
II.6.5. Siguen llegando cartas de Malvinas.....	133
Segunda síntesis provisoria.....	134
Apéndice: Testimonios <i>argies</i> en el relato inglés.....	139

Capítulo III

El relato testimonial y las ficciones inspiradas
en el escenario bélico de Malvinas

¿Acaso dialogan?.....	145
III.1. La guerra se libra en novelas y cuentos.....	148
III.2. La literatura del después de la guerra.....	161

Tercera síntesis provisoria.....	177
Apéndice: La nueva narrativa y el relato testimonial.....	179

Capítulo IV

El relato testimonial y la narrativa expedicionaria
del desierto

Cuando la pampa se hace Islas.....	182
IV.1. Los Otros: ¿los mismos?.....	187
IV.2. Ese otro desierto.....	192
IV.3. La construcción del héroe.....	196
IV.4. Insoslayables.....	197
Cuarta síntesis provisoria.....	199
Apéndice: Sustanciales diferencias.....	201

Capítulo V

Conclusiones

Más preguntas que respuestas.....	204
-----------------------------------	-----

Bibliografía.....	216
--------------------------	------------

Películas mencionadas.....	227
-----------------------------------	------------

INTRODUCCIÓN

Itinerario de una búsqueda

“A vos te falta Malvinas”, la frase que da título a esta tesis, era usada por los conscriptos que combatían en la guerra de Malvinas para afirmarse y diferenciarse; primero en las Islas, frente a los soldados recién llegados; y al volver, tras la rendición, ante aquellos camaradas que habían permanecido en el continente. La frase, en su momento un giro juvenil y jactancioso, convierte a Malvinas en una metonimia de la guerra y, a partir del registro de la carencia de los otros, señala el valor diferencial asignado a esa experiencia que luego, como testimoniantes, nutrirá su forma de narrar la contienda de 1982.

“A vos te falta Malvinas” parecía un indicio de esas vivencias únicas que sus testimonios evocaban, ya que reconstruía quiénes eran y qué les había pasado en las Islas, y forjaba en el territorio de las palabras, con todas las mediaciones que supone el género testimonial, sus propias señales de identidad ante una situación extraordinaria.

Considerando que estos testimonios podían funcionar como una forma de representación de la guerra y parte integrante de la narrativa inspirada en ella, nos concentramos en el período 1982-2005, y en una serie de textos que evocan la experiencia bélica de exconscriptos, la mayoría de ellos enrolados en el Ejército.¹

Dentro de la especificidad del escenario que definía la guerra, el hecho de haber prestado servicios en las Islas probablemente marcaría ciertos rasgos comunes en el siempre diferente territorio de la evocación personal.

Algunos de estos textos recopilaban diferentes testimonios, otros eran obras individuales, y sus registros narrativos, según nuestra hipótesis, no se limitaban a “la versión del lamento” o a la apología de “la causa justa”, como los había caracterizado la crítica literaria.

Su publicación, que comenzó en 1982 con *Los chicos de la guerra* de Daniel Kon, se prolongó durante años, en los que paralelamente cambió la visión social de la contienda y se consolidó un campo de reflexión muy amplio sobre el funcionamiento del género testimonial en la Argentina luego del advenimiento de la democracia, dos hechos que hoy resultan insoslayables para su análisis.

¹ De los 10.000 integrantes del Ejército Argentino destacados en las Islas, entre el 60 y el 70% eran conscriptos, una proporción muy superior a los 2000 de la Armada y a los 400 de la Fuerza Aérea. El 20% de los conscriptos del Ejército era clase 1963 (recientemente incorporada); el resto pertenecía básicamente a las clases 1962 y anteriores, y habían sido reincorporados (Lorenz 2006, 88).

La investigación se concentró en cinco de estas obras: la citada de Kon; *5000 adioses a Puerto Argentino*, de Daniel Terzano (1985); *Illuminados por el fuego*, de Edgardo Esteban y Gustavo Borri (1993); *Partes de guerra*, de Graciela Speranza y Fernando Cittadini (1997); *Crónicas de un soldado*, de Fabián Bustos (2005); y las crónicas de “Nuestro Vietnam”, que Daniel Riera publicó en 2000 en la revista *Rolling Stone*, por considerarlas importantes para examinar la evolución de los testimonios elegidos.²

Estas obras construían un itinerario posible de la narrativa testimonial, ceñido a un período determinado, que de ninguna manera agotaba los discursos de los conscriptos excombatientes emitidos en esa época.³ Su elección excluía además la llamada “literatura apologética”, un sector significativo del relato testimonial, escrito por quienes, aun señalando errores organizativos del Ejército, adherían a las razones invocadas por la Junta Militar para concretar el desembarco en las Islas.⁴

¿Por qué fijar un período determinado? La lectura de muy distintos historiadores nos hizo pensar que Malvinas –y por extensión la guerra, que fue su más dramático capítulo– constituye una problemática compleja, permanentemente reformulada por los avatares del conflictivo vínculo que los argentinos tenemos con las Islas.

El período 1982-2005 permitía abordar las distintas lecturas sociales de la contienda y la literatura que ella había inspirado con un significativo apoyo crítico, conscientes de que estábamos utilizando un criterio instrumental susceptible de ser cuestionado o modificado por la misma evolución del relato testimonial.

¿Por qué estas obras? Escritas a lo largo de veintitrés años, ellas tenían más diferencias que similitudes. Si bien sus prólogos evidenciaban el propósito de singularizar su contenido, ofreciéndolo como una forma de “leer la guerra”, algunas incluían relatos colectivos que, desde lo referencial, prometían desnudar la verdadera historia de lo sucedido en Malvinas (*Los chicos de la guerra*), o cuestionaban el relato

²A partir de ahora citaremos las siguientes obras por las ediciones utilizadas: Kon (1983), Esteban y Borri (2007), Speranza y Cittadini (2007), Riera (2011).

³ De hecho, muchos testimonios de conscriptos del Ejército circularon en ámbitos restringidos, o su difusión estuvo limitada a la condición efímera de los diarios y las revistas que los publicaron; otros fueron incluidos en libros de investigación que abordaron el tema de la guerra. La decisión de llamar excombatientes a los testimoniantes se origina en los planteos que desarrolla este trabajo y coincide con la definición de Gabriel Sagastume, que asocia el término veteranos con oficiales o suboficiales pertenecientes a ejércitos profesionales que estuvieron en una guerra: “Los que fuimos como soldados conscriptos, decimos que somos excombatientes” (2008, 16).

⁴ Este trabajo, que no analiza la llamada literatura apologética, usa una definición muy amplia y quizá correcta para los primeros años del período estudiado. Pero debemos advertir que, sin dejar de focalizar en los aspectos militares, esta literatura se modificó con el paso del tiempo incluyendo otras variantes. Un ejemplo central de ese cambio es la dura crítica a la decisión de desembarcar en las Islas, formulada por el general Martín Balza, que combatió en Malvinas. En *Malvinas. Gesta e incompetencia* (2003).

único narrando un determinado y atípico episodio de esa contienda (*Partes de guerra*). Pero también estaba la memoria individual que articulaba el discurso impresionista de *5000 adioses a Puerto Argentino*, la emblemización propuesta por *Iluminados por el fuego*, o la visión nada convencional de *Crónicas de un soldado*.⁵

Esta diversidad narrativa era un terreno apto para la indagación, pero –esta fue una elección de la tesis– funcionó además como un límite, ya que implicaba concentrarse única y exclusivamente en esa condición narrativa del género testimonial y abordarla a partir de algunas ideas centrales.

La primera fue proporcionada por el historiador Federico Lorenz, un especialista en la guerra de Malvinas, para quien la aproximación crítica a la contienda no debería diferenciarse de la realizada al abordar las trágicas consecuencias del proceso militar de 1976 (2009, 31).

En los textos de quienes habían trabajado en el campo de la memoria de la última dictadura militar, hallamos otras definiciones significativas como, por ejemplo, la de Rosario Noffal:

Al momento de pensar en términos de un trayecto crítico, el género testimonial se presenta como un modo discursivo para inscribir memorias traumáticas. Con una retórica propia, la figura del testigo se instala en el centro de la escena literaria. (2009, 149)

Esta noción de “escena literaria” para abordar los testimonios parecía tan valiosa como la definición de memoria de Hugo Vezzetti, quien la considera una construcción retroactiva en la que carece de sentido “la búsqueda de un criterio de verdad sometido a la evidencia de los hechos” (2003, 46).

Siguiendo estos conceptos, que instalaban el trabajo en el territorio narrativo, y muy lejos de buscar “el fiel reflejo” de lo sucedido en las Islas en 1982, elaboramos nuestras hipótesis de trabajo:

1. Las obras elegidas del corpus testimonial, que fueron producidas durante el período 1982-2005, son representativas de distintas visiones sociales de la contienda, lo cual se evidencia en la modelización de lectura que proponen sus prólogos.

⁵ *Partes de guerra* de Speranza y Cittadini narra los sucesos vividos por soldados que prestaron servicios en Goose Green y Darwin; *Crónicas de un soldado* de Fabián Bustos relata la experiencia de un conscripto en el servicio postal de las Islas durante la guerra.

2. Los motivos centrales que organizan la evocación de los testimoniantes a lo largo del tiempo elaboran auténticas señales de identidad de los sujetos de la narración, es decir, construcciones discursivas que transforman su ser adolescente y su no-saber, no-poder, no-tener en claves de subjetividad que cifran sus visiones personales de la guerra.
3. Entre los libros de testimonios y las ficciones literarias inspiradas en el escenario bélico, existen relaciones notorias cuyo examen abordamos desde la narrativa, sin detenernos a indagar posibles y mutuas influencias.
4. Es posible rastrear en los testimonios la impronta de la narrativa expedicionaria del desierto del siglo XIX. También aquí renunciamos a buscar vías de transmisión, concentrándonos exclusivamente en el campo discursivo.

Cada una de esta hipótesis, desarrollada en los siguientes capítulos de este trabajo, fue formulada dialogando con un corpus crítico muy diverso, pero que mayoritariamente compartía el hecho de no abordar centralmente el relato testimonial.

La crítica literaria

Solo algunas de las obras de relatos testimoniales fueron citadas en artículos críticos dedicados a las ficciones inspiradas en la contienda. Sin estudiar sus registros narrativos, estos artículos hacían observaciones que revelaban una fuerte marca de pensamiento crítico posmoderno y una tendencia a definir esas obras con categorías muy rígidas.

Estas características ya aparecen en “Trashumantes de neblina, no las hemos de encontrar”, el artículo que Martín Kohan, Oscar Blanco y Adriana Imperatore publicaron en 1994 y que remite frecuentemente al concepto de deconstrucción de Derrida. Los autores sostienen que los relatos de “los chicos de la guerra” serían una versión antagónica pero no demasiado diferente de la triunfalista, que no cuestiona la legitimidad de la “gesta” y donde conviven la crítica al descalabro de la organización militar argentina con el entusiasmo generado por una posición antiimperialista. En ese sentido, el relato testimonial pertenecería a la versión del “lamento” por lo sucedido, un hecho que se evidenciaría en que comienza por llamar “chicos” a los excombatientes, posicionándolos más como víctimas de sus propios oficiales que de los ingleses.⁶

Este tipo de generalización impedía advertir, por ejemplo, las contradicciones que surgen cuando, en *Los chicos de la guerra*, el entrevistador insiste en asignarle

⁶ Según los autores, la “versión del lamento” desarrollada en los libros testimoniales participa de la lógica del Gran Relato Argentino, en tanto las ficciones literarias solo lo desarman sin postular nada que lo reemplace.

condición heroica a un excombatiente. Rechazando lo que llama la “etiqueta de héroe”, el joven observa: “Me parece que no hace falta matar a un inglés para hacer patria”, aludiendo irónicamente a una execrable consigna de grupos nacionalistas (Kon, 64).⁷ Esta cita ilustra cómo aun en lo intersticial de la narrativa testimonial aparecen ciertos rasgos de afirmación identitaria que niegan la visión convencional de heroísmo propuesta por el sujeto textual.

Martín Kohan vuelve al tema en “El fin de una épica”, un artículo publicado en 1999 en el que, incluyendo referencias a otros relatos como *Las Islas* de Carlos Gamerro (1998), sostiene que *Los pichiciegos* de Fogwill es una novela fundante de la visión de la guerra como una farsa. Considera, además, que *Partes de guerra* de Speranza y Cittadini representa una superación de *Los chicos de la guerra* que, ya transformados en hombres, brindan su testimonio sin la mediación de las preguntas que formulaba Kon en su libro. Sin embargo, según Kohan, no modifica los tópicos del relato testimonial que plasman los mismos fundamentos ideológicos de la “causa justa”, evidenciados, por ejemplo, en el deseo de retornar a las Islas que manifiestan los excombatientes.

En este caso, la convicción de Kohan de que en el relato testimonial la guerra solo se cuenta como drama dejaba afuera rasgos significativos de su narrativa. Algunos testimoniantes de *Partes de guerra* formulan relatos casi costumbristas al referirse a la sociedad kelper, que perciben dividida según privilegios de nacionalidad y organizada alrededor de una falsa convivencia que es abruptamente interrumpida por la guerra. Y cuando estos testimoniantes deben configurar al kelper como un Otro –un rasgo central de su constitución identitaria–, la sorpresa y la humillación organizan registros narrativos muy diferentes que, desde el humor, orillan el grotesco (Speranza y Cittadini, 33-48).

En 2008, María Elena Molina publica “La guerra de Malvinas: la literatura argentina y el desafío de la autocrítica”, un artículo donde examina la narrativa inspirada en la contienda, atendiendo especialmente a la forma en que deconstruye la imagen del héroe. Según Molina, los megatextos integrados por la versión triunfalista y la versión del lamento articulan ese relato binario de la contienda aún vigente en el imaginario colectivo. Específicamente, al megatexto del lamento pertenecerían los testimonios de los excombatientes y la versión filmica de *Los chicos de la guerra*, de Kamin (1984),

⁷ “Haga patria, mate a un judío” fue el lema de la Liga Patriótica, fundada en 1919 y dirigida por Manuel Carlés, que perpetró crueles ataques a inmigrantes. Según algunos estudiosos, el lema homologaba rusos y judíos, una visión usual en esa época.

que concreta esa mitificación del héroe, también presente en la versión oficial sobre el enemigo inglés y los kelpers.

Sin embargo, el relato testimonial ofrece fragmentos en los que la idea del enemigo inglés se distancia de lo bélico para convertirse casi en el referente del cambio de una identidad generacional que, por ejemplo, *Iluminados por el fuego* configura utilizando un típico motivo narrativo como es la revelación. Ya prisionero de guerra a bordo del Canberra, un crucero de lujo incautado por los ingleses para transporte de tropas, su protagonista percibe que existe un estilo de vida libre, cómodo, con beneficios que él desconocía hasta ese entonces. De hecho su discurso transforma el escenario, los recursos y las actitudes de los ingleses en un paradigma de lo deseable (Esteban y Borri, 180-182).

Más reciente es *Ficciones de una guerra. La guerra de Malvinas en la literatura y el cine contemporáneos*, la tesis que Julieta Vitullo presentó en 2007 en la Universidad de New Brunswick Rutgers. Amplio y muy documentado, este trabajo se centra en explicar la ausencia e imposibilidad de un relato épico de la guerra, con la consecuente aparición de narrativas acerca de paternidades ausentes e imposibles. Concibe a Malvinas como un espacio originario de esas carencias que se remontarían a los orígenes mismos de la Argentina como nación. De ahí que en su exhaustiva revisión de ficciones y películas inspiradas en la contienda, Vitullo señale el vínculo que une determinados motivos de esos relatos con textos de nuestra tradición literaria, ampliando una forma de lectura que ya había propuesto Julio Schvartzman (1996) para *Los pichiciegos* de Fogwill.

La autora no se detiene en el examen del relato testimonial, al que genéricamente vincula con prerrogativas nacionalistas y reivindicaciones de la causa justa, lo que inhibiría su poder explicativo y de denuncia. Frente a los testimonios y otros discursos, deposita en las ficciones inspiradas en la contienda la posibilidad de desarticular los supuestos hegemónicos y los lugares comunes en torno de la guerra de Malvinas.

Sin embargo, para ilustrar cómo la apelación al territorio irredento se traduce en una retórica del parentesco, cita las cartas que escribe y recibe el protagonista de *Iluminados por el fuego* de Esteban y Borri; o bien inicia su examen de la visión de la guerra como farsa con un epígrafe que reproduce un fragmento del discurso del oficial Gómez Centurión, incluido en *Partes de guerra* de Speranza y Cittadini.⁸

⁸ Ver Esteban y Borri (39) y Speranza y Cittadini (33).

Creemos que al profundizar problemáticas realmente complejas, la tesis de Vitullo permite advertir que aun los que consideran que la narrativa testimonial tiene limitaciones de origen tampoco pueden sustraerse a ciertos capítulos de este relato, cuya capacidad de representación superaría o contradiría los objetivos manifiestos de autores y/o recopiladores.

Revelando el peso de posiciones claras frente al crimen de la guerra de Malvinas, la mayoría de los trabajos críticos coincidía en juzgar positivamente el abordaje de la literatura y criticar los libros testimoniales, que nunca fueron un objeto específico de investigación, pero sí alcanzaron condición instrumental para muy distintas hipótesis.

Recién en 2012 se percibe un cambio: Carlos Gamerro, autor de *Las Islas*, publicó en *Página/12* un artículo⁹ donde examina el tema de la “vuelta” de los excombatientes en obras que integran el corpus textual de nuestro trabajo (*Los chicos de la guerra, Iluminados por el fuego, Partes de guerra*), relacionándolas con una tradición literaria argentina e indagando su vínculo con las distintas formas en que la memoria colectiva forjó la imagen de Malvinas después de la derrota. Más allá de los acuerdos y desacuerdos que marcaremos luego con este artículo, Gamerro, que es además un prestigioso profesor y crítico literario, revaloriza el examen de relato testimonial.

Otras ideas

Frente a esas coincidencias de la crítica literaria, también aparecían planteos diferentes. En su ensayo *Las guerras por Malvinas* (2006), el historiador Federico Lorenz analiza las distintas representaciones sociales de la contienda, desde su comienzo hasta mucho tiempo después de la rendición, y cita diversos libros del relato testimonial, asignando diferentes y significativas funcionalidades a sus discursos: por ejemplo, la constitución de los “chicos” de la guerra y su “victimización”, que hace de los oficiales argentinos enemigos más crueles que los antagonistas británicos (la lectura que propondría *Los chicos de la guerra* de Kon), sería un fenómeno típico del período posterior a la derrota.

Lorenz apela a los testimonios y a las ficciones inspiradas en Malvinas para reconstruir el campo de la memoria de la guerra de 1982 con una lectura muy interesante, que además practica una suerte de deconstrucción de gran parte de ciertos

⁹ “El eterno retorno”, título del artículo, reproduce un ensayo que el autor leyó en el marco del simposio “Narrativas de Malvinas”, organizado por el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Cambridge.

conceptos (heroísmo juvenil, regeneración estatal, desmalvinización), explicando cómo y para qué fueron creados.

Paradójicamente, textos críticos que no incluían el análisis del relato testimonial también brindaron inspiración a nuestro trabajo. Al releer *Los pichiciegos* de Fogwill,¹⁰ Beatriz Sarlo sostiene que saber o no saber qué hace la guerra con los cuerpos es decisivo en el relato bélico. Al comparar *La lista de Schindler* de Spielberg con *Shoah* de Lanzmann, destaca el concepto de materialidad de la representación, que llevaría a este último a plantear la operación de muerte del Holocausto como un problema histórico y como un problema narrativo de su película. Para Sarlo, cuando esa materialidad aparece en ciertos fragmentos de *Los pichiciegos*, “la guerra comienza a ser algo visible para el relato” (1994a, 12).

Esa “visibilidad de la guerra” fue una idea importante para definir una zona central del análisis del relato testimonial forjado por quienes sí saben qué es la guerra. Según nuestra hipótesis, dicha visibilidad está construida por los distintos registros narrativos que configuran sus señales de identidad, ya que la materialidad de la guerra, que por ejemplo estructura los registros narrativos del no-tener de los conscriptos, también imprime ciertos rasgos a sus discursos que rompen cualquier lectura lineal. Así lo evidencia un excombatiente que, en *Partes de guerra*, se evoca cavando un pozo de zorro en la ladera de la montaña: “Piedra, roca, pura piedra, mortal. Arriba era fácil por la turba, pero enseguida venía la piedra... Y yo ahí, meta cavar, con una palita de mierda” (Speranza y Cittadini, 45).

Julio Schvartzman (1996) ofreció otro concepto central al comenzar su lectura de *Los pichiciegos* de Fogwill con una referencia a la picaresca de guerra y citar un remoto “Cielito del blandengue retirado” (c.1821-1823), cuyo sujeto enunciador ya no quiere saber nada ni con la patria ni con la montonera. Esta filiación de la novela de Fogwill como picaresca de guerra, relato de desertores, discurso de la derrota que transforma a la supervivencia en el logro máximo, nos permitió advertir que el relato testimonial de los excombatientes dialogaba con motivos de una tradición literaria que previsiblemente ellos no conocían, pero que se actualiza en sus discursos.

César Clot, citado en *Partes de guerra*, testimonia su tránsito desesperado por el solitario y gélido paisaje de Pradera de Ganso narrando cómo el hambre lo decide a matar un cordero y beber su sangre (Speranza y Cittadini, 117). El no tener comida,

¹⁰ Escrito, según su autor, en 1982 y publicado en 1983. A partir de aquí este trabajo usará la edición de 2008.

hecho central en la suma de carencias con que se definen los testimoniados, construye aquí una imagen en la que se repite el gesto emblemático de beber sangre, que personajes de Lucio V. Mansilla y Jorge Luis Borges realizan en el dramático escenario del desierto del siglo XIX.¹¹

En ese sentido también fue significativa la lectura de “Las ciudades utópicas de la literatura argentina”, un artículo de Marcelo Eckhardt que incorpora los testimonios de dos excombatientes sobre su vida en los pozos de zorro cavados en el suelo malvinense, cuya turba subterránea los transformaba en defensas inútiles y torturantes frente al bombardeo inglés. El autor plantea que esas trincheras y casamatas concretarían el último escenario de esas construcciones utópicas que cree leer, por ejemplo, en *Argirópolis* de Sarmiento, o en *Ema, la cautiva* de César Aira, y cuyo escenario más usual es la insularidad del desierto.

Las ideas de Eckhardt fortalecieron nuestro propósito de relacionar ciertos motivos del relato testimonial –como la reiterada asociación guerra-desierto, la presencia del Otro o el sueño de volver a las Islas– con determinadas tradiciones literarias argentinas.

En “Malvinas: una mancha temática que aún sangra”, un artículo publicado en 2007, Elsa Drucaroff realiza una notable revisión de la literatura inspirada en la contienda, examinando novelas y relatos de Rodolfo Fogwill, Carlos Gamerro, Miguel Vitagliano, Fabián Casas, Ignacio Molina, Carlos Gardini, Juan Forn y Rodrigo Fresan. Allí plantea dos criterios básicos: vincula esas obras con el concepto de manchas temáticas que, según David Viñas, remiten a núcleos traumáticos de nuestra historia que retornan en la literatura organizando series de obras, entrelazando épocas y hablando de combates, deseos y terrores de una sociedad. Pero también señala la guerra de Malvinas como un hecho que varía su función en la obra de escritores que comenzaron a escribir en los 90 y quienes “el 2 de abril vivieron la primera fecha significativa para su vida consciente” (10).¹²

Estas observaciones alumbraron un interrogante: ¿qué núcleos traumáticos revelaba o silenciaba la configuración de identidades en el discurso testimonial, desde la visión de la derrota hasta su forma de percibir la historia y los íconos que la representaban? Los nacidos en 1962 no habían participado de la utopía setentista pero crecieron en los años terribles durante los que se ejecutó su destrucción. Lo significativo en algunos

¹¹Lucio V. Mansilla (1962), *Una excursión a los indios ranqueles*. Jorge Luis Borges (1974), “Historia del guerrero y la cautiva”, *El Aleph*.

¹² En 2011, Drucaroff publicó *Los prisioneros de la torre*, un completo estudio sobre la nueva narrativa argentina, donde amplía el desarrollo de estos conceptos y que este trabajo citará en el capítulo II, al abordar las ficciones inspiradas en el escenario bélico de la guerra de Malvinas.

testimonios es el silencio, el vacío de cualquier referencia concreta a esos hechos, aun en los brindados muchos años después de concluida la contienda. Sin embargo, sus discursos presentan a los ingleses como profesionales poseedores de una moderna tecnología, cobertura institucional y sueldos adecuados, valores que difundirá el neoliberalismo en la década del 90 y que señalarían la configuración narrativa de un cruce epocal.

Drucaroff piensa que la literatura, a diferencia de la sociedad argentina, se hizo cargo de esa pregunta coreada en las manifestaciones de la democracia: “¿Qué pasó con las Malvinas? Esos chicos ya no están” (10),¹³ aunque –como observa la autora– “ellos estén y carguen con la frustración y el fracaso de todos”. Ejemplifica ese “hacerse cargo” de la literatura citando un fragmento de *Los estantes vacíos* de Ignacio Molina (2006), en que el narrador se refiere al discurso de excombatientes vestidos con botas y uniforme militar que venden calendarios en un colectivo, y un personaje de “Apéndices al Bosque Pulenta” de Fabián Casas, que habla del “gordo Noriega que volvió de las islas sin transistores en el bocho” (2005, 95).

Ese no-lugar que la sociedad les deparó a los excombatientes es un dato central de la narrativa testimonial: por ejemplo, en *Partes de guerra*, donde su propio discurso y los de otros excombatientes construyen la condición heroica de Oscar Poltronieri, el soldado más condecorado de la guerra de Malvinas, él confiesa que al regresar debió vender autoadhesivos en trenes suburbanos para sobrevivir (Speranza y Cittadini, 196).

Ya en 1982, el capítulo “Otras historias”, que cierra *Los chicos de la guerra* relatando las historias de los castrados, amputados y alienados internados en el Hospital Militar, había configurado el motivo de destinos contrariados, es decir, las formas en que las secuelas de la guerra modificaron dramáticamente el futuro previsible de los excombatientes (Kon, 218-222).

Las reflexiones de Drucaroff fueron decisivas para integrar al campo de análisis los vínculos que las señales de identidad forjadas por el relato testimonial de la guerra de Malvinas establecerían con algunas de las ficciones literarias inspiradas en el escenario bélico de las Islas, especialmente con aquellas que, como *Los pichiciegos* de Fogwill, comienzan a publicarse poco después de 1982.

¹³ Ya en 1996, Schwartzman había leído esta consigna como “el fragmento de una pieza que intentaba compendiar, en clave antimilitarista, las desdichas de todos esos años. Preguntaba: ‘¿Qué pasó con las Malvinas?’, y en seguida se compadecía: ‘Esos chicos ya no están’” (139). Advirtiendo el pietismo implícito en llamar ‘chicos’ a los soldados, señalaba que convenientemente los hacía desaparecer del escenario, aunque de hecho ellos estuviesen allí testimoniando la vigencia del trauma.

Aunque los testimonios no las citan, es previsible pensar que con el transcurso del tiempo, las ficciones literarias y las películas inspiradas en la contienda hayan pesado en su constitución.¹⁴ De ahí que un objetivo del análisis sea establecer posibles conexiones narrativas, es decir, un diálogo entre dos tipos de relatos que fueron abordados aisladamente.

El encuadre metodológico

Si bien cada capítulo de esta tesis revisita su soporte teórico, creemos necesario hacer una breve referencia a ciertos conceptos centrales. Algunos de ellos lo fueron durante todo el trabajo, otros –quizá representativos de la época en que fueron formulados– solo resultaron funcionales para indagar las distintas visiones sociales de la contienda.

Ilustrativo de la primera categoría es, tal vez, el peso del “síndrome Malvinas” en la opinión pública, tal como lo nota Hugo Vezzetti en *Pasado y presente* (2003), refiriéndose a la exaltación que creó el desembarco en las Islas, la decepción causada por la derrota y la imagen de claudicación que instaló la forma de resolver el levantamiento carapintada de 1987 protagonizado por un militar excombatiente de la guerra de Malvinas (93-95). Los testimonios de los conscriptos registraban las distintas etapas de ese síndrome, cuyo carácter pendular llega hasta nuestros días quizá reducido al campo simbólico, que es donde hoy se dirimen las distintas visiones de la guerra.

Enfocar la imagen de sí mismos que brindan los testimoniados remitió nuevamente a Vezzetti y a su afirmación de que la sociedad argentina sufrió un proceso de infantilización durante la dictadura militar, cuyas características más notorias serían la traslación de responsabilidad y el sometimiento a un orden restrictivo de las libertades individuales a cambio de cierta margen de seguridad. No obstante, era claro que ilustraba un criterio bastante frecuente en su época, y que en realidad el autor ofrecía una descripción del pacto simbólico que el proceso militar ofreció a la sociedad para legitimar sus crímenes. Pero tampoco podía obviarse que los conscriptos testimoniados eran hijos de esa sociedad y que las narraciones que evocaban su experiencia bélica revelaban algunas de las muchas formas en que se habría concretado la represión, comenzando por el rol de la escuela en la condena de la política.¹⁵

¹⁴ En 2012, un exconscripto, que siempre había silenciado su experiencia, incorpora el cine como disparador de su testimonio cuando recuerda que vio con su hijo *Iluminados por el fuego* y se conmovió con las escenas del maltrato por parte de los oficiales que él también había sufrido: “Ahí estallé. Empecé a contarle a Cristian, en medio del cine. Hablaba y lloraba...”. “Malvinas 30 años, 30 historias”, *Clarín*, 16.

Así surgió la posibilidad de indagar otros aspectos de esa “infantilización”, más pregnantes para profundizar la visión de los excombatientes; desde su imagen de pibes –que fue una construcción mediática nacida de una realidad innegable, porque de hecho eran muy chicos– hasta su condición de espectadores de un universo sobre todo televisivo, que en los años 70 proliferó en programas infantiles que los constituían en protagonistas.¹⁶

De consulta más frecuente fue el ya citado *Las guerras por Malvinas*, de Federico Lorenz, que también difiere en ciertos puntos con Vezzetti, y describe “las guerras” que se libraron en el terreno de la interpretación desde el momento mismo del desembarco en las Islas, y que su libro estudia hasta veinte años después de la derrota. Esta información permitió establecer el nexo o la distancia de la narrativa testimonial con el amplio contexto que diseñaron, básicamente, las presiones políticas, la prédica de los medios y el desenvolvimiento de los excombatientes.

Resultaron centrales los aportes de Lorenz sobre la victimización de esos jóvenes, que, en su opinión, se desarrolló paralelamente a la de las víctimas del proceso militar. Entre otros, cabe mencionar la “desmalvinización”, un consejo que en 1983 proporciona el sociólogo francés Alain Rouquié,¹⁷ la remilitarización de la memoria de la guerra que despierta el levantamiento carapintada de 1987, y la cooptación de los núcleos de excombatientes por parte del gobierno de Carlos Menem. Estos procesos resultan hoy insoslayables para leer el relato testimonial forjado por quienes eran los sujetos, o a veces solo los objetos, de una representación social que se iba modificando.

Un ejemplo típico de cómo el cambio de la visión social de la contienda opera sobre la narrativa testimonial sería *Iluminados por el fuego*, que en su primera edición de 1993 define la guerra de 1982 como una marca identitaria generacional y seis años

¹⁵ El proceso de infantilización de la sociedad argentina durante la dictadura, una forma de lectura de lo ocurrido que, entre otros, practica Vezzetti, fue planteado por María Elena Walsh en su artículo “Desventuras en el país-jardín-de los infantes”, publicado el 16 de abril de 1979 y luego recogido con otros artículos en el libro que con ese título publicó Sudamericana en 1993. Walsh, que había tenido un rol central en la elaboración de una propuesta cultural dirigida específicamente a un público infantil desde comienzos de los 60, circunscribe esta imagen a la situación de la sociedad ante la censura de la Junta Militar.

¹⁶ Una característica de la política comunicacional del proceso militar fue promover la labor de determinados animadores infantiles de la época y la realización de películas que plasmaban un imaginario ingenuo, juzgándolo muy apropiado para niños y jóvenes. Ver el apéndice de este capítulo “En el horario de protección al menor”, p. 23.

¹⁷ Cita una entrevista realizada por Osvaldo Soriano a Rouquié en la revista *Humo*® de marzo de 1983, donde este sostiene que “quienes no quieren que las Fuerzas Armadas vuelvan al poder tienen que dedicarse a ‘desmalvinizar’ la vida argentina. Eso es muy importante: desmalvinizar” (Lorenz, 2006, 191). Tres años después, Soriano publicó *A sus plantas rendido un león*, cuya trama narra paródicamente los conflictos de un diplomático argentino en un lejano país africano durante la guerra de Malvinas.

después, cuando Esteban suma a la obra el relato de su retorno a las Islas –un hecho que se transformó casi en un fenómeno mediático–, lo presenta como el cierre de una historia personal.

Desde el campo de la historia, Verónica Tossi brindó un aporte significativo en su artículo “Lo ‘Otro’ de la memoria” (*Dossier Malvinas*), al plantear la condición performativa y disputable de los testimonios de los excombatientes, otorgándoles el estatuto de versiones o interpretaciones constitutivas de conocimiento. Como Lorenz, Tossi señala la especificidad de la guerra como determinante de lo que denomina “agencia de los exconscriptos”, una definición que los preservaría de aquellas asociaciones (“causa justa”, por ejemplo) que limitarían su identidad. Si bien esta idea nutre su negativa a aceptar la oposición memoria-historia, desde el punto de vista narrativo fue muy significativa para analizar qué señales de identidad construye el relato testimonial de la contienda de 1982.

Para el nexo entre testimonio, experiencia y narración, que es importante en el trabajo, seguimos la perspectiva de Beatriz Sarlo en *Tiempo pasado*, donde sostiene que “No hay testimonio sin experiencia, pero tampoco experiencia sin narración” (2007,29). Las obras testimoniales elegidas pertenecen a esa historia de circulación masiva que la autora define como opuesta a la académica, donde ya en los mismos prólogos se observan ciertas operaciones que serían “estrategias con que el presente vuelve funcional el asalto del pasado” (15). Dado que los testimonios concretan lo que Sarlo llama “la autodesignación del sujeto”, el marco teórico incorporó los conceptos desarrollados por Leonor Arfuch en *El espacio biográfico* (2006).

Allí Arfuch marca la diferencia entre el yo del enunciado y el yo de la enunciación, lo cual resulta fundamental en los testimonios forjados años después de la guerra, en relación con la modelización de las conductas y el intento del entrevistador de asumir la representación del destinatario, rasgos que podrían reconocerse en todos los libros de testimonios. Además, advirtiendo que los testimonios de los excombatientes cifraban un capítulo de sus biografías individuales, resultó significativo leer los distintos tipos de representatividad de la biografía citados por Arfuch, especialmente cuando la considera la expresión de una narrativa común de identidad (79).

Otros de sus conceptos fueron también inspiradores en la lectura de las señales de identidad en el relato testimonial de la guerra de Malvinas. En primer lugar, la observación de que Benveniste ya había afirmado el carácter esencialmente narrativo y

hasta testimonial de la identidad; y en segundo, su revalorización de la lectura del cuento popular que hace Greimas, identificando sus motivos más típicos.

En la exploración de las señales de identidad del relato testimonial, que es nuestro propósito central, fue valiosa la idea que Roberto Ferro desarrolla en *La ficción. Un caso de sonambulismo teórico*. El autor sostiene que “La identidad es una construcción que se relata” (1998, 94); deposita en la narratividad de la forma testimonial el representar y hacer visible lo ocurrido, y la define como “una construcción que postula relaciones que no existían en otro lugar, causalidades, interpretaciones” (96). Por otra parte, sus observaciones sobre los procesos de interferencia que operan en los discursos testimoniales y las marcas de transcripción que los atraviesan ampliaron significativamente el capítulo dedicado a examinar los prólogos, epílogos e intervenciones de los compiladores y/o autores, incluyendo aquellos materiales a los que ellos asignan condición testimonial.

Un claro ejemplo de esto último lo brindaría, quince años después de concluida la contienda, *Partes de guerra*, que se presenta ya como uno de sus relatos posibles e incorpora materiales ajenos a los testimonios, como fragmentos de un libro del general Balza o la carta que un joven militar, luego muerto en combate, le envía a su padre.

La decisión de vincular las obras testimoniales elegidas con las ficciones literarias inspiradas en el escenario bélico no tuvo un apoyo teórico en sentido estricto, ya que tradicionalmente la literatura y los testimonios han sido concebidos como campos incompatibles. Por ello, resultó importante leer los trabajos de Lara Segade (2009) y Marcelo Eckhardt (2010) que afirman la existencia de esa relación.

Segade diferencia ficciones de testimonios y plantea –en su ponencia “Usos ficcionales del testimonio: el caso de los chicos de la guerra”– que *Los pichiciegos* de Fogwill y *Los chicos de la guerra* de Kon son obras fundacionales y de referencia en los dos modos de contar la guerra. Señala que, muy tempranamente, estas obras ponían en crisis una división tajante entre ambos grupos de relatos, al mismo tiempo que advierte una vinculación entre ellos y la existencia de un espacio de intersección.

Reflexionando sobre los tres testimonios de veteranos que había grabado y que publicó junto a otros relatos en *El desertor*, Eckhardt sostiene: “para mi sorpresa, resultan equidistantes con la ficción sobre Malvinas. Cualquiera de esos relatos puede insertarse en algunas narraciones sobre la guerra. Realidad y ficción estaban más cerca de lo que pensaba” (15).

A partir del análisis de ese vínculo, también fue muy útil poner en discusión tanto las ideas de María Pía López (2010) sobre la eterna recurrencia temática que plantean los relatos de los excombatientes y que reducirían su capacidad de reflexión sobre la guerra, como las observaciones de Martina López Casanova (2008) sobre la ausencia de la guerra como un lugar y un tiempo determinados en las ficciones literarias. En la recurrencia que señala María Pía López hallamos la mayor justificación para formular las señales de identidad, un paso central de este trabajo, porque descubrimos que si bien todos apelaban a los mismos tópicos (ser adolescentes, no-saber, no-tener, no-poder), nunca lo hacían de la misma manera. Paralelamente, advertimos que el tiempo y el lugar de la guerra que forjaban los testimonios delimitaban territorios que las ficciones iniciales resemantizaban o redireccionaban, pero no modificaban.

La decisión de concentrar el trabajo en esas ficciones demostró cierta endebles cuando se observó que otras –por ejemplo las que se desarrollan en el ámbito urbano– también registraban la pregnancia narrativa de las señales de identidad del relato testimonial. Esta característica crecía en obras escritas muchos años después de la guerra, sobre todo en aquellas que aludían al “después de Malvinas” de los jóvenes conscriptos, o al peso de la guerra en la memoria social.

Finalmente, la forma en que los testimoniados asociaban reiteradamente el paisaje malvinense con la imagen del desierto y su percepción del kelper como el Otro originario de las Islas, nos llevaron a indagar el vínculo posible del relato testimonial con cierto capítulo del relato del desierto, es decir, la narrativa inspirada en la expedición que lideró Julio Argentino Roca en 1879.¹⁸

Aunque Vicente Palermo (2007), al estudiar la formulación de lo que él llama “la causa Malvinas” durante el siglo XX, había homologado algunas de sus características con el rol fundacional que tuvo el desierto en la configuración de la Argentina como nación, el trabajo se concentró exclusivamente en los motivos narrativos que comparten la narrativa expedicionaria y el moderno relato testimonial. Partimos de la idea que Jens Anderman desarrolla en *Mapas de poder* (2000), concibiendo el desierto del siglo XIX como un territorio de la representación, un vacío, una noción ideológica y moral que el letrado usará para forjar los sentidos de la patria.¹⁹ Este sería el origen del “territorialismo”, la reivindicación de esa parte del territorio nacional enajenado –que es

¹⁸ Creemos que esa narrativa expedicionaria, en realidad ya había comenzado en 1870, cuando Lucio V. Mansilla publica *Una excursión a los indios ranqueles*.

¹⁹ Anderman deposita en este “vacío” la representación espacial de la hegemonía incuestionable de los letrados como impulsores del sentido, pero también la noción de la geografía como destino de los pueblos. Al decir del autor: *statum* romántico y *telos* progresista (39).

central en ambas narrativas– y que el historiador Vicente Palermo (2007) reconoce en el tema Malvinas, definiéndolo como uno de los núcleos duros del nacionalismo que moviliza históricamente “la causa Malvinas”.²⁰ Aquí también nacería el “redentorismo” de los pobladores del lugar, fundante en los dos relatos, aunque durante el transcurso de la guerra, al tomar contacto con los kelpers, los testimoniantes del siglo XX suelen concluir cuestionando tanto el territorialismo como el redentorismo.

Cuando Álvaro Fernández Bravo señala en *Literatura y Frontera* (1994) la dificultad de representar el paisaje desde la frontera en el siglo XIX, hace referencia a la incertidumbre de su localización geográfica y simbólica, especialmente en el caso de los viajeros (32). Un siglo después, esa incertidumbre reaparece en el relato de los conscriptos en Malvinas, por ejemplo, desde el registro de su carencia de mapas elementales hasta cierta tendencia a evocar paisajes extranjeros para describir la ajenidad del escenario malvinense.

Fue decisivo leer el trabajo en que Eckhardt postula la presencia de una tradición literaria nacional –las ciudades utópicas– en la configuración del imaginario de las Islas Malvinas. Su planteo no le daba necesariamente solidez a nuestra hipótesis, pero revelaba un sendero posible cuya indagación nos permitió formularla.

Algunas observaciones

La elección de ciertas obras testimoniales pertenecientes a determinado período partió de aceptar la clasificación de los prologuistas, autores y/o compiladores que las presentaban como tales, y que los testigos-protagonistas²¹ no desmentían. Estos libros ilustran las formas en que distintas editoriales en diferentes épocas decidieron presentar versiones de lo sucedido en la guerra del 82; la aceptación social de dos de esas versiones (*Los chicos de la guerra* e *Illuminados por el fuego*) estaría evidenciada por sus numerosas ediciones y el hecho de que derivaron en exitosas producciones filmicas.

5000 adioses a Puerto Argentino, Partes de guerra, Illuminados por el fuego y *Crónicas de un soldado* permiten observar el creciente peso de lo narrativo y de la

²⁰ Analizando los distintos tipos de nacionalismo que confluyen en la transformación de Malvinas en una causa nacional, proceso que se fortalece en la década del 30, Palermo cita como rasgos definitorios de esa configuración ideológica el unanimismo, decadentismo, victimismo, territorialismo y regeneracionismo.

²¹ Este trabajo usa la palabra “testigo” como sinónimo de testimoniante siguiendo la definición de Giorgio Agamben, que diferencia el doble origen en latín de la palabra “testigo”. La que proviene de ‘superstes’ “hace referencia al que ha vivido una determinada realidad, ha pasado hasta el final por un acontecimiento y está, pues, en condiciones de ofrecer testimonio sobre él”. La originada en ‘testis’ significa etimológicamente aquel que se sitúa como tercero en un proceso o un litigio con dos contendientes (2009, 15).

información que durante años se acumuló sobre la guerra, así como también muy disímiles niveles de difusión. Por último: ¿cuánto se habría recordado “Nuestro Vietnam” de Daniel Riera, las crónicas publicadas en 2000 en la revista *Rolling Stone*, si no hubiese pasado a formar parte del libro homónimo, publicado diez años después junto a otros trabajos del periodista?

Creemos que estas obras marcan un itinerario paralelo al construido por las distintas visiones sociales de la contienda: el camino que va desde la denuncia que genera su dolorosa cercanía a su transformación en recuerdo histórico. Son, además, tributarias de los múltiples fenómenos políticos y culturales que generó la guerra del 82. Así como también exploran en términos discursivos los diferentes intentos de la narrativa testimonial: desde el protagonismo asignado a determinado estilo (*5000 adioses a Puerto Argentino*) hasta la misma ruptura de algunas convenciones propias de la prosa testimonial que, a partir de lo autobiográfico, realiza el heterodoxo relato de *Crónicas de un soldado*.

Este trabajo se concentra en un período determinado (1982-2005) por las razones ya explicadas, pero reiteramos que de ninguna manera agota el análisis de los testimonios producidos en estos años. Tampoco agota la exploración de todos los libros de investigación sobre el tema, un territorio muy amplio y en permanente crecimiento.

Solo supera el período elegido al citar obras testimoniales como *Los viajes del Penélope* de Roberto Herrscher (2007), *Los peones de Malvinas* de Roberto García Lerena (2009) y los relatos de la vuelta a las Islas de Gabriel Sagastume (*La lluvia curó las heridas*, 2008, y *El rock de las Malvinas*, 2012). Más allá de que cada uno de estos textos exigiría un tratamiento especial por los testimonios que brindan y la modelización de lectura que proponen,²² tienen una doble funcionalidad para las hipótesis que formula este trabajo. En primer lugar, advertir la permanencia de ciertos rasgos de las señales de identidad del relato testimonial anterior permite formular la hipótesis de que la pregnancia de este tipo de configuración no se limita al marco de una determinada época. En segundo lugar, cuestiona la decisión de concentrar la indagación en los

²² Herrscher construye su testimonio relatando paralelamente su posterior investigación sobre la historia de “Penélope”, la goleta donde prestó servicio durante la guerra. García Lerena enfatiza la condición de peones rurales, “hombres de campo”, de los exconscriptos testimoniados como un diferencial de su actuación durante la guerra. El autor los relaciona con una larga tradición de luchas populares desde la misma emancipación nacional, citando numerosos productos culturales que la recordarian. Creemos que en realidad se queda en lo declaratorio, sin profundizar el examen de ese vínculo, aunque reconocemos que es la primera iniciativa que enlaza el relato testimonial con una tradición cultural argentina. Los testimonios de Sagastume narran su primer regreso a las Islas en 2006 junto a un grupo de camaradas, y dos años después acompañando a “The Draytones”, una banda rockera anglo-argentina.

testimonios de conscriptos del Ejército, ya que por ejemplo Herrscher fue conscripto de la Marina. En realidad, esa especificidad de los testimonios fue algo que debimos modificar previamente, aceptando que la inclusión de jóvenes oficiales del 82 y/o miembros de otras fuerzas era una característica que incorpora el relato testimonial en 1997 cuando se publica *Partes de guerra*.

Las numerosas publicaciones concretadas al cumplirse el trigésimo aniversario de la contienda ampliaron notablemente el territorio de esta indagación y exigirá tiempo analizarlas. Sin embargo, algunas de ellas participaron de este trabajo al aportar datos nuevos que permitieron ampliar el tratamiento de ciertos temas, especialmente cuando incluían información sobre testigos que habían sido citados. En ese caso el criterio fue considerar que esa información prolongaba su narrativa personal sobre la experiencia bélica y, por ende, habilitaba su relectura.

Finalmente, los apéndices que cierran algunos de los capítulos de este trabajo remiten brevemente a temas cuyo desarrollo excedería el espacio disponible e inclusive, en algunos casos, nuestro conocimiento. No obstante, nos gusta pensar que serán útiles a los que en un futuro aborden la evolución del relato testimonial de la guerra de Malvinas.

APÉNDICE

En el horario de protección al menor

Siempre pensamos que determinados productos culturales de la década del 70 marcaban una intersección rara entre el mundo adulto y el infantil. ¿Acaso Joaquín Lavado (Quino) no había construido con Mafalda y sus amiguitos una alegoría de los sectores medios de la sociedad argentina al finalizar los 60? ¿No fueron las canciones de María Elena Walsh, dirigidas específicamente a los niños, un producto admirado y compartido por los adultos de esa época? Ese monito de historieta que es el Clemente de Caloi, nacido en la contratapa de *Clarín*, leída por adultos, jóvenes y niños, se transformó en un producto televisivo exitoso durante el tétrico Mundial de Fútbol 78, planteando una versión diferente del evento, que superó el mensaje convencional del proceso militar cuyos emblemas eran un gauchito *for export* y una canción oficial que prometía que veinticinco millones de argentinos ganaríamos el Mundial.

Imágenes infantiles cifrando el mundo de los adultos –¿una forma *sui generis* de protagonismo infantil?– fue un fenómeno que coexistió con la transformación de los niños en un público objetivo del mercado televisivo de esa década, que promovió muchos programas que los tuvieron como destinatarios.

La narrativa inspirada en la guerra de Malvinas revela la perduración de esos programas, así como también de los humorísticos, en el imaginario de los protagonistas. De este modo se confirmaría la tesis de Pablo Sirvén (1988) de que los niños habitualmente son consumidores de ambos tipos de programas.

Los pichiciegos de Fogwill evocan al Chavo (de la serie mexicana *El chavo del ocho*) y Pipo Pescador (un animador de programas infantiles), los testimoniantes citados por Julieta Vitullo recuerdan a *Los tres chiflados* (una serie humorística norteamericana), el narrador de *Iluminados por el fuego* cita al justiciero *Robin Hood*, protagonista de una serie muy popular en esa época. Otro personaje de una serie igualmente popular, el Sargento García de *El Zorro*, dará nombre y cifrará el desprecio por los superiores inmediatos en *Los chicos de la guerra*. El protagonista de “Soberanía Nacional”, el cuento de Fresán, asocia el dibujo animado *Bugs Bunny* con la imagen del gurka que termina matando.

La película argentina *Desobediencia debida* (2010), dirigida por Victoria Reale, brinda el testimonio del aviador inglés Jeff Logan, el único prisionero británico de la guerra, relatando que cuando fue trasladado a un hospital de Puerto Argentino donde

antes funcionaba una escuela, vio alrededor de doscientos soldados argentinos descalzos –Logan pensó que sufrían el “pie de trinchera”– mirando el dibujo animado *Tom y Jerry*. Aún tantos años después, el inglés sostiene que no tenían más de quince años.

Piluso y Coquito, dos personajes típicos de esa programación dirigida a los niños, integrarán la evocación de la guerra del 82 y una irónica reflexión presente cuando, muchos años después, el poeta excombatiente Hugo Sánchez (2012) vuelva con un grupo de camaradas a Malvinas: “Caminando por el moody brook / con el nono pipo y tony / nos acordamos del jefe del 7/ al bueno del teco Jiménez / los oficiales lo llamaban coquito / Se fue al pueblo antes de que se vinieran los ingleses /¿Habría ido a tomar la leche con piluso?”.

El estudio de estas referencias amerita un examen más profundo; aquí solo brindaremos algunos datos que permitan respaldar nuestra hipótesis de que por lo menos los chicos porteños de la clase 62, que crecieron mirando televisión, habrían sido espectadores de una amplia programación que, de diversas maneras, les proponía una forma de representación de su mundo y de sí mismos. Nos referimos a chicos porteños, quizá también platenses, porque ignoramos la cobertura televisiva en el interior en esa época.

No fue fácil encontrar bibliografía sobre el tema; lo que sigue es pues el resultado de fatigar Internet y apelar a los recuerdos de amigos, enlazando programas que se transmitían hacia fines de los 60 con los que comenzaron en los 70. Muy ligeramente recordaremos que los pibes porteños o platenses como Hugo Sánchez, que habían visto al Capitán Piluso y Coquito en la década anterior, luego fueron espectadores de los conducidos por Julieta Magaña, Pipo Pescador, Candela, Carlitos Balá, el Pato Carret y Gaby, Fofó y Miliki. A ellos estaban dirigidos los programas protagonizados por los títeres nacionales Carozo y Narizota y Margarito Tereré, el italiano Topo Gigio y los norteamericanos de *Plaza Sésamo* y *El show de los Muppets*. Por último, resulta insoslayable el dibujo animado argentino *El libro gordo de Petete*, uno de cuyos desprendimientos fue el programa *Sábados de Calculín*.

Debe considerarse que estos productos nacidos en la televisión se multiplicaban luego a través de la historieta, el disco, el teatro o el cine, y que concentraban audiencia, ya que eran emitidos solo por cuatro canales abiertos estatales.

Con respecto a los programas humorísticos habría que citar el humor ingenuo o farsesco de los argentinos Pepe Biondi y José Marrone (en su primera época), y el norteamericano del *Show de Abott y Costello*. También deberían incluirse las numerosas

series televisivas norteamericanas, como *Bonanza*, que vuelve en la evocación de Sagastume (2008) al regresar a las Islas, y especialmente *Combate*, que narraba la participación de un grupo de soldados norteamericanos en los campos de batalla europeos de la Segunda Guerra Mundial. En los años 50 y 60, esa contienda había inspirado muchos largometrajes, frecuentemente productos de la filmografía hollywoodense, que se emitían en programas como *Sábados de súper acción*. Este dato es relevante, porque si bien la guerra de Vietnam estaba más cerca en el tiempo, los testimoniantes conocían mejor la representación que el cine y la televisión habían hecho de la Segunda Guerra Mundial. Por otra parte el escenario bélico de Malvinas, con su gélido clima y desértico suelo, se parecía a los de esta contienda y no a los del sudeste asiático.

Como ya han señalado los especialistas, a partir de 1976 el proceso militar opera una gigantesca manipulación mediática promoviendo un imaginario convencional que, según Sirvén, multiplicará los teleteatros “familiares” como *Los hermanos Torterolo*, *Los Piedra Gómez*, *Mancinelli y familia* y *Los hijos de López*, quizá el más recordado.

Esta muy somera revisión de los programas de televisión que los futuros chicos de la guerra crecieron mirando se cierra con la evocación de la epicidad casi grotesca que proponían las luchas de *Titanes en el ring*, que fue muy exitoso en la década del 70; y de la visión convencional de *Señorita maestra*, el teleteatro de Abel Santa Cruz que recreaba un aula de escuela primaria a cargo de la maternal docente Jacinta Pichimauida.

Reiteramos que la constitución del imaginario infantil durante esos años es un tema complejo que exige un estudio profundo, donde el peso del niño como destinatario de productos específicos en el mundo televisivo representa solo un dato. ¿Por qué no pensar además que en los “años de plomo” quizá estos chicos urbanos tuvieron mayor exposición a la pantalla chica? Cercadas por el temor y la desconfianza, las familias frecuentemente se encerraban en el ámbito hogareño.

Cuando esta parte de este trabajo ya estaba concluida, nos encontramos, casi como confirmación de nuestra hipótesis, con una idea de Drucaroff (2012) sobre la presencia de los medios masivos y el diálogo con ellos en la nueva narrativa argentina producida por autores nacidos entre 1961 y 1970:

[...] las generaciones de posdictadura son las primeras que llegaron al mundo cuando la TV blanco y negro e incluso la TV color estaban en todos los hogares argentinos, aun en los más humildes. Mirar televisión es para ellos como hablar, aprendieron todo junto.
(422)

CAPÍTULO I

Las modelizaciones del relato testimonial

Leer la guerra desde los prólogos

Cuando Roberto Ferro observa el funcionamiento de los prólogos²³ en el género testimonial habla de una “gestualidad” que

[...] apunta a introducir, presentar, recopilar, todo lo que implica en suma, al hacerlo, conferir legalidad, imponer, aconsejar hasta sutilmente ordenar “Esto es lo que ustedes deben leer”. (1998,106)

Todos los prólogos del relato testimonial de la guerra de Malvinas analizados en este trabajo poseen esa gestualidad, esas consignas de lectura que, según nuestra hipótesis, tienen una estrecha relación con las etapas de la trama política y cultural que la sociedad articuló en torno a la guerra del 82, y que Federico Lorenz describe en *Las guerras por Malvinas*, una obra imprescindible para conocer los sucesos que gravitaron en la construcción de esta trama y la forma de representar a los excombatientes.

No obstante, el objetivo del trabajo no es explicar esa memoria social de la contienda, sino observar cómo la configuran los prologuistas al asociar una determinada forma de representar la guerra con las características centrales que asignan a las obras, quizá el único gesto que todos comparten.

Porque bajo la tensión de un presente que es siempre distinto, los prólogos del relato testimonial tratan de modelizar la visión de los hechos relatados –hechos que pertenecen irremediabilmente al pasado– e incidir en su visión futura con una operatoria que desde el comienzo destaca la originalidad que los testigos le asignan a su evocación, y que enfatiza su singularidad mediante el señalamiento –o la creación– de rasgos específicos en sus testimonios.

Escribiendo qué se debía leer en estos testimonios, los discursos de los prólogos se transformaron en capítulos de un relato epocal que revisitado hoy, como parte de la narrativa inspirada en Malvinas y desde ese futuro al que dirigían sus consignas de

²³ Gerard Genette señala que entre las diversas formas en que los prólogos intentan la *captatio benevolentiae* de los lectores, hay temas del cómo que presuponen el porqué. Estudiando los distintos tipos de prefacios, advierte que la categoría prefacio-manifiesto “puede militar por una causa más vasta que la del género literario” (2001, 195). Por razones que superan la coincidencia discursiva fortuita con el tema aquí tratado, los prólogos del relato testimonial podrían encuadrarse en esta categoría creada por Genette.

modelización, posibilita otra mirada sobre obras que este trabajo vincula con las cambiantes posiciones adoptadas por la sociedad argentina frente al recuerdo de la guerra.

I.1. Denuncia y revelaciones

El primero y más claro ejemplo es el prólogo que Daniel Kon escribe para su obra *Los chicos de la guerra*,²⁴ publicada dos meses después de concluida la contienda, en los estertores del proceso militar, donde se refiere a los bisoños combatientes de 18 y 19 años, “a los que todo el mundo, desde el comienzo de las hostilidades en el Atlántico Sur, bautizó como “los chicos” (10). Kon les asigna una forma de protagonismo que tendrá larga pregnancia en la narrativa inspirada en la guerra de Malvinas:

¿Quiénes eran esos chicos de la guerra? ¿Cuál era su manera de pensar? ¿Quiénes eran sus ídolos, en quién creían y de qué y de quiénes descreían? Y por supuesto, ¿cómo era la *guerra contada por esos adolescentes*? ¿Qué había significado y qué huellas podía dejar en sus vidas la experiencia bélica? (Las cursivas son nuestras.)²⁵

En el prólogo y en casi todas las entrevistas que integran el libro, Kon reitera la idea de depositar en esos chicos una representatividad generacional, fundada exclusivamente en la edad y la experiencia bélica compartidas, que los asociaría al cuestionamiento del régimen militar, considerando a los excombatientes como una generación ignorada por los gobernantes y “que ha transitado toda su adolescencia en un país conmovido por una de las crisis más serias de su historia” (10).

Esta alusión encubierta al proceso militar ratifica esa condición de denuncia, formulada en el marco de una férrea censura que late también en su aclaración final, cuando advierte que algunos nombres de los testimoniantes son supuestos y que ha omitido referencias que podrían identificarlos.

Ya sugerido en el subtítulo de la obra *–Hablan los soldados que estuvieron en Malvinas–*, su planteo es que los testimonios de los partícipes directos adquirirían un valor de revelación que, en primer lugar, resultaba una denuncia contra los medios que habían exaltado la guerra y ahora intentaban desviar la atención sobre la derrota.²⁶ Este

²⁴ La primera edición de Galerna está fechada el 13 de agosto de 1982, la décima –que es la que usamos– el 10 de mayo de 1983 y, según un aviso inserto en la tapa, el libro llevaba ya 50.000 ejemplares vendidos.

²⁵ A partir de aquí y excepto aclaración, todos los subrayados son nuestros.

²⁶ Sin expedirnos sobre las posibles influencias recibidas por Kon, lo cierto es que presentar el testimonio como una versión antagonica a lo difundido por los periódicos tenía notables antecedentes en la

objetivo cifraría el propósito de “comenzar a escuchar a los que tienen derecho a hablar” (12), al mismo tiempo que gana un valor representativo más amplio cuando, por ejemplo, en el epílogo, habla de un excombatiente herido física y psíquicamente e internado en el Hospital Militar:

Como T, muchos de los adolescentes que estuvieron en las Malvinas tienen preguntas que hacer. Cuando un chico o un país, comienza a crecer, se hace muchas preguntas. No es un mal síntoma. Pero se crece, únicamente, cuando llega el tiempo de las respuestas y de la verdad. (222)

Como lo reconoce el autor, todas las entrevistas repiten los temas de la muerte, el miedo, el dolor y la locura, pero además él insistirá en hacer reflexionar a los excombatientes sobre el rol futuro que cumplirán en la sociedad, planteando, de algún modo, la guerra como un rito de iniciación y vinculando el crecimiento de esos jóvenes, su maduración acelerada por la experiencia bélica, con la del mismo país.

Al fijar sus protocolos de lectura, el prólogo evidencia las elecciones realizadas por Kon como sujeto narrador. En primer lugar, asume que debió enfrentar la opción de centrarse en lo anecdótico –“rescatar sólo las aristas más terriblemente dolorosas de estos testimonios” (11)– o intentar una interpretación desde distintas disciplinas, lo cual no constituía su objetivo. Aunque cree que su trabajo, al que define como un relato de la guerra y no como una historia de la guerra, se quedó a mitad de camino entre estas dos posibilidades, enfatiza el rasgo de información que encierra lo que él llama la anécdota: “El hecho concreto, potente de la guerra no era en estos muchachos una simple anécdota, *la forma en que contaban su guerra ya era parte de ellos mismos*” (10).

Este temprano reconocimiento del relato de la guerra como cifra de identidad de los sujetos narrados coexiste con la idea de que lo anecdótico servirá en un futuro para los especialistas que “quieran o necesiten interpretar, explicar” (11). También manifiesta su convicción de que a veces en los reportajes, intencional o naturalmente, se trasciende lo

Argentina. Al igual que otros estudiosos de la obra de Rodolfo Walsh, Ana María Amar Sánchez señala que en *Operación Masacre* (1957) este autor inicia la tradición de hablar de lo omitido, censurado o deformado por la prensa (Amar Sánchez 1992, 55). Si bien la entrevista es un motivo típico del género que algunos especialistas llaman no-ficción y que ya contaba con un amplio desarrollo en los Estados Unidos, Kon le otorga además un rol especial al uso del grabador; por ejemplo, cuando evoca: “Un sábado a la tarde cuando ya llevábamos varias horas de grabación” (200), o que un testimoniante le solicita: “Apagá el grabador un segundo, dejame pensar la respuesta” (212). Estas referencias apuntan tanto a construir el verosímil de la reproducción del discurso del testigo como a poner de manifiesto el trabajo posterior de transcripción y selección del material. Fogwill las elabora en *Los pichiciegos*, la primera novela inspirada en la guerra de Malvinas publicada en 1983, cuando el narrador entrevista a Quiquito, el único sobreviviente del grupo desertor.

anecdótico, lo cual podría considerarse un movimiento encubierto de su permanente intervención dirigida a inducir y conducir los discursos de los testimoniantes.

La misma ambivalencia caracteriza al sujeto narrador cuando relata cómo se realizaron las entrevistas: allí, junto al rol de investigador que agradece la buena voluntad de los excombatientes frente a sus “largos interrogatorios”, aparecen referencias a su propia subjetividad, por ejemplo cuando reconoce que se había acercado a “los primeros combatientes de Malvinas que conocía [...] con mayores temores y precauciones que los necesarios”. Confiesa el valor casi catártico que tuvieron esos encuentros para los entrevistados, aunque “al no ser yo un terapeuta me dejaban exhausto y tensionado” (11).

Más definitorio es el protocolo de lectura incluido en las presentaciones que anteceden a los testimonios, donde no solo se brindan características sociales, culturales y económicas de los entrevistados –quizá la forma en que el investigador justifica la representatividad de la muestra–, sino que también aparece un narrador construyéndolos como personajes nacidos y forjados en la experiencia de la guerra, que los configura casi como tipos, desde el universitario reflexivo hasta el catequista dogmático.²⁷

Informa, por ejemplo, que Guillermo es hijo de una familia de clase media, universitario, conscripto-oficinista, que había sido reenlistado después de recibir la baja; lo percibe como un testigo frío, encubridor de sus sensaciones: “Y si la palabra no fuera tan contundente, me animaría a decir que sonreía desesperadamente” (16).

Kon, en esa época un joven periodista cerca de los treinta años, instala desde el mismo título del libro (*Los chicos de la guerra*) un motivo que recorrerá todo el relato testimonial, cifrando así una forma de pensar la contienda, que para algunos estudiosos le permitía a la sociedad omitir o superar su compromiso con la exaltación de la guerra, y para otros, prolongar la manipulación del protagonismo juvenil, que ya era una constante del discurso político nacional.²⁸

La primera visión de este motivo y las posiciones que origina aparece en la reflexión de la antropóloga Rosana Guber, que trabaja los lazos de filiación como dato decisivo en el estudio del vínculo de los argentinos con las Islas:

²⁷ En su examen del relato biográfico, Arfuch (2006) revaloriza la lectura que hace Greimas del cuento popular y sus motivos más típicos, entre los que se encuentran la configuración de los personajes como tipos.

²⁸ Daniel Kon tenía en ese momento 29 años, había estudiado psicología y trabajaba como periodista en la revista *Siete Días* y en *Clarín*. En 1979 había publicado *Las libretas de José*, que reproducía las anotaciones del jubilado José Rosewnwasser sobre sus diálogos con gente a la que le solicitaba tres minutos de su tiempo.

La construcción de la imagen de “los chicos de la guerra” es el mejor ejemplo de qué podía hacerse con la mayor evidencia de que numerosos civiles participaron en el conflicto bélico y muchos otros, sus mayores, prestaron su consenso. La memoria civil ha rescatado a los ex soldados de la (ir)responsabilidad en aquella “locura” por su corta edad y su indefensión, pero a cambio de transformarlos en víctimas indefensas de sus superiores, no de los británicos. (2001, 166)

Desde otra perspectiva, el historiador Federico Lorenz (2006) afirma que este protagonismo juvenil prolongaba la sacralización de la juventud, una tradición política argentina que operó tanto en los 70 como durante el proceso militar, y que siguió haciéndolo luego, con el advenimiento de la democracia, al revelarse los crímenes de la dictadura.²⁹

Más recientemente, e introduciendo el análisis de María Pía López sobre *Los pichiciegos* de Fogwill y *Las Islas* de Gamerro, Rocco Carbone y Ana Ojeda (2010) hablan de los excombatientes de Malvinas asociándolos con “el tono de la transición democrática” que, tras la caída del estado terrorista del proceso militar, pretendió instalar una suerte de refundación social con un fuerte formato pedagógico. Para estos autores, los “chicos de la guerra” serían una “metonimia del conjunto social, [que] debía ser reeducado para el funcionamiento en democracia” (26).³⁰

Aunque estas opiniones, provenientes de distintas disciplinas y forjadas mucho tiempo después, habilitarían otras lecturas de la estrategia prologal de Kon dirigidas a reconocer ciertas huellas de imágenes posteriores de los excombatientes, nos detendremos en lo que creemos fueron sus más obvias elecciones en 1982.

Primero leyó lúcidamente un fenómeno clave en curso en ese momento: la reacción social posderrota que comenzaba a depositar en las víctimas juveniles de Malvinas un

²⁹ Lorenz sostiene que esa victimización de los jóvenes llegó a quitarles agencia, es decir, la militancia que les había ocasionado muerte, torturas, prisión o exilio. Muchos años después, Verónica Tozzi formulará una observación que de algún modo sintetiza los planteos de Guber y Lorenz: “‘Chicos’ ciertamente elude cualquier sospecha de complicidad con la dictadura a través de la victimización de padres e hijos, no obstante arriesgándose al mismo tiempo a despojarlos de su agencia” (Tozzi, ‘Lo Otro’ de la memoria”, *Dossier Malvinas*).

³⁰ Si bien Fogwill, como recuerda María Pía López (2010), no tuvo acceso a los testimonios de los excombatientes cuando escribió *Los pichiciegos*, es razonable pensar que los autores de las ficciones posteriores inspiradas en la guerra conocieron lo vivido en Malvinas por dichos testimonios, ya sea los brindados por los libros del relato testimonial, los publicados en los medios o bien los proporcionados en forma personal al autor, como es el caso de Carlos Gamerro (ver cap. III). Con el correr del tiempo es previsible que los testimoniantes también accedieran a las ficciones o películas inspiradas en la guerra, de ahí que nos parece legítimo incluir la visión de Carbone y Ojeda inserta en el prólogo de *De Alfonsín al menemato (1983-2001)*, la historia de la literatura dirigida por David Viñas (2010).

cuestionamiento al régimen militar que ya aparecía en los medios.³¹ Definió para su obra una condición amplia al posicionarla en el terreno de la revelación periodística, como un relato de la guerra forjado por testigos incuestionables en entrevistas que aseguraban una interacción directa con ellos. Finalmente, les otorgó una forma de protagonismo a los jóvenes excombatientes, que eran tan víctimas del proceso militar como otros miles de personas, en la que su extrema juventud los liberaba del compromiso o de la sospecha de militancia política y los habilitaba como promotores ideales de un “regeneracionismo” posdictadura.³²

Coyuntural, sin soporte político, este posicionamiento de los excombatientes, que cambiará ya en la versión filmica del libro,³³ es permanentemente reforzado por Kon y los testimoniantes, acentuando esa condición que los eximía de la trágica carga de la historia reciente y les asignaba atributos de experiencia y voluntad de cambio que podían ser considerados fundacionales para una nueva historia.

Si bien el libro concentraba y difundía una información sobre la guerra que todavía no había llegado al gran público, lo cierto es que su éxito inicial, evidenciado en múltiples ediciones y luego en la película homónima, permite pensar que sus testimonios plantearon una forma de representar la guerra muy cercana a la que rápidamente construyó la misma sociedad. Esta repercusión superó las fronteras: *La batalla por las Malvinas*, el libro que los ingleses Hastings y Jenkins escriben en 1983 y que llega a la Argentina en 1984, ya incluye, sin citar la fuente, fragmentos testimoniales muy parecidos a los de *Los chicos de la guerra*.³⁴

³¹ Lorenz ejemplifica esta reacción inicial citando artículos de revistas tan diferentes como *Humo*® y *Gente*. *Humo*®, N° 85, julio de 1982: “Convengamos que la única forma que tenemos de salir a flote es apoyando a la juventud. A esa juventud que la gerontocracia militar envió al frente de combate”. *Gente*, del 1° de julio de 1982: “¿Los soldados argentinos que murieron en Malvinas lo hicieron para recuperar las islas o para que hubiera elecciones?” (Lorenz, F. 2006, 142 y 143, respectivamente).

³² El regeneracionismo, un tema que este trabajo ampliará luego, fue planteado por Ernest Renan después de la derrota de Sedán (*Reforma intelectual y moral de Francia*, 1871) y tuvo amplia difusión en España y en el Río de la Plata a fines del siglo XIX. Viejo slogan del nacionalismo autóctono, reaparece durante la guerra de Malvinas visualizando la refundación del país que integra un territorio irredento y “libera” a los kelpers de sus opresores británicos. Kon practica un “regeneracionismo” difuso, que anuncia aspectos del “tono de la transición democrática” del que hablan Carbone y Ojeda (2010), pero asocia la llegada de una etapa adulta para el país con el crecimiento acelerado de los jóvenes excombatientes, cuya experiencia bélica los habría preparado para ejercer funciones de conducción.

³³ El guión de la película homónima (1985), realizado por Bebe Kamin y el mismo Kon, modifica drásticamente esta visión de un probable y autónomo protagonismo político de los excombatientes. En ese sentido, la escena final es clara: inserta a algunos de sus protagonistas en una de las típicas manifestaciones masivas posteriores al advenimiento de la democracia.

³⁴ Al no poder confirmar que Hastings y Jenkins usaran como fuente el libro de Kon, nos limitamos a señalar que en el cap. XVI, pp.308-309, los autores citan el testimonio de Guillermo, que repite casi textualmente lo enunciado en *Los chicos de la guerra*. En otros capítulos también citarán a Santiago y Juan Carlos, que brindan su testimonio en el libro de Kon. Sin precisar la fecha, Andrew Graham Yooll (2012) informa que el libro se tradujo al inglés y se publicó con el título original en castellano.

En 1985, cuando el éxito de la película inspirada en su libro lo lleva a España, Kon declara en una entrevista periodística:

Mi generación se quedó un poco sándwich entre los que en 1976 eran adultos políticamente hechos, con alguna experiencia de vida democrática y los que sólo eran unos niños que años más tarde serían despertados un día para ir a la guerra.³⁵

Sosteniendo que la sociedad argentina está edificada sobre la mentira y la hipocresía y tomando distancia del triunfalismo, revaloriza a esa generación “cuya trayectoria fue cortada en flor entonces y que ahora quiere tener esperanza” (Ibíd.). De este modo, evidencia el crecimiento de la idea de la guerra como un hecho constitutivo para una generación, que a partir de ahora él usa para identificarse y que rápidamente incidirá en la narrativa que empieza a escribirse en esos años.

Paralelamente a la aparición de *Los chicos de la guerra* comenzaron a multiplicarse las revelaciones periodísticas sobre lo sucedido en Malvinas y se publicaron diversas obras sobre la guerra.³⁶ Dos de ellas, escritas por periodistas que habían tenido un acceso privilegiado a los distintos escenarios donde se libró la guerra, serán con el tiempo de consulta ineludible: la ya citada de los británicos Hastings y Jenkins y *Malvinas. La trama secreta*, de Cardoso, Kirshbaum y Van der Kooy.

Con la publicación de *Así lucharon*, de Carlos Túrolo, en 1982, y de *Dios y los halcones*, del aviador Pablo Carballo, en 1983, se inicia la “literatura apologética”, como se llamó a los relatos de militares o de aquellos que adherían a las razones invocadas por el proceso militar para concretar el desembarco, aunque a veces cuestionaran la conducción de la guerra.

Todas las obras inspiradas en la contienda contienen un relato testimonial dominante que, a partir de 1983, reveló los crímenes perpetrados por el proceso militar y reafirmó

³⁵ Anunciata Bremón, “Perfil de Daniel Kon. Periodista y autor de un libro de entrevistas a los jóvenes soldados de la Guerra de Malvinas”, en *El País*, enero de 1985 [disponible en: <http://www.el país.com>, última consulta: 10/3/11]. La versión digital con que trabajamos no está paginada.

³⁶ Si bien este es un itinerario específico del relato testimonial, no podemos dejar de mencionar dos poemas publicados en 1982: el muy conocido “Juan López y John Ward” de Borges (“Suplemento Cultura y Nación” de *Clarín*, 26 de agosto de 1982), que imaginaba a dos contendientes unidos por el amor a la cultura del otro y transformados en Caín y Abel a causa de la guerra. Y quizá el menos recordado, que publicó en julio de 1982 *La Nación*: “Cambalache 82”, de Osvaldo Rossler. Con espíritu discepoliano, planteaba una visión farsesca de lo sucedido: “Ay compañero a todos nos empaquetaron, / a todos nos vendieron la victoria y el énfasis / desde la juventud hasta los jubilados / todos creyeron, todos se juntaron”. Un año más tarde se conocía en el país *Los pichiciegos* de Fogwill, la novela que narraba la historia de un grupo de desertores en Malvinas; y Carlos Gardini ganaba un concurso del Círculo de Lectores con su relato “Primera Línea”, cuyo protagonista era un mutilado de guerra.

denuncias que antecedían a dicho relato y coexistirían durante largo tiempo con las presentadas por periódicos y revistas.

Aunque el relato testimonial de la guerra de Malvinas se caracteriza por no aludir explícitamente a otros discursos, es claro que los testimonios de y sobre las víctimas del terrorismo de estado alumbraron hechos que ya resultaba imposible ignorar y también formas narrativas de tratarlos que prolongaron y ampliaron la tradición del género iniciado en la Argentina por Rodolfo Walsh.

Como observan Rocco Carbone y Ana Ojeda, el abismo entre la experiencia de lo pasado y su posibilidad de ser representada –forjador de libros emblemáticos como *Recuerdos de la muerte* de Miguel Bonasso (1984) o *Poder y desaparición* de Pilar Calveiro (1995)–, generará una proliferación de testimonios sobre los campos de detención del proceso militar. En cambio, lo ocurrido en Malvinas, según Carbone y Ojeda, “se irá minimizando cada vez más en el discurso público” (2010, 25).

Aunque sumaria, esta revisión permite señalar el complejo universo narrativo que coexistirá durante años con el relato testimonial de la guerra de Malvinas y que estaba en desarrollo cuando en 1985 aparece *5000 adioses a Puerto Argentino* de Daniel Terzano; esta obra inaugura la variante del testimonio individual, creado en este caso por un conscripto atípico que había cumplido 27 años en Malvinas, ya era psicólogo, y desde la adolescencia se interesaba por la literatura.³⁷

Ese mismo año el estado argentino condenó a las Juntas Militares por los delitos de lesa humanidad que fueron revelados en un juicio que entre los cargos no incluyó lo actuado en Malvinas.³⁸ También es necesario evocar que en 1985 el presidente Alfonsín lanza el Plan Austral, uno de los intentos de paliar la crisis económica que azotaba desde su mismo comienzo a la flamante democracia y debilitaba el optimismo inicial que esta había generado.³⁹

³⁷ El platense Daniel Terzano se había acogido a la prórroga que permitía la ley del servicio militar obligatorio.

³⁸ Fueron condenados los excomandantes Videla, Massera, Viola, Lambruschini y Agosti; se absolvió a Graffigna, Galtieri, Anaya y Lami Dozo. Estos tres últimos, integrantes de la Junta Militar que declaró la guerra en 1982, ya habían sido condenados por el tribunal de las Fuerzas Armadas después del Informe Rattenbach. Recién en 1988 la justicia ratificó las condenas por los delitos cometidos unificándolas en doce años para los tres máximos jefes militares, que finalmente fueron indultados en 1990 por Menem.

³⁹ Para el lanzamiento del Plan Austral se convocó a una manifestación popular, donde el presidente Alfonsín señaló que el país ingresaba en una “economía de guerra”, un término que no había sido usado por los militares durante la guerra de Malvinas y que, si bien remitía a las experiencias de la Segunda Guerra Mundial, también podría leerse como el peso de la memoria cercana al describir una coyuntura percibida –o por lo menos presentada– como de extrema gravedad. Recientemente, Juan Bautista Yofre (2011) ha revelado el impacto político sobre la economía durante la guerra: desde la negativa del ministro de Economía Alemann siquiera a hablar de una “economía de guerra” hasta el intento de la Armada de forjar un plan que cambiaba el sesgo liberal de la economía y que algún almirante sometió a la opinión de

En la memoria social, el peso de la contienda había emergido tempranamente como un riesgo: la “desmalvinización”, que años después se transformará en una política activa del gobierno de Carlos Menem, había sido enunciada en 1983 por el sociólogo francés Alain Rouquié en un reportaje (citado en la Introducción) en el que señala que la guerra sería siempre la posibilidad de que los militares recordaran su existencia y se rehabilitaran, agregando un nuevo riesgo a la frágil y reciente democracia.⁴⁰

Mientras tanto los excombatientes comenzaban a organizarse con el objetivo de participar en la política nacional y contribuir a superar el estado de carencia en que muchos de ellos habían quedado después de la contienda, un hecho que con los años se transformaría casi en un motivo del relato testimonial. Las formas en que eran representados ya eran objeto de polémica, y así lo demuestra la crítica negativa de algunos de sus nucleamientos a *Los chicos de la guerra* –la película de Kamin estrenada en 1985 con gran éxito–, cuestionada por los destinos probables que asignaba a sus personajes y la misma condición de “chicos” que, según estas posiciones críticas, había desaparecido durante la guerra.⁴¹

1.2. Cultura *beatnik* y rock nacional

El prólogo que Leonardo Sacco escribe para *5000 adioses a Puerto Argentino* comienza por considerar la guerra un hito que trastornó a la sociedad argentina que antes de ella solo conocía las luchas internas: “De Malvinas para acá, por un lado la democracia, y por otro, miles de excombatientes en busca de un lugar al resguardo de la historia” (7). En ese momento en que “los argentinos desandamos la democracia con

Bernardo Grispun, un economista radical cercano a Alfonsín, que luego fue funcionario de su gobierno (302, 315). Otra señal de la sorda discusión instalada en ese momento es el artículo que el economista Raúl Cuello publica el 10 de mayo de 1982 convocando al cambio de la política económica del proceso militar, y cuyo título era “Economía de guerra: un debate estéril” (*Clarín*, “Opinión”, 12-13).

⁴⁰ Rouquié sostenía que la desmalvinización era imprescindible para evitar “la militarización del sistema político y la politización del sistema militar” (Federico Lorenz, 2006, 191).

⁴¹ En *Las guerras por Malvinas*, Lorenz sigue las actividades de los excombatientes desde su inicial nucleamiento ya a fines de agosto de 1982, que rápidamente se transformó en la Coordinadora Nacional de Excombatientes. El autor sostiene que “Los jóvenes de uniforme pasaron a ser una presencia fuerte en la transición a la democracia” (207). Con un planteo antiimperialista, reivindicando su lucha en las Islas y a los jóvenes víctimas del proceso militar, diferenciándose absolutamente de las Fuerzas Armadas e insistiendo en portar sus uniformes y banderas, los miembros de este nucleamiento protagonizaron manifestaciones masivas ya en 1983. Un año después, en una de esas manifestaciones, destruyeron la estatua de Canning. En su muy completo seguimiento de ese accionar y citando un documento que producen en 1986, Lorenz sostiene que es perceptible cómo los excombatientes rompen con el discurso victimizador de la década del 80 considerándose como una continuidad de otras luchas populares. Aunque muy diferente a la visión casi aséptica del libro de Kon, este documento ratifica lo generacional vinculado a Malvinas: “formamos parte de una juventud, de una generación a la que el hecho más importante que la marcó fue –si todavía le caben dudas a alguien– Malvinas” (233). Como se verá luego, esta idea de una generación 62 reaparecerá en *Iluminados por el fuego*, publicado en 1993.

pasos crecientes e inseguros” (9), Sacco insiste en definir una lectura posible de la obra partiendo de la crítica a los productos periodísticos post-Malvinas: “se habla, se habla y se pierde la emoción de la palabra”, cuestionando “la lógica especulativa y utilitaria” (7) de la investigación periodística. Así anticipa su juicio sobre el valor superador del enfoque literario de Terzano para conformar “el discurso del no-olvido, aquello que en el plano ético no debemos hacer jamás con la guerra: perder la memoria” (9). Presenta la obra como “un testimonio, una experiencia vivida por un testigo-escritor” (8), y la vincula con *Los desnudos y los muertos* de Norman Mailer. Construyendo una curiosa asociación con los descarnados relatos de combatientes norteamericanos de la Segunda Guerra Mundial en Filipinas, rescata el hiperrealismo de su estilo y propone para el futuro de los excombatientes una recuperación de las consignas “desmesuradas y románticas”, como el pacifismo y el desarme, la ecología y los derechos humanos, típicas de la generación beatnik;⁴² “tal vez merezcan ser pensadas en profundidad. Estos chicos de la guerra pueden todavía crecer y transformarse en un futuro sin paranoia” (10).

Está claro que el prologuista ya ha incorporado como motivo “los chicos de la guerra”, que era el título del libro publicado por Kon en 1982, y que formula cierto planteo grupal o generacional de los excombatientes, pero también enfatiza los valores literarios de la obra al definirla como un testimonio escrito sin golpes bajos, “sin ningún intento de ahondar con palabras el espeso silencio del dolor” (9).

Pareciera que la estrategia del prólogo es ofrecer un referente cultural al motivo de la búsqueda de un destino para los exconscriptos, ya concebidos como una generación. Cambia el planteo funcional de Kon convocando a un referente más propio de la década anterior, es decir, la notable reacción cultural generada en los Estados Unidos por la guerra de Vietnam, que fue muy inspiradora para la primera etapa del rock nacional, aunque por esos años este ya estaba en plena expansión, como lo demuestra su reiterada presencia en el relato testimonial.⁴³

⁴² Esta referencia a la cultura beatnik aparece en relatos testimoniales individuales: por ejemplo, *Illuminados por el fuego* de Esteban y Borri y *Crónicas de un soldado* de Bustos citan al antropólogo mexicano Carlos Castaneda, autor de *Las enseñanzas de Don Juan* (1968), lo que configuraría un eco de las contraculturas de la década del 70.

⁴³ Los especialistas sostienen que podría hablarse de un período inicial del rock nacional como contracultura, donde señalan la influencia de Artaud y el surrealismo francés en Spinetta, y de Bob Dylan en León Gieco. Consideran que este período se cierra en 1975, con la despedida de Sui Generis (Charly García y Nito Mestre), que se realizó en el Luna Park frente a más de veinte mil jóvenes. El evento fue filmado por Bebe Kamin, que mucho tiempo después realizará el primer film inspirado en la guerra (*Los chicos de la guerra*). A partir de 1982 y casi como consecuencia de la contienda –se prohíbe emitir canciones en inglés–, comienza a masificarse el fenómeno del rock argentino. Parte ineludible de esta historia fue el Festival de la Solidaridad Latinoamericana realizado en el Estadio Obras el 16 de mayo de

En la edición de 1985, Terzano se limitaba a agradecer a Miguel Grinberg la publicación del libro y se reconocía fiel lector de la revista *Mutantia* desde antes de la guerra, un comentario que revela una filiación cultural típica de la época, centrada en el rock y las contraculturas de los 70.⁴⁴ Doce años después, al integrar el colectivo de *Partes de guerra* de Speranza y Cittadini, el autor reflexiona sobre *5000 adioses* y reconoce las influencias de Henry Miller, el surrealismo, la generación beatnik y el relato de Borges “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)”;⁴⁵ asume entonces la perspectiva de un escritor y la inspiración proustiana de su iniciativa: “Así que cuando volví dejé que fluyera el recuerdo. Lo que quería, aunque no sabía si lo iba a conseguir, era reproducir el clima de la guerra” (Speranza y Cittadini, 2007, 201).⁴⁶

Esta forma de interdiscursividad testimonial señala también los cambios operados en un sujeto narrador que en 1985 ratificaba con su silencio una determinada imagen de “testigo-escritor” desplegada en el prólogo, y que mucho tiempo después incorpora la obra creada y sus propias elecciones literarias a la evocación del “regreso”, es decir, la memoria de lo vivido después de la contienda. En *5000 adioses*, Terzano no solo esboza un puente entre su experiencia personal, que remite a los 70, y la compartida con los chicos de la guerra, sino que enfatiza una característica que crecerá con el tiempo en el relato testimonial: la intersección entre el testimonio y la biografía, en síntesis, esa construcción de subjetividad sobre la que Leonor Arfuch señaló:

[...] no hay posibilidad de afirmación de la subjetividad sin intersubjetividad y por ende, toda biografía, todo relato de experiencia es, en un punto, colectiva/o, expresión de una época, de un grupo, de una generación, de una clase, de una narrativa común de identidad. (2002, 79)

Muy rápidamente esa construcción será confirmada por la literatura: el narrador de *Arde aún sobre los años*, la novela de Fernando López publicada en 1986, al evocar la contienda que había vivido en un pueblo del interior cuando tenía 18 años, ya instala la guerra como el “estigma de mi generación” (201).

1982, que contó con la presencia de muy notables rockeros de la época y fue transmitido en vivo por la televisión. Veinticinco años después, la Revista *Puentes* reconstruirá su historia en el artículo “Festival de la Solidaridad Latinoamericana: ¿Cómplices o ingenuos?” (número 20, 2007).

⁴⁴ Grinberg, que pertenecía a la generación del 60 y había conocido el movimiento beatnik en los Estados Unidos, es considerado un pionero del rock nacional. La revista *Mutantia* se publicó en Buenos Aires entre 1980 y 1987 y se presentaba como una “revista argentina de orientación eco-espiritual”.

⁴⁵ Si bien Terzano privilegia el motivo del destino, *5000 adioses a Puerto Argentino* tiene una notoria influencia de otros motivos borgeanos, como por ejemplo la circularidad del tiempo.

⁴⁶ Terzano integró las fuerzas argentinas destacadas en Goose Green y Darwin, algunos de cuyos testimonios recoge *Partes de guerra*.

La guerra como elemento clave en la vida de una generación y el rol del rock nacional interpretando el imaginario juvenil reaparecerán en *Iluminados por el fuego* –la siguiente obra del relato testimonial, que llega en 1993–, donde la modelización de lectura de su prólogo puede vincularse con el cruce epocal que define la vigencia de la reacción social ante los sucesos de la Semana Santa de 1987 y los rápidos cambios que se instalan a partir de 1989 en la forma de evocar al guerra.

Fue en la Semana Santa de 1987 cuando el nombre de Malvinas irrumpió en el escenario de la nueva democracia con el primer levantamiento militar protagonizado por Aldo Rico, que era reconocido por su actuación durante la guerra y sobre quien se proyectó la condición de “héroe de Malvinas” que el presidente Alfonsín había asignado a algunos de los sublevados. Así se iniciaron los conatos de insurrección que concluirían en 1990 liderados por militares cuya trayectoria anterior los asociaba con la contienda.⁴⁷

Los investigadores coinciden en que la “remilitarización” del imaginario de la guerra de Malvinas ocasionado por el primer levantamiento carapintada nutrió el silencio que se abatió sobre la memoria de la contienda. Habría expresado la forma condenatoria con que la sociedad juzgó lo sucedido en 1982 y su propia actitud durante la guerra, así como también su decepción por las debilidades que la nueva democracia exhibía en la actitud conciliadora de Alfonsín para con los insurrectos.⁴⁸

Sobre esta visión operaron las grandes modificaciones de la década del 90, que se inician en 1989 con el comienzo de la presidencia de Menem, cuyo proyecto neoliberal también fue registrado por el relato testimonial, no solo en sus secuelas de sacralización de las ideas de modernidad y abundancia como patrimonio de otros países a los que se debía imitar, sino también en la dramática situación que creó al profundizar las diferencias sociales y precarizar el empleo.⁴⁹

⁴⁷ Aldo Rico se levantó contra la autoridad constitucional dos veces: el primer alzamiento, llamado “carapintada” porque los sublevados reproducían el camuflaje tradicional de los comandos, el mismo que habían usado en Malvinas, fue en la Semana Santa de 1987. Luego de pactar con los amotinados en Campo de Mayo, Alfonsín pronunció un discurso en Plaza de Mayo en el que aludió a los rebeldes: “Se trata de un conjunto de hombres, algunos de ellos héroes de las Malvinas, que tomaron esta posición equivocada” (Luis Alberto Romero, 2000, cap. 48, 67). El 18 de enero de 1988, Rico protagonizará otro levantamiento carapintada en Monte Caseros, al que siguió la rebelión de Mohamed Alí Seineldín el 3 de diciembre de 1990 en Villa Martelli. Ese día Seineldín se sublevó contra el presidente Carlos Menem asaltando el edificio Libertador, el Regimiento Patricios y la fábrica de tanques de Boulogne. Fue reprimido por el general Balza, un militar que también había actuado en Malvinas, autor de un libro sobre la guerra y protagonista de una famosa autocrítica televisiva sobre los crímenes perpetrados por los militares durante el proceso militar.

⁴⁸ Sobre la lectura de esta reacción social, ver Hugo Vezzetti (2003, 130) y Federico Lorenz (2006, 193-196).

⁴⁹ En el capítulo siguiente de este trabajo, se analizará cómo el impacto del modelo neoliberal menemista podría leerse tanto en la visión de los ingleses como en las duras situaciones sociales y económicas que deben sobrellevar los excombatientes.

Los cambios en la política exterior fueron decisivos en la configuración de un relato bélico que ahora debía afrontar, por ejemplo, el reestablecimiento de relaciones diplomáticas con Gran Bretaña, el posterior encuentro en Londres de veteranos argentinos e ingleses, e incluso cierta iniciativa insólita del entonces canciller Guido Di Tella para aproximarse a los kelpers, enviándoles regalos como ositos de peluche y tarjetas.⁵⁰

Cerrando el capítulo iniciado por las leyes llamadas de Obediencia Debida y Punto Final de 1986/87, el Gobierno dictó nuevos indultos en 1989/90 que liberaban de prisión, entre otros, a los miembros de la Junta Militar que había desencadenado la guerra (Galtieri, Anaya y Lami Dozo) y al carapintada Aldo Rico.

Otro episodio relevante fue el fin del servicio militar obligatorio tras la reacción que despertó el asesinato de un conscripto perpetrado por oficiales en un cuartel de Zapala en 1994. Este hecho –conocido como el “caso Carrasco”– cerró un cuestionamiento a la “colimba”, como se la llamaba popularmente,⁵¹ que se incrementó después de Malvinas y que es un punto de partida insoslayable en el relato testimonial. Al referirse a su actitud ante la guerra, los testigos suelen aludir a su condición de conscriptos convocados por la ley, diferenciándose de los militares de carrera, para quienes la contienda era un destino elegido, o por lo menos previsible.

Según el historiador Lorenz, ya al comenzar los 90, el discurso político de los excombatientes había perdido “su fuerza y su especificidad” (234), ofreciendo como ejemplo concreto la inauguración del monumento a los caídos en la guerra, concretado en 1990, una de las numerosas iniciativas que, desde el estado nacional, los homologaba con los militares que habían participado en la contienda y les ofrecía el mismo reconocimiento económico por su condición de “veteranos”.⁵²

⁵⁰ Más allá del juicio que amerite esta iniciativa, lo cierto es que tomaba en consideración a un actor insoslayable del conflicto argentino-británico sobre las Islas: los kelpers, los habitantes de las Islas que desde siempre han ratificado su voluntad de ser súbditos británicos. Según los historiadores, su capacidad de presión política fue significativa en la política exterior inglesa, y los “intereses y deseos” de los kelpers que enarbolaban los británicos fue la frase más cuestionada por la diplomacia argentina en las negociaciones previas al desembarco de 1982 y en los primeros tiempos de la guerra. Esa capacidad de presión de los kelpers sigue siendo notable hasta la actualidad.

⁵¹ Si bien siempre se consideró que “colimba” era un acrónimo de “*corre, limpia, barre*” –las tareas usuales de los conscriptos–, el especialista en lunfardo Oscar Conde sostiene que “colimba es el *vesre* de milico” (Revista Ñ, 404, 11).

⁵² Lorenz señala que ese discurso político fue reemplazado por otro recurso simbólico, “el discurso de la tradición patriótica, monopolio de las Fuerzas Armadas que en esos mismos años –y en gran medida por obra de los propios exsoldados– habían sido caracterizadas como victimarias de su pueblo. Y también influyeron, por supuesto, las narrativas sociales configuradas durante la posguerra, que perpetuaban los estereotipos de marginalidad, locura y olvido” (2006, 234-235).

La literatura proponía otras lecturas de la guerra que no se centraban en la experiencia bélica. Una nueva generación de escritores creaba imágenes de los jóvenes participantes de la contienda que en algunos casos distaban mucho de las que proponía el relato testimonial. Cuentos como “La soberanía nacional” y “El aprendiz de brujo” de Rodrigo Fresán (*Historia argentina*, 1991) y “Memorandum Almazán” de Juan Forn (*Nadar de noche*, 1992) son ejemplos de esa nueva narrativa.

I.3. Nace una generación

Resulta claro que el escenario donde se forjaba la memoria de la guerra estaba en pleno proceso de cambio cuando Edgardo Esteban y Gustavo Romero Borri publican *Iluminados por el fuego. Confesiones de un soldado que combatió en Malvinas*. Si bien la sociedad seguía ejerciendo un distanciamiento que silenciaba la evocación de la guerra, simultáneamente se producían hechos que aceleraban su transformación en un episodio histórico y su pertenencia a ese panteón de la memoria patriótica que siempre había sido patrimonio de los militares. Esos dos momentos distintos pueden leerse en las modelizaciones que proponen los prólogos de *Iluminados*, el inicial de 1993 y el que Esteban, que se desempeñaba como periodista desde 1983, escribe para el capítulo que agrega en 1999.

En el primero, definiendo sus roles de excombatiente (Esteban) y de testigo urbano (Romero Borri), se vuelve a plantear lo generacional asociado a la denuncia, aunque esta vez la denunciada sea esa sociedad a la que se acusa de ocultar la herida aún abierta de la guerra. “La sociedad combatió a los combatientes” (57), transformándolos en derrotados y culpables, e identificándolos con agresividad y mutilación, una visión que reiterará el relato testimonial.⁵³ Esta vez lo generacional es más amplio que en Kon; se habla de una “generación Malvinas” que incluiría a los que fueron a la guerra y a los que la vivieron en el continente:

El libro no es sólo la biografía de un soldado al que le tocó participar en la guerra como lo habíamos planeado en un principio, es también una historia que refleja el trauma de una generación. Los sucesos que empezaron aquel 2 de abril de 1982 marcaron el país a fuego. Porque quienes ahora rondamos los treinta o treinta y un años pertenecemos a una generación que fue sorprendida por la guerra. (56)

⁵³ Lo cierto es que esa distancia de la sociedad aparece en esta obra circunscripta a la experiencia del protagonista cuando retorna de Malvinas, pero se multiplicará, acentuando la dureza de las descripciones, en *Partes de guerra* (2007) y *Los peones de Malvinas* (2009).

La idea de generación sigue buscando un terreno de representación: ya no son esos líderes potenciales fraguados en la contienda y sin militancia previa que presentaba Kon en 1982 asignándoles casi un destino manifiesto; ni aquellos a los que Sacco ofrecía en 1985 las consignas del antibelicismo norteamericano. Ahora es más amplia pero también más difusa.

Aunque la obra de Esteban y Borri permite vislumbrar cierta lectura política, lo cierto es que el reclamo se dirige a la sociedad, a su forma de evocar la memoria de la guerra y la de quienes habían participado en ella. Los autores presentan su trabajo como un “difícil ejercicio de memoria”, una catarsis que ha intentado hundirse en el lado oscuro de esa guerra que definen como confusa, compleja y perdida; sin sustraerle atributos ficcionales –“atrio de locura”–, pero asignándole el rol histórico de haber cerrado el ciclo de las dictaduras en el país: “fue un factor decisivo para la instauración de la democracia que hoy disfrutamos” (56-57).

Esta apreciación de la guerra como gestora de la democracia, un rasgo que marca el presente de los sujetos narradores, el “desde dónde” están relatando, aparecerá en algunas obras del relato testimonial interpretando sucesos ligados a su propia historia de 1982, como indicios del futuro democrático.⁵⁴

Como Kon, los autores se refieren a los “chicos” y a los “pibes”, pero instalan además el concepto de “héroe silencioso”, olvidados por una sociedad que, habiendo apoyado la guerra, ahora niega sus trágicas consecuencias. Tampoco falta la alusión a los muertos jóvenes, cifrada en la referencia al monumento porteño a los caídos, a los “iluminados por el fuego”, para quienes solicitan la condición de auténticos protagonistas.⁵⁵

Lo generacional, donde la guerra funciona como rito de iniciación, y la denuncia, ahora proyectada al conjunto de la sociedad, siguen definiendo la mirada testimonial sobre los sucesos bélicos, aunque esta vez el texto se construya como un relato confesional, casi una novela de aprendizaje. O bien, como en la aclaración de la

⁵⁴ Por ejemplo en *Iluminados*, el narrador lee como un indicio de la declinación del miedo a los militares, la reacción airada ante los cuarteles de los padres que aguardaban noticias sobre sus hijos, que acababan de regresar de las Islas (223).

⁵⁵ Más allá de que “iluminados por el fuego” es una imagen visual significativa –la iluminación en sí misma refiere desde su origen histórico a muy diversos sentidos–, todos le adjudican la consagración que representa un saber revelado. Sería legítimo preguntarse si ese saber, que en este caso es producto de la experiencia bélica, no sugiere la idea de una generación que ya tiene sus muertos y sus sobrevivientes, como los utopistas de los 70.

advertencia inicial sobre el cambio de nombres reales, “nuestra historia novelada, nuestra verdad sobre Malvinas” (53).

La estrategia narrativa del prólogo ya no se estructura en torno a la “anécdota” que elegía Kon como cifra de la denuncia, ni al fluir del recuerdo que definía básicamente a un escritor-testigo como Terzano; ahora es “la historia novelada”, ahora la guerra es una historia que busca una forma narrativa que, de hecho, rompe con ciertas características del relato testimonial que se organizaba a partir de la ida a las Islas, la experiencia bélica y la vuelta al continente.

Iluminados por el fuego comienza con la rendición, es decir que se desarrolla como un gran *flashback* que culmina con el arribo de Edgardo a Malvinas. En el uso de este típico recurso cinematográfico podría leerse la derrota como un hecho fundante para postular la representatividad de una experiencia individual y evocar aquellas referencias que construirían el imaginario juvenil de la guerra.

Si el prólogo de 1993 cifraba denuncias y reivindicaciones, asumía “la historia novelada” como forma testimonial y enfatizaba la guerra como un hito generacional, en el que escribe Esteban en 1999 para el relato de su regreso a las Islas –un hecho que tuvo gran difusión mediática– aparece el objetivo central de concluir una historia personal: “Necesitaba cerrar viejas heridas, cicatrizarlas y dejarlas por siempre en las islas [...] Quería enfrentarme con ese pasado, ver cómo estoy ahora” (9).

Aunque el regreso a las Islas será un motivo siempre presente en los testimonios, Esteban presenta su narración como una forma personal de construir la memoria en un tiempo de cambios evidentes.⁵⁶

A fines de la década del 90, la especificidad de la experiencia bélica de los conscriptos como protagonistas del relato testimonial permitía realizar diferentes abordajes: desde las entrevistas de Kon (1982), que prolongaban una tradición canónica del género testimonial, hasta el discurso literario de Terzano (1985) o esa versión novelada de Esteban y Borri que intentaba plasmar una imagen de época; pero lo compartido seguía siendo el planteo generacional como eje articulador de la denuncia y el reclamo de reconocimiento, que se enfatizaba en la última de las obras mencionadas

I.4. El relato múltiple

⁵⁶ En 2005 Tristán Bauer dirigió la versión filmica de *Iluminados por el fuego*, que tuvo gran repercusión popular y cuyo guión privilegiaba el motivo del retorno del protagonista a las Islas, tras el suicidio de un compañero con quien había compartido los duros momentos de la guerra.

En 1997 el relato testimonial colectivo cambia la forma de abordar y relatar la historia bélica en *Partes de guerra* de Speranza y Cittadini, quienes en su breve “Nota inicial” explican cómo se concretó la obra e indican cómo debe ser leída.

Los compiladores, profesores de Letras de la UBA, señalan que la tarea de investigación, selección y montaje de los testimonios recogidos entre 1994 y 1996 y el respeto que se ofreció a los tonos y matices de los discursos de los excombatientes, permitieron construir un relato único “entre los muchos otros posibles de la guerra de Malvinas” (11). Renunciando a toda generalización, el prólogo define la originalidad de la obra a partir de una singular metodología de recopilación y de la misma experiencia bélica de los testimoniados, ya que, distantes geográficamente y con virtual autonomía operativa, estos combatientes habían forjado relaciones muy estrechas entre sí y un contacto más cotidiano con los kelpers.

Por estar cerca del Estrecho de San Carlos, donde se efectuó el desembarco británico, ellos sufrieron el primer ataque masivo y, después de una dura batalla, también fueron los primeros en rendirse en Darwin-Goose Green, la zona que los compiladores definen como “un escenario de características singulares” (12).

La estrategia es clara: dos profesionales de relatos de ficción llaman la atención sobre la evocación colectiva de una experiencia bélica distinta y cifran su legitimidad en la consistencia de la reconstrucción realizada, un valor enfatizado por el esbozo de un marco histórico-referencial que en el cierre o epílogo incluye “Notas Bibliográficas” con breves biografías de los entrevistados que detallan su origen, el destacamento al que pertenecían, las condecoraciones recibidas y sus actuales formas de vida, algunas particularmente difíciles. Además, proporciona una cronología de la guerra y una amplia lista de agradecimientos que incluye agrupaciones de veteranos de guerra, instituciones castrenses y figuras del ámbito cultural como Ricardo Piglia, Marcelo Kohen y Carlos Sorin.

Quince años después de concluida la contienda, el relato testimonial parece privilegiar la referencialidad: a diferencia del libro de Kon, la voz de los compiladores no induce ni interrumpe a los entrevistados; por otro lado, debe asumir los límites que suponen para ese objetivo los que ya eran motivos típicos de este relato, algo que se evidencia en la “Nota inicial” al advertir que han incorporado “testimonios de algunos soldados que combatieron en otras localidades, por considerarse que las experiencias por ellos narradas admitían la licencia de algunas imprecisiones geográficas” (11). Posiblemente, así aluden a la inserción de testimoniados que denuncian la arbitrariedad

de los oficiales argentinos relatando sucesos vividos en otras zonas, pero lo cierto es que también transforman otros documentos en testimonios, como el discurso que pronuncia el jefe militar del desembarco del 82, la carta que envía un joven oficial a su padre o fragmentos del libro de general Balza (*Malvinas: relatos de soldados*, 1992).⁵⁷

El campo de representación de la guerra se amplía modificando las características del relato testimonial, que ya no se limita a los discursos de excombatientes que evocaban las mentiras de la prensa como el único “afuera” con respecto a la insularidad de su experiencia. Tampoco se restringe a ellos como exclusivos protagonistas: ahora los denostados oficiales son coprotagonistas de sucesos especiales que construyen un capítulo diferente de la historia de la guerra.

En la reedición de 2007, realizada en una época muy distinta del país, que había estallado seis años antes, esta visión se ratifica en el mensaje editorial de la contratapa: “A más de veinte años del conflicto de Malvinas sigue habiendo voces que no han sido escuchadas”. Se manifiesta el propósito de mostrar

[...] la otra cara de la guerra. Ya no la del trasiego político y las criminales necesidades del poder, sino la del campo de batalla en estado puro, con su horizonte de incertidumbre y desamparo.

“Las voces que no han sido escuchadas”, y que movilizaban a Kon en 1982, vuelven a justificar mucho tiempo después la evocación de un determinado escenario bélico a partir del nuevo horizonte que marcaría la naturaleza misma de la narración. Así lo evidencia el reportaje incluido en la bibliográfica que publica *Página/12* cuando se reedita el libro, donde ambos compiladores revelan qué tipo de testimonio eligieron. Sostiene Speranza:

Queríamos relatos en primera persona, que era lo que le faltaba a la guerra. Por supuesto incorporamos en la edición los saberes o la sensibilidad de los relatos de ficción. Nuestro campo es la literatura y en mi caso también el cine y la analogía más clara que encuentro con lo que hicimos es el montaje cinematográfico. Esa es la técnica que utilizamos.⁵⁸

⁵⁷ Verónica Tozzi lee cierta manipulación de lo testimonial en esta obra: “los editores-narradores mismos son tentados a distanciarse de aquellos testimonios con los que ‘parecen no acordar’, contraponiéndoles en sucesión inmediata algún otro que ponga en duda la aceptabilidad política del anterior” (“Lo ‘Otro’ de la memoria”, *Dossier Malvinas*).

⁵⁸ José Natanson, “Partes de guerra: Malvinas contada por soldados, oficiales y suboficiales”, en *Página/12*, suplemento *Radar*, 17 de abril de 2005 [disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/Radar/9-2166-2005-04-17.html>; última consulta: 5/4/11]. La versión digital con que trabajamos no está paginada.

Cittadini también insiste en que era uno de esos casos en que los contenidos imponen una forma y “nada tenía que hacer una primera persona que adjetivara las voces” (Ibíd.).

José Natanson, el autor de la nota, les recuerda que en una crítica a la primera edición de la obra, Ricardo Piglia había citado a Hemingway, que recomendaba contar las guerras desde las pequeñas experiencias. Al preguntarles si esa había sido su decisión, recibe la respuesta confirmatoria de Speranza: “Sí. Hay una decisión metodológica pero también algo de sensibilidad literaria que nos hizo buscar incidentes precisos y acotados” (Ibíd.).

Cuando ella dice que a la guerra le faltaban relatos en primera persona posiblemente se refiera al juicio negativo que la crítica literaria de los 90 deparó al relato testimonial. Desde la literatura, Speranza recupera la posibilidad que brindan los distintos registros narrativos como fundantes de un nuevo modelo para este relato.

Al iniciarse el siglo XXI, la guerra de Malvinas había probado su capacidad de inspiración en casi todos los géneros y medios: la narrativa, el teatro, la investigación histórica y periodística, el cine y la canción popular, desde el rock hasta el folklore. Ratificando el vínculo entre el relato testimonial y el rock, en 1999 la revista *Rolling Stone* publica “Nuestro Vietnam”, las crónicas de Daniel Riera sobre historias de excombatientes suicidas o alienados, un tema que había anticipado *Partes de guerra*.

A *Los pichiciegos* de Fogwill la literatura sumaba un nuevo clásico: la novela *Las Islas* de Carlos Gamerro (1998), que relata la historia de un excombatiente transformado en *hacker* en la Argentina de los 90, y cuya trama asocia la represión del proceso militar con el dramático recuerdo de la guerra y los turbios negocios de la era menemista.⁵⁹

Numerosas ficciones habían ampliado notablemente el campo de representación de la contienda con diferentes formas de evocarla, desde aquellas que la insertaban en una reflexión –a veces transformándola en una metáfora de los dramas recurrentes de la historia argentina– hasta las que la ubicaban como un suceso importante en determinada etapa vital de sus jóvenes protagonistas. En muchas de estas obras latía esa visión farsesca de la guerra creada por la novela de Fogwill.⁶⁰

⁵⁹ Los artículos que en el 2007 publicaron en el número 20 de *Puentes* Samanta Salvatori (“Las películas de la guerra”) y Cecilia Flashland (“Una banda de sonido para Malvinas”) proporcionan listados que demuestran la pregnancia de la guerra del 82 en obras filmicas, teatrales y musicales.

⁶⁰ A título ilustrativo, siguiendo los juicios de quienes han estudiado esas ficciones –como Julieta Vitullo (2007)–, citamos como ejemplos de la primera forma las novelas *El ser querido* de Daniel Guebel (1992), *Dos veces junio* de Martín Kohan (2002) y el relato “Una causa justa” de Osvaldo Lamborghini (2003).

I.5. Un recuerdo histórico

En 2005, cuando aparece *Crónicas de un soldado* de Fabián Bustos –la quinta obra de relato testimonial que elige este trabajo–, la Argentina ya había sufrido la crisis terminal del modelo socioeconómico que arrastró al gobierno de Fernando de la Rúa, un episodio cuya cercanía en el tiempo exime de mayores explicaciones. Quizá baste decir que en ese momento el país dejó de pagar los intereses de su deuda externa, algo que no había hecho durante el transcurso de la guerra de Malvinas cuando siguió abonándole a los bancos británicos su cuota-parte.⁶¹

Ahora otros actores políticos y sociales se perfilaban en el escenario nacional y la sociedad consolidaba una nueva visión de la guerra convertida ya en un recuerdo histórico que, según Lorenz, apuntaba a “reintroducir simbólicamente a los caídos en el Panteón nacional” (2006, 277). Lo que este historiador llama la etapa de la comprensión (289) se habría iniciado con los cambios operados en la liturgia de la evocación del 2 de abril, cuando en 2002 asiste el presidente de la nación Eduardo Duhalde.⁶²

La guerra como un episodio histórico ahora incluía a militares y exconscriptos, a los que habían podido integrarse después de la contienda y a los que aparecían casi como “un daño colateral” (marginales, locos y suicidas); a todos se les rendía un tributo que honraba a los muertos, reconocía las actitudes valerosas de los sobrevivientes y se compadecía de las consecuencias por ellos sufridas. Pero esta postura congelaba cualquier otra reflexión que no estuviese dirigida a consolidar ese archivo de la memoria; ni siquiera la anulación de las leyes que exculpaban a los militares del proceso militar (2003) permitiría años más tarde enjuiciar por crímenes cometidos antes de 1982 a hombres que, como el marino Büsser, habían tenido notorias responsabilidades en Malvinas.⁶³

Para la guerra como un acontecimiento ineludible de la historia de la adolescencia: *Posdata para las flores* de Miguel Vitagliano (1991), *Acerca de Roderer* de Guillermo Martínez (1992) y *Latas de cerveza en el Río de la Plata* de Jorge Stamadianos (1995).

⁶¹ François Lepot, seudónimo del periodista Enrique Oliva, que fue corresponsal de *Clarín* en Europa desde 1976, señala este hecho en su *Malvinas: el colonialismo de las multinacionales* (1987).

⁶² Así se iniciaba la tradición de contar en la ceremonia que recordaba a la guerra con la máxima autoridad nacional: el 31 de marzo de 2004, el entonces presidente Néstor Kirchner, originario de la provincia de Santa Cruz, que había sido uno de los escenarios desde donde se vivió la guerra con mayor intensidad, participó en Río Grande de la vigilia y los actos conmemorativos que cada año organizan en el Sur excombatientes de todo el país.

⁶³ Si bien los militares acusados por maltrato a los concriptos durante la guerra ya tienen causas entabladas, nuestra observación ratifica el hecho de que todavía las acusaciones por lo actuado durante el proceso militar y la guerra avanzan por carriles separados. En 2012 se aguardaba que la Suprema Corte ratificara la condición de crímenes de lesa humanidad que ya le habían asignado distintos jueces en causas abiertas por excombatientes. En 2015, un fallo de la Corte cerró esta posibilidad.

Estas breves observaciones permiten esbozar el escenario o –quizás– el espacio posible de continuidad y cambio que marca *Crónicas de un soldado* de Fabián Alberto Bustos, un libro al que su misma editorial clasifica como “Ensayo histórico argentino”, y en cuya solapa se presenta al autor como un testimoniante de *Los chicos de la guerra*, y se hace referencia a su aporte en la filmación de la película homónima y a su vida posterior respecto de un itinerario de búsquedas anticonvencionales.⁶⁴

Bustos, que ya en 1982 diferenciaba su discurso asumiendo que se había sentido un invasor frente a los kelpers, había dedicado los últimos diez años de su vida a escribir esta obra, cuyos primeros apuntes concretó en Puerto Argentino. La contratapa del libro indica que “Debemos ver a la guerra de Malvinas como una experiencia de crecimiento”; asume que el país atravesó una profunda transformación, vincula dolor con enseñanza, da por superado el “victimazgo” (“dejamos de ser víctimas para hacernos responsables de lo que nos pasa”) y señala que todavía resta el desafío de “curar las heridas y construir un destino mejor”.

Desde el “nosotros”, la retórica publicitaria de la editorial construye una notoria ambigüedad: ¿quién está hablando, “la sociedad” o el excombatiente? Sin embargo, ese “todavía” resulta revelador, en tanto da por concluida una etapa histórica que el relato testimonial construyó con la denuncia y el planteo generacional, y abre un espacio muy difuso pero claramente ligado a la memoria individual, un rasgo que será distintivo en toda esta obra.

Dedicado a su padre, *Crónicas de un soldado* está prologado por su madre, Elena Noseda, quien se refiere a la experiencia que ella y su marido desarrollaron durante y después de la guerra en la contención de familiares de combatientes y que inspiró el libro *El otro frente de guerra: los padres de Malvinas*, publicado en 1983. La prologuista enfatiza la condición juvenil del autor desde una actitud maternal: evoca su saludo a las “cabecitas rapadas” (9) que transportaban los camiones que llevaban a los conscriptos a Malvinas –entre los que se hallaba su hijo– y recupera el hecho de que esta obra testimonia los episodios que él vivió a sus tempranos diecinueve años. Finalmente, dedica el libro a los hijos de “nuestros chicos de la guerra” y recuerda que su nieta, la hija de Fabián, tiene en ese momento la misma edad que él cuando fue a la guerra.

⁶⁴ Se relata que luego de abandonar sus estudios universitarios, Bustos vivió en San Marcos Sierra (Córdoba) –un lugar cuyo sitio web define como “Territorio No Nuclear y de Protección a la Naturaleza”–, realizó en forma autodidacta aprendizajes sobre esencias florales, radiestesia y masajes, y residió en distintas provincias argentinas y en Brasil.

En ese “nuestros chicos de la guerra” podría leerse el reconocimiento de una pertenencia. El libro de Kon, en el que había participado su hijo, no solo había definido un nombre para los conscriptos sino también una imagen de ellos. Pero en 2005 la prologuista reconoce que frente a la obra de su hijo siente “Alivio porque pudo transformar esa experiencia sombría e inútil en un libro para compartir” (9). Esta crítica alusión a la experiencia de Malvinas revela que ya los prólogos no tienen pretensiones de denuncia ni de reclamo de representatividad sectorial, y en este caso la modelización dirige la obra a nutrir el conocimiento de los nuevos chicos.

Si bien privilegia la óptica juvenil del autor como rasgo definitorio, un motivo típico del relato testimonial, ahora también elige el contexto de una de esas historias de participación familiar que fueron significativas durante y después de la contienda y que en algunos casos tuvieron amplia difusión, como la de Isaías Jiménez, padre de un aviador muerto en Malvinas, que durante mucho tiempo lideró ante el Estado nacional el reclamo por la identificación de los caídos en combate.

Lorenz advierte que ya en el año 2000 había cambiado la forma en que los excombatientes leían su experiencia y cita el discurso de uno de ellos ante los alumnos de un polimodal. El excombatiente reconoce que después de pensar que lo vivido fue inútil, cree que ahora solo los 649 muertos que “tenían ilusiones igual que ustedes y ganas de vivir, se merecen que haya valido la pena” (2006, 265).

Según el historiador, el sentido de la guerra comienza a ser un territorio de elaboración individual donde pesan tanto, por ejemplo, la visión de “Con pena y sin gloria”, un artículo que Ernesto Sábato había publicado en *Clarín* diez años antes, como la afirmación de José Pablo Feimann en el 2002, cuando advertía que a los excombatientes les esperaba una gloria especial, la de aprender a vivir sin gloria.⁶⁵

Este prólogo podría leerse como el cierre de una historia individual en la que la victimización de los jóvenes despertó la reacción de los padres y su solidaridad con quienes sufrían el trauma de la guerra. Sin embargo, esa memoria que se ofrece al aprendizaje de las generaciones futuras está desarrollada en un libro que cambia características tradicionales del relato testimonial. A partir de una experiencia atípica – Bustos había prestado servicios en el correo de Puerto Argentino –, su relato presenta a un protagonista diferente, alguien que no vacila en asumir su condición de contraventor sistemático, casi de pícaro, y está a cargo de un narrador que, al reconstruir los sucesos que se vivían fuera de las Islas, supera la mera repetición de ese falso saber

⁶⁵ Capítulo 13 “Canon en fragmentos”, pp. 293-327.

proporcionado por los diarios de la época al que aluden obras como *5000 adioses a Puerto Argentino e Iluminados por el fuego*.

En *Crónicas de un soldado* es casi tan notable la apropiación de algunos datos que la investigación histórica y periodística ha brindado sobre la guerra de Malvinas como la diversidad de los epígrafes que señalarían referentes culturales no convencionales, como la Madre Teresa de Calcuta, The Beatles y *Las enseñanzas de Don Juan* de Castaneda.

Al finalizar la guerra, los británicos les decían “war is over” a los soldados argentinos que, incomunicados, no sabían que la rendición ya se había concretado. La forma en que los exconscriptos evocan esta frase ejemplifica el peso de su saber o no saber inglés en las Islas, un tema que fue dramatizado por *Guariso, los olvidados*, la película de Bruno Stagnaro (2009), y que aparece muchos años después en la poesía de Hugo Sánchez (2012) al retornar a Malvinas: “27 años después estamos aquí / comprobando que este lugar / existe y que la guerra terminó / 27 years later we are here / Beginning that this place exists and / ‘The war is over’”.

¿Cómo no pensar que en este prólogo se ratifica ese “war is over”?, un hecho que confirma el muy diferente testimonio de Bustos, un singular sujeto narrador que quizá era impensable en épocas anteriores y que define la condición del testigo como un proceso abierto, más aun, en permanente evolución.

Primera síntesis provisoria

Creemos que esta lectura de los prólogos de libros del relato testimonial fortalece nuestra idea de que la memoria de la guerra de Malvinas es una construcción social cambiante e inseparable de la relación igualmente cambiante que los argentinos tenemos con las Islas. Y a su vez justifica la condición provisoria que asignamos a esta síntesis y las de los capítulos que siguen.

Todos los prólogos de las obras escritas en esos años brindaron consignas de lectura de los testimonios íntimamente vinculadas con las distintas formas de representación de la guerra que en sucesivos períodos elaboró la sociedad argentina. Seguir el paulatino desplazamiento de los lugares desde donde los prólogos formulan esas consignas permitió forjar un probable itinerario –recorrido por este capítulo– del relato testimonial, desde el hito fundacional representado por *Los chicos de la guerra*, que tuvo un enorme éxito de ventas, hasta el crepuscular y muy poco difundido *Crónicas de un soldado*. En síntesis: un sendero que se inició en 1982, leyendo los testimonios como

el indicio de un nuevo capítulo de la historia nacional, y que concluye en 2005, ofreciéndolos como una memoria ejemplificadora para los jóvenes. Pero el mismo camino habilitó otro tipo de lecturas que revelaban ciertas operaciones: por ejemplo, la asociación de la experiencia bélica con las consignas de la cultura beatnik, la emblematización que transformaba esa experiencia en hito fundante de una generación, o el rescate de un episodio especial como revelador de la multiplicidad de relatos posibles que ofrecía la guerra.

¿Cifran los prólogos visiones inmutables de los testigos? Este trabajo ya ha demostrado el cambio en testimonios forjados en diferentes períodos, pero creemos que un buen ejemplo lo ofrece la respuesta de Esteban durante el reportaje que María Ester Gilio le hace para *Página/12*, cuando estaba en marcha la filmación de la película inspirada en su libro: “Ya no quiero hablar más de Malvinas. Dije en el libro lo que quería y ya está... No estamos en el 82”.⁶⁶

Esteban vuelve a los temas de *Illuminados* (el hambre, el frío, los abusos de los oficiales) y condena el olvido en que quedaron los excombatientes. Reitera su alegato sobre la necesidad de entablar relación con los kelpers y formula una definición clara: “La guerra fue un episodio de la dictadura” (Ibíd.). No hay una sola alusión a Malvinas como el hecho constitutivo de una generación, tan central en el prólogo de *Illuminados*, pero sí una referencia a los chicos, muy distante de la emblematización propuesta en el prólogo de esa obra: “A diferencia de los chicos del setenta, los chicos de la década del ochenta éramos chicos sin ideología, muy ingenuos” (Ibíd.). Refiriéndose a las transgresiones cometidas en la adolescencia –ver películas de Isabel Sarli–, reconoce: “Yo era así. Es curioso sin embargo, ya que mi padre fue una de las primeras víctimas de la Triple A” (Ibíd.). Y recuerda que sus tíos debieron emigrar por las amenazas recibidas. Bastaría releer el prólogo de *Illuminados* de 1993 para apreciar qué elecciones realizó Esteban para construir su representación de la guerra y advertir cómo operó el tiempo sobre su visión de Malvinas. En síntesis, qué dice veintiún años después y lo que silencio depositándolo en “el libro”, como llama a su obra.

En 1985, el prólogo de Leonardo Sacco a *5000 adioses a Puerto Argentino* ofrecía el modelo cultural beatnik a los excombatientes de Malvinas y podría suponerse que fue una propuesta sin trascendencia. Sin embargo, esa cultura beatnik que difundió el rock, promoviendo un estilo de vida propio y notorias actitudes antibelicistas, será recuperada

⁶⁶ María Esther Gilio, “Por qué Edgardo Esteban. Los ingenuos del 82”, en *La fogata digital*, 2003 [disponible en: http://www.lafogataorg/003arg/4/ar_cumplen.htm; última consulta: 10/4/12]. La versión digital con que trabajamos no está paginada.

veinticuatro años después, como un modelo definitorio para su generación, por el excombatiente Gabriel Sagastume (2009), cuando narre su segundo regreso a Malvinas acompañando a una banda rockera anglo-argentina.⁶⁷

¿Es lo epocal definitorio en el discurso de los prólogos? Pensamos que la pregunta tiene dos respuestas. Sí para quien busque la tensión inicial que los organiza y se interese exclusivamente en la historia del relato testimonial. Pero quien aborde hoy sus consignas de lectura con una mirada más amplia, descubrirá en la narrativa prologal algunas de las marcas que definen la cuestión Malvinas como un conflicto abierto en la larga duración de nuestra cultura; por ejemplo, el factor emocional, ese “sentimiento Malvinas” que, sacralizado o denostado, sigue siendo tan irreductible a la reflexión sistemática como ineludible en cualquier enfoque que aborde la problemática de las Islas.

Al proponerse fijar una lectura de los testimonios, paradójicamente la narrativa prologal creó sistemas de representación de la guerra del 82 y, con ellos, sentidos que nutrieron el conflicto originario que los fundaba, liberándose con el paso del tiempo del período histórico que los justificaba. Esto quizá explique por qué, abstrayendo lo estrictamente epocal, los discursos de los prólogos revelan la vigencia de búsquedas, contradicciones, desvíos, silencios, e incluso convenciones que todavía asoman cuando los argentinos pensamos Malvinas.

⁶⁷ Desde su admiración adolescente por el rock inglés, Sagastume recuerda, por ejemplo, la película *Hair*, en la que los convocados a la guerra de Vietnam quemaban sus citations en ceremonias públicas (8-9). Definiéndose como chicos que buscaban ideas propias y nuevas, y que pensaban que no existía la posibilidad de ir a una guerra, sostiene: “llegamos a las Malvinas en abril de 1982, con las ideas de paz y amor de los hippies y pensando que todo lo que conocíamos de Inglaterra eran las invasiones inglesas y el rock” (10). El mismo Sagastume evoca un fragmento de “Botas locas”, la canción de Charly García que integró la grabación del recital de Sui Generis de 1975. Esta canción, donde Charly condena su experiencia en el servicio militar, será también recordada por Marcelo Eckhardt en su relato “El desertor”.

CAPÍTULO II

Las señales de identidad del relato testimonial

Ser chicos, no-saber, no-tener, no-poder

Definir como objetivo de este trabajo el estudio de ciertas configuraciones narrativas –las más recurrentes– que articulan la evocación de la experiencia bélica de los testimoniantes suscitó preguntas inevitables.

¿Qué autonomía narrativa aseguraban estas configuraciones frente a las consignas de lectura fijadas por esos prólogos que, de acuerdo con la lectura de este trabajo, se asociaban a distintas visiones sociales de la contienda e incidían notoriamente en la formulación misma de los testimonios?

¿Podían homologarse en un mismo corpus discursos contruidos en épocas distintas: desde aquellos proporcionados dos meses después de finalizada la guerra hasta los que la evocaban mucho tiempo después, habiendo atravesado los testimoniantes experiencias vitales diferentes en una sociedad que forjó numerosas y diversas construcciones culturales inspiradas en esa guerra, empezando por *Los pichiciegos* de Fogwill?

¿Hasta qué punto era aceptable la naturaleza misma de un corpus que incluía recopilaciones de testimonios colectivos y testimonios individuales? En el primer caso, cada testimonio se transformaba casi en una foto instantánea del suceso evocado, en cambio la obra individual posibilitaba un trabajo de composición que incorporaba otros elementos.

A la visión negativa de la crítica literaria sobre los testimonios se sumaba la interesante observación de María Pía López sobre la memoria de los excombatientes:

Malvinas fue sacrificial ilusión, muerte juvenil, entusiasmo colectivo, pronto olvido. Nombre también de un trauma de doble rostro: uno, el de la ausencia de una reflexión común, el otro, el de la memoria como repetición o retorno, sostenido por muchos de los excombatientes. Entre la omisión y la reiteración, la literatura ha pensado el acontecimiento. (2010,150)

¿Acaso las señales de identidad del relato testimonial se agotaban en el registro de esa repetición o retorno a la experiencia bélica y, a diferencia de la literatura, no permitían advertir otras formas de pensar el acontecimiento de la guerra?

Fijar como punto inicial una exploración abierta, que confirmara siquiera su posibilidad, parecía el único camino. Partiendo de “La identidad es una construcción que se relata”, la luminosa definición de Roberto Ferro (1998, 94), surgió la idea de pensar esa construcción que realiza cada testimonio a la luz de las múltiples funciones asignadas por el autor a la narratividad de la forma testimonial.

Asumir que estos testimoniantes concretaban la construcción imaginaria de sí mismos como “otro” —el concepto de Paul Ricoeur que toma Leonor Arfuch (2002) al referirse a la autobiografía—⁶⁸ permitió aceptar la condición de sujetos narradores que, desde su presente, formulan dicha construcción, otorgándole sentido a una experiencia que pertenece al pasado (como hecho histórico) pero fundamentalmente a su pasado personal.

En la introducción, este trabajo ya citó las marcas señaladas por Arfuch en el discurso que elabora esta experiencia —vinculándolas con ese presente—, la distinta relación que establece con las consignas del entrevistador, autor y/o compilador, y el hecho de que este asuma la representación del destinatario del testimonio.

Reconociendo en esta condición de sujetos narradores la posibilidad misma de la existencia de un territorio discursivo, el objetivo fue leer cómo se configuraban los testigos en el relato de los sucesos vividos. Lejos de indagar ese orden de lo irrepresentable al que pertenecería la guerra, que es una idea compartida en todos los testimonios aquí analizados, buscamos aquellos motivos básicos, esos espacios de representación contruidos por su memoria, sostenidos durante veintitrés años por encima todas las diferencias individuales y epocales.

Según nuestra hipótesis su condición de adolescentes y su no-saber, no-tener y no-poder, que constituían motivos centrales de sus discursos, eran los que definían sus señales de identidad frente a la contienda. Frente al peso de otros motivos usualmente señalados en el relato testimonial, como el “victimazgo” o la “causa justa”,⁶⁹ para citar

⁶⁸ Arfuch recuerda que Ricoeur diferencia el *idem*, un “mismo”, del *ipse*, un “sí mismo”, y plantea que la diferencia entre ambos es la que existe entre una identidad sustancial o formal y la identidad narrativa, “sujeta al juego reflexivo, el devenir de la peripecia, abierta al cambio, la mutabilidad, pero sin perder de vista la cohesión de un vida” (90).

⁶⁹ Creado por el derecho bélico romano y citado por Aristóteles y Santo Tomás de Aquino, el concepto de causa justa fue definitivamente formulado por Francisco de Vittoria en el siglo XVI, transformándolo en una *condictio* de la guerra justa, junto con la autoridad legítima y rectitud de intención. En 1982 el *Times* invocó el concepto tomista de la guerra justa para defender la guerra de Malvinas (Rodolfo Terragno 2002, 92). La causa justa, que originariamente definía la confrontación con aquellos que agreden los derechos de los hombres consagrados por el derecho natural, tuvo diversas formulaciones con el correr de los siglos y sigue vigente, ya que es citada en la Carta de las Naciones Unidas creada en 1945. Ineludible es la reformulación que concreta el norteamericano Michael Walzer en *Guerras justas e injustas* (1977), proponiendo tres argumentos para la causa justa: actuar en legítima defensa, la guerra preventiva y la intervención en defensa de los derechos humanos. Usada como justificación del desembarco en Malvinas,

los más mencionados, el análisis centrado en el territorio narrativo permitía ubicar su origen en determinados registros de esos discursos y seguir su evolución advirtiendo las permanencias y los cambios que impuso el paso del tiempo.

Aceptando la repetición que observaba María Pía López, descubrimos paradójicamente todo lo diferente que ofrecían las formas en que los testigos retornaban a la traumática experiencia de la guerra. Pero además surgieron las coincidencias que ellas tenían con registros narrativos de otros relatos: las ficciones iniciales inspiradas en la contienda del 82 y la narrativa expedicionaria del desierto del siglo XIX.

Lo que ya era complicado marcar en dos capítulos distintos de la literatura argentina se hacía más conflictivo cuando esas coincidencias se producían con el testimonio brindado por Primo Levi –un sobreviviente del Holocausto– en libros emblemáticos como *Los hundidos y los salvados* (1989) y *Si esto no es un hombre* (1998).

Algunas ideas acercaban al tema: María Pía López (2010) había observado que en 1982 ni el escritor Rodolfo Fogwill ni el filósofo León Rozitchner disociaban la guerra de los campos de concentración de la dictadura.⁷⁰ Por nuestra parte, coincidiendo con Lara Segade (2009), pensábamos que los puntos de contacto entre *Los pichiciegos* de Fogwill y *Los chicos de la guerra* de Kon eran muy superiores a los habitualmente citados.

Pero no podía negarse el hecho de que Levi, y Alain Finkielkraut en *La memoria vana* (1990), insistían en no homologar la experiencia bélica con la vivida en los campos nazis. No obstante, en sus libros dedicados a reflexionar sobre el Holocausto, ambos aludían a las víctimas del proceso militar argentino como expresiones de la

la causa justa fue muy popular en nuestro país durante la guerra. La edición del 17 de mayo de 1982 de *La Gaceta Argentina*, el periódico creado por el gobernador Menéndez en las Islas, transformó el concepto de causa justa en una de las diferencias con el enemigo: “Usted combate por una causa justa” (Balza 2003, 108). Los testimonios estudiados suelen registrar la causa justa, ya sea para ratificarla o cuestionarla. Quizá haya inspirado el título, “La causa justa”, del relato de Osvaldo Lamborghini (2003) cuyo protagonista Tokuro, un ex soldado japonés de la segunda guerra mundial, vive en la Argentina, país al que llama “la inmensa llanura de los chistes” (38). Tokuro recuerda que conoció ese concepto mientras combatía en Filipinas, leyendo un folleto editado por la casa imperial japonesa. Su dogmática adhesión a la causa justa le permite justificar la tragedia que desencadena durante el transcurso de un partido de fútbol jugado durante la guerra en Buenos Aires. Pensado como una alegoría de la alienación generada por convicciones que se transforman en valores absolutos, el relato lamborghiano ofrece una notable lectura de la guerra de Malvinas.

⁷⁰ López examina *Los pichiciegos* de Fogwill y la respuesta de Rozitchner al Grupo de Discusión Socialista y, aunque establece cierta diferencia en el planteo del filósofo, sostiene: “El saber de los campos [es] trasfondo sustantivo de la interpretación de la guerra en Rozitchner y Fogwill” (156). La autora también cita “A salvo de Malvinas”, un artículo de Martín Kohan (*Bazar Americano*, 2006) donde él ya habla de los “hundidos” y “salvados”, notorios conceptos de Levi, al analizar la novela de Fogwill.

vigencia del espíritu criminal que organizó el genocidio perpetrado por el Tercer Reich.⁷¹

Solo en una obra del relato testimonial (*Iluminados por el fuego* de Esteban y Borri), el narrador, al ingresar a las duchas colectivas de Puerto Argentino, evoca las cámaras de gas nazis que, como recuerdan Levi y otras víctimas, estaban acondicionadas como verdaderas salas de baño.⁷² Pero por otro lado, esta coincidencia mínima –y quizá irrelevante– coexistía con muchas otras que podían advertirse en los registros narrativos de testimoniantes tan distintos como Levi y los excombatientes de Malvinas.

La idea inicial fue justificar esas coincidencias mediante factores comunes de estos testigos: la condición de deportados de sus lugares originarios, la de estar sitiados por la violencia de la situación y del clima, y la de limitados a la frontera, representada en un caso por la estructura misma del Lager, y la naturaleza de las Islas en el otro. Pero pronto esa idea se mostró inconsistente: tanto podía explicar como cuestionar esas coincidencias que, además, eran quizá demasiado amplias y susceptibles de repetirse en distintas épocas y lugares donde rigieran condiciones similares.

Creímos que más importante que teorizar sobre un tema que excedía nuestras posibilidades era simplemente marcar esas homologías en el examen de las señales de identidad de los excombatientes de Malvinas, una decisión que, por ejemplo, permitía leer ese “A vos te falta Malvinas” que daba título a la tesis como una autopercepción de madurez fundada y acelerada por la experiencia traumática. Este concepto enarbolado por pibes de 18 años en el escenario bélico de las Islas ya había sido planteado de alguna manera por Primo Levi evocándose en el Lager, en 1944, cuando solo tenía 25 años: “nosotros, internados cinco meses antes, nos contábamos ya entre los veteranos” (1998,123).⁷³

Otra duda fue si correspondía examinar las señales de identidad en cada obra o analizarlas a lo largo del segmento elegido del relato testimonial. Se impuso la primera modalidad porque no las escindía de las formas de representación de la guerra que planteaban y que eran definitorias para el examen. Aunque lineal, este tipo de análisis

⁷¹ “[...] nunca he perdonado a ninguno de nuestros enemigos de entonces ni me siento inclinado a perdonar a sus imitadores en Argelia, Vietnam, la Unión Soviética, Chile, la Argentina...” (Levi 1989,19).

⁷² Levi 1998, 193. Sobre el tratamiento en *Iluminados*, ver II.3.3. “No-tener: la degradación del cuerpo, la desconfiguración de la imagen”. Si bien la denuncia del antisemitismo de los oficiales argentinos aparece ya en *Los chicos de la guerra*, recién encontramos una asociación con los campos de concentración nazis en el testimonio muy posterior de quien era en esa época un joven cabo. Él asocia la imagen de los soldados argentinos ya rendidos con un “campo de concentración de judíos” (Rodríguez, 159).

⁷³ Herrscher ironiza sobre esta operatoria, donde la situación bélica constituye cierta forma de veteranía para los jóvenes conscriptos: “Sólo tenían diez días más que nosotros en las islas, pero nos arremolinábamos para escucharlos como si fueran veteranos de tres o cuatro guerras” (2007, 56).

revelaba los numerosos registros narrativos que constituían una de las hipótesis del trabajo, que si bien estaba focalizado en un período concreto del relato testimonial (1982-2005), también consideraba la construcción del testigo como un proceso abierto. Lo más razonable entonces era observar cómo avanzaba esa construcción en un territorio narrativo que seguía creciendo.

II.1. Fundacional: *Los chicos de la guerra*

II.1.1. El sujeto de la narración: siempre adolescente

La imagen de “los chicos de la guerra” está fundada en una realidad incuestionable: ya antes de la guerra se sabía que eran soldados muy jóvenes. Esto fue lo que el embajador itinerante norteamericano Vernon Walters le advirtió a Galtieri cuando le señalaba que los británicos poseían un ejército profesional, mientras que “sus hombres son conscriptos con apenas tres meses de instrucción” (Cardoso, Kirschbaum y Van der Kooy, 1983, 161).

Anterior al libro de Kon, exaltada primero por los medios⁷⁴ y luego convertida en eje de la acusación al gobierno militar, esta imagen es unánimemente aceptada por los testimoniantes que operan la autodesignación de adolescentes para relatar lo presenciado o lo que les fue relatado en las Islas.

¿Cuáles son los rasgos distintivos de esa operatoria? En primer lugar, los testimoniantes de 1982 construyen su subjetividad centrándose en su corta edad, ese “ser chicos” que los define sin necesidad de explicaciones, más allá de la permanente intervención de Kon para ratificar esa imagen, por ejemplo, al transcribir en las entrevistas las observaciones de los padres y sus indulgentes comentarios.⁷⁵

Ser chicos y ser soldados se homologan en la respuesta de Juan Carlos cuando el entrevistador le pregunta si los nueve que compartían el pozo de zorro eran todos soldados: “Sí, sí, éramos nueve chicos en ese pocito” (139). Para Jorge, la corta edad había superado las jerarquías militares: “Hacía rato que no éramos dos soldados y un cabo. Éramos tres chicos de casi la misma edad, metidos adentro de un pozo” (115). Y

⁷⁴ Horacio Verbitsky recuerda la tapa de la revista *Gente* del 22 de abril de 1982, donde aparecía un grupo de soldados argentinos con el título “Para estos chicos la guerra está más cerca” (2002, 144). Dos artículos de esa revista de julio de 1982 revelan ya el cambio mediático sobre la visión de la guerra, pero conserva el protagonismo de los chicos, bajo el título compartido: “Hablan los soldados que estuvieron en el frente”; cada uno de ellos se pregunta: “¿Había comida?”, “¿Tenían frío?” (Sánchez, 314).

⁷⁵ Muchos años después, con una experiencia bélica distinta y un historia post Malvinas diferente, el exconscripto de la Marina Roberto Herrscher coincidirá en ese ser-chicos: “Y éramos chicos: nos carcajeábamos todo el tiempo, nos pegábamos en broma, hacíamos chistes. Todavía nos movíamos con la elegancia y la torpeza del final de la adolescencia. Saltábamos y gritábamos, en el fondo yo creo que estábamos muertos de miedo” (2007, 57).

explica las bromas que hacía con sus compañeros, a pesar de la amargura y del miedo, cuando ya eran prisioneros: “No sé muy bien por qué, tal vez por lo chicos que somos, empezamos a hacer bromas” (123).

Aunque acepta la observación de Kon de que en ese momento querían volver a ser adolescentes, advierte: “Pero te aseguro que ya no era lo mismo” (123), anticipando así el motivo de la adolescencia perdida que en los testimonios vincula la guerra con la maduración y el aprendizaje.

Sus relatos hacen de la experiencia bélica una continuidad, quizá nunca pensada, del servicio militar, donde la solidaridad del grupo de pares, un rasgo típico de cierto imaginario adolescente,⁷⁶ justifica la decisión de ir a Malvinas –incluso para los que hubieran podido quedarse en el continente– a partir de los lazos forjados en la “colimba”. Comenta Santiago: “Y, yo dije: ya que van todos, voy yo también, con mis amigos” (84), al mismo tiempo que reconoce que para él y otros provincianos era estimulante la posibilidad de “ver un lugar como Malvinas tan distinto a nuestra tierra” (82).

Confesando que nunca antes había viajado en avión (58), Ariel también hace del traslado a las Islas un motivo central de su discurso, lo que luego reiterarán muchos testimonios, configurándolo como un viaje iniciático cuya carga de asociaciones crecerá con el tiempo, pero que en *Los chicos de la guerra* ya aparece vinculado a un imaginario juvenil de aventuras y nuevas vivencias.⁷⁷

Aunque algunos se niegan a incluir a todos los oficiales, sus denuncias centradas en la falta de idoneidad de sus jefes concretan de hecho el cuestionamiento y la destrucción de las figuras de autoridad, otro motivo del relato juvenil. Así lo evidencia la respuesta de Santiago⁷⁸ a un oficial autoritario con el propósito de interrumpir el brutal estaqueo de un compañero: “Allá en el regimiento, está bien, es otra cosa. Pero acá, si no nos

⁷⁶ Este concepto es muy amplio y posibilitaría múltiples remisiones. Elegimos citar a la antropóloga Norma Fuller, que estudia el período en que los adolescentes varones cumplen la separación simbólica de su familia para ingresar al mundo de los hombres (“En adelante uno de sus grupos de referencia e identificación más importante serán sus pares”). Ella define el grupo de pares como “un marco de referencia privilegiado de los jóvenes” (74). Allí el adolescente establece con sus integrantes vínculos muy profundos [...] en una suerte de estado separado del sistema de relaciones sociales institucionalizadas (familia y trabajo) y ensaya sus roles futuros al lado de sus pares” (75).

⁷⁷ Al evocar su llegada a las Islas, Daniel Terzano recuerda que pensaban que “aquello era un paseo militar, una aventura de adolescentes en el fin del mundo” (1987, 129). La idea de aventura vuelve a aparecer en el relato de Roberto Herrscher: “Yo, un chico de asfalto y de clase media de Buenos Aires que crecí leyendo las aventuras de Sandokán en el jardín de mi casa, me sentía marinero, aventurero y tigre de la Malasia” (2007, 112).

⁷⁸ En *Los chicos de la guerra* se opera casi una segmentación de contenidos, donde cada testificante concreta con mayor extensión un tema. En el caso de Santiago, es la denuncia por los malos tratos de los oficiales a los conscriptos.

cuidamos entre nosotros no vamos a ninguna parte. Yo creo que no vinimos acá para cagarnos entre nosotros” (91). Así configura además esa visión de las Islas y de la experiencia bélica como un escenario diferente, donde desaparecen las reglas convencionales, y el “aquí-allá”, una suerte de territorialización fundante de la experiencia del sujeto de la narración, se extiende a lo largo de todo el relato testimonial.

Las figuras de autoridad caen por su falta de valor, impericia militar e incluso por las sustracciones delictivas que testimonia Santiago: “Las provisiones llegaban a la sección, pero el sargento se las guardaba y a mi pozo no llegaba nada” (91). Sobre la figura del antagonista, el superior corrupto y cobarde, el sujeto narrador asume una especie de justicia por propia mano,⁷⁹ una fantasía que tendría su oportunidad en el mismo escenario bélico. El joven la evidencia al recordar que sus compañeros decían sobre el sargento abusivo: “Los ingleses van a estar a cien metros, pero yo voy a ir corriendo para el lado del sargento primero y lo voy a cagar a tiros” (92).⁸⁰

Los sujetos narrados adquieren un atributo básico a partir de este juicio sobre sus figuras de autoridad: la guerra no era un destino elegido por ellos. Lo señala Jorge criticando la desmoralización de oficiales y suboficiales: “Ellos estaban ahí porque habían elegido la carrera militar” (118); y lo reafirma Juan Carlos al referirse a los militares de carrera: “Si ellos que son profesionales se van para atrás, ¿nosotros qué tenemos que hacer? nos preguntábamos” (147). También Guillermo: cuando comprende que los ingleses no eran los doscientos acorralados por las fuerzas argentinas como le habían dicho, se pregunta “¿Por qué nos mintieron?” (34).

Ambos motivos –el destino no elegido y el engaño– tendrán una configuración más concreta en el Canberra, el buque que los traslada ya prisioneros, al escuchar las observaciones de los ingleses sobre su condición de soldados conscriptos y apreciar el profesionalismo militar británico inclusive en el trato humanitario que les dispensan.

Quizá el más claro dato epocal del libro de Kon es la operación realizada por el autor para que desde su condición juvenil los testimoniantes reconozcan la guerra como

⁷⁹ Esta idea, que recorre todo el relato testimonial y se vincula con la imagen del justiciero, suele depositar la arbitrariedad del jefe y la reacción del soldado en dos figuras del discurso fílmico y televisivo como el Sargento García de *El Zorro* y *Robin Hood* (ver II.3.1. “La experiencia adolescente de ayer define hoy a una generación”).

⁸⁰ Veintinueve años después, la ficción concretará esta fantasía: el protagonista de *Segunda vida* de Orsi, un ex combatiente transformado en ladrón, recuerda que “al sargento ayudante lo acabé yo mismo de un bayonetazo en la espalda” (2011, 30). La figura del superior cobarde también aparece en el relato testimonial británico; letal es el juicio de Bramley sobre su propio sargento: “Es una pena que haya sobrevivido” (1991, 93).

un rito de iniciación, un hito que marca un antes y un después en sus vidas. Así lo hace Jorge: “Hasta la guerra yo era todavía un poco nene [...] Ahora comprendo que empecé a ser un poco hombre” (131).

En este rito de iniciación, lo generacional no tiene herencia política o histórica y los narradores enfatizan su condición adolescente con ese no-saber al que Juan Carlos alude cuando se refiere a su falta de formación política: “Yo tenía once años la última vez que se votó en la Argentina y catorce cuando subió Videla” (151).⁸¹ Pero también está en ese saber que encubre el tono desprejuiciado de Fabián: “Los militares argentinos han demostrado que para gobernar no sirven, se tendrían que ir a gobernar a Camerún. Y ahora perdieron una guerra” (215).⁸²

Bajo la presión de Kon, los jóvenes asumen su destino generacional en el futuro del país prolongando esa autodesignación de “chicos” donde la experiencia bélica aparece como un hecho fundante. Guillermo espera que “dentro de algunos años, entre los diez mil chicos que estuvimos en la guerra aparezcan siete u ocho, al menos, que sean capaces de llevar adelante el país” (74). Jorge confía en que “nosotros, los que estuvimos en Malvinas, si nos decidimos, podemos contagiar a los otros chicos de nuestra misma edad” (130).

Sin embargo, no todos aceptan ese “destino manifiesto”. Fabián relata su respuesta a un amigo que insistía en que los excombatientes ahora tenían la palabra: “¿Te pusiste a pensar alguna vez qué hiciste vos para que este país no estuviera en la situación que hoy está?” (216). Así construye otra de las contradicciones que se observaban entre los

⁸¹ Hasta la guerra, los nacidos en 1962 –año en que el Ejército depone al presidente Frondizi– presenciaron tres elecciones presidenciales, la primera en 1966 consagró a Arturo Illia, las otras dos, separadas por pocos meses en 1973, a Héctor J. Cámpora y Juan D. Perón.

⁸² Como se verá luego, Fabián tenía un familiar desaparecido, es decir que probablemente esté operando un código de autocensura. Dentro del colectivo del libro, él es un testigo anticonvencional (véase su buena opinión sobre los kelpers, que además busca referentes no comunes). Por ejemplo, recuerda que leyendo una revista durante la guerra, se identificó con el discurso de un aviador que había combatido en Vietnam. De todos modos, también nos preguntamos si él no está traduciendo una idea que crecía en la opinión pública. Yofre cita una declaración periodística del político justicialista Deolindo Bittel que, en febrero de 1983, sostiene: “los militares no sirven para gobernar y tampoco sirven para pelear como lo demostraron en las Malvinas” (2011, 534). A pesar de que los testimoniantes ya habían criticado el interés de los argentinos en el Mundial de Fútbol mientras los combatientes sufrían los bombardeos y luego las dolorosas secuelas de la rendición, Fabián elige como antípoda un país africano que en el Mundial de Fútbol de 1978 fue popularizado por los flashes televisivos creados por Caloi para promocionar ese evento. Allí un negrito símil caníbal, único ocupante de las gradas, insistía en que era “el” hincha de Camerún. Este trabajo ya se refirió al sesgo original que Caloi imprimió a su protagonista Clemente en la historieta diaria de *Clarín* y estos cortos televisivos, diferenciándose del discurso oficial de la época (ver Apéndice “En el horario de protección al menor”). La expresión de Fabián, que anticiparía el peso del discurso televisivo en los testimonios, puede leerse casi como una marca generacional. Según nuestra hipótesis, por lo menos el sector urbano de la clase 1962 estuvo expuesto a la influencia televisiva, y este hecho es muy notorio en sus discursos.

testimoniantes y el recopilador que, rápidamente, cambia de tema pidiéndole que defina la guerra.

Los testigos cuestionan lo sucedido desde su experiencia, que critica tanto la impericia de los responsables militares como la verbosidad de los que apoyaban la contienda, preguntándose irónicamente si seguirían pensando lo mismo después de haber atravesado lo que ellos vivieron en Malvinas. Y si bien no todos los testimoniantes la aceptan, allí aparece la primera referencia a la frase “A vos te falta Malvinas”, que para ellos cifraba la guerra como aprendizaje vital.⁸³

El valor de esa experiencia como forjadora de futuros líderes es una operatoria medianamente exitosa de Kon, pero no tiene la misma aceptación cuando intenta transformar a esos líderes en héroes. Recibe el rechazo implícito de Guillermo –“Yo fui héroe a la fuerza” (43)– y la negativa de Ariel –ya citada en la introducción– a aceptar “la etiqueta de héroe”: “me parece que no hace falta matar a un inglés para hacer patria” (64).

Esta irónica reformulación de una execrable consigna nacionalista, anticipa además una visión especial de los enemigos ingleses, una visión que, después de la guerra, renuncia al odio o a la descalificación. La idea de héroe genera más resistencia que la de líder político, y cabe preguntarse si cuestionan la primera porque sobre ella tenían ideas más definidas.

Estos sujetos narradores, que se definen por ser “chicos” y cuyos discursos incluyen motivos típicos de la tradición literaria del discurso juvenil, son presentados como “tipos” por Kon, y parte de esa construcción se opera concentrando sus discursos en temáticas que a veces terminan definiendo otros aspectos de los testimonios.

Este es el caso del catequista Carlos al configurar lo religioso, que será significativo en testimonios posteriores, y que él asocia con la postura de la iglesia argentina de la época. Negando cualquier contradicción entre su fe, el acto de matar e incluso las devastadoras consecuencias de la guerra, “El catolicismo argentino apoyaba esa lucha porque era justa”, alega Carlos; y a continuación, aproximándose al argumento de “causa justa”, agrega: “Una paz sin justicia no era paz” (152). Es uno de los pocos testigos que justifica la falta de comida; coincide con otros testimoniantes en que Malvinas forjó un ideal común para la Argentina y espera que la solidaridad que despertó la guerra se use para “levantar al país” (159).

⁸³ Para Guillermo, era una forma humorística durante la guerra de decirle a los que recién llegaban que les faltaba experiencia de vida (43). Santiago le adjudica la frase a una forma de “agrandarse” de los excombatientes frente a los soldados que habían permanecido en el continente (97).

Como sostiene Beatriz Sarlo (1994b), Malvinas fue la primera guerra que los argentinos vimos por televisión; pero también es cierto que a Malvinas fue una generación que, por lo menos su segmento urbano, había crecido mirando una televisión que emitía películas y series de guerra.⁸⁴ Así lo revelan las formas discursivas, la ficcionalización, que eligen para relatar sus vivencias, especialmente cuando deben constituir al Otro.

Ya evidente en los nombres ficticios que usan, mediante los cuales el superior autoritario pasa a llamarse Sargento García, como el personaje de la serie televisiva *El Zorro*, esta característica se traslada a todas sus narraciones. Por ejemplo, reproduciendo testimonios de otros soldados, Guillermo visualiza a los gurkas como robots que en el ataque antecedian a las tropas inglesas y les adjudica prácticas de degüello. Carlos, que los ha visto siendo ya prisionero, sostiene que “son unas cosas chiquitas y sanguinarias, no parecen hombres, son totalmente inhumanos” (165).⁸⁵

Más allá de que algún militar ha discutido la veracidad del enfrentamiento con los gurkas, adjudicando este tipo de relatos al efecto no deseado de la propaganda de guerra gubernamental, lo cierto es que el otro aparece en este caso como una especie extraña de soldados mitad humanos mitad máquinas, casi un producto de la ciencia ficción. Sin embargo, se les asigna prácticas de alarido y degüello, atributos clásicos que distintos discursos han atribuido a las cargas de los indios, desde la narrativa argentina inspirada en la vida de los fortines del siglo XIX hasta las series televisivas de la época en que se narraban episodios vinculados con la conquista del oeste norteamericano.⁸⁶

⁸⁴ Reflexionando sobre antiguas fotos de excombatientes, Lorenz y Guembe señalan –entre los modelos que inspiraban sus poses– las imágenes “vistas en libros de textos, en historietas, en películas de *Sábados de Súper Acción*” (2007, 8). Este programa televisivo vespertino también será mencionado por el conscripto de la Marina Roberto Herrscher: “En El Palomar viví la primera de las muchas escenas que me recordaron las películas de guerra que veía los sábados a la tarde durante mi adolescencia” (2007, 55).

⁸⁵ Una forma de marcar la relevancia simbólica de la figura del gurka, que este trabajo explora en el relato testimonial y las ficciones, es citar *Gurka*, la obra teatral que Vicente Zito Lema estrenó en 1988 y que, según el autor, fue inspirada en las conversaciones que sostuvo con Miguel, un excombatiente de Malvinas que asistía al Taller de Comunicación que él dirigía en el Hospital Borda. Desde su ingreso en 1982, Miguel permaneció internado allí hasta el momento del estreno de la obra, según explica Zito Lema en el prólogo a su *Delirium teatro* (1999). En la obra, el alienado monólogo del protagonista configura un chico víctima de abandono familiar y social antes de ir a Malvinas, que señala a los gurkas como sus brutales antagonistas durante la guerra y sus actuales perseguidores en el psiquiátrico donde está recluso. Es notable cómo el excombatiente elabora la imagen del gurka reuniendo aspectos de la información periodística de la época y su propia fantasía: “Los gurkas son bestias gigantes, con trajes térmicos, con cuchillos filosos, con catalejos infrarrojos y fusiles con rayo láser que quemaban el cuerpo, lo que tocaban, hasta las piedras” (17).

⁸⁶ En *Partes de guerra*, el ex oficial Gómez Centurión sostiene que los gurkas no participaron de ningún ataque frontal: “Ese es un dato histórico: el grueso de los soldados que vieron feroces gurkas vieron la acción psicológica británica” (2007, 54). El historiador Vicente Palermo confirmará esta apreciación: “la verdad es que los gurkas no se involucraron en ningún combate” (2007, 278). El mismo general Balza cierra el debate en 2003: “Confirmando que los nepaleses (gurkas) nunca entraron realmente en combate” (285). Durante la guerra es probable que los británicos hayan alentado ambiguamente el mito gurka. Un

Aunque sea redundante advertirlo, los gurkas eran nepaleses. Los registros narrativos cambian cuando se refieren a ese Otro, los ingleses, cuya superioridad reconoce Guillermo en cuanto a la eficiencia militar: “Ellos desembarcaron, en una semana, la misma cantidad de gente que nosotros en un mes, repartieron el triple de comida y colocaron diez veces más artillería y municiones” (34).⁸⁷

Al evocar su llegada a la Escuela Lemos tras la derrota, aludiendo al clima de caos allí reinante, se pregunta: “¿Qué es lo que nos falta a nosotros los argentinos?” (49). Presionado por Kon para dar una respuesta a ese interrogante, recuerda la organización percibida en el Canberra y le contesta que debería haber estado más tiempo en ese barco para hallarla. De algún modo, está configurando el regreso, el viaje-revelación que aparecerá en todo el relato testimonial y será particularmente significativo en *Iluminados por el fuego* de Esteban y Borri, donde se forja una imagen del enemigo inglés que descubre razones no militares en su victoria.

Ese regreso anticipa la otra “vuelta” que, como deseo o logro finalmente conseguido, recorre todo el relato testimonial y ya aparece en *Los chicos de la guerra*. Es en la declaración de Fabián E., quien afirma que volvería a Malvinas como turista, o en la de Carlos, que fantasea una recuperación vía diplomática que supere la situación creada por la derrota, donde Gamarro (2012) lee la formulación del tópico del regreso como forma de expiación de la derrota.⁸⁸

También en sus discursos aparecen los kelpers como el Otro:⁸⁹ Fabián, por ejemplo, se conecta con isleños a través de su trabajo en el correo y ese vínculo genera una serie de revelaciones sobre la forma en que los argentinos han interrumpido la idílica vida de un kelper, hombre maduro y aventurero que le dice:

comunicado del gobierno inglés fechado el 7 de junio anunciaba: “en especial los gurkhas realizan patrullas en busca de focos de resistencia argentina en territorio a la retaguardia de posiciones británicas” (Terragno 2002, 398). Años después, aun aceptando la leyenda negra del gurka, un excombatiente formulará una notable lectura sobre el momento y el lugar en que esa leyenda se forjó: “Mercenarios de perfil bajo / (los únicos que los vieron / ya no están) / Cuchillos fantasmas / cortando los sueños / ¿Pero acaso nosotros / no veníamos del país de / las picanas sobre panzas / embarazadas / ¿Quién le tenía que tener / miedo a quién? (Caso Rosendi 2009, 39). El siguiente capítulo analiza detenidamente la presencia de los gurkas en las ficciones literarias inspiradas en el escenario bélico.

⁸⁷ La vigencia de este interrogante tendrá una formulación literaria muchos años después; en *Segunda vida* de Orsi, el protagonista, ya en los 90, se pregunta irónicamente: “¿por qué los ingleses pudieron desembarcar y avanzar en plena noche, por qué no se les mojó la pólvora?” (2011, 40).

⁸⁸ En un ensayo reciente, Gamarro sostiene que “con el regreso a casa, el viaje recién comienza: el soldado volverá en sus recuerdos, en sus relatos, en sus pesadillas” (2012, 27).

⁸⁹ Fabián E reconocerá esa diferencia casi desde lo físico cuando recuerda que él se sentía congelado mientras “Los kelpers decían que todavía no hacía frío” (178).

Ustedes nos arruinaron la vida, nos ocuparon todo, esto nunca volverá a ser lo mismo. Acá vivíamos todos en libertad, alejados del mundo, del ruido [...] Acá la policía casi no existía y mirá, mirá lo que es esto ahora. (205)

Sin discutir la veracidad de la fuente, el relato construye un imaginario utópico de las Islas con características que Fabián nunca había conocido en su país y que en realidad hacen pensar en el “*american way of life*” hogareño y suburbano que difundían las series norteamericanas en la televisión argentina. Cierta asunción de responsabilidad en la ruptura de ese imaginario utópico aparece en la culpa que evidencia la respuesta del joven.⁹⁰

A mí me hacía muy mal que él dijera todo eso: no me gustaba sentir que yo le había hecho eso a alguien. Entonces le dije: Si yo estuviera en tu lugar pensaría lo mismo, pero por favor no me sigas diciendo esas cosas, no me digas más que te arruinamos la vida. (205)

En 1982, dos meses después de concluida la guerra, Kon proporciona otras imágenes de jóvenes excombatientes en el capítulo “Otras historias” que cierra el libro. Allí se refiere a conscriptos internados en el Hospital Militar, concentrándose en el relato de la destrucción que sobre ellos han operado las secuelas de la guerra. “H” ha sufrido la amputación de sus testículos, está en tratamiento psicológico y repite orgulloso que él estuvo en la guerra de Malvinas.⁹¹ “T” ha perdido dos dedos de la mano: él era un pianista al que su padre, un suboficial retirado del Ejército, le había enseñado a ser un buen tirador, condición había decidido su traslado a Malvinas. Un pibe judío de formación ortodoxa se recupera de las heridas por congelamiento causadas por el castigo que le infligió un oficial al descubrirlo robando comida. También allí está el chico que narra cómo se enfrentó con un gurka, le robó su *walkman* y, aprovechando que el enemigo estaba muy dopado, le clavó la bayoneta; un relato que el mismo Kon relativiza por el estado mental del muchacho, que afirmaba haber llegado a Malvinas el 8 de marzo.

⁹⁰ En 2005, Fabián Bustos publicará *Crónicas de un soldado* (analizado en este capítulo), donde señala cómo amplía y consolida la visión del argentino interrumpiendo la idílica vida kelper.

⁹¹ Gamero leerá la fuerza simbólica de la metáfora de la patria mutilada o castrada en este relato cuya verosimilitud problematiza. El escritor lo vincula con la investigación de Julieta Vitullo –citada en este trabajo y publicada en *Las islas imaginadas* (2012)–, y sostiene que “padre y patria, potestad y soberanía son términos intercambiables” (2012).

Podría decirse que “Otras historias” concreta narrativamente las fantasías de mutilación, el temor a no poder concretar un destino e incluso la pérdida del sentido de la realidad, temas ya presentes en los discursos de *Los chicos de la guerra*, que aparecerán en otras obras del relato testimonial permitiendo además establecer vínculos con el cine y la literatura posteriores. Algunos muy significativos, como el protagonismo que el guión de la película homónima dio a la historia de “T”, y otros menos directos, como el antisemitismo latente del oficial que organiza ese equipo de lisiados, cuyas prótesis se transformarán en armas robotizadas para seguir luchando en Malvinas, en el cuento “Primera línea” de Carlos Gardini.⁹² O el encuentro delirante entre un soldado argentino y un gurka que termina con la muerte inesperada de este último, narrado en el cuento “La soberanía nacional”, que Rodrigo Fresán publica en 1992.

II.1.2. No-saber: lo que la derrota enseñó

Reflexionando sobre el género testimonial que se desarrolla en la Argentina a partir del advenimiento de la democracia, Rosario Noffal (2009, 36) sostiene que derrota y defensa constituyen sus dos tensiones básicas. Esta idea es inspiradora para abordar el examen del no-saber, la segunda de las señales de identidad estudiadas, que comienza con la evocación del universitario Guillermo, quien, aun reconociendo que él sí tenía cierta información, advierte:

Pero a nosotros nadie nos comunicó oficialmente adónde nos llevaban. O sea que en general, los *soldados iban ciegos*, sin saber adónde los llevan [...] y había gente, esto hay que decirlo, que *no sabía* siquiera porqué tenía que pelear. (19)⁹³

Además, refiriéndose a soldados de escasa escolaridad observa: “Y esos pibes fueron puestos ahí, con un fusil en la mano, para que tiraran, y *no sabían* dónde estaban parados” (19).

La tensión del no-saber, desconocer el lugar y la razón que allí los llevaba, organizará un motivo recurrente del relato testimonial que se nutrirá, por ejemplo, de la percepción de la ajenidad del paisaje isleño. Así lo demuestra Ariel cuando señala que

⁹² En el cuento “Primera línea” de Carlos Gardini, incluido en el libro homónimo publicado en 1983, un oficial lisiado le pregunta a un soldado también lisiado internado en el hospital: “Sólo una cosa –dijo de pronto, como si acabara de recordarlo– ¿Usted no es judío, verdad? ¿Cómo dijo que se llamaba?” (154).

⁹³ ¿Cómo no asociar esta imagen de ciegos con la que propone el mismo título de *Los pichiciegos* de Rodolfo Fogwill, la novela que, según el propio autor, escribió durante la guerra?

su primera visión de Malvinas fue “la del pueblo, esas casitas inglesas de madera y chapa, cada una con su parquecito. Parecía un pueblito como los de las películas” (59). Esta búsqueda de un referente de comparación para el nuevo paisaje coexiste con la angustia de la desorientación evocada por Guillermo cuando recuerda que ignoraba dónde estaba destacado y que ni siquiera tenía manera de conocerlo, a diferencia de los ingleses, que sí poseían mapas (31).

En el relato testimonial posterior, se prolongarán estos motivos que cifran ese no-saber y que podrían vincularse con dos rasgos centrales de la narrativa expedicionaria del desierto: el “orientalismo”, que lleva a buscar referentes extranjeros para definir la singularidad del propio paisaje, y el valor de la cartografía.⁹⁴

Irónicamente y sin sutileza, Kon subraya el desconocimiento geográfico de los excombatientes recordando su vano intento de explicarle a Santiago que “Desde el momento mismo de su llegada a Malvinas, él ya estaba en la Isla Soledad” (79).

¿Cuánto sabía sobre Malvinas uno de los pocos testimoniantes que asume haber sido concientizado sobre lo que significaba el viaje? El discurso de Ariel permite apreciarlo:

A nosotros, durante los cuatro días que habíamos estado en Palermo, nos habían hablado mucho. Primero nos habían leído los códigos militares, nos habían explicado las penas que les correspondían a los desertores o a los que desobedecían órdenes, y *después nos hablaron sobre Malvinas, la importancia de haberlas recuperado, y cosas por el estilo*”. (58)

Formulados en el marco de una todavía férrea censura e imbuidos del espíritu de denuncia, los testimonios muestran que el no-saber de los excombatientes les fue revelado por la propia experiencia bélica, que es desde donde critican a los militares por su gestión, sin establecer relaciones con ese capítulo reciente de la historia argentina que había comenzado cuando ellos tenían catorce años. Y si la época puede tornar comprensible esta visión, lo significativo es que se prolongará, con solo dos excepciones, en el relato testimonial aquí estudiado.

II.1.3. No-tener: linyeras, mendigos, ladrones

⁹⁴ La ausencia de mapas, un motivo recurrente del relato testimonial, llega a nuestros días: en 2012, Agustín Gallardo publica el relato de un topógrafo que había traducido en 1979 las cartas británicas que incluían Malvinas y que luego fueron usadas en el desembarco, decisión que el profesional juzga incorrecta. Veintinueve años después el topógrafo sigue trabajando para lograr un mapa completo de las Islas.

También Guillermo desde el “nosotros” enuncia el no-tener: “Nosotros no teníamos una adecuada preparación psíquica, ni una buena preparación bélica, ni siquiera una instrucción geográfica” (21). Recordando las tensiones derrota-defensa mencionadas anteriormente, podría decirse que está ensayando una forma de defensa frente a la reciente derrota. Sin embargo, creemos que este registro de carencias es constitutivo de su testimonio y lo será, narrado de muy diversas maneras, en todo el relato testimonial.

El discurso del no-tener, la falta de comida, abrigo y jefes responsables, permite que los testimoniados construyan imágenes donde, por ejemplo al evocar el hambre que los flagelaba, se configuran a sí mismos como ladrones o mendigos y transforman el robar y carnear las ovejas de los kelpers, una práctica muy distante de su experiencia, en un desesperado hábito de supervivencia.

Casi anunciando a *Los pichiciegos* de Fogwill, recuerda Guillermo:

[...] como rateros, robábamos comida en los depósitos. Nosotros estábamos organizados como una banda, pero sin jefe. (25)

Directamente hacíamos trueques, cambiábamos chocolate que a nosotros nos sobraba, por azúcar o por cigarrillos. (26)

Santiago acentúa esa configuración que en realidad denuncia la desconfiguración de sus propias imágenes: “Otros iban como mendigos, a pedirle [sic] a los kelpers” (89); lo cual vuelve en el testimonio de Guillermo: “Éramos linyeras, creo que dábamos lástima, teníamos un aspecto espantoso” (218).⁹⁵

Esta manifestación del no-tener, tan notoria que hasta aparecía en los informes de los espías ingleses que ya estaban en las Islas, como lo relatan Hastings y Jenkins (1984),⁹⁶ se construye en paralelo al tener británico, que es leído desde la imagen exterior con ese énfasis metonímico que caracteriza todo el relato testimonial. Así lo revela el recuerdo de Guillermo: “En cambio los ingleses aparecían con unos trajes bárbaros y con botas impermeables. Las diferencias eran demasiadas” (37).

⁹⁵ La importancia de la historieta en la configuración del discurso, pero también la forma en que operan los códigos de censura en la creación de imágenes propias, aparecen en el testimonio de Guillermo: “Por ahí, entre mi grupo, andaba dando vueltas una revista de historietas *El Tony* en la que encontré un dibujo de un linyera en un suburbio de Nueva York. Y de repente me di cuenta de que yo estaba igual que él. Y mientras yo había vivido en mi vida anterior, lo había visto como algo negativo” (29).

⁹⁶ “Ya antes de que los ingleses desembarcan, el enemigo estaba inquieto, mal alimentado, incierto de su presencia en las Malvinas, equipado pobremente” (199). Esta imagen de los argentinos reaparece en el relato testimonial británico: Julian Thompson, jefe del desembarco terrestre, sostiene que las SAS, unidades de inteligencia que operaban encubiertas en las Islas, hablaban de un enemigo “inepto, chapucero, desinteresado y adormecido” (1987, 81).

La carencia de suministros bélicos suficientes nutre la denuncia de los testimoniantes de haber sido engañados con la promesa de refuerzos que nunca llegaron. Pero también inaugura la lectura humorística de su propia y desesperada situación, quizá reconocible en el tono farsesco con que, según Santiago, un camarada se refiere a las viejas e inútiles armas que usaban: “Yo no los peleo con el fusil, prefiero tirarles las municiones con las manos” (88).

El no-tener será esencial en la configuración de la tensión de la espera, un motivo del relato testimonial que reconoce antecedentes en la narrativa expedicionaria del siglo XIX, cifrando la inadecuación del lugar, porque el pozo de zorro era una defensa que la turba malvinense tornaba inútil, y la del instrumento, porque las armas, que definían como su posesión más preciada, funcionaban mal. Si bien en todos los relatos el pozo de zorro se transforma en un hogar, lugar de preservación física y relaciones amistosas, también se define como el emblema de las carencias, esa cárcel donde esperaban –y con el tiempo llegaron a desear– que arribaran los ingleses.⁹⁷

II.1.4. No-poder: donde mueren las palabras

El no-poder cifra los límites del discurso frente a la guerra y la muerte: aparece ya en la forma en que ellos valorizan su autoconvencimiento de que volverían vivos, y define su mirada sobre el suicido, la locura o la autoflagelación de sus compañeros.

Santiago recuerda que los pibes de la clase 63, que recién incorporados al servicio militar habían sido enviados a Malvinas, se preguntaban “cosas raras”, por ejemplo, si cuando volvieran iban a reconocer a sus padres. En cambio, él se había sentido “un poco descontrolado, en algunos momentos, pero nunca tuve miedo de volverme loco del todo” (106).⁹⁸

La locura vuelve a asomarse en su evocación de los soldados que halló refugiados en una casa kelper y que, después de haber presenciado la muerte de sus compañeros, solo

⁹⁷ Aunque el pozo de zorro es un motivo largamente desarrollado en la narrativa testimonial e íntimamente vinculado con la situación de los bombardeos, queremos señalar que esta percepción de los exconscriptos coincide con el testimonio de Primo Levi. En el Lager, obligado por los nazis a construir defensas ante el bombardeo aliado, registra la construcción apresurada de “refugios y protecciones que a primera vista se revelaban irónicamente inconsistentes e inútiles” (1998, 124). Esta convicción reaparecerá en el testimoniante de *Locos de la bandera*, la película de Julio Cardozo (1982): “Sabíamos que nos podían localizar a través de los satélites. Ya no nos importaba nada. Lo único que queríamos es que llegaran los ingleses, si teníamos que pegarles una paliza se la pegaríamos, que fuera lo que dios quiera”.

⁹⁸ El cine inspirado en la guerra reiterará esta visión. En *Vamos ganando*, la película de Ramiro Longo (2000), un exconscripto sostiene que en las Islas era necesario “ponerle un freno a la mente, porque si uno falla se muere”. Y también asoma la experiencia bélica como algo irreductible al discurso cuando sostiene que “la guerra no se puede contar”.

rogaban no volver al frente. Sostiene que habían llegado “muy mal de la cabeza. Estaban totalmente chupados, muy flaquitos” (103).

Su no-poder también surge en esa visión de la guerra como un todo definidor de lo indefinible: “Pero en la guerra los compañeros son más que hermanos” (101),⁹⁹ dice Santiago asumiendo que “Era todo cuestión de suerte” (100).¹⁰⁰ Fabián, que se negará a hablar de la muerte –“No se puede estar vivo y hablar de la muerte” (212)–, termina reconociendo que “la guerra es eso: la muerte” (216).

Aunque en realidad todos los discursos anteriores podrían vincularse con el testimonio de Primo Levi, una víctima del Holocausto, esta visión de que el azar define su destino y de que su condición de sobrevivientes los inhabilitaba a hablar de la muerte marcan una relación notable entre registros narrativos de testigos tan diferentes.

Levi dirá que “El hecho de haber sobrevivido y de haber vuelto indemne se debe en mi opinión a que tuve suerte” (1998, 24), y que los testimonios sobre los campos de concentración nazis “han sido escritos por quienes como yo, no han llegado hasta el fondo. Quien lo ha hecho no ha vuelto o su capacidad de observación estuvo paralizada por el sufrimiento y la incompreensión” (1989, 16).¹⁰¹

Este trabajo seguirá señalando estas coincidencias de registros narrativos que, por ejemplo, llevan a las Islas la famosa configuración de los hundidos y los salvados, quizá ya anticipada en el testimonio de Santiago. O bien la referencia de Levi al cine, describiendo los primeros días en el Lager como “Una película en blanco y negro, sonora pero no hablada” (1989, 81), que multiplicará el relato de *Los chicos de la guerra*.

Ya los testimoniantes del 82 recurren insistentemente al cine como forma de explicar su experiencia, en realidad, como expresión de su no poder contarla. Por ejemplo Ariel, cuando dice: “la guerra es exactamente igual que en las películas” (54). O Santiago,

⁹⁹ Esta forma de vinculación que señala Santiago se repite en todo el relato testimonial, y creemos debe ser leída como un testimonio de la especificidad de la situación bélica. Los psiquiatras Davoine y Gaudillière, que han estudiado a combatientes de la Segunda Guerra Mundial, señalan: “Entre los que luchan lado a lado, el combate despierta una pasión por cuidar al otro, física y psíquicamente, equivalente a las relaciones familiares más precoces y profundas” (2011, 255).

¹⁰⁰ Años después, un ex soldado profesional británico reiterará esta percepción de la suerte cifrando el destino: “A esta altura, sobrevivir era sólo una cuestión de suerte” (Bramley 1991, 147).

¹⁰¹ “El fondo”, esa dramática e infranqueable frontera que marca Levi, reaparecerá de alguna manera en la evocación de los últimos días de la guerra que hace Herrscher: “El 13 y sobre todo el 14 el pueblo se llenó de estos esqueletos andantes, que bajaban de las montañas con unos ojos intensos, insoportables, ojos de haber visto el fondo” (2007, 121). En 2012 la ficción insistirá en cifrar la experiencia traumática en la mirada de los conscriptos en retirada. Dice el narrador de *Montoneros o la ballena blanca*: “Venían desencajados, febriles [...] los ojos desmesuradamente abiertos, como si no les hubieran sido suficientes para abarcar todo lo que les había tocado ver” (Lorenz, 303).

cuando recuerda que mientras caían las bombas y él se detenía “parecía que estaba mirando una película, aunque las bombas también me pegaban cerca” (99).

II.1.5. Un punto de partida insoslayable

Con todas las mediaciones que suponen, desde el género testimonial en sí mismo hasta las características del producto concretado por Kon en un momento especial, lo cierto es que los discursos de *Los chicos de la guerra* –emitidos bajo el impacto de la experiencia casi reciente y en el marco del cuestionamiento social al proceso militar– fundan como rasgos decisivos la condición de adolescentes de sus protagonistas y los no-saber, no-poder y no-tener con que definen su identidad frente a la guerra. Así marcan características centrales del relato testimonial de la guerra de Malvinas, que las siguientes obras analizadas ampliarán o reformularán, pero no ignorarán ni cambiarán.

II.2. Daniel Terzano: la visión del testigo-escritor

II.2.1. Otra forma de construir al narrador adolescente

5000 adioses a Puerto Argentino (1985) es simultáneamente el testimonio de un soldado mayor que sus camaradas y flamante psicólogo y el de un escritor; ambos construyen sus propias señales de identidad ante la guerra vivida en Darwin, una zona alejada de Puerto Argentino.

Este doble rol impone elecciones que Terzano no oculta: recuerda que al regresar recibió un llamado de alguien que solicitó sus conclusiones en “sentido ideológico” (85). Entonces, en una de las pocas ocasiones en que rompe la linealidad de la evocación, el sujeto narrador se impone al sujeto narrado, deja de usar el “nosotros”, se asume como alguien que regresa de la guerra, un motivo tradicional, y le responde que está haciendo lo que había soñado realizar durante la contienda: “tomar sol, ver a sus amigos, ir a un restaurante, pasear” (85).

Ya sin ironía reconoce que en Malvinas había dejado de ser un intelectual “porque sentía frío y hambre y sueño”, lo que revelaría el peso de una identidad previa del sujeto narrado que el sujeto narrador acepta que fue modificada por la guerra.

La experiencia traumática opera sobre el discurso de forma evidente cuando aparece el “yo también” vinculado al “todos”:

Yo también había recorrido aquel campo como un ave de rapiña, recuperando o robando alimentos porque sabía, como todos, que las horas o los días que se acercaban iban a jugarse a vida o muerte. (85)

Aquí el motivo del robo, recurrente en el relato testimonial, se asocia a esa reducción del sujeto de la narración al momento presente, rasgos que coinciden notablemente con el testimonio de Primo Levi.¹⁰²

La omnipresencia de la imagen de “los chicos de la guerra” aparece primero como una formulación distante del testigo; al llegar a las Islas: “todo el mundo se asoma, todo el mundo se asombra, todos son como chicos” (23). Pero curiosamente recupera el “nosotros” cuando alude al peso de la televisión, la manipulación del sentido histórico y la idea del traslado a las Islas como una aventura juvenil, elementos que ya estaban en los testimonios de 1982: “Somos parte de la Gran Imagen, de la Historia [...] Un aire de aventura que nos venía acompañando se acentúa y también un cierto y ligero y tenue y oscuro aire de irrealidad” (24).

Terzano no es un sujeto narrador adolescente; escribe en democracia, tres años después de concluida la guerra, cuando ya había una cierta construcción social sobre lo sucedido en las Islas y paralelamente se concretaban numerosos testimonios sobre los crímenes del proceso militar. Sin embargo, la ambigüedad entre el narrador y el sujeto narrado revela que la adolescencia de los exconscriptos y ciertos motivos tradicionales de sus discursos son ineludibles en un relato forjado con intenciones literarias, bajo la influencia de la cultura beatnik norteamericana y el rock nacional.¹⁰³

¿Quiénes son los Otros de este sujeto narrador? Básicamente los kelpers, a quienes, como luego harán los testimoniantes de *Partes de guerra*, visualiza como taimados: “nos odian porque hemos invadido su mundo, nos sonríen porque tenemos el poder” (31). Al igual que en otros testimonios, la configuración de los kelpers como nativos de las Islas se realiza a través de la cultura británica, lo que se evidencia en su fantasía de que en el teatro del primer piso del Town Hall de Puerto Argentino se verían películas viejas o un elenco de aficionados representaría una comedia de Wilde.¹⁰⁴

¹⁰² El robo de comida era, según Levi, una práctica común entre los prisioneros del Lager; confiesa que todos habían robado comida incluso al amigo, “porque como los animales, estábamos reducidos al momento presente” (1989, 65).

¹⁰³ En la evocación de su propia adolescencia, que Terzano homologa a la de sus jóvenes camaradas, enfatiza la música (presumiblemente, el rock) como rasgo definitorio: “Tengo diecisiete años, mi generación tiene diecisiete años y tiene su música”. Antes se había referido a “la armonía de una generación” (108).

¹⁰⁴ El teatro de Town Hall también será citado por otro testimoniante, Fabián Bustos, que en *Crónicas de un soldado* (2005) formula una observación distinta cuando llega con su grupo al teatro desierto; quizá

¿Cuánto hay de saber posterior en ese sujeto narrador que deposita en el sujeto narrado la idea de que los kelpers conocían el futuro y pensaban que la guerra los beneficiaría? En primer lugar, afirma que la historia les había dado un breve pero importante protagonismo a las Islas, ese hecho era “lo que nos vuelve nada ante sus miradas”;¹⁰⁵ e ignorando que ya se había concretado la rendición argentina, la reconoce como síntoma en los pocos kelpers que circulan por la Avenida Ross:

[...] algo en su andar, en su forma de mirar hacia delante, transmitía la sensación de que ellos sí sabían dónde iban y con qué propósito, es decir, que ellos sí sabían qué estaba ocurriendo. (132)

Los kelpers son artífices de la revelación cuando cuelgan las banderas británicas en sus ventanas, “el secreto que parecían haber guardado con esperanza y respeto durante toda la guerra [...] reaparecería la legendaria ‘Union Jack’” (133). Esta mezcla de amargura por la derrota y admiración por los símbolos más exteriores del imaginario imperial inglés será luego reiterada en otros discursos.

Distante y acotada a su *know how* bélico es la configuración de los británicos que consagra su tener y su saber, aunque breves observaciones anticipan el registro de la diferencia cultural que irá creciendo en los testimonios, desde su referencia a un soldado atípico (habla español) que resulta ser un asumido mercenario cubano hasta el agradecimiento del oficial a cada uno de los soldados que, ya rendidos, le entregan sus armas.

II.2.2. No-saber: lo que Malvinas permite revelar

La ambigüedad entre sujeto narrado y sujeto narrador es constante en esta obra. Este último, por ejemplo, insiste en la condición de “chicos” cuando relata la llegada de los primeros derrotados a su posición: “Eran chicos sucios, perdidos en una noche de locura” (53). Sin embargo, en uno de los muchos momentos en que alude a la guerra

más ligada a su estilo anticonvencional o encriptando humorísticamente el peso de la dramaticidad involuntaria inscripta en la formulación “el teatro de operaciones”, tan usado por la retórica mediática de la época. Dice Bustos: “Claro que el espectáculo que se desarrollaría a continuación no sería propio del Follies Bergère” (44). Sin embargo, es probable que la retórica mediática repitiera un rasgo típico del discurso militar, como es observable en un documento oficial sobre la reunión del Comité Militar del 30/3/82, que reproduce Yofre (2011): “Durante la primera reunión se resolvió que el general García fuera el comandante del Teatro de Operaciones Malvinas [...] luego de todo eso se crearía el Teatro Atlántico Sur a partir de la desactivación del Teatro Malvinas” (185-186).

¹⁰⁵ El testimonio de Levi deposita en los civiles vecinos del Lager la misma descalificación cifrada en la mirada: “Nos saben ladrones e indignos de confianza, enfangados, andrajosos y hambrientos y, confundiendo el efecto con la causa, nos juzgan dignos de nuestra abyección” (1998, 128).

como la interrupción de un presente juvenil y despreocupado, algo compartido por sus más jóvenes camaradas, el sujeto narrador evoca su propia vivencia del proceso militar y manifiesta su necesidad de testimoniar más allá del recuerdo bélico. Es uno de los dos casos en el relato testimonial aquí estudiado en que un excombatiente asume haber conocido previamente los crímenes del proceso; el testimoniante compara su adolescencia con la de sus camaradas de Malvinas:

[...] hasta que esta maldita porción del mundo, que con dolor adoramos, empieza a matarnos , empieza a hacernos desaparecer, empieza a hacernos callar de miedo, a dar el largo rodeo en que perdemos la juventud. *Aquí estoy, con otros adolescentes*, y si salgo de aquí, increíblemente, tendré que hablar primero de esto, de estas muertes de ahora y no de las nuestras [...] Espero vivir para decir esto y decir lo otro, y que todo suene real, como una música deformada turbulenta sincera orquestada por la muerte... (108-9)

Esta especie de homologación simbólica de adolescencias interrumpidas por la historia se ratifica en el motivo del aprendizaje, aquí ligado al carácter de sobreviviente y reiterado en muchos testimonios de Malvinas; dicho motivo presente en el recuerdo de Primo Levi, que también enlaza la experiencia en el Lager con el aprendizaje, provoca la siguiente afirmación:¹⁰⁶

[...] La mayoría de nosotros aprendió algo que no conocía, o que conocía apenas: aprendió a dejarlo todo, aprendió que llegado ese punto límite, lo único que se lleva a todas partes y a cualquier precio, es... “la vida”. (57)

Fuente de mandatos y saberes, la brutal experiencia no le impedirá hablar de la guerra como “una reivindicación justa pero trágicamente inoportuna” (123), lo cual podría leerse como una referencia a la famosa “causa justa”. Años después testimoniará sobre la distancia que adoptó frente a los colegas que permanecieron en el continente, atribuyéndoles falta de comprensión y solidaridad; en definitiva, una ratificación de la singularidad de esa experiencia.¹⁰⁷

¹⁰⁶ Dice Levi: “Hemos aprendido el valor de los alimentos [...] hemos aprendido que todo es útil. Hemos aprendido que en cualquier parte pueden robarte [...] hemos tenido que aprender el arte de dormir con la cabeza sobre un lio hecho con la chaqueta que contiene todo cuanto poseemos, de la escudilla a los zapatos” (1998, 35).

¹⁰⁷ Doce años después, en *Partes de guerra*, Terzano relata que no quiso participar como psicólogo en la asistencia a excombatientes. Sostiene que eso deben hacerlo sus colegas, que durante la guerra se quedaron en el continente estudiando a Lacan (Speranza y Cittadini 2007, 200).

Otra manifestación del no-saber, esa señal de identidad que ya registraban los testimonios de 1982, abre el relato de Terzano, cuando recuerda que en las Islas el manto de neblina, casi un sintagma soldado al relato testimonial, les hace creer que se ha cortado la luz. Por otro lado, la evocación responde a la voluntad literaria de atrapar el momento en que el recuerdo “se transforma en una isla” (15), y permite detectar la filiación borgeana en la recuperación de un galpón de Puerto Argentino donde “Siempre es de noche, siempre, seguramente, es la *misma* noche” (16) (las cursivas son del autor).

Encubierto en formulaciones literarias, el no-saber revelado por la experiencia bélica, que no difiere del que aparece en los testimonios de los adolescentes entrevistados por Kon, se extiende desde lo geográfico –“estamos en el fin del mundo”, dice al llegar a Río Gallegos (18)– hasta la construcción de su subjetividad. Así elabora la idea de la guerra como destino no elegido, lo que lo lleva a pensar que está viviendo otra vida,¹⁰⁸ aunque muchos años después Terzano manifieste que siempre supo que iría a una guerra.

También está en la forma en que asume el engaño de esa “ilusión monstruosa”, como llama a la serie de imágenes fragmentarias con que evoca la exaltación popular frente al desembarco: “Hemos escuchado las marchas [...] hemos visto la palabra colonialismo y a su lado la palabra basta, hemos hecho historia” (18).¹⁰⁹ Aquí el motivo del desengaño se formula convocando ese falso saber, producto del discurso de los medios, que al llegar a las Islas revela su inconsistencia: “Estamos dentro de un televisor, exactamente dentro de la imagen que hemos visto en los últimos quince días” (24). Pero la prueba del no-saber será la ajenidad del paisaje, configurado como una noche “omnipresente, absoluta, que volvía una y otra vez” (59), aludiendo así al hecho de que en Malvinas, después del mediodía, restaban solo cinco horas de luz, y a la lluvia intermitente y la neblina que trastornaban la visión.¹¹⁰

II.2.3. No-tener: desde el cuerpo y la mirada

¹⁰⁸ En la misma obra, Terzano, que se pregunta por qué en 1982 se presentó al cuartel inclusive antes de que lo llamaran y por qué no tuvo “un mínimo reflejo de huida”, sostiene, sin embargo, que “siempre tuve la certeza de que iba a estar en una guerra” (19). Podría decirse que la cita evidencia cuánto pesan ciertos motivos del relato testimonial, como el destino no elegido en la configuración del sujeto narrado, o quizá cómo opera el tiempo en la autopercepción del testificante.

¹⁰⁹ En la posderota, el sujeto narrador ironiza sobre esa exaltación social que la prensa incrementó presentando la guerra como superación de mediocridades y fracasos, casi una decisión divina: “al fin Dios en el que tanto creemos, nos ha mirado” (19).

¹¹⁰ Como en otros testimonios, la tecnología, en este caso el pobre y único visor que poseían, alimentará su sentido de irrealidad proporcionándole una imagen teñida de verde (70).

Sin denuncias explícitas a la corrupción o ineficiencia de los mandos, como en otros testimonios, su no-tener está cifrado en la falta de comida, adiestramiento y armas: “Nosotros, entonces tendríamos que hacerles frente casi solos, y con un armamento cuyas piezas más fuertes eran dos ametralladoras MAG de 7,62 mm” (41).¹¹¹

Aquí también, la carencia generalizada se testimonia con gestos antagónicos: la superposición desesperada de pantalones y medias ante el frío insoportable coexiste con el despojamiento brutal revelado en la referencia a algunos de los “lujos”, como los llama irónicamente, que abandonan en los pozos de zorro (una revista de historietas, una lata de leche y un termo) y que al retornar ya han sido sustraídos por otros argentinos (46). Una cadena de despojos entre víctimas desesperadas, que Primo Levi había registrado en el Lager cuando se retiraron los alemanes.¹¹²

Tras la rendición, al igual que en otros testimonios, el narrador se detiene en la ingestión desmedida de alimentos que hallan en un galpón de Puerto Argentino, donde saciarse con lo que les había sido negado conlleva una forma de vaciamiento: sus múltiples deposiciones desbordan luego el único baño disponible. Más aun, creemos que define a los excrementos como un rasgo típico del escenario de la derrota, algo que volverá en *Iluminados por el fuego*.

Quizá se podría leer una superación de lo meramente escatológico en ese “Que se vayan a la mierda” (152), con que reaccionan los conscriptos al escuchar que en el continente se cuestiona que no hayan resistido, aunque usen un giro popular que de hecho transforma a la palabra en un territorio abyecto.

Configurado como testigo-narrador desde la forzada inmovilidad del pozo de zorro, Terzano construye, por momentos, el tener de los británicos con una referencialidad obsesiva que rompe el estilo del discurso pero ratifica su condición de testigo verosímil:

[...] ellos contaban con [...] formadores de imágenes, con radares antipersonales, con visores infrarrojos de todo tipo, y con la movilidad extraordinaria que les daban los helicópteros equipados con sistemas de vuelo nocturno. (67)

¹¹¹ Estas ametralladoras son criticadas en muchos testimonios por su mal funcionamiento. Esta y otras precisiones técnicas que formula Terzano hacen pensar en su forma peculiar de construirse como testigo, porque ni la función ni el estado de esas ametralladoras eran un dato de difusión masiva. Pero sí se conocía su uso filmico, ya que eran las usadas por Rambo, el comando protagonizado por Sylvester Stallone.

¹¹² Levi señalará en *Los hundidos y los salvados* lo que significa vivir en el Lager sin ninguna posesión, sin esos objetos que tenía aun el más humilde mendigo, “objetos que son nuestros porque custodian y suscitan nuestros recuerdos” (1989, 28). Lo mismo en *Si esto no es un hombre*, donde recuerda cuando busca un par de zapatos en el campo que ya ha sido evacuado: “los sanos habían saqueado el depósito de los hospitalizados y habían cogido los mejores” (1998,161).

También representa el tener británico describiendo sus muy precisos ataques como pasos que ya eran conocidos por los que los sufrían¹¹³ y, a partir de su propia subjetividad, cuando observa a los soldados ingleses caminar por la cresta del monte “lentamente, sin duda con la seguridad de la misión a cumplir y ya casi con la absoluta seguridad del triunfo” (103).¹¹⁴

II.2.4. No-poder: en 1985 y doce años después

Al igual que los testimoniantes de *Los chicos de la guerra*, el no-poder de Terzano se configura desde la certeza de que el destino es ineluctable:

[...] no teníamos otra cosa que hacer que rezar o entregarnos a la idea fatal según la cual, si era nuestro turno nada nos salvaría, y, si no lo era, tampoco nada podría matarnos. (88)

Curiosamente, muchos años después, Terzano testimonia en *Partes de guerra* de Speranza y Cittadini, y quizá recién allí aparece claramente una clave del no-poder, la señal de identidad que es casi una ausencia en *5000 adioses a Puerto Argentino*. Refiriéndose a Carlos, su compañero originario de Gualeguay, dice: “él había muerto casi al lado mío” (201), y alude a la novia del muerto con una imagen que podría vincularse con los desaparecidos del proceso militar: “Había perdido un novio, un amor, pero no por un abandono, ni por una separación, ni siquiera por una muerte normal. Ni siquiera era una viuda. Había quedado en el aire suspendida en el tiempo” (201).

Terzano relata que decidió no asistir al homenaje a su camarada evidenciando así el peso de la condición de sobreviviente, que también registrarán otros testimonios y que silencian las ciento setenta y cinco páginas de su obra de 1985:

¹¹³ La referencia a la precisión horaria de los bombardeos británicos se reitera de muy diversas maneras en el relato testimonial. Cabe recordar la curiosa animización inserta en un testimonio muy posterior de un testigo diferente como el capellán militar José V. Martínez Torrens, citado por Agustín Gallardo: “Según recuerda, había por lo general tres bombardeos programados por día. Él les había puesto nombre: el de las 8 de la mañana era ‘El lechero’, el de las 4 de la tarde, ‘El verdulero’ y el de las 6 ‘El vinero’” (2012, 138-39).

¹¹⁴ En los testimonios argentinos y británicos la configuración de la mirada, durante la guerra y después de ella, genera registros narrativos significativos. Mirar al enemigo distante fue una posibilidad que se dio en ciertos momentos y lugares. Terzano lo hace literalmente desde abajo. Aun reconociendo que no le servía para identificar posiciones defensivas, el jefe inglés Thompson recuerda: “Desde varios puntos en los terrenos más elevados en posesión de mi Brigada, era posible ver a los soldados argentinos en los montes Longdon, Dos Hermanas y Enriqueta. De vez en cuando se destacaba alguna silueta contra la línea del horizonte y entonces se disponía de suficiente munición para los cañones de primera línea [y] se lanzaban algunas andanadas contra el enemigo” (1987, 184). ¿Cómo no pensar que el “abajo/arriba” de estas miradas excede largamente la ubicación física de los testigos que las configuran?

Era una situación terrible para mí porque él se había muerto casi al lado mío, yo había sobrevivido, y entonces la familia me pedía que les contara cómo habían sido sus últimos días. Finalmente decidí no ir pero me quedé muy mal. (201)

El Terzano escritor fantasea con un relato inspirado en el hecho, pero el testimoniante Terzano ya ha construido la última señal de identidad de *5000 adioses a Puerto Argentino*.

II.2.5. ¿Cómo avanza el relato testimonial?

Evocando una experiencia atípica por el lugar en que la vivió y su misma condición de “soldado viejo”,¹¹⁵ Terzano configura además dos motivos distintos pero igualmente recurrentes en el relato testimonial, cuyos orígenes podrían ubicarse en la narrativa expedicionaria del desierto del siglo XIX.

Por un lado, las marchas forzadas,¹¹⁶ las inaugurales, que llevan a un destino desconocido, y las agónicamente finales, que marcan el itinerario posible de la supervivencia; por otro, Terzano fija como “locus” narrativo el pozo de zorro, esa especie de fortín subterráneo que se inundaba sistemáticamente, ya mencionado en *Los chicos de la guerra*. Allí los conscriptos ven el bombardeo lejano sabiendo que muy pronto llegará a ellos; se sufre la tensión de la espera y se roba lo que queda de otros. Ese lugar infernal, sin embargo, es el que se busca desesperadamente cuando están afuera y los sorprende el ataque inglés.¹¹⁷

Quizá inspirado en el discurso cinematográfico,¹¹⁸ el sujeto narrador amplía el campo de representación de la guerra configurando distintas formas de su “estar-ahí”. Presencial pero con una mirada más amplia: los soldados en la retirada son “testigos y

¹¹⁵ Así llamaban los conscriptos adolescentes a sus pares de mayor edad, aunque Terzano nunca se refiere a ese nombre.

¹¹⁶ El motivo de las marchas se desarrolla y amplía dramáticamente en las evocaciones de conscriptos argentinos que lucharon en los montes, citadas en el relato testimonial británico (ver Apéndice “Testimonios *argies* en el relato inglés”, p.139).

¹¹⁷ Como los excombatientes de Malvinas, también Levi registra la distancia que media entre la condición de espectador del bombardeo y su irrupción en el Lager, reconociendo que, si bien pensaban que cualquier cosa era preferible a la monotonía de esos días, tuvieron que cambiar de opinión “cuando la Buna ha empezado a caerse a pedazos alrededor de nosotros, como herida por una maldición de la que nosotros mismos nos sentíamos comprendidos” (1998, 125).

¹¹⁸ En *Partes de guerra*, Terzano aludirá al impacto que le generó la película *Patton* (Coppola y North, 1970), que relata la vida de George Patton, el general norteamericano que participó en la Segunda Guerra Mundial. Creemos que en realidad toda su obra registra una fuerte influencia del cine bélico inspirado en esa contienda y en la de Vietnam, sobre todo en su intento de llevar a la narrativa el uso cinematográfico de lo documental y de lo ficcional, muy frecuente en esas películas.

espectadores de un espectáculo desolador” (119). O bien, participe pasivo, al evocarse frente a un interceptor que le permite escuchar la dramática alternancia entre la voz del oficial que impersonalmente instruye sobre cómo seguir disparando y las voces desesperadas de quienes le advierten que ya no pueden sostener la posición (92-94).

La interdiscursividad, el testimonio construido con los testimonios de otros, un recurso que luego profundizará la estrategia ficcional de *Iluminados por el fuego*, también le permite, por ejemplo, colocar en el discurso de los aviadores la resistencia a seguir peleando en esas condiciones, lo cual, reiteradamente y en distintas zonas del relato, se asocia con la locura: “Habían puesto en juego todo lo que correspondía al valor, pero ahora sólo restaban actos de locura, y ya no querían seguir” (43).

El relato testimonial forja una imagen positiva de los aviadores, cargada de una admiración adolescente que enfatiza su profesionalismo y valor, pero también suele depositar en ellos los síntomas reconocibles de la declinación bélica argentina, como lo hace Daniel Ares en *Banderas en los balcones*, la novela que publica en 1994.

Desde la asumida posición de escritor-testigo, Terzano inicia una versión del testimonio novelado donde no faltan los motivos típicos: las cartas que envía a su novia, el llamado telefónico a la madre, la ilusión inicial de retornar triunfantes después de un “paseo militar” que evoca como “el regreso a casa con una gloria a bajo precio” (73),¹¹⁹ la espera de una solución diplomática y el registro de la degradación sufrida, que lo enlaza con la condición subterránea de *Los pichiciegos* de Fogwill, como por ejemplo, cuando se atreven a salir tras la rendición: “Y así, poco a poco, como animales¹²⁰ que sigilosamente asoman la cabeza de sus cuevas intuyendo, sin saber a ciencia cierta, que el peligro había pasado...” (73). Tampoco falta el reencuentro final, un motivo típico del cuento popular, cifrado en la constancia de que “que estábamos vivos, estábamos juntos y habíamos perdido” (134).¹²¹

¹¹⁹ Creemos que este modo de configurar el regreso, que con distintas formas aparece en el relato testimonial, carga con el peso de *Regreso sin gloria* (Hal Hashy, 1978), la película protagonizada por Jane Fonda y John Voight que narra el romance de un mutilado veterano de Vietnam y la esposa de un soldado que estaba allí combatiendo. Famosa y multipremiada, la película se transformó en un emblema para los pacifistas norteamericanos. Un dato curioso: el 2 de abril de 1982, *Regreso sin gloria* se proyectaba en los cines de Buenos Aires.

¹²⁰ La reducción del combatiente a una condición casi animal organiza un registro narrativo frecuente en los testimonios, pero pensamos que la victoria o la derrota pesan notoriamente en su configuración. Reflexionando sobre la forma en que debieron vivir sus hombres en un lugar tan inhóspito, dice el triunfante jefe inglés Thompson: “cerca del final, parecían animales y casi preferían vivir fuera de los refugios” (1987, 158).

¹²¹ La celebración de la propia vida, cifrando la traumática experiencia vivida, aparece tanto en los testimonios de los derrotados argentinos como en los victoriosos ingleses. Rememora el jefe británico Thompson: “Cuando todo terminó tan rápidamente nos permitimos pestañear y dijimos casi al unísono ‘¡Estamos vivos!’” (32).

El peso de la derrota anunciada, ese “perdimos”¹²² que recorre todo el relato testimonial, y “la pura improvisación de la supervivencia” (103) construyen básicamente este relato de permanentes repliegues que anticipan el inevitable final, donde el narrador le asigna solo un suceso protagónico a su sujeto narrado: intenta recuperar la bandera de los restos incendiados del cuartel, bandera de la que solo halla cenizas (77).

El “fluir del recuerdo” del escritor-testigo Terzano ofrece una construcción narrativa más compleja que los referenciales testimonios de *Los chicos de la guerra*, pero lo cierto es que las señales de identidad que forja ante la guerra, es decir, los motivos centrales que articulan su relato, no varían radicalmente.

II.3. *Iluminados por el fuego* de Esteban y Borri: la funcionalidad de la memoria

II.3.1. La experiencia adolescente de ayer define hoy a una generación

Con un éxito evidenciado en la versión filmica, logro que antes solo había alcanzado *Los chicos de la guerra*, la obra de Esteban y Borri (1993) postula la representatividad de la experiencia bélica en otra época y con otros objetivos manifiestos, y le asigna un carácter de revelación que quizá ya está cifrado en su título, denunciando que la sociedad argentina los ha silenciado y aislado.

Reuniendo a dos testigos distintos que evocan la memoria de la guerra en las Islas y el continente, el relato tiene, sin embargo, un tono íntimo anticipado en su subtítulo –*Confesiones de un soldado que combatió en Malvinas*–, donde la operatoria del sujeto narrador, el testigo que relata desde el territorio bélico, consiste en forjar un campo de representación muy amplio, que integra, sin diferenciar, la voz del testigo urbano de la guerra. Allí sus atributos y los sucesos vividos emblematizan una determinada visión de la contienda. Con su inevitable carga de linealidad, esta emblematización, que es un objetivo a priori del relato, resulta definitoria para leer cómo se configura el sujeto adolescente narrado cuando el sujeto narrador ya llega a los treinta años y quiere construir una “historia novelada” de la guerra. Ese narrador ha atravesado los difíciles

¹²² En *No tan nuestras*, la película de Ramiro Longo (2005), Sergio Delgado dirá “El dolor más grande de todos los excombatientes es haber perdido Malvinas”. En el relato testimonial inglés, años después de concluida la guerra, un excombatiente argentino afirma: “Todo el mundo nos ignora porque perdimos” (Bramley 1994, 17).

años iniciales de la democracia, con su carga de brutales revelaciones sobre lo actuado por el proceso militar, ha conocido múltiples informaciones sobre la guerra y, sobre todo, ha presenciado el silencio social que cubrió la evocación de Malvinas tras las insurrecciones de militares que habían combatido en el 82.

Esteban postula que la guerra fue un hito fundante. El sujeto narrador está participando de cambios notables que modifican radicalmente el imaginario social y cultural de los 80.¹²³ ¿Cómo se configura este protagonista adolescente? En primer lugar, es perceptible que el sujeto narrado está cruzado por un desencanto previo a la guerra: a diferencia de sus compañeros, él tenía cierta vinculación con el imaginario militar porque durante la conscripción había intentado convertirse en paracaidista. Quizá eso explique la latencia de la idea de “héroe” en su imaginario juvenil: cuando es convocado a Malvinas se despide telefónicamente de su madre prometiéndole “Vas a tener un héroe en la familia, acordate” (145).

Además demuestra que el primer estadio del relato testimonial reside siempre en la experiencia del servicio militar, que en el caso de Esteban le permite comprobar la brutalidad de los militares, una característica que ratificarán con ciertas excepciones los oficiales de *Illuminados por el fuego* y que evidencia, por ejemplo, su amarga percepción de que frente al jefe abusivo era “un soldado multiuso” (67).¹²⁴

Este énfasis en la arbitrariedad e ignominia de los superiores directos también será patrimonio de la literatura: *La flor azteca* de Gustavo Nielsen, publicada el mismo año que la obra de Esteban y Borri, narra la historia de dos conscriptos amigos desde la

¹²³ En *Illuminados*, el narrador cita a un autor al que solo volverá Fabián Bustos en *Crónicas de un soldado* (2005): Carlos Castaneda. Antes de dirigirse a Malvinas junto con otros soldados, el narrador lee un texto del autor mexicano que alude al miedo. Si bien introduce el tema del miedo –que, según el narrador nunca lo abandonó en las Islas–, desde el punto de vista ficcional y casi funcionando como un indicio del relato, también podría señalarse que con ese texto se concreta una forma de intertextualidad que obliga a repensar la diferencia entre los tiempos de la narración y de lo narrado. ¿Acaso está aludiendo al interés de un adolescente de 1982 en un personaje notorio de la contracultura de los 70, o reflejando doce años después su apropiación por parte de la *new age*, una especie de suma de saberes alternativos de origen norteamericano que fue muy popular en la Argentina de los 90? Carlos Castaneda fue un antropólogo mexicano que en 1968, en los Estados Unidos, publica *Las enseñanzas de Don Juan*, un libro inspirado en lo que planteaba habían sido sus diálogos con un indio de Nuevo México, donde se despliegan enseñanzas filosóficas y se alude al uso de drogas alucinógenas locales como el peyote. En la Argentina, ya en 1971, había aparecido un reportaje a Castaneda en la revista *Uno Mismo*.

¹²⁴ En un testimonio publicado en 1996, Esteban relata: “[en 1981] efectué el servicio militar en Paracaidismo, algo que yo quería hacer. Vi que en vez de servir a la patria terminabas siendo sirviente de los oficiales [...] Yo tenía diecinueve años: ¿qué habíamos hecho para ser castigados con esa brutalidad [...] Había terminado el secundario (bachillerato) y quería huir de mi vida de entonces [...] Fui un buen soldado, y en la colimba no hay que ser bueno: Hay que ser vivo”(citado en Federico Lorenz 2006, 29). Esta visión de la “colimba” no es muy diferente a la de Roberto Herrscher, un conscripto de la Marina que testimonió su experiencia bélica en *Los viajes del Penélope*. Evocando lo que le enseñaron en su período de instrucción en Puerto Belgrano dice: “disciplina militar, obediencia ciega, delación, bajar la cabeza, que uno es un número sin voluntad ni cerebro y que si te roban algo tenés que robar al otro porque al final el castigado es el boludo que no robó” (2007, 60).

infancia que viven la guerra en Buenos Aires y en el Sur y sufren brutales experiencias con sus oficiales.

El narrador de *Iluminados* identifica al protagonista con sus camaradas, a los que define básicamente por la edad (los “veinteañeros”, “tiernos pendejos”, “pibes”, “chicos”); sin embargo, una de estas palabras, la muy urbana “pibes”, cruza todo el itinerario del desengaño del protagonista, donde el ser pibe se transforma en una definición constituyente:

[...] y nosotros, pibes veinteañeros, habíamos puesto todo lo que teníamos al servicio de una obligación casi sobrenatural. (64)

[...] la inutilidad de un sacrificio que incluía la muerte de muchos pibes iguales a mí. (178)

[...] El pibe que era o había dejado de ser. (198)

Podría decirse que esta configuración está inscrita en la forma que elige para relatar su vuelta a la vida civil, transformando la ropa casi en una metáfora de la juventud: “Volvía a ponerme los jeans, las zapatillas, la camisa leñadora y comenzaba a dejar atrás los colores Verde García” (245).

Como en otros relatos, el sujeto de la narración visualiza la guerra como un fortalecedor de valores, la familia y la religión, sin modificar sus significantes más tradicionales y recurrentes: la imagen materna, el rezo, la asistencia a misa, el uso del rosario o las cartas, que en su caso concretan, por ejemplo, la reconciliación con su hermano.

Aunque surge un reconocimiento de la guerra como neutralizador de diferencias entre los combatientes, ya sea las que emergían del rango militar o las que imponían distintos niveles de educación, la articulación de lo grupal también refiere a esa condición de pibes que solo quieren “pasarla bien”:

Con Germán, Sergio, Gustavo y el negro Ortiz mantuve cierta afinidad durante esos días. Aunque no anduviéramos juntos, porque teníamos diferentes puestos y misiones, cada vez que nos juntábamos la pasábamos bien, dentro de lo mal que la pasábamos cada uno de nosotros. (77)

Una de las formas de representar esa condición de pibes en la guerra, la emblemización que opera en todo el relato, es la alusión a determinados rasgos del imaginario nacional que los conscriptos trasladan a las Islas. Así se prolonga la tradicional diferencia entre porteños y provincianos sin introducir modificaciones sustanciales, acentuando lo convencional desde el mismo lenguaje. Por ejemplo, ante la negativa del hambriento protagonista a aceptar las patas de pollo halladas en la basura de los kelpers, el generoso cordobés que se las ofrece le responde: “¡Comé, gringo cagón! ¡De qué te las tirás ahora, cajetilla! Gringo tenías que ser por lo agrandado” (112).

Pero también esa emblemización fortalece el factor identificatorio de la música popular argentina, sobre todo del rock nacional, que le permite a un soldado llamar “zurrito” a otro porque canta “Solo le pido a Dios” de León Gieco, o leer como símbolos de nacionalidad las piezas de tango y folklore ejecutadas en el improvisado concierto que se organiza en el Canberra.

En ese repertorio convencional no falta el rol del fútbol, como esa pasión compartida y práctica típica de la infancia, que reaparece cuando, ya declarada la rendición y esperando al vencedor inglés, los combatientes juegan al fútbol hasta que un oficial les saca la pelota: “Así que una vez perdido nuestro juguete, quedamos otra vez desocupados” (111).¹²⁵

La distancia con la política se exagera hasta transformarse en un dato generacional: el protagonista recuerda que a su padre ya muerto¹²⁶ sí le interesaba la política pero que para él había sido algo prohibido: “Por todas partes, pero fundamentalmente en la escuela, nos habían enseñado a despreciarla” (206). Al desconocimiento se suma la descalificación, cuando, refiriéndose a Bittel y Caffiero, líderes de Partido Justicialista que apoyaron el desembarco, un soldado sostiene: “Políticos tenían que ser” (86). Esta visión juvenil de la política que, como se verá luego, tiene relación con su propia historia, también aparece en su lectura de ciertos hechos a los que configura como

¹²⁵ El fútbol, que fue una creación británica, es mencionado por el relato testimonial inglés pero de una forma muy diferente. Thompson cuenta que su oficial Pike bautizó los lugares a atacar con términos futboleros, por ejemplo, llamando medio volante a la cima occidental del Monte Longdon, y zaguero a la oriental. Así se evitaba que las comunicaciones radiales inglesas informaran a los argentinos el nombre de los lugares de ataque. Irónicamente, Thompson explica esta decisión por el interés personal de Pike en el fútbol (1987, 208). También aparece la satisfacción de otro oficial cuando se entera, marchando sobre una colina, la derrota argentina frente a Bélgica en el Mundial de Fútbol (255).

¹²⁶ El protagonista hace una significativa observación sobre su idea de que la guerra produciría algún cambio en el país: “Quizá era la herencia de mi viejo que había muerto trágicamente cuando yo tenía nueve años” (206). Es su única referencia al crimen político que acabó con su progenitor.

indicios, por ejemplo, durante el improvisado concierto en el buque Canberra.¹²⁷ Al observar que todos cantan la marcha peronista, sostiene: “Estábamos en pleno proceso militar, bajo bandera, y esa música remitía a una historia desconocida para nosotros. Sentí por primera vez que la cosa iba a cambiar” (205).

Como tampoco es nuestro propósito buscar el “fiel reflejo” de la historia bélica de Esteban, recordaremos algo ya observado en el capítulo I. Veinte años después de Malvinas, él le cuenta a María Ester Gilio, en un reportaje de *Página/12*, que cuando solo tenía nueve años, sicarios de la Triple A asesinaron a su padre que era militante peronista. El ataque, en el que también le dispararon a su hermanita, provocó que su madre perdiera su embarazo. Además, recuerda que sus tíos debieron abandonar el país por las amenazas recibidas.

Observamos este dato, que se suma a otros¹²⁸ revelados en distintas entrevistas posteriores, para enfatizar la compleja construcción que articula al sujeto narrado. Más que preguntar por qué la emblemización del conscripto de Malvinas operada en 1993 por *Illuminados* escinde los temas del crimen político y el exilio, preferimos señalar que este hecho fortalece la hipótesis de que los testigos eligen notables silencios para construir su no-saber acerca de sucesos recientes de la historia argentina.

Como integrante de esa “comunidad imaginada”¹²⁹ que funcionó en las Islas, el protagonista de *Illuminados* construye el “mientras tanto” que marcan el peso de los medios (la radio y los periódicos), las cartas de familiares o de desconocidos motivados por las campañas de propaganda impulsadas por la televisión, e incluso el periódico que los militares editan especialmente en Malvinas.

Así aparecen los sucesos políticos, los discursos de Galtieri y otros jefes, la actuación de figuras civiles no susceptibles de ser considerados simpatizantes del

¹²⁷ Otro concierto en el Canberra –¿o el mismo?– volverá en 2012 en el testimonio de Sergio Vainroj, un exconscripto que denunció el antisemitismo sufrido durante la guerra. Él obtuvo permiso de sus captores para tocar el piano, brindó distintas piezas a sus camaradas y, por pedido de ellos, ejecutó el himno nacional. La intervención de oficiales argentinos, obligándolos a pararse, generó un altercado con los británicos que finalizó violentamente el concierto (Niebieskikwiat 2012, 67).

¹²⁸ La información cubre un campo muy amplio que va desde su insistencia en que, pese al drama vivido, él había tenido una infancia normal, hasta la mala relación que tenía con su padrastro en la época de Malvinas; así como también su crisis posretorno y el enfrentamiento con militares y ex camaradas por las revelaciones concretadas en su libro.

¹²⁹ Necesaria aclaración: no aludimos en forma literal a la comunidad imaginada que plantea Benedict Anderson y que da título a su libro, aunque sí extendemos a una comunidad que duró setenta y cuatro días ese rol que él asigna a los periódicos al comienzo de la modernidad como constructores del “mientras tanto” que inaugura la simultaneidad de la percepción temporal. El relato testimonial generalmente usa las falsas noticias aparecidas en el continente y la exaltación popular que ellas generaban para marcar que, “mientras tanto”, los conscriptos afrontaban horrores crecientes, y así reconstruir una visión simultánea de lo que sucedía (Anderson 2003, 26-60).

proceso militar, como Ernesto Sábato y Adolfo Pérez Esquivel, y la manipulación ejercida por los medios para crear adhesión y contribuciones a la guerra.¹³⁰

Esta información constituye la otra parte, más exterior y general, de todo lo que desencadena la condena de los combatientes e intenta forjar una especie de interdiscursividad no explícita con el testimonio del testigo urbano. De hecho, funciona casi como un marco referencial que funda la insularidad de esa experiencia bélica y genera un saber in situ, promotor del desencanto y del aprendizaje. Esa construcción se opera marcando enfáticamente la distancia que mediaba entre la realidad que los conscriptos vivían y la retórica forjada y consumida por los que, muy lejos de Malvinas, no atravesaban esa situación.

Para el narrador, otra forma de configurar ese “ser pibe en la guerra” es evocar historias de colimbas que reiteran motivos narrativos frecuentes del relato testimonial. La angustia de la espera impulsa a un camarada del protagonista a beber su propia orina creyendo que así se producirá hepatitis y será llevado al continente (187). La elemental supervivencia inspira la organización de una pandilla que roba para conseguir comida; está liderada por Contro, un conscripto que asume su condición previa de “chorro”. El soldado que narra su historia sostiene: “Fue un héroe, hermano. Porque cuando nadie hacía nada por nadie, Contro se jugaba robando para todos. Era un Robin Hood criollo” (188).

Resulta evidente que fragmentos de este relato podrían asociarse con la imagen de los desertores que había brindado *Los pichiciegos* en 1983: desde el desconocimiento político de los jóvenes, pasando por el funcionamiento de la “comunidad imaginada” en las Islas, hasta esta naturalización del robo como método de supervivencia. No obstante, lo cierto es que también coinciden con los testimonios de *Los chicos de la guerra*, publicado en 1982.

En el relato de *Iluminados*, la experiencia bélica diseña el itinerario del desengaño¹³¹ construyendo oposiciones muy radicales que se trasladan a la configuración de los Otros. En primer lugar, a sus superiores, diferenciando a los malos –Gilbert y García–

¹³⁰ Uno de los camaradas del protagonista cree que Sábato ha recibido el Premio Nobel, confundiéndolo con Pérez Esquivel, algo que él corrige rápidamente evidenciando mayor conocimiento del escritor (93).

¹³¹ El motivo del desengaño reaparecerá muchos años después en *Los peones de Malvinas* (García Lerena, 2011), una obra muy distinta a *Iluminados*, donde sin embargo, lejos de cualquier formulación retórica, los testimoniantes aluden a su engaño/desengaño durante la guerra. El radioperador Alberto Bassano cree que el no-tener concretó ese desengaño: “En un principio por nuestra juventud, y tal vez por nuestra ignorancia, pensábamos que ir a Malvinas era como ir de paseo. Pero a medida que pasaban los días, las horas, el no tener comida adecuada, no tener la vestimenta adecuada, ahí empezamos, no sé si a tener miedo, pero sí a decir que vengan los ingleses y terminemos con esto para bien o para mal ,ya que nos daba lo mismo morir que vivir”(210).

del buen jefe Quevedo, un superior capaz de castigar a sus subalternos abusadores y que el sujeto de la narración identifica con una figura paternal.¹³² Esas oposiciones radicales pesan inclusive en la ficcionalización de los nombres, que remiten a un imaginario popular muy ligado a la niñez, evocando la historia argentina –el subteniente bueno será “Falucho”– o inspirándose, al parecer, en las series de televisión norteamericanas (“Colt” será el oficial malo).

Típica del relato infantil pero también del cuento popular, esta forma binaria de pensar la realidad asoma además en la autojustificación: no habían elegido ese destino ni tenían un conocimiento específico. Ellos eran militares amateurs, en tanto sus oficiales eran o debían ser profesionales de la guerra, como ya lo habían planteado los testimoniantes de *Los chicos de la guerra*. Este tipo de simplificación adquiere condición metonímica en su discurso, por ejemplo, transformando al arbitrario y abusador Sargento García en un emblema del Ejército, representativo de una imagen de país que cuestiona la misma idea de causa justa:

¿Cómo podíamos seguir queriendo a la Patria cuando esa misma Patria nos reducía a la condición de parias o esclavos de su inútil grandeza? ¿Cómo podíamos seguir creyendo en la nobleza de una causa justa cuando la injusticia nos hacía sus víctimas? (244)

Iluminados plantea un Otro militar, argentino y atípico: el cabo Dumas desencadena una significativa reflexión del narrador que podría leerse como un rasgo de identidad del joven que llega a Malvinas con escasas experiencias sexuales. Se escandaliza ante el acoso de este cabo que solicitaba favores sexuales a los soldados a cambio de comida, aun percibiendo que sus compañeros consideraban eso algo normal y que algunos participaban de esas prácticas. El protagonista se diferencia y condena desde lo ético-militar tan especiales “reglas de juego”.¹³³

¹³² De acuerdo con lo ya señalado en el capítulo I, el relato de *Iluminados* comienza con la derrota, un hecho que invierte las características del relato testimonial, que siempre se inicia con el viaje a las Islas. Esta elección narrativa podría leerse como una forma de instalar desde el comienzo mismo de la obra el desencanto que le genera al protagonista su experiencia en Malvinas. Considerando que usamos una determinada visión histórica del concepto del *desencanto*, que remite al siglo XVII español, nos permitimos observar que casualmente el buen jefe tiene el mismo apellido que el célebre Francisco Quevedo y Villegas, que ante la declinación del imperio ibérico se refirió al “desengaño” como una forma de acceder a la verdadera naturaleza de las cosas. No se trata de una determinación de la providencia: Carlos Quevedo es citado por historiadores militares como Isidoro Ruiz Moreno (1986) y el general Balza (*Perfil*, 2012, 12). En su artículo, Balza sostiene que Quevedo, él y otros, que habían tenido mando directo en Malvinas, al retornar fueron, según sus propias palabras, “desmalvinizados”, es decir, relevados de su posición, por sus superiores.

¹³³ Primo Levi registra la homosexualidad en el Lager relacionada con el intercambio de favores sin formular juicio ético y con cierto tono eufemístico: “Sigi tenía diecisiete años y es el más hambriento

No podía concebir en el Ejército esa clase de conducta ¿Por qué las reglas de juego de esta guerra establecían que un superior debía estaquear a un soldado por robar comida y no a un superior por aprovecharse y abusar de un soldado? (97)

Cómo no recordar al Pichi homosexual de Fogwill (*Los pichiciegos*), que a su vez podría leerse como un tributo a Manuel Puig. Sin embargo, en un giro que creemos podría reconocer cierta inspiración literaria,¹³⁴ Dumas, que era solo un cabo de rancho, al llegar los bombardeos se transforma en un valeroso y solidario combatiente, a diferencia del profesional, ilustrado (escuchaba rock inglés) y autoritario oficial Gilbert, que se acobarda cuando –en palabras del narrador– hay que “poner los huevos” (98).

El narrador lee “una transformación” en la decidida actitud de Dumas y ya en la rendición le tiene lástima: “Su aspecto delataba la violencia desesperada de alguien que había enfrentado la situación poniéndole todo el cuerpo y todo el valor” (98). Con sesgo metonímico, deposita la jerarquía militar en la vestimenta preguntándose si a Dumas “Le quedarían ganas de seguir usando el uniforme verde oliva (98)”.

Por primera vez el relato testimonial de la guerra de Malvinas estudiado en este trabajo se refiere a la sexualidad y le otorga un rol en la configuración del protagonista, quien asigna al cuerpo un valor totalizador, casi definitorio de la experiencia bélica, evidenciado en “nosotros que poníamos el cuerpo por esa patria” (120).

Pero el sujeto narrado, inexperimentado en el tema según su propia confesión, construye una determinada imagen de la sexualidad rechazando con juicio ético a Dumas o tomando distancia del compañero que mirando una vaca le pregunta: “Decime sinceramente si no te la cogerías” (186). Su propia sexualidad solo asoma en la fantasía fetichista que le despiertan las imágenes publicitarias femeninas y la presencia en el Canberra de la mujer que cree que es una prostituta.

Como le sucede al protagonista de *Crónicas de un soldado* (2005), la otra obra que da cuenta de la homosexualidad entre los combatientes, la experiencia bélica parece

aunque recibe cada tarde un poco de potaje que le da un protector suyo, verosíblemente no desinteresado” (1998, 79).

¹³⁴ Si bien la transformación es un motivo tradicional, recurrente en diversos tipos de ficciones, deberíamos recordar que en *El beso de la mujer araña* de Puig (1976), una de las transformaciones que narra la novela es el gran cambio de un homosexual al enamorarse de un guerrillero con quien comparte la celda de una cárcel. Esta transformación fue central en el guión de la película homónima (Babenco, 1985), que un año después de su realización fue estrenada en la Argentina. El relato de Esteban se acerca más a la lectura que el cine hizo de la novela de Puig.

adormecer el deseo sexual, que le resulta indiferente aunque teme la impotencia que podría sobrevenirle al regresar de las Islas.

Habiendo configurado como enemigos internos a muchos de sus superiores, el narrador desdobra al enemigo externo, al otro Otro, en el kelper y el inglés. Curiosamente le despiertan actitudes diferentes, pero en ambos casos pueden ser leídas como fuentes de revelación.

Registra el odio de los kelpers, que ni los agredían ni fingían amabilidad: “Los nativos nos habían demostrado con su silencio que nosotros éramos unos intrusos” (77). Pero recién durante la rendición, al ser insultado por un niño de diez años y presenciando la acogida que dan los nativos a los soldados británicos –“los que venían como dioses enviados por el imperio para liberarlos de los *archis* invasores” (128)–, reformula esa percepción del Otro al que en un comienzo pensaba salvar. Remite esa idea a un mensaje del gobernador Menéndez, con quien se había identificado, asumiendo que inicialmente “estaba convencido de que venía a liberarlos de la opresión del Imperio Británico” (128). Es probable que ni el sujeto narrado ni el narrador supieran que ese “redentorismo” ya aparecía en la narrativa expedicionaria del desierto del siglo XIX dirigido a los indios.¹³⁵ Curiosamente cree que ellos y los kelpers comparten la condición de iletrados, lo que de hecho definiría la superioridad del inglés –vencedor de las tropas nacionales y titular en esa época de un status político superior al de los isleños–, algo que había sido muy destacado por la prensa nacional. Pero también reconoce una suerte de jerarquía implícita en la nacionalidad:

Era evidente que ahora se sentían protegidos y, *aunque eran tan iletrados como muchos de nosotros*, sentirían que por fin, recuperaban su nacionalidad, por fin volvían ser ingleses de segunda o cuarta, así como nosotros nos habríamos sentido argentinos de cuarta. (128)

El mirar al otro como forma de reconocerse, de construir una señal de identidad, algo que ya había aparecido en este relato –en la guerra, ante la superioridad militar de los ingleses–, se acentúa durante la rendición y el traslado en el Canberra: “Eran tipos seguros de lo que debían hacer, en cambio nosotros habíamos sido una manada de ovejas que pedíamos permiso hasta para movernos medio metro” (125).

¹³⁵ Al iniciar la expedición en 1879, Roca señala las razones de la expedición en su Orden General del Día: “por la vida y la fortuna de millares de argentinos y aún por la redención de esos mismos salvajes que por tantos años librados a sus propios instintos, han pesado como un flagelo en la riqueza y bienestar de la República” (citado en Olascoaga 1974, 181).

Bajo la mirada de un inglés que usaba patillas largas, anteojos Ray-Ban y un walkman, un soldado confiesa: “este tipo me hace sentir un negrito de cuarta. Somos todos unos negritos de cuarta” (127). Así configura un Otro mediante datos de imagen física, marca y tecnología que, quizá, anticipan rasgos típicos de la visión consumista que impone el neoliberalismo en los años 90.

El contacto humillante y doloroso con el enemigo triunfante se transforma en una fuente de revelación que insinúa la existencia de un mundo externo, superior y más grato, algo quizá natural para jóvenes que, como el narrador, nunca habían viajado en barco o como otros excombatientes que no conocían más que su lugar de origen. Ellos transforman en un viaje iniciático el traslado en el Canberra, un crucero que, ante la falta de buques de transporte, la flota británica había requisado al desencadenarse el conflicto.¹³⁶ En primer lugar, porque viajan en un barco que la propaganda de guerra argentina había declarado hundido,¹³⁷ lo que certifica las múltiples mentiras sufridas, pero también porque allí advierten la eficiencia, el humanitarismo y hasta cierta comprensión del enemigo inglés.

Deslumbrado por el lujo del Canberra, el narrador lo percibe como una señal de lo que existía fuera de su experiencia, asociando en su discurso el exterior con la libertad, al mismo tiempo que parece revelar la visión de un joven criado en los años de plomo.

El barco era un verdadero “placer inglés” (si los hay) y hasta ese olor indefinido pero persistente que impregnaba la atmósfera me remitía a otro lugar, a otro mundo, *a otra libertad que yo no conocía*. (180)

En el barco aparece la mirada del otro, el vencedor, moviéndose en un escenario cuya organización devalúa la propia imagen, la de “soldados sudacas asombrados, pero estúpidamente arrogantes” (175). En el lujoso Canberra la diferencia se torna humillante y se proyecta a la subjetividad: “Hermoso contraste para sentirse un indio perfecto y encima derrotado” (176).

¹³⁶ Conocer el mar o viajar en barco organizan motivos narrativos que el relato testimonial incorpora y años después prolonga la ficción inspirada en la guerra de Malvinas. En *Montoneros o la ballena blanca*, el guerrillero Chifa, que arrastra una dura experiencia de militante, al llegar al sur en 1982, “estaba embobado: era la primera vez que veía el mar. Se reía sin parar” (Lorenz 2012, 192).

¹³⁷ “Destruimos al Canberra” fue el titular de *Crónica* del 25 de mayo de 1982. Palermo observa que el texto del parte oficial del EMGE argentino informaba que los ingleses ya habían logrado una cabecera de playa en San Carlos pero no mencionaba al Canberra, sino que decía que se había averiado un barco de transporte (2007, 273).

¿Hay quizá un cruce temporal en las configuraciones de ese “sudaca”, que remite a la diáspora que generó el proceso militar y se prolongó después por razones económicas, el “indio”, que habla del descalificado derrotado del siglo XIX, y el “negrito” que refiere a las migraciones internas que comenzaron con el primer peronismo?

La formulación retórica aparece clara al referirse a “la pequeñez del héroe vencido por *enemigos impresionantes*” (176), enemigos organizados y amistosos cuyos médicos, por ejemplo, liberan a un soldado de las ladillas incrustadas en el cuerpo, una carga adquirida durante su estadía en Malvinas.¹³⁸

Esos enemigos aplican una especie de justicia elemental: obligan a los oficiales argentinos a limpiar los baños de los reclutas ante el regocijo de esos soldados. Ellos los habían visto en las Islas desprenderse de las jinetas y los bigotes, identificatorios de su jerarquía en el ejército nacional, para confundirse con la tropa y así ser trasladados al continente.

Esa recepción humanitaria y esa justicia primaria de los ingleses se confrontarán con el ocultamiento y la soberbia militar que percibe en su retorno, cuando –como en otros testimonios– solo en el sur argentino reconoce cierto espíritu de acompañamiento popular. Al regresar a su cuartel de Córdoba y ante la indiferencia de la gente en la calle, sostiene: “Volvíamos de Malvinas y tratábamos de llamar la atención [...] Yo sentía violencia y rencor por la desvalorización en la que había caído” (247).

El motivo del regreso del soldado, en este caso aguardado exclusivamente por su familia, es emblematizado como signo del silencio social que acompañó el retorno de los excombatientes. Pero no se traslada a la experiencia misma del narrador que sí confiesa los síntomas de inadaptación personal: “sentía que no podría adaptarme a la vida civil, a esas costumbres de pibe de barrio que antes eran ‘pan cotidiano’ y ahora se me alejaban hasta hacerse irreconocibles” (207).

Junto al recuerdo traumático de la guerra, la acusación directa a los militares arbitrarios que habían “ayudado a perderla” (245), está también la percepción de que eran vistos como culpables: “Nuestro mayor defecto era no haber ganado” (246). Tampoco falta otro motivo, el “aquí/allá” que reiterará el relato testimonial: “Ya no

¹³⁸ Este episodio es relatado por su protagonista en el relato testimonial británico: el muchacho confiesa su vergüenza frente a la enfermera que le pidió se desnudara para tratarlo y su temor a tener una erección (Bramley 1994, 256). Lo que era una anécdota casi humorística en *Illuminados*, se transforma en el recuerdo de un joven que había combatido valerosamente en las Islas y en la rendición, con adolescente pudor, enfrentó una situación que vivió como humillante.

estoy allá, pero tampoco estoy acá y a nadie le importa que Edgardo Esteban haya vuelto de la guerra. ¿A nadie le importa?” (251).¹³⁹

Cabe recordar que este no poder ser escuchado, un motivo recurrente en el discurso de los excombatientes, que otras obras desarrollarán con mayor dramatismo, ya aparece según Finkielkraut (1990) en el de los sobrevivientes del holocausto, como Primo Levi y Simone Weil.¹⁴⁰

Elegimos cerrar estas observaciones con una pequeña digresión que evidencia ciertos silencios sobre los que Esteban construye su sujeto narrado en *Illuminados* y que ratificarían la emblematización como el objetivo organizador de su relato. En 2005, Esteban cuenta: “Cuando volvimos se nos obligó a no hablar de Malvinas. Esto me llevó a situaciones muy fuertes y a buscar alternativas: hice terapia, control mental, estudié teatro seis años [...] Me puse a escribir, como decía Antonin Artaud para sacar ese pus que me desesperaba”.¹⁴¹

II.3.2. No-saber: de la “hermanita perdida” al infierno

El no-saber Malvinas se presenta aquí como el capítulo final del desengaño, donde el paisaje isleño termina imponiéndose como signo de extranjería y ya pesa el “nosotros” que vive la guerra. Sin embargo, en ese largo *flashback* que plantea *Illuminados* el protagonista evoca que había arribado a las Islas con una carga afectiva que configura como atributo individual. Un camino narrativo que culmina en:

[...] ¿qué había de nosotros ahí? Todo era distinto a la Argentina: por los menos a la Argentina que yo había alcanzado a conocer ¿Qué había de nosotros en ese lugar inhóspito? (77)

Pero que había comenzado con:

¹³⁹ Muchos años después, Herrscher (2007) también sostendrá que al volver de la guerra tenía “La sensación de estar vacío, incompleto y furioso” (324). Periodista como Esteban, habiendo sostenido una posición diferente ya en 1982 frente al desembarco, evoca cierto extrañamiento en el retorno, insertándolo en una reflexión más general donde configura a un sujeto narrador que intenta explicar al sujeto narrado: “En todas las guerras los que regresan recuerdan el estupor ante el hecho de que la vida en las ciudades haya seguido igual mientras ellos estaban bajo metralla y sus amigos morían. Yo había dejado de entender a mi país cuando todos se volvieron locos el 2 de abril y ahora no entendía por qué todo había vuelto a la normalidad” (97).

¹⁴⁰ En 1987 Simone Weil recordará que apenas empezaba a contar su experiencia en el Lager “éramos interrumpidos como niños excitados y demasiado charlatanes por unos padres agobiados, ellos sí, por verdaderas ocupaciones” (Finkielkraut 1990, 43).

¹⁴¹ “Las heridas secretas de la guerra”, Revista *Ñ*, *Clarín*, 10-09-2005 (citado en Palermo 2007, 304).

Como siempre corría viento, un viento helado y constante, pero la isla me parecía hermosa. Además lloviznaba. Me conmocionó el hecho de estar pisando el suelo de esa “hermanita perdida”, como me enseñaron desde la escuela primaria. (143)

La experiencia de la guerra no solo cambia el carácter ideológico-emocional de las islas, confirmando el carácter inmodificable del no-saber, también las convierte en un signo de impotencia: “La única realidad eran las islas y la posibilidad de morir” (64).¹⁴² En la partida, ya prisionero de los ingleses, la “hermanita perdida” adquiere otra imagen: “Así me despedía de la isla, así dejaba el infierno” (169).

¿Qué sabía ese sujeto narrado, construido por un periodista tantos años después, sobre el gobierno que lo había enviado a las Islas? Aquí el no-saber se construye depositando el interés por la política en su padre muerto tempranamente y con la descalificación que había operado la escuela sobre la política y los políticos, práctica que los conscriptos prolongan en las Islas.

Es el conocer la arbitrariedad de los militares antes en la conscripción y luego en las Islas –saber emblemático por asociación con grandes conceptos (patria, causa justa) pero sin vínculos con la historia reciente– lo que fundamenta esa definición de la guerra como gestora de la democracia, tal como lo plantean Esteban y Borri en el prólogo de la obra publicada en 1993.

II.3.3. No-tener: la degradación del cuerpo, la desconfiguración de la imagen

Para el narrador de *Iluminados*, el no-tener se transforma en impotencia y degradación. La falta del arma adecuada inhabilita su accionar y su propia defensa: “las balas me salían percutidas hacia direcciones insólitas” (65). El deterioro de su uniforme hace que se identifique con la imagen del linyero, y la pesada e inútil carga que debe transportar se convierte en una subjetiva explicación de las razones del triunfo inglés: “Todo lo que ellos tenían era en general desarmable y funcional” (137).

Su referencia a la corporalidad podría inclusive vincularse con formas de la regresión: el protagonista adquiere la posición de feto en su pozo de zorro bajo el bombardeo inglés (“la orina se me iba por el pantalón y creo que me meé encima”, 107).

¹⁴² Esta frase podría asociarse con el aforismo citado por Perón “la única verdad es la realidad”, muy popular cuando Esteban solo tenía 12 años, lo cual señalaría cierta vigencia o más bien cierto vestigio del discurso político de la década anterior, en una generación que parecía carecer de todo referente discursivo histórico o político. Sin embargo, otra lectura posible nos remitiría a la literatura y la vincularía con la dramática situación que atraviesan los condenados de *Huis clos*, la emblemática obra de Jean Paul Sartre (1944).

O bien, se refiere recurrentemente a las deposiciones que por la falta de baños químicos en las Islas cubrían el terreno, y que ingresan al relato como índice de la desesperación que, por ejemplo, motiva a un soldado a quedarse (robar, en realidad) con un calzoncillo largo cagado antes que afrontar el frío sin su abrigo (115). Esas deposiciones son leídas casi como una irónica y ácida definición de lo actuado cuando recuerda que el cabo Hudson había dicho: “Los ingleses pudieron ganarnos la guerra, pero les hemos dejado toda la isla cagada” (113).¹⁴³

Al igual que Terzano, en la amargura de la derrota, Malvinas vuelve a asociarse con la imagen de los excrementos transformando la mierda en un significante múltiple.¹⁴⁴ Tanto podría configurar la regresión traumática a una etapa infantil, la impotencia del discurso frente a la situación que atraviesan, o, en este caso, la forma encubierta de juzgar el desenvolvimiento argentino en las Islas.

La tensión del hambre también rige el comer indiscriminadamente, otra señal del descontrol del cuerpo: “Comíamos como animales y no nos importaba nada” (79); algo muy cercano a ese “comer de las bestias” que registra Levi¹⁴⁵ en los prisioneros del Lager. Esta tensión es reconocible en la formulación retórica que va desde la “última cena” (191), como llaman a la comilona que disfrutaban al descubrir un depósito de alimentos bombardeado, hasta el “chiquero”, cuando, ya prisioneros, devoran todo ante la posibilidad de perder sus bolsas de comida: “Eso era un verdadero chiquero. Bizagarra comía salchichas y un frasco lleno de dulce de leche” (166).

La imposibilidad de bañarse, que hace de la mugre una parte constitutiva del cuerpo, despierta su evocación de las cámaras de exterminio nazis al ver las duchas colectivas

¹⁴³ El relato testimonial transforma la experiencia del contacto con los propios excrementos en un motivo narrativo recurrente. Lo cierto es que la presencia de excrementos, que sorprendió a los británicos, también aparece en el relato inglés, como lo señala Niebieskikwait (2012) al citar el testimonio del exsargento inglés Rick Jolly (1999). En su *No pic-nic*, el jefe Julian Thompson critica duramente las instalaciones sanitarias del ejército argentino en las Islas y relata la experiencia de Dytor que, habiendo capturado su objetivo, decide comer un Rolo. “Al encontrar que el gusto –por decir lo menos– era algo raro, descubrió horrorizado que sus guantes y las raciones estaban cubiertas con porquerías argentinas” (1987, 234).

¹⁴⁴ La imagen de la mierda asociada a Malvinas volverá en *Una puta mierda* de Patricio Pron (2007), una novela con fuerte influencia de la literatura de Copi, que construye desde el absurdo una peculiar visión de la guerra. Allí un personaje (Wolkowski) plantea que se llega al enfrentamiento militar porque recientes excavaciones en el sur argentino habrían revelado que en el subsuelo de nuestro país “no había oro ni plata ni diamantes sino mierda. ‘Nada más que mierda’”. (116). Ocultar el permanente ascenso de esa mierda habría decidido la guerra. En la contratapa del libro, Pron renuncia explícitamente a construir cualquier verosímil realista de la guerra de Malvinas. Pero cabría preguntarse si este ejemplo y el funcionamiento de las señales de identidad del relato testimonial en su novela no son condiciones imprescindibles para construir lo absurdo que, si bien toda guerra lo tiene, en este caso define a la guerra de Malvinas.

¹⁴⁵ “[...] comer de pie, furiosamente, escaldándose la boca y la garganta, sin tiempo para respirar” (Levi 1998, 81).

argentinas.¹⁴⁶ En ese sentido, cuando accede a las muy cómodas del barco inglés Canberra, comenta:

Y cuando mi cuerpo sintió el agua tibia parecía resucitar de sus cenizas [...] Me sentía un niño [...] Por más que quisiera el jabón no me limpiaba. La mugre se había convertido en mi piel o mi piel se había convertido en mugre y era imposible separarlas. (181)

Quizá esta lectura desde la corporalidad, o más bien desde la pérdida de la misma imagen corporal, también podría prolongarse a la visión de cómo funciona el daño producido por las esquirlas, no perceptible en un primer momento. Así se lo explica otro soldado al protagonista: “El problema viene cuando se enfría: recién ahí te das cuenta de que tenés un cacho de hierro metido en el cuerpo” (80).

Es literalmente desde el cuerpo como *Iluminados* construye esta desconfiguración casi en el límite de lo humano producida por la experiencia bélica; la última manifestación del no-tener que caracteriza a este y a casi todos los otros testimonios de la guerra de Malvinas.

II.3.4. No-poder: “en la guerra los que mueren son los otros”

El no-poder asoma en el relato planteando que suerte o azar reemplazan cualquier posibilidad de decisión personal, y la única defensa parece residir en ciertas formas de alienación que, por ejemplo años después, le permiten evocarse como un autista que solo quería volver a su hogar. O bien comparar con un espantapájaros a un compañero que durante el bombardeo había permanecido estático (73), persuadido de que era inútil correr. La irritación que despierta esta actitud en el protagonista evoca la distancia que Primo Levi tomaba frente a los “hundidos”, a quienes ya todo les era indiferente.¹⁴⁷

Como los entrevistados por Kon, su reflexión frente a la muerte ratifica lo inenarrable de la guerra: “En la guerra los que mueren son los otros. Mientras uno pueda verlos morir quiere decir que uno está vivo. Y eso es bastante” (74).

Otra vez la sombra de Levi nos permite reconocer el tono de un “salvado” que, como Terzano, tiene una muerte muy próxima, la del cabo que muere en un bombardeo

¹⁴⁶ Crea así otra coincidencia con el relato de Primo Levi, quien recuerda que “Las cámaras de gas, en efecto, estaban camufladas como salas de duchas, con tuberías, grifos, vestuarios, perchas, bancos, etcétera” (Levi 1998, 193).

¹⁴⁷ Dice Levi de Null Achten: “Todo le es indiferente hasta tal punto que ha dejado de preocuparse por evitar el cansancio o los golpes ni por buscar comida” (1989, 46). Sostiene, además, que con “los hundidos”, hombres desmoronados, sin amigos, no vale la pena hablar (95).

por haber cubierto su lugar, y que su relato transforma en un episodio significativo pero no central, en síntesis, otra expresión de ese no-poder que recorre todo el relato testimonial de la guerra de Malvinas.

Muchos años después, ese no-poder seguirá vigente; en el reportaje ya citado que le hace María Ester Gilio, Esteban avanza un poco sobre el tema y de pronto le dice: “Perdoná, no tengo ganas de hablar de esto. Buscalo en el libro que te doy”.¹⁴⁸

II.3.5. Volver quince años después

Illuminados tiene un relato del regreso, la vuelta a las Islas concretada por el narrador como periodista profesional en 1999. Este viaje articula la tensión existente entre su presente y la evocación de la experiencia, formulando ejes claros como son el rechazo a la guerra y la necesidad personal de escribir “el capítulo final de una historia” (15).¹⁴⁹

Quizá no sea casual en la construcción del imaginario del protagonista, un periodista profesional, la continuidad que establece entre el fusil y la note-book (29), cuando relata un episodio que, como señala Lorenz, tuvo un enorme acompañamiento mediático y que fue cuestionado por otros compañeros por circunscribir el hecho a una experiencia y necesidad individuales.¹⁵⁰

¿Qué cambios registran las señales de identidad frente a la obra de 1993? En primer lugar, junto a la apropiación afectiva (“nuestras Malvinas”, “mi Puerto Argentino”, 19), quizá un indicio de la territorialización subjetiva de la experiencia, aparece el reconocimiento de que esa nueva realidad exige nuevas descripciones y que parte de la experiencia vivida ya es historia, evocada por el museo erigido en las Islas.¹⁵¹

¿Es una “vuelta”, en el sentido que el *Martín Fierro* asigna a ese retorno? Básicamente, el sujeto narrado cambia su mirada sobre los Otros, los kelpers. A los declarados intentos de comprenderlos mejor suma la experiencia de contacto con Verónica, una kelper que le devuelve ciertos objetos que han permanecido en su casa

¹⁴⁸ Esteban revela que el suceso le deparó enemistades entre sus compañeros y acepta el rencor de los padres del soldado muerto, con cuyo hermano afirma ha comenzado a tejer una amistad.

¹⁴⁹ Muchos años después, Roberto Herrscher, otro excombatiente cuyo testimonio incorpora la vuelta a las Islas, también se referirá a ese retorno como el cierre de una historia personal: “Volver es, también, pulverizar y enterrar los recuerdos” (2007, 25).

¹⁵⁰ *Las guerras por Malvinas*, 2006, 245-250.

¹⁵¹ La misma apropiación afectiva, que en definitiva constituye una forma de recuerdo, concreta Roberto Herrscher cuando en Europa va al encuentro de la goleta que lo cobijó durante la guerra: “Me cubro con la cámara el llanto entrecortado de angustia y de alivio. Estoy por fin solo, absolutamente solo con mi barco con mi miedo con mi guerra” (2007, 22).

desde la guerra. Ella le pregunta si uno de ellos, un sable ceremonial, pertenece a un represor,¹⁵² y le muestra su colección de música popular argentina, que admira intensamente y que despierta en el protagonista el recuerdo de esa colección de música inglesa que su odiado superior Gilbert había llevado a Malvinas.

Fútbol y música siguen siendo señales de identidad nacional, pero ahora también formas de vinculación con los kelpers, con esos Otros insertados en un paisaje que guarda huellas de lo sucedido y del trauma que el narrador reconoce en la inmensa base erigida en la Isla. Evocando *El desierto de los tártaros* de Dino Buzzatti (1942), el narrador vincula la novela con la tensión de la espera de un enemigo imaginario: “Hoy nosotros somos ese enemigo ficticio” (17).

Al reconstruirse en el recuerdo ratifica las señales de identidad del joven combatiente (inocencia, ingenuidad, deseo de aventura) y asocia la derrota con la madurez vital: “El día de la rendición sentí que había crecido, madurado y hasta envejecido” (43). Al mismo tiempo, consolida la condena a esa “absurda, estúpida e inútil guerra” (24).

Como en su anterior relato, el cuerpo sigue siendo una realidad última, que aloja ahora la memoria de la contienda: “Los recuerdos de la guerra están en mi cuerpo, son marcas que nunca se borrarán” (9). Al peso de los lazos familiares, ya latente en su evocación de 1993, se suma el recuerdo de sus camaradas –esa especie de familia virtual que caracteriza todo el relato testimonial– para definir las razones del regreso: “Debía volver, necesitaba volver, por mí, por mi familia, por mi madre [...] por tantos que con apenas dieciocho años dejaron sus sueños, sus proyectos, su futuro y sus vidas” (9).

La visita al cementerio, donde yace el soldado que lo reemplazó en una guardia y murió durante el bombardeo, le hace pensar que debe enfrentarse con “la historia de tantos argentinos que dieron su vida *por una causa que creían justa*” (31). ¿Acaso comienza a reformularse el concepto de “causa justa”? En el relato publicado en 1993,

¹⁵² Llama la atención que sea una kelper en 1999 la que introduce una referencia explícita a los represores setentistas. En *Los viajes del Penélope*, Roberto Herrscher relata su conversación con un isleño que ya en el 82 conocía los crímenes del proceso militar y que temía que esa práctica se extendiera a las Islas (2007, 86). Estas observaciones entran en contradicción con la imagen de los kelpers como limitados al mundo británico y ratifican que ellos tenían cierto contacto con la Argentina, un hecho que también evidencia *Partes de guerra* aunque lo limita a la historia personal de un testigo, sin incluir el tema de la información sobre los crímenes del proceso militar.

al retornar de Malvinas su protagonista sostenía: “La Argentina había perdido una guerra, una guerra nacida de una causa justa (que no es poco)” (245).¹⁵³

El cuestionamiento a los militares y el reproche a la sociedad por lo sucedido en Malvinas coexisten ahora con la afirmación de soberanía y la esperanza del retorno argentino a las Islas; el contacto y la comprensión con los kelpers¹⁵⁴ se postulan como un inicio de cambio. Enfocado en la experiencia compartida, el narrador construye una forma vincular que funda su representatividad en la asociación de lo político y lo afectivo: “siento que los soldados que combatimos tenemos más que nadie un derecho y un sentimiento: estas islas son nuestras” (52).

Ahora ya sabe que la Patria que creían defender no era la de Galtieri ni la de Menéndez; la “causa justa” se formula en pretérito imperfecto, un tiempo verbal que, desde su mismo nombre, podría asociarse a pasado y falta de precisión. Pero enarbola el derecho y el sentimiento como razones de la pertenencia argentina de las Islas; en definitiva, alude a rasgos que siempre definieron el imaginario tradicional de Malvinas, aunque ahora con un referente que lo fundamenta y lo “historiza”, representado por los jóvenes soldados que allí combatieron y aquellos que también allí murieron.

Tanto este capítulo como los anteriores muestran a un narrador que le otorga un rol especial a los títulos de los capítulos, los intertítulos diría Genette (253), asignándoles una función referencial o humorística que los vincula con el cine o con la parodia. “El principio del fin” (63), “Adiós a las armas” (123), “Un águila guerrera” (219), en el

¹⁵³ De la inmutabilidad al cuestionamiento: este itinerario del concepto de causa justa tiene un remoto antecedente en la gauchesca argentina. Ya en 1831 Luis Pérez lo había practicado para denigrar a Araújo de Lamadrid haciéndole decir: “Y por otra parte / Aquella ocasión / La causa era justa / Y aquesta otra, no” (Schvartzman 2013, 162). Entender o no entender la causa justa es central para Tokuro, el ex soldado japonés protagonista del relato de Lamborghini (2003), ya citado en este trabajo. Frente al amigo que acaba de matar, reflexiona: “Cuestión de amor, ¡qué importaba que no hubiera entendido la causa justa!” (28); pero también: “Entonces, si Tokuro no entendió *La causa justa* [folleto editado por la casa imperial japonesa durante la Segunda Guerra Mundial, que Tokuro recibe en Filipinas], toda su vida fue el gran reguero de una vida equivocada” (37). Quizá Esteban no conociera el relato de las guerras civiles de los gauchipolíticos y tampoco el cuento de Lamborghini fechado en 1983, pero su tratamiento del concepto se vincula con las distintas formas en que las guerras actualizaron la presencia de la causa justa en los discursos. Además, confirma el contenido axiológico que el lenguaje imprime a la justificación de la guerra, un concepto de Michael Walzer que Hernández Menéndez enfatiza en su estudio sobre *Guerras justas e injustas*, el libro del teórico norteamericano. Allí Hernández Menéndez observa: “el lenguaje refleja el mundo moral y nos proporciona acceso a él” (50). No obstante, habría que advertir que Esteban se desplaza desde la inmutabilidad del concepto “una guerra nacida de una causa justa (que no es poco)” a su notoria fragmentación (“una causa que creían justa”).

¹⁵⁴ En el reportaje de Gilio ya citado, Esteban relata que ha concretado lazos amistosos con Verónica Fowler, cuyo esposo John tiene una fuerte presencia en el relato testimonial que alude al retorno de los excombatientes a las Islas. Pero en el regreso de Esteban, la protagonista es Verónica. Veintiún años después de la guerra, formula una visión de los isleños muy distante de la forjada en 1993 y más próxima a la proporcionada en 1999: “Tenemos que acercarnos. Los kelpers son dos mil, si un día las islas pasan a ser argentinas ¿los vamos a matar a todos? Los militares, en lugar de intensificar una relación que existía, lo que hicieron fue poner más barreras entre ellos y nosotros” (Gilio 2003).

relato de 1993, y “La fiesta inolvidable” (41), en el capítulo final de 1993, podrían leerse como aspectos del imaginario juvenil de los 80, transformados ya en señales de identidad narrativas que definen lo relatado. Pero también presuponen a un lector capaz de comprender el gesto porque pertenece a la misma generación que forjó ese imaginario.

II.3.6. Lo que cambia en el relato testimonial

“Todo cambia”, la frase de la canción popular que da título al capítulo final de *Illuminados* (33), escrito en 1999, bien podría sintetizar las modificaciones operadas en la evocación de la guerra de Malvinas después de los levantamientos carapintadas y el ascenso del neoliberalismo menemista al poder, dos hechos a los que *Illuminados* tributa de distinta forma. Si bien denuncia la situación que marginó socialmente a los excombatientes, también evidencia los cambios que en los 90 innovaron el escenario socio-cultural de la Argentina.¹⁵⁵

Presentado como una historia novelada del episodio histórico que definiría a una generación, la emblemización que concreta su testimonio y que lo transforma casi en una novela de aprendizaje, consolida una forma de representación de la guerra que ya es tributaria de las construcciones culturales inspiradas en Malvinas. En ese sentido, las señales de identidad del relato testimonial no cambian: se amplían ficcionalmente y como construcción de una determinada subjetividad que, por ejemplo, acentúa el “victimazgo” de los conscriptos o manifiesta notoria ambigüedad frente a la idea de “causa justa”. Pero los datos centrales de su evocación siguen siendo un sujeto narrado adolescente que frente a la guerra no sabe, no tiene y no puede.

II.4. Partes de guerra de Speranza y Cittadini: lo espectacular de un episodio único

II.4.1. Ser chicos sigue siendo definitorio, pero ya no como miembros de una generación

El capítulo I de este trabajo planteó que en la década del 90 se operaron cambios profundos en la forma social de evocar la guerra, y que básicamente pueden definirse

¹⁵⁵ Aunque esta observación podría extenderse a todo el relato testimonial, percibimos que en *Illuminados* son notorias las señales que marcan cómo opera el paso del tiempo sobre el sujeto narrador. Creemos que este tema podría abordarse con una interpretación respetuosa pero muy libre de las ideas centrales que Reinhart Koselleck forjó para grandes etapas históricas en *Futuro pasado*. Nos referimos a sus conceptos de *experiencia* y *expectativa* como fundantes de ese pasado-presente y futuro hecho presente que coexistirían en cada época y que él asocia a las categorizaciones tradicionales de espacio y tiempo (1993, 334-356). Así podríamos advertir que en el relato testimonial una determinada experiencia coexiste siempre con las expectativas que genera un presente cambiante.

como el ingreso de su memoria al panteón de la historia, donde exconscriptos y militares se homologaban en la condición de “veteranos de Malvinas”. Junto a estos cambios ya operaban una amplia producción cultural inspirada en la contienda, el peso mismo del relato testimonial y los puntuales *revivals* que ofrecían los medios al celebrarse la liturgia del 2 de abril.

Asumiendo desde el prólogo los atributos diferenciales del relato ofrecido, *Partes de guerra*,¹⁵⁶ publicado en 1997, cuando se cumplió el decimoquinto aniversario del desembarco en las Islas, reúne por primera vez en un relato politonal el testimonio de conscriptos y oficiales sobre su participación en un episodio singular de la guerra de Malvinas,¹⁵⁷ lo que de hecho planteó una elección difícil.

¿El trabajo se concentraba exclusivamente en los discursos de los conscriptos, su consigna inicial, o aceptaba que el relato testimonial había cambiado? ¿Circunscribía el análisis a los testimonios de conscriptos del Ejército, o incluía a otros provenientes de la Marina que habían participado de esa experiencia?

La decisión fue aceptar la autonomía narrativa del relato testimonial y examinar las homologías y diferencias que registraban las distintas construcciones de la memoria realizadas tantos años después de concluida la contienda, deteniéndose en la especificidad de rango o arma solo cuando fuese pertinente.

Lo primero que se advertía en las evocaciones era justamente el peso de la visión de la guerra que en parte había construido el relato testimonial, algo ya notorio en el testimonio del regreso formulado por un oficial retirado que en 1982 tenía 23 años. Refiriéndose al trato de los medios, sostenía Gómez Centurión:

Nos encontramos todos los días con la imagen de que les habías robado la comida a los soldados, que les habías pegado a los soldados, que habías sido un cobarde. Y era muy duro. Nosotros al menos estábamos contenidos por la institución porque si bien al principio éramos los oficiales que habíamos perdido la guerra, la primera derrota del Ejército Argentino, después eso se revirtió dentro de la institución. Pero el soldado que

¹⁵⁶ Leyendo la narrativa expedicionaria, Claudia Torre señala que el parte es un género de la guerra, un formato de textos militares como la orden general, la instrucción o la marcha (2011,190), y recuerda que, refiriéndose a la obra de expedicionarios como Olascoaga que recopilaba materiales de otros, David Viñas hablaba del “estilo parte de campaña”(192). La obra de Speranza y Cittadini también recopila diversas experiencias e inserta materiales no producidos por los testimoniantes. Aunque su declarado propósito es emular el montaje cinematográfico, lo cierto es que quizá fortuitamente algunas de sus características remiten a una tradición literaria argentina del siglo XIX.

¹⁵⁷ Este trabajo ya explicó en el capítulo I que, destacado en Goose Green, una zona distante de Puerto Argentino, este grupo tuvo estrecho contacto con los kelpers, fue el primero en recibir el ataque inglés y también el primero en rendirse.

ha salido del marco de contención de la fuerza, necesita que la sociedad lo contenga.

(220)

Muchos años después, su visión crítica de la guerra, como la de su superior jerárquico Piaggi, que tenía 47 años en la época de Malvinas, no excede el elogio a la labor cumplida por los soldados, cierta autocrítica formal por sus decisiones en el campo de batalla, o el registro condenatorio de errores tácticos y estratégicos de sus superiores. Pero esta configuración poco se vincula con el relato que hace Yofre (2011) sobre la entrevista que este militar tiene con el expresidente Alejandro Lanusse el 13 de julio de 1982, y que permite advertir los silencios que imprimió al testimonio forjado quince años después.¹⁵⁸ Conscientes de estos hechos, nos concentramos en el terreno de la narrativa testimonial, preguntándonos cómo se configuraba en la obra la condición adolescente de los sujetos de la narración.

Los protagonistas de *Partes de guerra* no se piensan en términos de generación, pero como en todo el relato testimonial hasta aquí estudiado, su edad funciona como un hecho central en sus discursos. Los 23 años del oficial Gómez Centurión le permiten explicar su entusiasmo inicial ante la guerra, sus decisiones en el campo de batalla y su amargura en la derrota. El soldado Huircapán asume su corta edad mediante una comparación crítica, recordando que los británicos habían dejado a sus soldados jóvenes en la retaguardia: “Los que combatían eran todos profesionales, *gente grande*” (162).¹⁵⁹

En los testimonios de *Partes de guerra* el rol de la religión y de los sacerdotes en las Islas adquiere nuevos registros narrativos,¹⁶⁰ ya distantes del dogmático enunciado del

¹⁵⁸ Según Yofre, Lanusse le contó que Gómez Centurión había estado en su casa el 13/7/82 relatándole que al primer tiro que se disparó en Darwin, su jefe inmediato, teniente coronel Italo Argentino Piaggi, se escondió y que, mientras él y su compañía de 44 soldados vigilaban ante la posibilidad del desembarco británico, Piaggi controlaba desde la claraboya de la casa de un kelper. Recordó que Menéndez había criticado las trincheras que él había ordenado cavar a los soldados porque los británicos no llegarían, y que la Brigada III de Corrientes arribó a Malvinas sin ropa de invierno ni equipo pesado. En esa entrevista Gómez Centurión también narró que había roto la radio transmisora para no hablar más con el general Parada, que se negaba a aceptar el desembarco británico que él le estaba comunicando. Según Lanusse, Gómez Centurión estaba muy desilusionado (2011, 403-404).

¹⁵⁹ Muchos años después, el correntino Faustino Miño, en *Los peones de Malvinas*, reiterará esta autopercepción de “chicos” militar y físicamente menores a los ingleses: “Pensá que nosotros éramos pibes de 19 años de físico chico, mientras los ingleses eran físicamente mucho más grandes que nosotros, parecían como de dos metros y encima tenían mejores armas. Parecían como los de las películas. Pero eran de verdad” (García Lerena 2009, 200). Pero lo cierto es que, por ejemplo, un testigo británico alude a sus veintidós años y recuerda que sus compañeros de batallón en las Falklands tenían entre diecisiete y veinte años (Bramley 1994, 81). Más allá de las distintas experiencias personales que fundarían la visión de los soldados ingleses como adultos, resulta significativo que la memoria de nuestros testigos no configure ingleses tan jóvenes como ellos. En el relato testimonial británico la juventud de los soldados *argies* es un motivo recurrente.

¹⁶⁰ En todo caso muy distantes de, por ejemplo, la referencia del cordobés Jorge Vázquez (*Los peones de Malvinas*). Para él, no saber qué estaba sucediendo durante la guerra los obligó a confiar en quienes les

catequista Carlos en *Los chicos de la guerra*, o de la práctica desesperada y personal del protagonista de *Illuminados por el fuego*.¹⁶¹

Muchos años después de la guerra, estos testimoniantes incluyen la religión como parte de su subjetividad, asignándole un rol funcional, como en el caso del soldado Donado: “Yo era ateo, pero en una situación así tenés que tener fe en algo, si no, no volvés” (53).¹⁶² También puede darse un conflicto de conciencia, como le sucede al católico Huircapán, que reconoce que al principio le parecía una contradicción que los sacerdotes justificaran ese “matar por la patria” (87), aunque luego cambiara de opinión.

También aparecen los sacerdotes como parte de un relato bélico: el capellán de la Armada les había asegurado el apoyo de Dios y de la Iglesia, y el oficial médico Adjigovich recuerda al cura que colocaba un rosario sobre las bombas que no habían explotado: “Decía que era obra de Dios” (85).¹⁶³

Quizá por el aislamiento que rodeó la experiencia de Goose Green, en *Partes de guerra* los vínculos parecen más sólidos y amplios, y construyen la memoria de lo grupal o multiplican los roles del sujeto narrado. El soldado Adrián Bravo recuerda que con sus compañeros eran “como una familia los once” (66), donde había solidaridad y aceptación de las diferencias, y que el teniente Estévez, su superior, les hacía rezar el rosario, lo que constituye un motivo ya típico del relato testimonial, donde determinados jefes desempeñan una función parental.¹⁶⁴ El imaginario familiar aflora en

decían que estaban ganando, entre los que incluye a un representante de la iglesia: “el mismo cura nos decía que iba todo bien, que íbamos ganando” (García Lerena, 2009, 203).

¹⁶¹ El relato testimonial inglés permite advertir un peso distinto del valor de lo religioso. El jefe Thompson se refiere al capellán que acompañó a las fuerzas británicas casi anecdóticamente y citando el diario de uno de sus comandantes. Evoca que Wynne-Jones insistió en acompañarlos durante el ataque del 11 de junio “Porque estimaba que nuestras bajas serían más elevadas” (1987, 206). Cree que su presencia tuvo un efecto curioso porque, a pesar de que en la compañía no había muchos hombres religiosos, el capellán sirvió de fuente consuelo. “No puedo decir cuánto de ello se debía a su personalidad y cuánto a la idea de que su presencia prestaba de algún modo un aspecto de legitimidad y responsabilidad a nuestro empeño” (204).

¹⁶² Primo Levi (1989), que se declara laico, enfatiza, sin embargo, que los creyentes soportaron mejor la prueba del Lager (124).

¹⁶³ El relato testimonial no brinda una visión homogénea del rol cumplido por los sacerdotes en las Islas y usualmente se concentra en su carácter de oficiantes. Uno de los primeros en testimoniar su paso por la guerra en las Islas fue el capellán de la Armada Angel V. Mazzini, autor de *Diario de un cura soldado. 70 días en Malvinas*, publicado en 1982 (obra a la que este trabajo retornará cuando analice las coincidencias de registros narrativos entre el relato testimonial y la narrativa expedicionaria del desierto del siglo XIX).

¹⁶⁴ En *Illuminados por el fuego* el narrador reconoce que sintió que perdía a un padre cuando su buen superior Quevedo debió quedarse en las Islas tras la rendición. En este trabajo ya se citó la observación de los psiquiatras Davoine y Gaudillière acerca de que el combatiente entabla con sus camaradas un vínculo equivalente a relaciones familiares precoces y profundas (ver nota 99). Enfatizamos esta referencia a dos estudiosos de discursos de excombatientes de la Segunda Guerra Mundial como una forma de confirmar esa especificidad de la guerra que fue uno de los puntos de partida de nuestro abordaje del relato testimonial. Creemos que a esa especificidad pertenece este motivo narrativo.

la difícil retirada cuando el oficial Reyes asume que debió cambiar: “A partir de ahí ya no era solamente el jefe, el hermano mayor, el confesor...” (114).

Como en otros testimonios surge lo que los sujetos narrado llaman “el acostumbramiento”, es decir, la aceptación de lo extraordinario. El soldado Bravo reconoce que aunque estuvo mal al principio, “después fue todo normal. Normal las muertes, las bombas, cualquier cosa, todo normal” (51). Quizá otra expresión de qué significa ese acostumbramiento la ofrezca el teniente coronel Piaggi cuando recuerda a un muchacho que experimentó pánico durante el primer bombardeo inglés y al que luego vio transportando municiones bajo las bombas; o aquel otro que pateaba belugas como si jugara al fútbol. Cabe aclarar que se denomina “belugas” a partes activas de bombas-racimo.

¿Quién es el Otro en *Partes de guerra*? La obra también registra ese desdoblamiento entre el enemigo militar inglés que despierta respeto¹⁶⁵ cuando no admiración –al que solo un soldado reconoce muchos años después que aún sigue odiando– y los kelpers, con quienes tuvieron un contacto directo.

Los oficiales asocian al enemigo inglés con imágenes convencionales de poder. Gómez Centurión elige el imaginario imperial británico cuando, para referirse al deterioro físico y psíquico del soldado, sostiene que este “Se siente solo. Solo frente a la guerra, solo frente al enemigo, *solo frente a la reina y la Corona Británica*” (48).¹⁶⁶

Pero los conscriptos tienen otra lectura, que revaloriza la comprensión y el trato mayoritariamente humanitario de los ingleses, y lo oponen al recibido en Buenos Aires y en el buque argentino que los trasladaba, donde “el oficial seguía siendo el oficial y el soldado, el soldado. Ellos unos señores y vos una basura” (174). Es decir, configuran a otro Otro, sus devaluados superiores, que literalmente los ocultan de la mirada argentina, como lo evidencia el relato del soldado Moyano, herido en combate, al que

¹⁶⁵ Como otros oficiales y siguiendo lo que creemos es una tradición militar, Piaggi le otorga un valor referencial al juicio de los vencedores. En su mensaje de rendición sostiene que los hombres de la Fuerza de Tarea de Mercedes que él comandaba “han merecido el reconocimiento de los mandos británicos” (156). La importancia asignada al respeto manifestado por los enemigos ingleses es permanente en los testimonios de los militares profesionales. La registran oficiales de menor graduación, por ejemplo el teniente Alberto Chanampa en *Malvinas, relato de soldados* (Balza coordinador, 1986, 26), o altos jefes, como el general Balza en la crítica visión de la guerra formulada en su *Malvinas. Gesta e incompetencia* (2003, 127, 225 y 241).

¹⁶⁶ Si bien el relato testimonial británico cita reverencialmente a la reina y algunos miembros de la *royal family*, no todos comparten la visión de este militar argentino que cifra en la monarquía una imagen del poder inglés. Dice un paracaidista que combatió en Monte Longdon: “Un soldado no lucha por la reina o por su país, lo hace por sus camaradas que quiere y respeta y, en segundo lugar, por sí mismo” (Bramley 1994, 11).

descienden de la ambulancia con la cara tapada para impedir que lo vieran los periodistas estacionados en el Hospital Militar.

Estos testimoniantes tienen en Goose Green un mayor y más estrecho contacto con los kelpers y, al igual que en *Iluminados por el fuego*, los reconocen como enemigos desde una perspectiva que se potencia en el terreno militar cuando descubren que sus sabotajes ayudaban al ejército inglés.

Cuando Gómez Centurión intenta hacer el análisis sociológico, los encuadra como miembros de una sociedad dividida por privilegios, donde por ejemplo, el gerente de la compañía estatal isleña (FIC) se niega a compartir el refugio con los kelpers por ser un funcionario británico. Sostiene, además, que los kelpers tienen la psicología del alga que les da nombre, y piensa que se encuentran tan lejos de los británicos como de los argentinos.¹⁶⁷

Lo notable de estos relatos es cómo la visión de la comunidad kelper, a la que el jefe del desembarco argentino almirante Büsser en su mensaje inicial se refería como “la población de nuestro territorio a la que debemos proteger” (27), se va diferenciando en el relato de los combatientes a medida que la guerra avanza hasta transformarse en un grupo antagonista.¹⁶⁸

Los testimonios de *Partes de guerra* construyen así registros narrativos diversos: desde la humorística evocación de un oficial recordando su sorpresa al advertir que ciertas mujeres jóvenes que paseaban por las calles de Puerto Argentino eran las mismas que aparecían en los fotos pornográficas que había hallado en el cuartel inglés, hasta la brutal exasperación que revela el soldado Peralta cuando cree ser objeto de las burlas de los niños kelpers:

Yo no entiendo inglés pero sentía que me estaban cargando y eso me jodía. Un día no aguanté más. Dejé el tacho, cargué el Fal y se lo puse en la cabeza de una pibita. Fue una bestialidad, pero no me jodieron más. (77)

Saber o no saber inglés, ser o no ser rubio; en todos los testimonios hasta aquí analizados y en las más diversas situaciones parecen ser diferenciales, comenzando por

¹⁶⁷ Según Gómez Centurión: “No tenían ningún interés en entender absolutamente nada, les importaba tres belines. Después con los británicos, tuvieron la misma actitud. Pasados los dos primeros días de festejo, los querían echar igual que a nosotros” (37). El oficial diferencia entre los funcionarios isleños que actuaban como ciudadanos británicos y los otros, descendientes de aquellos “expulsados del Commonwealth” (37).

¹⁶⁸ El discurso de Büsser, uno de los militares juzgados por crímenes de lesa humanidad, es uno de los testimonios agregados por los compiladores Speranza y Cittadini.

el hecho de que habilitan el contacto con el enemigo inglés y con el kelper.¹⁶⁹ Sin embargo, más allá de su cuota de funcionalidad en el terreno, cabría preguntarse si la articulación de estos sujetos narrados en las Islas no se nutre prolongando rasgos típicos de determinado imaginario nacional, un tema que este trabajo ya marcó en *Illuminados por el fuego*.¹⁷⁰

Algunos testimonios de *Partes de guerra* concretan la construcción del héroe en las figuras del teniente Esteban y del soldado Poltronieri, cuyo propio discurso también se refiere a la acción que le valió la máxima condecoración otorgada por el Ejército Argentino. Si bien, como se desarrollará luego, esta construcción podría ofrecer ciertos vínculos con la realizada por la narrativa expedicionaria del desierto del siglo XIX, ahora analizaremos los testimonios que, por primera vez en las obras examinadas, dramatizan esa construcción superando el juicio de valor o la atribución de la condición heroica que formulaban otros testigos. En definitiva cómo configuran un Otro ejemplar, asumiendo la ejemplaridad como el atributo más definitorio y tradicional de la concepción heroica.¹⁷¹

El joven teniente Estévez es recordado por el concripto Bravo porque le hablaba amistosamente a sus soldados y permanecía fuera del pozo de zorro durante los bombardeos. Más aún evoca que junto a otros compañeros se arriesgaron a buscarlo: “Le habíamos prometido al teniente Estévez que cuando llegara el momento íbamos a pasar la que pasaran ellos” (134), aunque al llegar al frente comprueba que “A mi teniente Estévez ya lo habían matado”. El soldado Huircaparán testimonia cómo a pesar de sus heridas, Estévez sigue operando la radio hasta que cae muerto junto al cabo Castro y al radioperador Fabricio Carrascull.

¹⁶⁹ Algunos oficiales reiteran que sabían inglés; el oficial Reyes le indica a un herido que debe abandonar la huida y le explica cómo pedir ayuda: “I am a soldier... We need help” (117). El saber inglés en la elaboración de los sujetos narradores es decisivo, tanto en el relato testimonial (Herrscher, 2007) como en las ficciones (*Las Islas* de Gamerro). Curiosamente, Levi asignará esa misma diferencia al saber hablar alemán entre los prisioneros del Lager, sosteniendo que hablar alemán casi hacía humana la relación con los alemanes, y que esa relación era más violenta para quienes no conocían el idioma (1989, 79).

¹⁷⁰ En *La guerra conyugal* de Edgardo Russo, su protagonista –muchos años después de concluida la guerra– es contratado por un oscuro grupo de exmilitares para escribir una historia de la contienda. Mientras estudia antecedentes históricos, advierte que “la fascinación por los rubios sajones” es casi una constante de nuestra historia. Evoca cómo Mariquita Sánchez de Thompson diferenciaba a los limpios y engalanados soldados ingleses de la primera invasión británica a Buenos Aires de la turba de negros defensores (2000, 96), así como también la admiración que Belgrano sentía por Beresford, el jefe inglés invasor (97).

¹⁷¹ Aunque el tema excede el marco de este trabajo, podría recordarse que la constitución del héroe es un tema de la narrativa latinoamericana en las postrimerías del siglo XIX. Cuestionando la visión positivista de Thomas Carlyle e Hippolite Taine, ya en 1889 José Martí plantea la ejemplaridad –que es un concepto atemporal– de Simón Bolívar a partir de su representatividad política, es decir, elige un hecho epocal. Desde esta perspectiva creemos que hay cierta tensión entre las dos formas de representatividad que plantean los discursos de *Partes de guerra* cuando construyen dos héroes tan distintos.

Pero es en el testimonio del oficial Aliaga donde mejor aparece el perfil del hombre que sabía que iba a morir: “la convicción con la que él asumió su muerte, lo hacía diferente. Los soldados veían eso y les quedó la marca del tipo que estaba preparado para todo” (134). Todos los testimonios hasta aquí analizados depositan en la suerte o el azar la capacidad de decidir el destino personal en la guerra; por el contrario, Aliaga sostiene que Estévez “Desde el principio supo lo que iba a pasar y se preparó para eso con un convencimiento casi místico” (134). La inclusión de una carta que Estévez escribe a su padre el 27 de mayo de 1982 confirma esta visión:¹⁷² “Cuando recibas esta carta yo ya estaré rindiendo cuentas de mis acciones ante Dios” (134). Recuerda que ya desde niño soñaba con restaurar la soberanía argentina en las Islas y entregar su vida como ofrenda a la patria, y “entre hombres” le dice a su progenitor:

[...] gracias por tenerte de modelo de bien nacido, gracias por tener tu apellido, gracias por ser católico, argentino e hijo de sangre española, gracias por ser soldado, gracias a Dios por ser como soy, que es el fruto de este hogar donde vos sos pilar. Hasta el reencuentro, si Dios lo permite. Un fuerte abrazo. Dios y patria o muerte. (135)

Católico, argentino e hijo de sangre española, soldado, fruto de un hogar sólido: estos son los rasgos de autodefinición que elige un héroe real de la guerra de Malvinas, persuadido de que su destino era morir. ¿Podrían leerse como señales de identidad muy tradicionales en el imaginario nacional, con una referencia al hispanismo que la hace todavía más antigua?¹⁷³

¹⁷² Federico Lorenz (2006) explica que el joven escribió la carta casi como un testamento antes de partir a las Islas, solicitándole a un camarada que se la enviara a su padre en caso de que él muriera. Ruiz Moreno (1986) sostiene que en primer lugar le dejó la carta a su amigo Gómez Centurión y que, cuando este partió, quedó en manos de un oficial maestro de banda que permaneció en la guarnición. El dato, que no aparece en *Partes de guerra*, permitiría ampliar el análisis de cómo actúan los recopiladores y/o los mismos testimoniados al construir la memoria de lo sucedido. La inclusión misma de esta carta, decidida por Speranza y Cittadini, amplía el marco referencial del relato testimonial, sorteando ese límite preciso que hasta ahora había marcado la propia experiencia de los testigos. Además incorpora como protagonista a un joven oficial, un militar de carrera, innovando así otra de las características de los relatos precedentes.

¹⁷³ Sin entrar en precisiones sobre la filiación ideológica del discurso de Estévez, quisiéramos recordar que ya en el *Ariel* de Rodó, publicado en 1899, muy cerca del impacto causado por la guerra hispano-norteamericana por Cuba, este autor había recuperado la herencia latina de Hispanoamérica y con ella la tradición española como factor de unidad continental. Para el historiador Vicente Palermo es a partir de 1910 cuando “los elementos constituyentes del nacionalismo se reconfiguran con la revalorización progresiva de lo hispano y la noción de nación católica, ciertamente ambos con fuertes afinidades electivas con el territorialismo” (2007, 73). Lo cierto es que un *revival* de ese hispanismo aparece también el 3 de mayo de 1982, en la respuesta de Galtieri al presidente peruano Belaúnde Terry, que estaba intentando una mediación, cuando los británicos hundieron el crucero General Belgrano. En dicha respuesta, el general argentino señala: “no tengo dudas de que como latinoamericano, al sur del Río Grande, todos los que tenemos sangre hispana debemos sentir así como Ud. siente esta indignación por los hechos que están ocurriendo” (Yofre 2011, 556).

El relato del conscripto Poltronieri configura a otro protagonista, el hombre que ve al enemigo muy cerca y asiste a la muerte de sus compañeros: “a mí me agarró un ataque de locura y los quería matar a todos” (138). Aleja a sus superiores que sí tenían familia: “Que me maten a mí porque yo no tengo hijos, no tengo a nadie”, y se queda solo con su ametralladora disparando hasta que los demás pueden replegarse. Ante la muerte de un compañero circunstancial: “Me quedé solo otra vez, aguantando el avance de los ingleses. Me picaban las balas por el costado, por atrás, adelante, pero no me agarró ni una, salí ileso”. Recuerda que tres veces lo dieron por muerto y al retornar lo “hicieron revisar porque no lo podían creer” (138).

Este otro héroe real de Malvinas relata una historia personal que lo diferencia notablemente del teniente Estévez: pertenecía a una familia muy pobre del interior, su padre ignoró que había estado en la guerra hasta que después de la rendición le muestran un artículo de la revista *Gente* sobre el gesto excepcional de su hijo.

Poltronieri, que había aprendido a leer y escribir en la conscripción, aún convaleciente de una enfermedad, insistió en ir a las Islas, un gesto solitario ya que nadie en su compañía quería participar de la guerra: “Entonces les dieron unas vueltas por la plaza de armas hasta que después tuvieron que salir todos” (23).¹⁷⁴ Creemos que esas “vueltas” desnudan una referencia eufemística al “baile”, que era un castigo común para los soldados conscriptos.

Humilde hombre de campo, él enfatiza que esa condición lo capacitaba mejor para tolerar las condiciones rigurosas de las Islas:¹⁷⁵

De mate usábamos un casco de granada y de bombilla, el cañito de una birome [...] yo me daba maña porque me crié en el campo. Peor estaban los pibes que vivían en un departamento y no sabían hacer nada. (50)

Muchos años después, quizá bajo el impacto de la visión mercantilista de los 90, Poltronieri reconoce que recién entonces puede valorizar lo que hizo y enfatiza la soledad del retorno: “A nosotros nos pegaron una puñalada en la espalda” (196). Asume el hecho de que debió hacerse vendedor ambulante para vivir y que forma parte de todos

¹⁷⁴ El soldado chaqueño Vallejos tiene otra experiencia, puesto que en su compañía nadie aceptó quedarse, aunque muchos años después reconoce, como lo demostrará la cita incluida en la página 110, que estaban imbuidos del espíritu de euforia del pueblo.

¹⁷⁵ En otro testimonio proporcionado en *Los peones de Malvinas* de Roberto García Lerena (2009), este testigo diferencia a los conscriptos nacidos y criados en el campo de los pibes de la Capital, que habían crecido encerrados en un departamento delante de la estufa y, por ende, eran incapaces de aguantar el frío.

los eventos recordatorios de la guerra de Malvinas: “En los desfiles yo soy el abanderado de la Casa del Veterano de Guerra y tengo que ir a todos lados” (197). Así su relato confirma y cierra ese no-saber tan central en los testimonios, al plantear que él, como la mayoría de los veteranos, volvería a pelear en Malvinas:

Porque ya tenemos experiencia y los que están acá no saben nada. Porque cuando nosotros recién fuimos no sabíamos lo que era una guerra, *pero ahora sabemos cómo es y sabemos cómo es el terreno y todo*. Entonces preferimos ir nosotros antes que vayan otros pibes que no saben qué es una guerra. Nosotros ya sabemos todo, lo bueno y lo malo. Y con todo volveríamos. (197)

Volver es una tensión que cruza el relato histórico y literario de la Argentina, desde los exiliados de Rosas hasta los del proceso militar de 1976, y que también podría analizarse en el testimonio de Poltronieri, que construye su imagen de héroe desde la pobreza y la orfandad, y posiciona la fuerza del saber hacer del hombre de campo, lo cual instala otra visión a la propuesta por el imaginario tradicional Buenos Aires-interior. Revela además el valor de las decisiones individuales en situaciones límites, decisiones tomadas para proteger a los demás, a los que en 1982 tenían hijos o ahora a esos “pibes” que no saben nada. En este caso el relato de la construcción del héroe se organiza en torno a un hombre que encontró su destino en un evento único e inesperado que le cambió la vida, mientras que el relato del teniente Estévez nos habla de la elección de un destino y de una muerte forjada desde una auténtica sed de absoluto.

Aquí la narrativa testimonial privilegia la solidaridad y la valentía en combate como rasgos diferenciales de esos héroes, pero también nos advierte que sobre el valor puede haber otra mirada, como la que expresa el soldado Donado, refiriéndose a compañeros que él vio flagelarse para ser evacuados al continente:

No lo juzgo al tipo, no puedo decir si era más o menos valiente que yo. Por ahí tenía menos huevos para pegarme un tiro en las manos que para quedarme ahí. Por eso no lo hacía, no porque fuera más o menos valiente. (84-85)

Marcamos esta diferencia entre testimoniantes, una de las muchas que podía establecerse, para enfatizar que el trabajo aborda el proceso de construcción del relato testimonial y, por ende, el de configuración de los testigos. Nuestra lectura los vincula

con determinadas épocas de ese relato, pero no los paraliza en el tiempo, entre otras razones para respetar la misma evolución narrativa del relato testimonial.¹⁷⁶

II.4.2. No-saber: aprender en las Islas

Los sujetos narrados configuran su no-saber ya en el traslado a las Islas. Al recibir la orden de partir, el oficial Gómez Centurión, que estaba destacado en Chubut, reconoce: “no sabíamos a ciencia cierta si se trataba de una ficción o de una realidad” (14). El conscripto Cepeda, a quien luego le amputaron sus pies por congelamiento, incorpora el temor: “Sentí miedo, no tenía la menor idea de lo que iba a pasar. Hasta ese momento lo único que sabía de la guerra era lo que había visto en las películas” (20). El rol de la escuela primaria en la visión de Malvinas volverá a aparecer más emocional en el testimonio del soldado tucumano Vallejos, cuya maestra le había hablado de las Islas: “Por eso cuando me enteré que iba a Malvinas fue como sacarme el Prode” (20).

Lo significativo es cómo ese no saber adónde ni para qué se trasladaban genera contradicciones en la forma en que se articulan como sujetos narrados. El oficial Gómez Centurión testimonia que en 1982 las Malvinas eran para él

[...] un objeto perdido, una cosa robada, una enajenación a lo que uno sentía propio con todo un trasfondo de carácter sentimental presente en toda la sociedad, estaba más cerca de la simbología de las maestras primarias que en el folklore y en la historia militar reciente. (14-15)

Pero cuando recuerda que no pudo integrar el grupo que tomaría la casa del gobernador, sostiene: “Esa fue mi primer decepción, sentí que perdía el tren de la historia, que la historia pasaba delante de mí y se iba” (25). De las maestras escolares a la historia.

¹⁷⁶ En su ensayo, Gamero (2012) lee en este fragmento de Poltronieri una expresión del volver como forma de expiar la derrota. Vincula el recuperar nuevamente las Islas con una línea de pensamiento que habría concluido con la muerte de Seineldín, un carapintada que fue muy respetado por ciertos grupos de excombatientes. Ahora bien, es probable que Poltronieri en esa época adhiriera a esa forma de volver, pero quien mire *El héroe del Monte Dos Hermanas* (2009), el documental que dirigió Rodrigo Vila y que narra la historia de Poltronieri y su regreso a las Islas, podrá observar qué permanece y qué cambia en su discurso. Por ejemplo, sigue enjuiciando a quienes exaltaron el desembarco y luego condenaron al silencio y a la orfandad a los excombatientes, recordando que dos años después de la guerra formó parte de la foto de notables de la revista *Gente* y luego literalmente mendigó para vivir. Confiesa un intento de suicidio y que le gustaría vivir en Malvinas. Valoriza su amistad con un excombatiente inglés (Mark Curtis), mutilado por heridas de guerra, y acepta que tras la derrota “los ingleses nos atendieron muy bien”. Recorre las Islas tan conmovido como otros excombatientes, recordando obsesivamente a sus camaradas muertos (“ellos son los centinelas de acá”, para ellos “no hay relevo”). Así como también al sacerdote que les hacía cantar el *Ave María* todos los días. El llanto interrumpe frecuentemente su discurso; resulta difícil para el espectador asociar a este testigo emocionado, que protagonizó un hecho heroico durante la guerra, con la rigidez militarista.

En estos testimonios, quizá porque muchos entrevistados habían completado el período de instrucción, surge que estaban anoticiados del rumor de la guerra con Chile.¹⁷⁷ Sin embargo, en el relato de su partida a Malvinas aparece un no-saber centrado en la guerra que se desplaza desde lo que conocían, las guerras cinematográficas, al escenario real del territorio de las Islas. De espectadores a actores. Ese desconocer la naturaleza de la guerra se reitera en sus testimonios e inclusive en los que ellos y otros testigos proporcionan muchos años después.¹⁷⁸

Al llegar a Goose Green y comenzar las hostilidades, la ajenidad del paisaje potencia el no-saber y quizá hasta constituye su forma de cuestionar la pertenencia al lugar, ratificando así el vínculo ya marcado del relato testimonial con el orientalismo y la cartografía, dos motivos de la narrativa expedicionaria del desierto del siglo XIX.¹⁷⁹

Dice el soldado Huircaparán: “Era una sensación bastante extraña, uno sabía que esa tierra era nuestra, pero veía gente que ni siquiera hablaba nuestro idioma” (36);¹⁸⁰ el hoy psicólogo Terzano recuerda: “Para mí significaba un forzamiento intelectual pensar que estábamos en nuestra tierra. En realidad parecía que estábamos invadiendo un pueblo costero inglés” (42). El no-saber y no-tener del oficial Aliaga se asocian en el registro del peligro que representaba desplazarse en el paisaje malvinense solamente usando la brújula: “No teníamos cartas, no conocíamos el terreno y existía el riesgo de caer en un campo minado” (67).

Como en otros testimonios, la extranjería del paisaje se transforma en un riesgo, donde, por ejemplo, no pueden distinguir las zonas minadas.

¹⁷⁷ El riesgo de la guerra con Chile aparece en *La flor azteca* de Gustavo Nielsen (1997), una novela que relata la historia de dos jóvenes porteños que cumplen su servicio militar en el Sur, donde los oficiales dicen: “Chilenos, hijos de puta”, “Masita, les vamos a dar” (73). En *Partes de guerra* los testimoniantes citan ese riesgo al evocar su período de entrenamiento, y algunos, al ser trasladados sin explicaciones, se preguntan si van a un enfrentamiento con los chilenos o con los ingleses.

¹⁷⁸ En *Los peones de Malvinas*, el chubutense José Miguel Marín dirá que la fantaseó como cierto rito de iniciación que posteriormente abortó su misma experiencia: “Cuando me dijeron que iba a Malvinas, la primera sensación fue de alegría. No sabía nada de lo que era una guerra y quería descubrir qué significaba. Cuando volví hubiera preferido no haber descubierto de qué se trataba” (2009, 99).

El misionero Rubén Galaza, recuerda la crítica de un superior: “¿Usted anda de turista? –me dijo– ¿O no ve que estamos en una guerra? Y ahí me di cuenta. Que estábamos en una guerra, me di cuenta” (104).

¹⁷⁹ Más allá de que la marginalidad política de las Islas quizá explique la falta de mapas, esta carencia –que se transformó en un conflicto para argentinos y británicos– se vincula como motivo narrativo con dos tradiciones diferentes. Para los británicos, orgullosos de su antiguo dominio de los mares, esa carencia se traduce en amarga sorpresa. Dice Sandy Woodward, jefe de la flota británica atacante: “Ni siquiera teníamos mapas de las Falkland a bordo de la nave insignia” (1992, 89). En el relato testimonial británico, el orientalismo funciona para descalificar y/o remitir a lo propio, como lo ejemplifica el antibelicista teniente David Tinker cuando sostiene que las Islas: “se parecen a las Shetlands: todo en ellas se ve muy tranquilo” (1983, 40). Quizá pensando en Escocia, el jefe del desembarco terrestre británico llama “Las tierras altas” a los montes malvinenses (Thompson, 1987).

¹⁸⁰ El idioma como cifra de extranjería llegará a las ficciones: uno de los montoneros de la novela de Lorenz, enfrentando el hecho de que debe pelear en las Islas como lo había hecho en Buenos Aires, advierte: “Sí, pero allá la población es amiga, acá todos hablan en inglés” (2012, 279).

[...] Malvinas tiene una particularidad, le aparece de la nada la niebla en un instante. Entonces vamos caminando de noche por ese lugar, se nos viene la niebla y no teníamos ninguna luz de referencia. (224)

A las diferencias de clima y terreno deben sumarse las minas plantadas por los argentinos que, antes que ser una amenaza para el enemigo, se convierten en un peligro real para los soldados. Así se crean situaciones dramáticas o casi grotescas, como la descrita por el testimonio del muchacho que, por mirar a dos chicas kelpers, olvida su pala en un territorio ya minado y luego vuelve a buscarla: “cuando el cabo me vio caminando entre las minas me quería matar” (44). Lo cierto es que en estos discursos las minas se transforman en una metáfora que espacializa o por lo menos marca la frontera de la zona que define la más trágica manifestación de su no-saber.¹⁸¹

¿Qué relación establecen estos testimoniados que critican la conducción militar de la guerra y relatan el desamparo de los excombatientes al regresar con el gobierno que los había enviado a las Islas? Quince años después aparece como casi una anécdota en el testimonio de Poltronieri: “Yo estuve en Malvinas, un primo mío estuvo en lo de Chile y un tío estuvo en Tucumán” (24). Otros aluden a la exaltación popular que rodeó su partida a las Islas, e inclusive, en el caso de Terzano, que ya había producido un testimonio donde se refería a los muertos de su generación, en este prefiere explorar desde la psicología qué lo motivó a presentarse al cuartel aun antes de ser convocado. Solo el exconscripto chaqueño Vallejos sostiene:

Hacia poco que habíamos salido de baja, así que no estábamos tan distanciados del espíritu que se había creado en ese momento en el pueblo, *que podía no estar muy de acuerdo con el gobierno y sin embargo salió a apoyarlo*. Nosotros estábamos ahí, entre la euforia de la gente y la euforia de los militares, así que también estábamos contentos. (21)

Algunos testimoniados transforman episodios vividos antes de la partida en profecías del trágico destino de la guerra, pero ninguno los relaciona con la historia reciente del país.

¹⁸¹ Durante la rendición, el narrador de *Illuminados por el fuego* relata que los ingleses lo conducen al aeropuerto y allí aparece el territorio minado como parte de la prisión: “Así que la inmensa cárcel tenía dos límites infranqueables: el agua y las minas” (155). En su *No pic-nic*, el jefe británico Thompson recuerda que solo en los alrededores de Puerto Stanley los argentinos plantaron más de doce mil minas (1987, 200).

II.4.3. No-tener: de la carencia a la degradación

Ellos configuran su no-tener con distintos tonos; irónicamente, Walter Donado, chofer de Unimog, denuncia la falta de capacitación valorizando su entrenamiento previo: “Al lado de los que recién entraban, éramos Rambo” (23).¹⁸² Casi denunciando una farsa, advierten que no tenían capacidad de decisión: “Pero en medio del agua: ¿qué les íbamos a decir?”(28), observa el soldado Moyano al recordar que, por el altavoz de la bodega del buque que los conducía a Malvinas, les preguntaron si estaban de acuerdo con el desembarco.

La falta de alimento los lleva a situaciones límite: “A esa altura masticábamos cualquier cosa” (113), reconoce el soldado Cepeda evocando que un compañero chubutense medio baqueano le indicaba qué ramas comer. Allí aparece un episodio –ya citado en la introducción de este trabajo– en que, construyendo una imagen que remite a Lucio V. Mansilla y a Borges, César Clot relata que bebió sangre de cordero recién degollado... en una moderna lata de Coca-Cola (117).

Como en otros testimonios, la carencia se traduce en una degradación manifestada en la imagen corporal que Gómez Centurión asocia a lo fantasmal: “Con un mes de camuflaje en la cara, inmundos de sucios, transpirando mugre, éramos espectros” (160). Asumiéndose como barbudo, grasiento, sucio, envejecido diez años, el oficial Reyes confronta esa imagen con la de los rubios e impecables vencedores ingleses.¹⁸³

II.4.4. No-poder: el cine como inútil recurso de comparación

En *Partes de guerra* el no-poder cifra la imposibilidad de hablar de la guerra y de la muerte, aun cuando ellas organicen relatos duramente descriptivos sobre la agonía de los heridos en combate y el entierro de los muertos, o de notoria elaboración cuando se trata de forjar una imagen heroica, como sucede con la muerte del oficial Estévez.

El no-poder que asoma claramente en el final del testimonio del oficial Gómez Centurión, “La guerra no se puede contar” (222), revela la búsqueda de un discurso, en este caso fundamentalmente el cine, que permita explicar la experiencia. Curiosamente, ciertas citas nos advierten que los testigos se refieren a películas de la década del 70,

¹⁸² Ninguno alcanzará el nivel de denuncia del testimonio del colimba misionero Hubtwer. Años después de la contienda, aun reconociendo que él estaba mejor preparado por su entrenamiento en la Marina para afrontar las duras condiciones malvinenses, declara: “hay muchos que no estaban preparados para eso, y los llevaron igual, como carnada para tirárselos a los ingleses” (García Larena 2009, 216).

¹⁸³ Curiosamente, el experimentado oficial inglés Bramley, que combatió muy cerca de este oficial argentino, no comparte esa visión. Asumiendo que en el viaje hacia Malvinas se había reído de los relatos de las carencias argentinas, señala: “en dos semanas nosotros parecíamos un ejército de esqueletos vestidos con harapos” (1991, 86).

mayoritariamente pertenecientes a la producción bélica hollywoodense. Porque aunque Fellini aparezca en el recuerdo de Gómez Centurión al evocar que algunas kelpers se rindieron a su llegada agitando calzones blancos en las ventanas –“Escenas fellinescas en plena gesta patriótica” (33)–, será Rambo el elegido para desmitificar al súper-soldado, la imagen hollywoodense del héroe de guerra: “Rambo no existe, es una ficción del cine” (47).

No obstante, dos veces el oficial Reyes sostiene que el Sargento Colque era como el negro de *Reto al destino* (Taylor Hackford, 1982), y sintetiza su dramática experiencia frente al enemigo en estos términos: “Fue como estar viendo una película en un palco de lujo” (104). Aludiendo a lo complejo e inenarrable de la guerra, el psicólogo Terzano recuerda una escena de *Patton* (Coppola y North, 1970), donde el general norteamericano al contemplar un campo arrasado dice: “Que Dios me perdone, pero amo todo esto” (203). Entonces Terzano se pregunta: “¿Cómo explicar algo así?” (203).

No solo las escenas dantescas del cine bélico testimonian el no-poder de los más ilustrados ex combatientes, también aparecen en el discurso del humilde y condecorado Oscar Poltronieri, el otro héroe que presenta el relato de *Partes de guerra*. Muchos años después, Poltronieri toma el cine como referente de su discurso: “Si uno todo lo que hizo lo cuenta como si fuera una película, es diferente” (198). Asumiendo su gusto por las películas de guerra y el hecho de que mirándolas se siente identificado, concluye reconociendo la diferencia con respecto a su experiencia: “Pero no es como las películas. Es peor, para mí es peor” (199).

II.4.5. La memoria traumática del relato testimonial

Anunciado por las “Otras historias” que cerraban *Los chicos de la guerra*, en esta obra ya aparece el registro de las dramáticas consecuencias de la guerra. Las secuelas de las heridas, las patologías mentales, el alcoholismo, las pesadillas recurrentes y las dificultades de reinserción social¹⁸⁴ afloran en los discursos que reiteradamente evocan las imágenes de los suicidas. Así lo manifiesta el otrora cabo Pedemonte: “A mí se me murieron seis durante el combate, pero Juan Pinto, que era otro soldado de mi grupo, se suicidó hace un par de años. Fue el suicidio número cien” (208).

¹⁸⁴ Poltronieri recuerda: “El otro día me vino a ver un compañero que lo despidieron del trabajo porque se enteraron de que era veterano de guerra” (196). Ernesto Bustamante evoca que al concluir la guerra vino a Buenos Aires buscando trabajo: “Mi hermano habló por un trabajo y le preguntaron: ¿Está bien? ¿No está loco tu hermano?” (212).

En *Partes de guerra*, el relato testimonial que se define por ser una memoria de la guerra, comienza a configurar a los que no pudieron tolerar esa memoria y se permite plantear un duro cuestionamiento que, por ejemplo, resemantiza el concepto de causa justa, que ya no es un valor absoluto. Así emerge el sinsentido de la muerte.

Muchos años más tarde, y tras un largo tratamiento psiquiátrico en el Hospital Militar, Pedemonte asume la diferencia entre él, que había elegido el destino militar, y los “pibes” que fueron a la guerra forzados por la ley del servicio militar, “y aun así se jugaron porque para ellos fue una causa noble, justa” (208). No oculta su sentimiento de culpa y, refiriéndose a sus compañeros muertos en las Islas, reconoce que a veces piensa que murieron por nada.

Sin eufemismos aparecen los registros de ese “después de la guerra”. Por ejemplo, el alcoholismo de Ernesto Vallejo, que se evoca afectado por los pedidos de información que le hacían familiares de compañeros muertos, “hasta tal punto que durante un buen tiempo le di al alcohol” (205); las pesadillas de Ernesto Bustamante: “En el sueño decía: ‘Ataquen, ataquen’. O ‘Allá va! ¡Tiren, tiren’. Y mi vieja iba y me despertaba” (212); o las de Walter Donado, que todavía en 1997 cuenta que su mujer le dice que le cambia la voz, “como si gritara otro” (217).

Pero también se percibe otro dato recurrente del relato de los ex combatientes: la formulación del “acá/allá” como una frontera vital paralizada en el tiempo. El ex soldado Walter Donado, un “pibe” en 1982, el mismo que padece pesadillas permanentes, se diferencia de sus compañeros: “Ellos están acá y las Malvinas allá. Yo no, yo lo tengo adentro. Yo las amo a las Malvinas, no sé por qué” (217).

Partícipes y testigos de la alienación del campo bélico, el horror se revela también en las imágenes que construye su memoria. ¿Acaso no evoca una tumba la visión del pozo de zorro que formula Huircapán?¹⁸⁵ “La cueva era bastante abrigada y antes de quedarnos dormidos escuchábamos a los ratones de campo que pasaban por arriba del poncho impermeable.” (46)

Bajo la elaboración literaria, surge el recuerdo paralizado en el tiempo en la evocación de Daniel Terzano cuando regresa a Campo de Mayo: “recorrimos un tramo indefinido en completo silencio, hasta que empezamos a escuchar a lo lejos, una

¹⁸⁵ La evocación del pozo de zorro como una tumba aparece frecuentemente en el relato testimonial y se acrecienta en los relatos del retorno a Malvinas. En un reportaje que el excombatiente Roberto Herrscher le hace a Tony Smith, un guía kelper de Malvinas que suele acompañar a excombatientes que visitan las Islas, habla de “tumbas vacías o llenas” refiriéndose a su experiencia con quienes prefieren sacar de los pozos todo lo que ha quedado allí o los que resuelven dejarlos intactos. El reportaje lleva como título “Tony Smith, enterrador de fantasmas” (2007, 34-41).

marcha, una marcha hermosa, *La avenida de las camelias*” (181). Reconociendo que fue el único recibimiento, aunque los micros que los transportaban no se detuvieron, y que seguramente fue una decisión espontánea de la banda esperarlos con música, fantasea: “y ahora se me ocurre pensar que todavía siguen ahí, en el mismo lugar, tocando *La avenida de las camelias* para nadie” (182).¹⁸⁶

Debería concluirse que esta inserción de discursos que revelan las duras secuelas de la guerra del 82 es quizá un capítulo nuevo que *Partes de guerra* introduce en el relato testimonial, con registros narrativos despojados de formulaciones retóricas y que revelan otras formas de pensar la contienda en los muy duros años 90. Lo que el paso del tiempo operó en la memoria social de la guerra y en la de los excombatientes, la naturaleza misma del episodio evocado y probablemente las decisiones de los compiladores permiten que *Partes de guerra* ofrezca una narrativa testimonial muy rica, aun en sus silencios, donde ser chico, no-saber, no-tener y no-poder siguen siendo centrales en los discursos de los testigos.

II.5. Una referencia ineludible: “Nuestro Vietnam” de Daniel Riera

¿Por qué entran en este trabajo las crónicas que bajo el título de “Nuestro Vietnam” Daniel Riera publicó en 2000 en la revista *Rolling Stone*? Focalizadas en los temas del suicidio y la locura, ya anticipados en la versión filmica de *Iluminados por el fuego* y desarrollados luego en *Partes de guerra*, estas crónicas plantean una dirección posible del relato testimonial. En todo caso, son una referencia ineludible para indagar el itinerario propuesto por este trabajo.

Es cierto: “Nuestro Vietnam” difiere de las características de las obras hasta aquí examinadas; no modeliza explícitamente su lectura asociándola a una forma de representación de la guerra, no deposita en los testimonios la denuncia o la emblemización que habían caracterizado a otras obras, y su misma publicación en una revista excluye las mediaciones que supone la publicación de los libros de testimonios.¹⁸⁷

¹⁸⁶ *5000 adioses a Puerto Argentino*, testimonio rico en referentes literarios nacionales y extranjeros, revela el interés de su autor, Terzano, por la elaboración narrativa de su experiencia. Una característica de esa narrativa sería esta evocación del regreso enfatizando el carácter de relato no cerrado, paralizado en el recuerdo, algo que se percibe, por ejemplo, en su referencia a la novia de un camarada muerto en acción (ver II.2.4. “No-poder: en 1985 y doce años después”).

¹⁸⁷ En el prólogo del libro publicado diez años después y que reúne su obra periodística, Riera completa estas carencias: enlaza la guerra con el proceso militar incorporando las crónicas al capítulo “La dictadura y sus efectos”; señala también el registro coral de estas y la alternancia entre acción y reflexión que lo caracteriza como sujeto narrador (2010, 13-14).

Más allá de que Riera en algún momento se formule la ambiciosa pregunta “¿Por qué se matan los veteranos de guerra?”(28), y ofrezca la explicación de una psiquiatra especializada en el tratamiento de excombatientes sobre el síndrome de estrés postraumático, este trabajo no se detendrá en indagar si el sujeto narrador o los sujetos narrados “explican” ese síndrome. Nuestro análisis se concentrará en las razones que aconsejan leer estas crónicas como una forma de representación de la guerra a fines de la década del 90.

Desde su mismo título, que repite el de una canción de Andrés Calamaro,¹⁸⁸ hasta la revista que las cobijó ratifican los múltiples vínculos que unen el relato testimonial con el rock argentino, que nunca dejó de evocar a los excombatientes (véase “Una banda de sonido para Malvinas” de Cecilia Flaschland, 2007).

Su escenario, su “aquí y ahora”, mayoritariamente el conurbano donde viven casi todos los testimoniantes, muestra todas las señales del deterioro económico y social que estallaría en la crisis de 2001. Allí estos hombres cercanos a los 40 años esperan las magras pensiones del Gobierno, consumen drogas y alcohol, participan de la violencia callejera, ejerciéndola o sufriendola. Por ejemplo, tras agredir a unas mujeres en una discoteca, Sergio Delgado recibe una brutal paliza proporcionada por los patovicas del local que multiplican su castigo cuando escuchan que él es un excombatiente (21).

La mayoría son pacientes psiquiátricos. Más aún, anticipando un episodio de *Las Islas de Gamarro*,¹⁸⁹ Eduardo Adrián Pérez (Tachi), que terminará su vida en Rosario arrojándose desde el Monumento a la Bandera, es rescatado por sus camaradas del Hospital Psiquiátrico Melchor Romero.

Casi todos tienen problemas familiares y laborales. El testimonio de tres de ellos reitera otra imagen que también proporciona la literatura, cuando el narrador relata que, vestidos con sus uniformes verde oliva, trabajan vendiendo reglas en los trenes suburbanos, reglas que tiene la inscripción “Malvinas Argentinas para siempre” (18).¹⁹⁰

De una u otra manera, están muy cerca de la imagen que en 1999 construye el rock nacional: “recordando el mal momento / atrincherado en tu habitación / soledad, humo y penumbras / despertares de ultratumba / apocalipsis del sustento interior / andar sin encontrarle alivio al tormento...”¹⁹¹

¹⁸⁸ “Nuestro Vietnam / hecho de saliva y sangre, / es verdad, / y tal vez no te voy a perdonar / Nuestro Vietnam”.

¹⁸⁹ Felipe Félix, el protagonista de la novela, también ha sido rescatado por sus camaradas de un hospital psiquiátrico.

¹⁹⁰ *Los estantes vacíos* de Ignacio Molina (2006).

“Nuestro Vietnam” ubica a los excombatientes en un infierno personal y, renunciando a cualquier reflexión que supere sus historias individuales, ese infierno personal tiene un territorio de origen que se evidencia en un episodio relatado por el testificante Claudio Estigarribia. En medio de una crisis, es detenido por un policía que le dice: “Vos no estás ni drogado ni borracho. Vos tenés algún problema”; el excombatiente le responde: “Estuve en Malvinas” (26). Como también sucede en *Las Islas*, pareciera que esta síntesis marca tanto la continuidad como el inevitable cambio de “A vos te falta Malvinas”, la frase que ellos habían creado durante la guerra.¹⁹²

Entonces ¿qué perduraba y qué se modificaba en las señales de identidad de estos testificantes? En otras palabras, ¿qué quedaba de esos pibes, de su no-saber, no-tener y no-poder evocados tantos años después de concluida la guerra y en situaciones particularmente traumáticas?

II.5.1. La imagen de adolescente tantos años después

Surge entonces la perduración –¿acaso el reconocimiento de una fijación?– de una imagen adolescente, que aparecía criticada por uno de ellos al referirse a sus incumplidas obligaciones familiares: “Nos queremos hacer los independientes, no nos damos cuenta que *ya no somos nenes de dieciocho años*” (42).

Prolongando una característica de la narrativa testimonial, el registro de la guerra sigue depositándose en el cuerpo. Delgado, que había vuelto de Malvinas pesando cuarenta kilos, solo había recuperado el 40% de la movilidad de sus piernas y según el narrador: “Cada día escucha menos y el zumbido de las bombas que cayeron en las Islas se quedó a vivir para siempre en sus oídos. Sin embargo jamás aceptó someterse a una audiometría” (22).

Entre sus muchos recuerdos traumáticos, la memoria elige uno como fuente de actuales angustias: Estigarribia, improvisado enfermero en el barco Almirante Irizar en 1982, no puede olvidar al pibe herido que le había pedido que no lo abandonara y murió solo mientras él atendía a otros pacientes.¹⁹³

¹⁹¹ “El visitante”, de Almafuerte. Esta canción es la cortina musical de la película homónima (Julio Trapicchio, 1999), que relata la historia de un excombatiente acosado por el recuerdo fantasmal de un amigo que muere en las Islas, mientras intenta llevarle municiones al protagonista. Un año antes, *Las Islas* de Gamarro también había incluido el retorno fantasmal de los compañeros muertos para liberar de culpa a su protagonista. Con humor adolescente, ellos ironizan sobre la forma en que Felipe los representa: “parecíamos soñados por El Greco” (578).

¹⁹² Ver capítulo III de este trabajo.

¹⁹³ Davoine y Gaudillière citan al británico Wilfried Ruprecht Bion, médico psiquiatra, psicoanalista y combatiente en las dos guerras mundiales: “la muerte del amigo es el leitmotiv trágico de los veteranos. ‘Tú no lo viviste, no puedes comprenderlo’” (254). Creemos que esta referencia, aplicable a otros

II.5.2. Ellos tampoco sabían ni tenían

En la crónica que Riera titula “La muerte bajo la luz de la luna”, Sergio Delgado reitera casi todos los motivos narrativos que construyen el no-saber y no-tener, las señales de identidad que este trabajo lee en el relato testimonial. Así aparecen el forzado reenlistamiento, las armas que no funcionaban, el ignorar adónde iban, el castigo de los superiores, el infernal pozo de zorro,¹⁹⁴ y también ese diferencial saber inglés que le salva la vida ante el enemigo: “le dije ‘The please, my leads’. Quise decir ‘Please...my legs’” (38).

II.5.3. La vigencia del no-poder

Evocar la muerte cercana con ese distanciamiento típico del relato testimonial, que sería una configuración narrativa del no poder hablar de la guerra y de la muerte, reaparece en el discurso de Sergio Delgado: “Un soldado clase 63 se murió de frío. Una noche después de gemir durante horas. Tenía apenas treinta, cuarenta días de instrucción” (36).

Así lo confirma al recordar cómo, herido por una explosión, permanece escondido con un camarada hasta que, ignorando que estaban en la trinchera, un inglés mata a su amigo: “estaba abrazado a mí. Los ingleses se esfumaron. ‘Me duele, me muero [...]’, se quejaba. Cada vez más bajito, la voz más apagada. Hasta que se murió” (37).¹⁹⁵

Fernando Quinteros, que al regresar de Malvinas permaneció meses encerrado en una habitación oscura, explicita por qué no quería consultar a un psicólogo: “No quería contar mi historia. No quería recordar” (28).

II.5.4. Asfixiados por la memoria

El relato testimonial centrado en “el regreso” construye imágenes claras de los excombatientes, asfixiados por la memoria traumática de la guerra. No en vano, Riera habla de “los desahogos” para relatar sus reacciones. Es José, en la basílica de Luján

testimonios sobre la muerte de camaradas aquí citados, enfatiza los vínculos del relato testimonial de Malvinas con una tradición muy amplia y ratifica que cualquier abordaje de dicho relato debe comenzar por aceptar la especificidad de la guerra.

¹⁹⁴ “Las ropas se humedecían enseguida, porque en los pozos había agua helada y mucha humedad” (36).

¹⁹⁵ Delgado reiterará sin variantes este testimonio en *No tan nuestras*, la película de Ramiro Longo (2005). Muchos años después, refiriéndose a la actitud de los enemigos al descubrirlo herido junto a su compañero ya muerto, y al tratamiento que le dispensan en el barco hospital inglés, sostiene: “¡Muy humanos los tipos. Me quisieron matar pero después se hicieron cargo. Si las cosas hubiesen sucedido al revés...!”. Citamos este testimonio porque creemos que la posterior configuración del enemigo, un motivo narrativo recurrente del relato testimonial, también revela las formas que elaboran el recuerdo traumático, encerrando contradicciones claras como las planteadas en ese “al revés” de Delgado.

robando una bandera y desencadenando un verdadero raid delictivo: “Tenía que hacerlo. Era una orden que tenía que cumplir. Estoy en guerra. Los ingleses me persiguen por lo que hice en Malvinas” (40).¹⁹⁶ Fernando Quintero, añorando la dictadura (“Los milicos hacen falta”, 41) y criticando el desamparo de los gobiernos y las fuerzas armadas. O Tachi, imprimiendo una brutal militarización a su vida familiar, hasta tal punto que su mujer le reprocha: “Vos, en vez de una familia querés tener un ejército” (45).

O los suicidas frustrados como Estigarribia, que se subió a un tanque de agua con otro excombatiente: “Yo tengo ganas de tocar los aviones” (43).¹⁹⁷ O los que lo lograron, como José, que se mata en el baño de su casa donde, según el relato de sus familiares, dejó escrito en los azulejos: “muero con los huevos bien [...] y después de bien, los cinco dedos marcados para abajo” (47).

Para un trabajo que ha renunciado a buscar “el fiel reflejo” de la guerra en los libros testimoniales, serían inapropiadas observaciones como “notorios trastornos psiquiátricos”, “ejemplos de desamparo gubernamental” o “las trágicas consecuencias de elecciones que la sociedad argentina rápidamente olvidó”. Preferimos citar a los autores de *Historia y trauma*, dos psicoanalistas franceses que durante años estudiaron el trauma bélico y su perduración en los descendientes de las víctimas: “Lo que no se puede decir, no se puede callar” (Davoine y Gaudillière, 2011, 59).¹⁹⁸

Quizá esa necesidad que conduce las historias forcluidas al decir, como observa el prologuista de la obra Gerard Fromm (16), también permita explicar la condición narrativa de este capítulo del relato testimonial. Pero desde el itinerario que siguió la indagación, “Nuestro Vietnam” aparece como una etapa dramática, casi agónicamente final, porque ni la evocación del periodista ni la de los familiares y amigos pueden obviar que los protagonistas testimonian básicamente otra manifestación de su no-poder, tal vez la más definitiva.

¹⁹⁶ “Lo que hice en Malvinas”, el recuerdo transformado en persecución paranoide, tendrá similar configuración en el delirio del protagonista de *Gurka* de Zito Lema: “Mis enemigos están haciendo maniobras militares en las islas para recordarme que ganaron la guerra [...] Mis compatriotas me mandaron al hospicio y los gurkas juraron matarme. Esperan el momento, me vigilan” (16).

¹⁹⁷ Para quien ha seguido los motivos narrativos del relato testimonial, este “querer tocar los aviones” podría leerse como la perduración traumática de la relación de los conscriptos con los aviones, que aparece, por ejemplo, en el temor a los bombardeos y en su admiración por los pilotos argentinos. Pero también la ficción la presentará: un desertor de *Los pichiciegos* sueña con ser evacuado vía aérea (Fogwill, 71).

¹⁹⁸ Como reconocen los autores, la frase está inspirada, aunque de hecho la reformulan, en una de las tesis de Wittgenstein enunciada en *Tractatus logico-philosophicus*: “lo que no se puede decir hay que callar”. Los autores recuerdan que el autor austríaco había comenzado a escribir su obra mientras combatía en el ejército de su país durante la Primera Guerra Mundial.

Si pensamos que hoy la cifra de los suicidas excombatientes equivale a casi el cincuenta por ciento de los muertos en combate, podría inferirse que para muchos la guerra siguió librándose tras la rendición.¹⁹⁹ Sus formas de pelear y de ser derrotados por el peso del recuerdo construyen las crónicas de “Nuestro Vietnam”, que tal vez aspiraron a ser exclusivamente referenciales, pero que desde su narrativa revelan que el “después de Malvinas” generó una verdadera encrucijada del relato testimonial.

II.6. *Crónicas de un soldado de Fabián Bustos: un giro del relato testimonial*

II.6.1. Un adolescente distinto por historia y vocación

En 2005 un excombatiente publica un testimonio que privilegia la configuración del sujeto narrado durante y antes de la guerra. Esta articulación, atípica en relación con los testimonios anteriores, elabora una representación bélica muy distinta que no carga con el peso de la gloria, como en su momento lo aconsejaron Sabato y Feimann.²⁰⁰

Este despojamiento, que quizá esté insinuado en el título *Crónicas* y el hecho de que llame “Libros” a los capítulos en que divide su obra, hace pensar en una narrativa muy anterior, por ejemplo, los relatos de la picaresca española. Sin embargo, creemos que la imagen del protagonista que articula su relato lo vincula con una tradición literaria argentina del pícaro, un hecho que ya había registrado Julieta Vitullo (2009) al examinar otras obras inspiradas en la guerra de Malvinas.²⁰¹

Crónicas comienza con la presentación de un personaje que enfatiza su libertad personal, considerando la escuela secundaria y el servicio militar como barreras que debía atravesar para conquistarla. En el Libro I, centrado en su vida durante el servicio militar, con una técnica cercana a la del pícaro, relata la forma en que construye la apariencia externa de sometimiento, que sus faltas de disciplina y posteriores castigos suelen desmentir, siempre dirigida a mejorar su posición, mientras que simultáneamente desarrolla una amplia capacidad crítica interior. Allí ya se hallan algunos de los motivos que nutrirán su descalificación de la vida militar en Malvinas, desde el mal

¹⁹⁹ Dicen Davoine y Gaudillière: “ni el retorno a la vida civil ni tampoco el fin de las hostilidades detienen la guerra” (225).

²⁰⁰ Ver capítulo I de este trabajo.

²⁰¹ Reflexionando sobre los protagonistas de “Memorándum Almazán”, el cuento de Rodrigo Fresán, *A sus plantas rendido un león*, la novela de Osvaldo Soriano, y *Guariso*, el film de Bruno Stagnaro (1995), Julieta Vitullo también identifica la figura del pícaro y lo inserta en una tradición argentina “cuyas variantes van de la gauchesca y el grotresco a las letras de tango o el cine contemporáneo” (72). Creemos que a pesar del título del libro de Bustos y su división en Libros, el deambular permanente del protagonista y sus constantes “transacciones”, rasgos típicos de la picaresca española del siglo XVI, *Crónicas* pertenece a esa tradición argentina que señala Vitullo.

funcionamiento de las armas hasta el autoritarismo, la corrupción y las prácticas discriminatorias de los oficiales.²⁰²

Por otro lado, comienza a desarrollar un estilo narrativo que profundizará después: busca para su relato un correlato que lo singularice; convoca, por ejemplo, el recuerdo de la Campaña del Desierto de Rosas de 1833, cuando narra su experiencia de instrucción en La Pampa, y lo concluye con una observación impregnada de humor adolescente: “Sólo faltaba el payador y nos remontábamos a la época del *Martín Fierro*” (31).

Es entonces, en lo que podría definirse como una zona de intersección entre testimonio y autobiografía, cuando el sujeto narrador inicia una operatoria que prolongará en el relato de la guerra y que consiste en asignarle al sujeto narrado saberes y sentimientos adquiridos evidentemente mucho tiempo después de los hechos narrados. Como dice Silvia Molloy (1996) al referirse a las memorias finiseculares hispanoamericanas: “El presente de la escritura sin duda condiciona el rescate del pasado; no cuenta tanto lo recordado como cuándo se recuerda y a partir de dónde” (186).

Si bien a lo largo del relato el protagonista proporciona información que lo distingue de sus camaradas –por ejemplo, él había viajado con sus padres, su padre había estudiado y residido en el exterior, y su madre acababa de visitar Londres–, ya en este Libro I marca una notable diferencia porque asume que él conocía previamente los crímenes del proceso militar. Así, su recuerdo de la foto de un auto destruido y una casa incendiada fechada en 1997 que halla casualmente en la oficina donde cumplía su servicio militar, culmina con una llamativa revelación:

[...] indudablemente se trataba de un testimonio de la cruenta lucha entre el ejército y la guerrilla. Me alejé rápidamente de esa parte tenebrosa del pasado no sin recordar *la muerte de mi primo Pablo a manos de la salvaje represión*. El solía frecuentar mi casa y era como un hermano para mí. Su muerte había dejado un dolor y un bache de silencio en medio de un territorio de castigos indescifrables. (33)

²⁰² Este trabajo ya ha marcado cómo el relato testimonial de Malvinas cifra de diferente manera la experiencia del servicio militar. Lo que distingue a la obra de Bustos es el espacio que le otorga en su obra, donde define los rasgos básicos de su visión negativa de los militares. En *Iluminados por el fuego*, esa visión por, ejemplo, nace y crece con la permanencia en las Islas y el retorno al continente, pero silencio una mala experiencia previa que Esteban testimonia en 1996 cuando narra que eligió el arma de Paracaidismo “para huir de mi vida de entonces”. Allí instala el imaginario del “vivo” que comparte con Bustos: “Fui un buen soldado y en la colimba no hay que ser bueno: hay que ser vivo” (citado en Lorenz 2006, 29).

Aunque no lo vuelva a mencionar en su relato de guerra, podría pensarse que este saber nutre su permanente descalificación de los militares; pero también cabe preguntarse por qué fue a Malvinas cuando él mismo reconoce que podría haberse quedado en el cuartel esperando una baja que se retrasaba por sus problemas disciplinarios. La explicación del protagonista consagra la solidaridad con el grupo de pares: “Si ellos van, yo aquí no me quedo” (36).²⁰³

Incluyendo todos los motivos convencionales del relato testimonial de la guerra de Malvinas, aun el sentimiento religioso que despierta la guerra en los soldados jóvenes y que en el caso de Bustos se extiende al relato de experiencias místicas y/o extrasensoriales, el testimonio construye un personaje diferente, que desnuda su permanente búsqueda de una mejor posición en las Islas, con las múltiples contravenciones y negociaciones que ello supone.

A esto se suma el hecho de que su experiencia fue distinta, algo que asume cuando sostiene que “los tres soldados del correo estábamos a mitad de camino entre lo civil y lo militar” (89). No obstante, al finalizar su testimonio insistirá en reclamar un lugar, en legitimar su historia dentro de la gran historia de la guerra repitiendo “todos fuimos soldados” (50).

En ese sentido es relevante explicar qué historia personal narra Bustos. Después de algunas asumidas contravenciones dirigidas a huir de tareas extenuantes, la falta de comida y el temido destino del pozo de zorro, consigue integrar el equipo que el correo

²⁰³ Este trabajo ya definió la concepción antropológica del grupo de pares (ver nota 76), aceptando que tenía múltiples remisiones. Lo mismo sucede con las literarias; sin embargo, atendiendo al tratamiento que le dan al tema los testimonios estudiados y que creemos se extiende a las ficciones, preferimos citar *El señor de las moscas* de William Golding (1988). Esta novela británica relata la experiencia de un grupo de preadolescentes y niños pequeños que un accidente aéreo deja aislados en una tropical isla desierta. Más allá del peso de ciertas influencias en la obra de Golding –Joseph Conrad, por ejemplo– no consideramos casuales las siguientes coincidencias que indicarían la existencia de un discurso más amplio y universal sobre este tema tan recurrente en el relato testimonial de la guerra de Malvinas.

Ya en la contratapa, el mensaje editorial propone imaginar las posibilidades dramáticas “que encierra el estado de naturaleza y el acto fundacional de la sociedad”. ¿Acaso *Los pichiciegos* no fue leída como una alegoría de la fundación que llevarían a cabo los que habían perdido todo? La construcción y disputa por el liderazgo, el convencimiento de un grupo de jóvenes de que nunca saldrán de la isla y de que se transformarán casi en salvajes bestiales para adaptarse a la nueva situación, e incluso la irrupción de lo maravilloso, también forman parte de la ficción británica.

En los testimonios y en la novela de Golding están: la división de roles entre los jóvenes, el sueño de ser rescatados, la desconfiguración de sus propias imágenes, el peso del recuerdo de la familia y la obsesión por la comida, que los convierte en cazadores impensados (los jóvenes británicos cazan cerdos, los colimbas argentinos atrapan ovejas). Tampoco falta el desconocimiento de la geografía (los chicos ingleses piensan que Asia y África son países), las pesadillas que atormentan su sueño como le sucedía a los pibes de la guerra, y hasta la construcción de “refugios-hogares” que los cobijaran en un paisaje solitario y atemorizante.

argentino instala en Malvinas en el mismo Town Hall donde funcionaba el Post Office inglés. Su relato transforma ese trabajo en una causa humanitaria desprovista de intereses bélicos, y este posicionamiento alcanza al personaje –algo anunciado en el título del capítulo “El fusil y la pluma”–²⁰⁴ que comienza afirmando que su tarea cambiaba, ahora debía “dejar el fusil y tomar la pluma” (67).

No trabajábamos por dinero, ni por una falsa lealtad a la bandera, ni siquiera por las Islas Malvinas, sino que éramos conscientes de que había casi once mil almas allí afuera, soportando el frío y las lluvias constantes, esperando, entre el barro y el hambre. Todos estaban lejos de sus hogares, sus familias, y nosotros podíamos hacer algo por ellos. (68)

Este personaje que no se enfervoriza con la “causa justa” que moviliza a otros testimoniantes, tampoco alude a los íconos del imaginario nacional (bandera, himno nacional, marchas patrióticas) ni se detiene en leer la condición de “pibes” que comparte con sus camaradas; traslada la idealización a la tarea y a los personajes involucrados en ella.

Nosotros éramos el nexo entre un pozo de zorro y una familia, entre una compañía de soldados y un barrio que comentaba que el hijo de la señora de la esquina estaba en las Malvinas. En la medida que los soldados fueron aumentando, nuestra capacidad operativa se multiplicó. Hernán era cien brazos. Toso la constancia, el capitán el pensamiento, el Sr. Caballero el corazón y Chávez la eterna paciencia. (76)

Pero el testificante hará coexistir esta idealización con la desnudez de sus propios objetivos, dirigidos a lograr mejores posiciones, recordando aquella de concripto-oficinista que había perdido por un olvido durante el servicio militar: “Estaba dispuesto a poner lo mejor de mí para que todo saliese bien: esta vez la vida me daba otra oportunidad como estafeta y no me quedaría dormido como aquella vez en el tren” (66).

El correo se transforma en el escenario de un relato que incluye registros narrativos muy distintos a los hasta aquí señalados. En primer lugar, convierte al protagonista en un observador privilegiado, cuya óptica, casi definida por la ventanilla desde donde atiende al público, registra, por ejemplo, la progresiva declinación de las fuerzas

²⁰⁴ Una idea similar ya había aparecido en el relato del regreso a las Islas que Edgardo Esteban, coautor junto con Borri de *Illuminados por el fuego*, escribe en 1997, donde también asocia la note-book que lleva a Malvinas con el recuerdo del arma usada en la colimba (29).

argentinas a través del relato de los estafetas de los regimientos que llegan a buscar las cartas: “Del otro lado del vidrio aparecían caras cansadas y huesudas que desfilaban como los cuadros de una película antigua y descolorida” (25). Su labor también le permite obtener prebendas, dispensar favores y ejercitar transacciones permanentes que hacen recordar a *Los pichiciegos*, porque desde el comienzo este personaje es consciente de que la oficina postal es un destino más cómodo y protegido, circunstancia que el avance de la guerra transformará en una posibilidad de supervivencia.

En ese escenario evoca su buena relación con los kelpers de la oficina, especialmente con uno al que define como un viejo lobo de mar,²⁰⁵ con quien intercambia confesiones y favores, y de quien escucha el relato sobre la vida utópica en las Islas antes del desembarco, no muy diferente a lo narrado en *Los chicos de la guerra*.²⁰⁶ Justifica esta coexistencia amistosa con una idea que ya había expuesto en 1982: “En rigor nosotros éramos el invasor y ellos víctimas del atropello” (69). Con una actitud que lo aleja tanto del “redentorismo” como de la visión negativa sobre los kelpers de otros testimoniantes, se pregunta “quién tiene derecho a las islas, los propietarios o los inquilinos” (71).

Como en algunos testimonios de *Partes de guerra* pero con una visión muy distinta de la comunidad isleña, el narrador registrará ciertos vínculos previos de los kelpers con la Argentina: Peck, el “lobo de mar”, había probado el mate a través de amigos argentinos, y John, el albañil, conocía Mar del Plata. Mínimo y anecdótico, el pequeño saber de los kelpers contrasta con el absoluto desconocimiento que los argentinos tenían sobre ellos. El testificante los percibe tan temerosos y angustiados como los mismos “soldaditos” invasores (66).²⁰⁷

²⁰⁵ En 1982, Fabián configura a ese kelper como “un personaje bien de puerto, muy curtido y muy tranquilo” (Kon, 203). Años después, ya usa “un viejo lobo de mar”, que es un arquetipo, una imagen recurrente en la narrativa, evidenciando cómo el paso del tiempo opera sobre la representación en los testimonios. En ese sentido, podríamos preguntarnos por el peso de este arquetipo en el cuento “Los buques suicidantes” de Horacio Quiroga (1978), que le narra el escriba de *Los pichiciegos* al Pichi sobreviviente, donde el capitán que introduce la historia de los barcos suicidas también es reiteradamente definido como un viejo lobo de mar, atributo que no aparece en el cuento original (Fogwill, 102). Recordemos que se ha interpretado este relato de suicidas en la novela de Fogwill como una alegoría de las trágicas elecciones que marcarían nuestra historia nacional.

²⁰⁶ El narrador insistirá en fantasear con una visión utópica de la vida de las Islas antes del desembarco argentino: “Nuestra presencia interrumpía la melodía de aquella serenidad convirtiendo el escenario de las islas en una tempestad salvaje” (113).

²⁰⁷ Bustos recuerda que la presencia de los conscriptos emocionó al señor Caballero, el empleado civil de Econtel, que al verlos llegar a la oficina dice emocionado “los soldaditos”, una expresión cariñosa pero también reveladora de cómo un adulto mira al joven conscripto, donde quizá también pueda leerse la imagen de los soldaditos de plomo, típico juguete infantil. Esta idea reaparece en la poesía de Caso Rosendi: “¿A dónde fue aquella plástica infantería / que iba derribando con la gomera / [...] /¿Y a dónde en qué lugar / hemos quedado nosotros” (“Soldaditos”, *Soldados*, 121).

Otro ejemplo de un registro narrativo diferente es su relato sobre una pérdida de agua en la oficina del correo y la frenética búsqueda de un plomero kelper que la solucione; al igual que en *Partes de guerra*, el humor inicial desemboca en el grotesco:

Hasta aquí uno puede suponer que una gotera en medio de una guerra no puede resultar un problema serio, pero las pequeñas gotas habían formado un charco, que corrió como un arroyo, que estuvo a punto de formar un río cuyo caudal habría de desembocar en un mar que formaba parte de un fabuloso océano en vísperas de un maremoto. (119)

Un soldado lo ayuda a encontrar a un plomero kelper y, al regresar, el protagonista descubre que ha olvidado preguntar la consigna del día, información imprescindible para circular por las calles militarizadas de Puerto Argentino y acceder al Town Hall, sede del correo.

El soldado salva la situación proporcionando la suya delante del kelper, un hecho que los custodios asumen como una grave filtración en la seguridad, la cual genera las grotescas consecuencias de una amenaza de consejo de guerra al atribulado soldado, un amago de “baile” al protagonista por parte de su superior que ya aparece muy alcoholizado, y el castigo de montar guardia en la casa del plomero para evitar sus potenciales delaciones al enemigo. El sujeto narrador de esta peripecia, reveladora de la productividad del absurdo, cierra su relato enfatizando el efecto del miedo sobre su protagonista que, temiendo perder su posición en el correo, durante la guardia se niega a aceptar las cervezas que amistosamente le ofrecen el padre y el hijo kelpers.

La tendencia reiterada de esta obra a leer episodios o actitudes como señales del futuro, en síntesis, una operatoria dirigida a ampliar la capacidad de representación del relato, se evidencia en el episodio que relata los reiterados abusos del Mayor M., quien ingresa a la oficina de correos con violencia, buscando sus cartas. Al presentarlo como un emblema del despreciado oficial argentino, torpe y autoritario, el narrador deposita en la airada reacción del empleado civil de Encotel un anuncio del advenimiento de la democracia:

Finalmente se había hecho justicia y el poder ejercido hasta entonces impunemente por los militares, comenzaba a declinar. Para mí, ese día comenzó a nacer la democracia en mi país. (110)²⁰⁸

²⁰⁸ En *Iluminados por el fuego* el protagonista cree ver la declinación del miedo a los militares en la airada reacción de los padres agolpados en las puertas de los cuarteles reclamando información sobre sus hijos.

En el pequeño escenario del correo y en su deambular por Puerto Argentino, el personaje de Bustos consolida el accionar típico de un pícaro que formula observaciones sobre, por ejemplo, los perfiles de los integrantes de las distintas fuerzas armadas. Genera relaciones que le permiten mejorar su situación, aunque solo sea conseguir una ducha de agua tibia en una lancha guardacostas, y forja iniciativas que mejoran su trabajo, como tipear telegramas en la Cable & Wireless de las Islas, un lugar donde además logra hablar por teléfono con su madre.

En todos los casos su asumido propósito es asegurarse la supervivencia y así lo demuestra el último episodio, cuando juegan a la suerte de una moneda quién abandonará el seguro correo para sumarse a la defensa de Moody Brook, tal como les ha sido ordenado. El protagonista pierde pero decide recurrir a uno de sus “contactos”, el jefe de Radio Malvinas, para que interceda ante el comando y lo dejen permanecer en su puesto. Esa era “mi última chance de evitar pudrirme en un pozo de zorro” (138); presenta este logro como una exitosa batalla individual en una guerra que sabía estaban perdiendo: “Volví al correo con la certeza de haber ganado la peor de las batallas” (138).

Al definir a los Otros, el testimonio de Bustos elabora una diferencia notable, en tanto crea una buena imagen de los kelpers que él conoce y proyecta cierta idealización sobre la vida cotidiana de las Islas antes de la llegada de los argentinos. En definitiva, asume la condición de invasor frente a los que él considera propietarios de las Malvinas.

Como en otros testimonios, y prolongando las ideas forjadas durante la conscripción, describe un abanico de oficiales argentinos que también son los Otros, que varían desde los más brutales hasta aquellos que le despiertan admiración, porque los ha tratado directamente o por la información que tiene sobre ellos. Así aparecen los admirados aviadores e inclusive los comandos, y reduce a la condición de síntoma el alcoholismo de su superior. En su narrativa, esta declinación del Otro más cercano es forjada ambiguamente, casi preservando la distancia que para un joven exige una figura de autoridad.²⁰⁹

Siguiendo una constante del relato testimonial, el Otro británico sí tiene y sabe: suyas son la información, el armamento, la comida e inclusive esa “puntualidad sajona” que transforma a los bombardeos en una operatoria que los argentinos terminan observando como si fueran espectadores de una representación.

²⁰⁹ “Cuando estaba sobrio, el capitán retornaba al trato cordial, pero cuando bebía era probable que volviese a agarrársela conmigo” (134).

Pero también son los “caballeros” que obligan a los despreciados suboficiales argentinos a limpiar los baños del Canberra ante el júbilo de los soldados, un gesto recordado en otros muchos testimonios: “Aquellos que habían sido nuestros carceleros eran presa de la humillación y por primera vez la justicia se establecía sobre la prepotencia “(158).

El uso de drogas y la posesión de revistas pornográficas funcionan casi como un dato pintoresco de ese enemigo; ya en el comienzo, este testimoniante manifiesta que, fuera de su saber escolar sobre que las Islas pertenecían a la plataforma continental submarina argentina y a pesar de la retórica mediática, “No podía inventar un enemigo” (44).²¹⁰

Al igual que en otros testimonios, el cine y la televisión parecen constituirse en un referente del discurso que aquí especialmente está ligado al humor y no a la incapacidad de describir. Al llegar a Malvinas, son sus “memorias televisivas” (62) las que lo hacen fantasear con “una música de gaitas escocesas bajando de los cerros”. Al pasar un avión argentino, después del primer ataque británico al aeropuerto, “La muchedumbre comenzó a gritar y a dar vítores, levantando las armas cual película de la Metro” (83). Por los parlantes instalados en Malvinas, salía “Una voz, latosa e inconfundiblemente hitleriana” (85); y al mirar el buque hospital argentino anclado en las Islas evoca a Pearl Harbour antes del ataque japonés.

A pesar de ser el único testimoniante que teme que el desarrollo de la guerra malvinense termine por crear una situación parecida a la guerra de Vietnam,²¹¹ las imágenes que convoca pertenecen al imaginario filmico y televisivo de la segunda guerra mundial.

¿Cambia ese sujeto narrado siempre adolescente que había definido el relato testimonial? No, pero muchos años después de la guerra y tras construcciones culturales

²¹⁰ David Tinker, el militar y poeta antibelicista inglés que murió en Malvinas, se acerca a Bustos en esta imposibilidad de construir un odiado enemigo. El 10 de abril de 1982 le escribe a su esposa: “Yo, personalmente, no quiero matar a ningún argentino, ni a nadie” (30). Hugh Tinker, que recopiló las cartas y poemas de su hijo, recuerda que David había dicho: “No odio a quien combato”, citando un verso de “An irish airman foresees his death”, de William Butler Yeats (21).

²¹¹Creo significativo señalar que la idea de que la guerra de Malvinas podía transformarse en una guerra prolongada como la de Vietnam, donde los británicos repetirían la situación de los norteamericanos, había sido enunciada por el brigadier Miret en los Estados Unidos, durante una gestión diplomática en la que el militar planteó que en caso de que Argentina lograra un aliado poderoso podría suceder que “las Malvinas se convirtieran en un segundo Vietnam” (Cardoso, Kirschbaum, Van der Kooy, 1983, 213). David Tinker (1983) también lo plantea, aunque desde el temor que creaba el recuerdo del fracaso militar de Suez y quizá con una óptica más lógica, dada la distancia que mediaba entre Inglaterra y Malvinas, tan grande como la que separaba Estados Unidos de Vietnam.

que insistieron en su condición farsesca,²¹² este narrador crea un testigo distinto, aceptando su rol evidente de contraventor. Desde allí forja un testimonio diferente, con ciertas innovaciones y algunos tributos a las convenciones del género, pero siempre configurando la visión de un adolescente.

II.6.2. No-saber: lo que se supo después

El típico adolescente, quizá un poco más informado que sus camaradas, que sí conocía los crímenes del gobierno militar que lo convocaba a Malvinas y que podía quedarse en el continente, decide ir por solidaridad con el grupo de pares; modula su no-saber sobre las Islas convocando la imagen del mapa y una visión que descalifica su importancia:²¹³

Mi cabeza giró ciento ochenta grados y en mi mente se dibujó un mapa de la zona austral. Dos islas en el Atlántico sur, quizá unos grados más debajo de los cincuenta de latitud, un rincón de la galaxia, anodino y completamente periférico. (34)

Al llegar a Malvinas, aparece la visión del adolescente que inicia una aventura: “No podía creer lo que estaba viviendo, me parecía un sueño” (41). Casi con la óptica de un viajero, señala: “No me importaba tanto si el lugar era argentino o inglés, en realidad, para mí era un lugar sencillo y hermoso” (43). En realidad, el peso de ese no-saber adolescente está recortado por el narrador que, por ejemplo, insiste en “plantar” indicios, síntomas de la catástrofe que sobrevendrá, mezclados con la retórica triunfalista mediática de la época.

Sin embargo, cierta elaboración simbólica de ese no-saber adolescente y su evolución aparece en el relato de cómo traduce para su superior un libro hallado en la oficina que contaba la historia anterior de las Islas, “la historia oficial contada por los

²¹² El tono farsesco también es un atributo de la crónica periodística. Los autores arriba citados lo emplean para describir esa gestión diplomática, algo que confirma Yofre (2011), sosteniendo que los corresponsales argentinos llamaban “los tres chiflados” a Miret, Moya e Iglesias, los militares que acompañaron a Costa Méndez a la convocatoria del TIAR (319).

²¹³ La condición periférica de las Islas, su mal clima y su terreno difícil son casi un motivo de las obras periodísticas inspiradas en la guerra. *La batalla por las Malvinas* de los ingleses Hastings y Jenkins lo citan como un viejo argumento del Foreign Office británico. Cardoso, Kirschbaum y Van der Koy, los autores de *Malvinas. La trama secreta*, sostienen que el presidente de los Estados Unidos Ronald Reagan estaba perplejo por la insistencia argentina en reclamar tan inútil territorio. Muchos años después de la guerra, esta visión centrada en la falta de significación de las Islas reaparecerá en León Gieco, autor de la emblemática canción “Sólo le pido a Dios”, que habla de “dos islitas de mierda perdidas en el mar” (citado en Lorenz 1996, 69). Carlos Gamerro, autor de *Las islas*, sostiene en una entrevista que “Para la vida argentina actual, no sirven de nada. Son un cero. Dos ceros” (López, *Dossier Malvinas*). Sarcástico, Néstor Perlongher hablará de “unos islotes insalubres”, en “Todo el poder a Lady Di”, un apasionado alegato antibélico escrito durante la guerra (1997, 179).

ingleses” (92). Una tarea que, por su escaso dominio del inglés, no persigue la fidelidad a lo escrito. Más allá de la clara contaminación de esa “historia oficial” con el título de la emblemática película argentina de 1985, creemos que su referencia al mirar el libro después del primer bombardeo británico es significativa: “Ahora la historia la estábamos escribiendo nosotros”.²¹⁴

El testimonio de Bustos concluye con el retorno al hogar, tras la rendición posterior a la travesía en el Canberra, donde ratifica su diferencia personal y sintetiza el aprendizaje, un motivo reiterado en el relato testimonial, que por elevación cierra el no-saber adolescente. Cuando el oficial inglés les pregunta su opinión sobre lo sucedido, él hace traducir su respuesta a un camarada: “Yo pienso que una vida no puede compararse con un pedazo de tierra” (157). Las palabras del inglés son casi una confirmación del tipo de personaje que intenta construir este testimonio: “Su pensamiento es muy humanitario” (157).

En esta obra el narrador opera sobre el no-saber del personaje en las Islas, reconstruyendo episodios que se desarrollaban muy lejos y que nutren ese “mientras tanto”, donde la gran historia se relata en el marco de la pequeña anécdota.²¹⁵ Algunos de esos episodios (el Mundial de Fútbol, el Fondo Patriótico, las iniciativas diplomáticas y la visita del Papa) forman parte de los motivos tradicionales del relato testimonial, de los que el testigo pudo tener noticia en las Islas a través de la radio, a la que sí tuvo acceso.

Pero otros tienen origen en la literatura producida con posterioridad, por ejemplo, la cita del diálogo entre Fidel Castro y Nicanor Costa Méndez, narrada en *Malvinas. La trama secreta*, de Cardoso, Kirschbaum y Van der Kooy, publicado en 1983; o el relato de la llegada del primer corresponsal de guerra inglés a Puerto Argentino, que es hospitalariamente recibido por un kelper en su casa, un suceso que narra el periodista Max Hastings en *La batalla por las Malvinas*, el libro que publicó con Simon Jenkins en 1983 y que llegó al país en 1984.²¹⁶

²¹⁴ Al comienzo, y reiterando esa contaminación con la retórica mediática de la época que consideramos es un ejercicio de ironía del narrador, el testimoniante había aludido a la historia: “Éramos protagonistas de un hecho inédito en la historia argentina, y así como se inauguraba para nosotros un nuevo paisaje, en el continente se unificaba por primera vez un verdadero sentir nacional” (43).

²¹⁵ El narrador hace un relato referencial del hundimiento del Belgrano en el que la inserción del sujeto registra la distancia que lo separa de los hechos: “En tan sólo una hora el buque se inclinó primero y luego se fue a pique. *Me* lancé a caminar con la mirada levemente inclinada hacia arriba”. Esa distancia volverá en la imagen del naufragio: “Un barco entre las olas, los gritos de pavor y los susurros del viento que me devolvían a la realidad presente” (91).

²¹⁶ Desde la misma óptica puede leerse su referencia a Cross Group, el nucleamiento de mujeres pacifistas irlandesas cuya prédica les deparó el Premio Nobel de la Paz en 1976 y que el narrador asocia con las Madres de Plaza de Mayo, algo que sería muy discutible por las obvias diferencias que registran ambos

Al parecer, el paso de los años y el consiguiente conocimiento adquirido de lo sucedido operan sobre las elecciones del narrador para ampliar el campo de la representación, así como también sobre el discurso del testificante. Un buen ejemplo de esa intersección es el relato de cómo reacciona el personaje al enterarse, durante la guerra, del hundimiento del crucero General Belgrano, donde coexisten casi un fragmento de la crónica periodística que describe el hecho y una observación sobre su memoria personal: “Enseguida sentí un dolor inexplicable, acaso el más profundo de la guerra. *Era un dolor ciego ya que ni siquiera sabía que existiera un buque llamado Belgrano*” (90).

Volvemos a Sylvia Molloy (1996) y a sus muy lúcidas observaciones sobre las memorias finiseculares para señalar cómo evoluciona el testimonio respondiendo a las exigencias de la autobiografía: “Se recrea el pasado para satisfacer las exigencias de mi propia imagen, de la imagen que supongo otros esperan de mí, del grupo al cual pertenezco” (199).

II.6.3. La comida como cifra del no-tener

Más allá de todas las diferencias que ofrece *Crónicas de un soldado*, el no-tener sigue siendo una señal de identidad básica en este relato donde las referencias a la comida y a su falta son obsesivas y se transforman en motivos recurrentes para el narrador.

La comida organiza la precisa descripción que hace el personaje de las raciones que le entregan antes de viajar a Malvinas, y motiva la violación de las cajas que está

grupos. Curiosamente, Mairead Corrigan Maguire, una de las premiadas, se sumará en 2012 al pedido de Pérez Esquivel y otros premios Nobel para que Inglaterra acepte dialogar con la Argentina sobre las Islas. Bustos innova con esta referencia la muy arcaica imagen de los ingleses como piratas, asumiendo que ellos estaban desarrollando una guerra colonial en Irlanda, un tema que no aparece en el relato testimonial ni incluye la retórica mediática de la época, probablemente porque el accionar del IRA irlandés tenía muchos puntos en común con la guerrilla argentina. La centralidad de la guerra en Irlanda es visible en el testimonio del joven soldado británico Robert Lawrence (1989), que cita este trabajo en sus conclusiones. Tinker, refiriéndose a los paracaidistas, los infantes de marina y los gurkas que aguardaban entrar en batalla dice: “Ahora pueden desarrollar la agresividad que han tenido que contener en Irlanda” (1983, 62). Bramley recuerda que, días antes de partir a Malvinas, su oficial de inteligencia había descalificado el problema con la Argentina, afirmando: “Según el último informe hay que concentrarse en el problema de Irlanda” (1991, 13). En *Los dos lados del infierno* (1994), narrando las biografías de soldados ingleses que fueron a Malvinas, su autor enfatiza que ellos habían tenido experiencia bélica en Irlanda. También aparece en la reproducción de época que ofrece la televisión británica, por ejemplo, la serie “Ashes to Ashes” (2008), emitida por la BBC One, un mix de policial y ciencia ficción que en su segunda temporada ubicó su trama en 1982 en los barrios bajos de Londres. Los diálogos de sus personajes revelan que, aun cuando hacen algunas referencias a la guerra de las “Falklands”, para ellos “la guerra” era la irlandesa. En sus relatos, Belfast se transforma casi en un sinónimo de infierno. Recientemente la ficción recuperó el antagonismo irlandés-inglés: en *Montoneros o la ballena blanca*, un guerrillero que decide ir a Malvinas para participar en lo que cree será una operación de propaganda, se asume como un “*irish peronist*” (259). El personaje establece una continuidad entre su práctica política y la que llevó a cabo su abuelo, miembro del Sinn Fein, que murió en 1916 combatiendo contra los británicos.

desembarcando en el aeropuerto de las Islas, donde experimenta el cansancio físico y el hambre.

En el correo, la ausencia de comida motiva su búsqueda en las valijas que los kelpers han dejado allí y casi confirma una especie de liderazgo sobre los otros jóvenes cuando decide racionar la única lata de dulce de batata que tenían. Esta falta habilita también la transacción con el kelper, cuando le solicita la compra de una lata de Nesquik en el *store* de las Islas que estaba vedado a los argentinos.

La desesperación por la comida motiva que en algún momento él y sus compañeros del correo recuerden a los sobrevivientes del avión caído en los Andes, así como también sincera su situación frente a los otros:²¹⁷ “La diferencia estaba en que al estar nosotros en el pueblo teníamos contacto con el personal de las tres armas y lo que no alcanzábamos a rasguñar en una, tomábamos en seguida de la otra” (126).

Solo, recoge y come un pan duro en una calle de Puerto Argentino; entre camaradas, participa del juego del pequeño grupo de amigos imaginando qué comerán al retornar de las Islas, lo que les proporciona mínimas gratificaciones:

Cuando nos fuimos levantando de la reunión, todavía flotaba en el aire la certidumbre de haber comido, aunque más no fuese con un plato abstracto. Y esta imagen reparadora no se disolvía ni siquiera ante la realidad de la gélida y aguachenta sopa que teníamos para cenar esa noche. Oportunamente, busqué en el interior del bolsón portaequipo y saqué cinco turronecitos que tenía guardados desde hacía una semana, esperando el momento apropiado. (93)

Es el robo de comida lo que motiva el Consejo de Guerra que presencia en el Town Hall, donde se condena a unos jóvenes conscriptos que, hambrientos, abandonaron sus posiciones para robar alimentos en una casa kelper.

La comida es además el testimonio del saber miserable que genera la necesidad de sobrevivir, el que lo impulsa a acumular alimentos ante la perspectiva de hambruna que ya detecta en los soldados más alejados del pueblo y el que lo acerca a las cocinas de campaña con la certeza de que en el fondo de sus ollas “siempre quedaban las mejores

²¹⁷ Esta referencia a la tragedia de los Andes siempre nos pareció un rasgo narrativo personal de Bustos, hasta que en 2012 hallamos el testimonio de un excombatiente que estaba leyendo *La sociedad de la nieve*, el libro de Pablo Vierci (2009) que relata la experiencia de los rugbiers uruguayos. El excombatiente afirmaba que “Hay millones de coincidencias con lo que nos pasó a nosotros” (“Malvinas 30 años, 30 historias”, *Clarín*, 1/4/12, p. 9).

porciones” (140), coincidiendo con una observación de Primo Levi sobre el saber especulativo que los prisioneros adquirirían con respecto a la comida del Lager.²¹⁸

Siempre funcional en su narrativa, la comida le permite revelar la inoperancia de la organización militar argentina cuando descubre, como sucede en otros testimonios, los abarrotados depósitos de Puerto Argentino y forja la sospecha de que en el Canberra la usan para encubrir los calmantes destinados a tranquilizarlos. Ingerirla es una opción que en principio rechaza y luego acepta resignadamente.

Ante la guerra, el no-tener se transforma en una señal de identidad que no solo incluye la comida; como el protagonista de *Illuminados*, experimenta el no tener control sobre su propio cuerpo en la dramática situación producida por el bombardeo británico:

Empecé a temblar descontroladamente, el cuerpo se sacudía como por sí mismo y no lo podía parar. Traté de respirar hondo y aquietarme. A mi lado mi compañero estaba completamente dormido. Dichoso. Quise gritarle y alertarlo pero me quedé completamente paralizado. (135)

Podría decirse que a este relato de la corporalidad, como metonimia de las necesidades más vitales y primarias, pertenece su observación de qué significa poder bañarse luego de diez días: “El agua cayó a chorros sobre mi cuerpo y en mi mente se dibujó la palabra bendición”. No le importa saber que está usando agua de mar calentada en una caldera, “ya que me había entregado a un estado de placer que mi cuerpo había olvidado” (54).

La corporalidad aparece casi como una elección narrativa cuando se refiere al tema de la homosexualidad. Usando como fuente el rumor, en definitiva, reproduciendo un testimonio de origen impreciso, relata que un camarada se había transformado en “la chica” de la compañía. Sin emitir juicio ético sobre el tema, como lo hace Esteban en *Illuminados*, comenta el hecho a partir de su propia sexualidad, de su falta de deseo: “Esta situación ocurrida en medio de la guerra parecía estar descontextualizada, por lo menos era lo que indicaba mi cuerpo, que permanecía en una profunda latencia sexual” (103).

Drogas, prostitutas y revistas pornográficas son atributos que diferencian a los Otros en este relato; el protagonista permanece limitado a comer y bañarse, necesidades muy

²¹⁸ “También sabemos ahora que no es lo mismo recibir un cucharón de sopa de la superficie que del fondo del caldero y ya estamos en condiciones de calcular, basándonos en la capacidad de los distintos calderos, cuál es el sitio más conveniente al que aspirar cuando hay que hacer cola” (Levi 1998, 35).

primarias que en este caso prácticamente se imponen a la retórica del narrador. No obstante, también menciona algún detalle muy preciso sobre las múltiples precariedades de los soldados conscriptos, donde aparecen las armas que no funcionaban, la ropa siempre mojada, la falta de alimento. En síntesis, todo lo que define un espíritu de resignación que, según el narrador, se nutría además del rigor del clima y la tensión de la espera.

Una de sus observaciones consagra claramente ese no-tener: “El sueño de todos era cazar una oveja” (148), marcando esa alternancia –que su testimonio reitera– entre lo que sucedía afuera y lo acaecido en el reducido escenario del correo, que debe abandonar ante la inminente llegada de los británicos en un intento por sobrevivir. Entonces descubre que una casa abandonada puede funcionar como un bunker para su pequeño grupo, pero la rendición llega antes.

II.6.4. No-poder: “simplemente todo se vino abajo”

El no poder hablar de la guerra o de la muerte que Bustos ya le había manifestado a Kon en 1982, sigue organizando su relato muchos años después. Aunque él no participa en combates, sí sufre el bombardeo a Puerto Argentino e integra el postrer intento de defensa de la oficina postal, el combate puerta a puerta que parecía avecinarse. Deposita en un compañero el testimonio de la tensión de la espera, ese motivo recurrente del relato testimonial de la guerra de Malvinas: “Tengo un vago recuerdo de las palabras de Hernán: Yo no doy más, lo único que pido es que lo que tenga que pasar pase pronto” (143).

En esta obra el narrador configura el no-poder del sujeto narrado utilizando relatos de otros combatientes, enunciados casi con distancia periodística, o bien testimonios ya citados en el libro de Kon, como el de Juan Carlos, el camillero que alentaba a los heridos que transportaba diciéndoles que ahora sí volverían al continente.

Solo una vez asume la cercanía con los muertos. Lo hace a través de un hecho que relata su superior: su amigo Carlos, que había llegado con él a Malvinas, muere en un bombardeo que destruye la cocina donde trabajaba y donde alguna vez le había dado cobijo y alimento al protagonista. Su registro desnuda el no-poder del personaje, que tampoco puede superar el narrador: “Simplemente todo se vino abajo y la vida pareció girar como una rueda de azar” (136).

II.6.5. Siguen llegando cartas de Malvinas

Tributando a motivos tradicionales del relato testimonial pero configurando un testigo que vivió una experiencia distinta y cuyo discurso con el paso del tiempo ha enfatizado sus características más anticonvencionales, *Crónicas de un soldado* cambia las formas de representar la guerra hasta aquí analizadas.

Más que reiterar las diferencias que son evidentes, nos concentraremos en el análisis de un tema central de la experiencia de Bustos, relacionado con las cartas, un motivo importante en el relato testimonial de Malvinas, al que se han dedicado trabajos interesantes, como el artículo escrito por Federico Lorenz (2008). Allí el autor lee algunas cartas como testimonios de la historia que estaban viviendo sus autores y el análisis de la retórica epistolar que hizo Mateo Niro (*Dossier Malvinas*) examinando cartas que obraban en poder de un reservista que en 1982 fue destacado en Río Grande.²¹⁹

El narrador de *Crónicas de un soldado* transforma las cartas casi en un objeto referencial; recibirlas o entregarlas organiza su causa humanitaria, le permiten manifestar el reconocimiento a los aviadores que las transportaban, señalar el éxito de la tarea cumplida –evidenciado en la foto que toma su superior del equipo junto a la montaña de cartas que llegan al correo–, y asociarlas a los buenos y malos gestos de los argentinos de las Islas. Las cartas pertenecen a ese territorio postal sin banderas desde donde puede forjar cierta relación con el kelper empleado del Post Office y, en ese sentido, las “Cartas a un soldado argentino”, que otros testimonios cuestionan, son elogiadas por el testimoniante que obvia, silencia o simplemente ignora la censura que sobre ellas se ejercía.²²⁰

²¹⁹ Fundado en la larga tradición de la teoría epistolar, Mateo Niro afirma que en términos generales la carta es siempre una correspondencia entre ausentes, y señala que, especialmente en la guerra, la carta funciona como prueba de vida (“la caligrafía, el pequeño gesto personal, la broma íntima, la firma, indican que todavía se está ahí”). Leer la actualización de esa teoría realizada por Patrizia Violi amplió nuestra comprensión del tema. En su ensayo, ella define rasgos centrales de la carta: su condición de diálogo diferido, que siempre se desarrolla en ausencia de uno de los interlocutores. La necesaria coexistencia de la presencia real de uno y la reconstrucción imaginaria del otro. El hecho de que “Se escribe para ese futuro en el que la carta sea leída, pero cuando ello ocurra el futuro se habrá convertido en pasado” (1968, 89). Refiriéndose al contrato epistolar, que fija toda carta, Violi piensa que si bien cada carta efectivamente dice algo, además ella habla por sí misma, “testimonia su propio ser en cuanto carta” (91). Podríamos preguntarnos entonces qué testimonia el *hic et nunc* del acto de la enunciación, un concepto central de Violi en los textos de las cartas de Malvinas. Entonces aparecería esa prueba de vida en medio de la guerra, el carácter que le asigna Niro y ratifica el excombatiente Herrscher: “lo único que garantizaban las cartas era el conocimiento patéticamente inútil de que un par de semanas antes el remitente estaba vivo y en buenas condiciones de salud” (Herrscher 2007, 78).

²²⁰ En su trabajo, Niro cita una carta recibida por Guillermo el 26 de abril que tiene dos renglones tachados y el sello “Censura Naval Argentina”; también alude a una carta enviada por ese conscripto el 10 de mayo de 1982, donde se refiere a los problemas del correo y la censura. Roberto Herrscher, en ese entonces conscripto de la Marina, también habla de la censura: “Llegaban cartas de la familia, pero con mucho retraso y todas abiertas y con el sello ‘Censura Naval Argentina’” (62).

Pero sus propias cartas tienen el mismo rol que les asignan otros testimoniante: permiten enfatizar el vínculo con los padres y tranquilizarlos, es decir, no tienen un registro narrativo especial; incluso silencian el hecho que sí narra Bustos en *Los chicos de la guerra* cuando cuenta que al retornar a Buenos Aires se relacionó con una chica que le había enviado una de esas *Cartas a un soldado argentino*.

Sin embargo, podría decirse que esa “correspondencia entre ausentes” metaforiza todas las ausencias sobre las que se construye *Crónicas*, la última obra del relato testimonial de la guerra de Malvinas que elige este trabajo. Paradojalmente, están tan ausentes los objetivos prioritarios de denuncia o reclamo que motivaron a otros testigos como la construcción de un protagonista compatible con la visión tradicional del soldado-conscripto que el mismo relato testimonial construyó.

Con *Crónicas*, un libro respecto del cual resulta difícil precisar si está en la frontera final o en el comienzo de una nueva forma de testimoniar la guerra, llega otra carta de Malvinas. El narrador Bustos, que realiza tantos cambios, no modifica, sin embargo, su propia configuración como adolescente y su no-saber, no-poder, no-tener como señales de identidad ante la guerra.

Nos gusta pensar que esta idea de “otra carta de Malvinas” quizá esté anticipada por Patrizia Violi cuando dice: “Toda correspondencia inscribe en su interior no sólo al que escribe, sino también al destinatario ausente a quien escribe, su tiempo futuro y su espacio diferente” (95).

Segunda síntesis provisoria

Por muy representativas que sean las obras examinadas en este capítulo, su elección implicó un recorte arbitrario de los textos que integran el relato testimonial de la guerra de Malvinas, un trabajo que no buscó el verosímil realista de la memoria de la contienda.

La siguiente síntesis cierra el examen del territorio narrativo, aunque por razones ya mencionadas asume a priori su condición de provisoria.

1. El sujeto narrado adolescente, que en 1982 coincidía con sujetos narradores que también lo eran, resulta una constante del relato testimonial. Esa construcción privilegia la referencialidad en *Los chicos de la guerra*, la emblemización en *Iluminados por el fuego*, y la configuración de un adolescente atípico, casi un pícaro, en *Crónicas de un soldado*.

Ser chicos es tan definitorio para los testimoniantes de *Partes de guerra*, que han vivido una experiencia bélica diferente a la de sus camaradas, como para Daniel Terzano, que no era un adolescente y que, sin embargo, se asimila a ellos para constituirse como protagonista de *5000 adioses a Puerto Argentino*.

Esta autodesignación de adolescentes atraviesa diferentes visiones sociales de la contienda, distintos objetivos de autores y/o compiladores y las muy variadas experiencias personales post Malvinas de los testimoniantes, todos factores que diversifican narrativamente pero no cambian la imagen de adolescentes.

Los registros narrativos estudiados dicen que la memoria ha construido de muchas maneras ese ser chico en la guerra y que en su representación pesan diversos hechos; no obstante, resulta inevitable citar primero las imágenes periodísticas y luego los productos culturales que la guerra generó.

Ciertos motivos de sus relatos guardan una inequívoca relación con el cuento popular: la solidaridad con el grupo de pares, el viaje iniciático, la sed de aventuras y nuevas vivencias, la revelación, la ruptura con las figuras de autoridad, que coexiste en este caso con la búsqueda de figuras parentales. La creación del Otro como antagonista, que es a veces el superior argentino y casi siempre el kelper malvinense, no llega al enemigo británico, a quien la memoria preserva con rasgos de eficiencia militar y trato humanitario tras la derrota.

Otros motivos podrían rastrearse en ese siempre difícil de definir imaginario nacional que nutrió la literatura argentina, y que ella se encargó muchas veces de elaborar: la diferencia Buenos Aires-interior, la centralidad de la imagen materna, el valor de los símbolos (la bandera, el himno o las marchas), la descalificación de la política, el rol de la cultura popular (en este caso más circunscripta al rock nacional), el saber inglés o el ser rubio como señales que diferencian o jerarquizan.

En todos los casos el examen remitió a sujetos narradores que elegían como fundante la insularidad de la experiencia bélica de sus protagonistas y que mayoritariamente recurrían al mundo del cine o la televisión de su infancia y/o adolescencia para respaldar sus discursos.

2. Si la identidad es una construcción que se relata, como sostiene Roberto Ferro, pensamos que con muy distintos registros los testimoniantes construyen sus relatos privilegiando su no-saber, no-tener y no-poder. Entre muchos motivos narrativos, el no saber sobre las Islas y sobre la guerra generará la revelación, el saber adquirido in situ que consagra la experiencia bélica como un hito constituyente. A ella retornarán los

testimonios con estrategias de re-territorialización, territorios construidos con palabras, que ofrecen coincidencias notables con registros narrativos de obras realmente distintas.

Así definirán una característica que este trabajo eligió solo constatar, sin intentar una explicación, y que desarrollará en los siguientes capítulos, abordando únicamente las ficciones inspiradas en el escenario bélico del 82 y la narrativa expedicionaria del desierto del siglo XIX, renunciando a establecer vías de transmisión y considerando esas coincidencias solo como raras conexiones entre el relato testimonial y esos dos capítulos de la historia literaria argentina.

Aun en testimonios forjados muchos años después, es notable su desconocimiento –o su falta de reconocimiento– de los crímenes cometidos por el gobierno militar que los había llevado a Malvinas, con solo dos excepciones, la de Terzano y la de Bustos.²²¹ Sus registros narrativos configuran la arbitrariedad e impericia de los militares pero sin asociarlos a la historia anterior; no obstante, casi todos los testimoniante definen la guerra como gestora de la democracia que llegó en 1983 y exhiben relaciones ambivalentes con motivos usualmente asignados al relato testimonial, como la causa justa y el victimazgo.

Desde la narrativa, lo significativo es que su no-tener (jefes idóneos, ropa abrigada o comida suficiente) opera la desconfiguración de sus propias imágenes; se perciben como ladrones, mendigos, linyeras o improvisados cazadores de ovejas. La carencia se imprime en el cuerpo y ese hecho origina registros discursivos focalizados en el cuerpo y su falta de control sobre él. Entre las diferentes carencias se podría decir que la falta de comida es central y que organiza esas visiones dicotómicas típicas del relato testimonial, por ejemplo, la de morir de hambre o comer como bestias.

Estos testimoniante que hacen de la guerra un territorio fundante de su experiencia, no pueden, sin embargo, hablar de la guerra o de la muerte. Ese no-poder los impulsará a buscar en el cine un pobre referente de comparación o directamente se afirmarán en su condición de sobrevivientes para negarse a definir lo que para ellos es indefinible. Marcando las coincidencias con el emblemático testimonio de Primo Levi, aparecen registros narrativos múltiples que encubren, metaforizan o silencian esa incapacidad para testimoniar, por ejemplo, sobre las muertes cercanas, algo que en el caso de Terzano solo puede ser superado muchos años después.

²²¹ También debería reiterarse la forma encubierta –un padre que se interesaba por la política– en que el testimonio de *Iluminados* se refiere a un militante asesinado por la Triple A antes de 1976.

El paso del tiempo, con su secuela de suicidios y patologías físicas y mentales, crea otros registros narrativos que fortalecen esa concepción de la guerra como un relato paralizado en el tiempo, evidente en la evocación de los alienados y suicidas que en 2000 hace Riera. También es perceptible en ese “aquí/allá” que suelen definir los testimoniantes, asumiendo que en realidad nunca se fueron de las Islas. Por otro lado, aunque de manera diversa, habiéndolo logrado o no, casi todos plantean el volver a Malvinas, prolongando así esa antigua tradición narrativa argentina cuya mera cita parece incompleta si no se menciona *Volver*, el muy popular tango de Carlos Gardel y Alfredo Le Pera.

En los relatos de “la vuelta” (Herrscher, 2007, Sagastume, 2007), el sujeto narrador debe construir dos sujetos narrados: el que era en 1982 y el que retorna al escenario actual de esa memoria traumática que articuló un acosador mapa de recuerdos durante muchos años. Más que reiterar la presencia de las señales de identidad en el conscripto evocado por Sagastume, preferimos marcar la permanencia de algunas de esas señales en su relato actual de Malvinas.

El ser pibes vuelve en la emoción de reencontrar antiguos lugares: “Y Oscar corría y gritaba, y los tres lo seguíamos *como chicos*” (38); “me senté abajo, en el frente, mirando al ‘enemigo’ y lloré como *un niño desconsolado*” (39).

Ahora el no-saber, ahora en tanto desconocer el terreno, aflora en la búsqueda de su antigua posición cuando repite lo mismo que, desesperado por hallar comida, hacía en 1982: “tratar de reconocer las piedras” (37). Una suerte de orientalismo invertido, ahora la comparación es con la Argentina, se reitera cuando, frente al mar de Malvinas, sostiene que “parecía Villa Gesell o Pinamar” (19).

Como sucede en *Illuminados por el fuego*, cambia la imagen del kelper: un Otro comprensivo como John Fowler o el guía que lo acompaña en las Islas, gente que comparte con ellos recuerdos traumáticos y que ahora es depositaria de ese saber adquirido después sobre los crímenes del proceso militar: “su relato al principio, no nos pareció creíble, pero pensando en las atrocidades que el gobierno militar hizo durante el proceso no resultaría nada extraño que fuera cierto” (63).

Según Sagastume, ese saber le llegó tardíamente, porque pertenecía a una generación posterior a la setentista. En *El rock de las Malvinas* (2012) se evoca como un pibe seducido por el rock y la cultura beatnik: “No existía la posibilidad de ir a una guerra y cantábamos que nos iríamos a naufragar en una balsa, les abriríamos las jaulas a los osos, nuestras novias tendrían ojos de papel...” (8).

La insularidad fundante de la experiencia, típica del relato testimonial, también aparece en el relato del retorno: “Ya no volveremos a ser como antes, tal como nos pasó en el 82. No volveremos los mismos que fuimos. Ahora tampoco” (82).

¿Por qué no leer una forma encubierta del no-saber (y del no-poder) en el hecho de asumirse como sobreviviente, donde los camaradas que “murieron por nosotros” (100) son los auténticos héroes. Lejos del tono épico, el testigo reconoce en ellos un mandato de vida y paz para los excombatientes, asumiendo que la guerra fue “una parte vergonzosa de nuestra historia” (83). Vuelve a recurrir al cine para describir su experiencia actual: “es una película que llevábamos en nuestras retinas en blanco y negro y ahora [la vemos] en colores” (10). Muchos años y una situación diferente –está narrando la vuelta a las Islas– separan a este sujeto narrador de otros testimonios aquí indagados, sin embargo, su discurso prolonga algunas de las señales de identidad que básicamente había definido *Los chicos de la guerra* en 1982.

Este capítulo comenzó citando la idea de María Pía López de que la recurrencia del relato testimonial limitaba las formas de pensar la guerra. Sería legítimo preguntarse si los motivos narrativos aquí estudiados, que solo son los más reiterados y nunca los únicos, las formas en que los testimoniados se configuran como adolescentes que no-saben, no-tienen y no-pueden, no constituyen también formas de pensar la guerra. O por lo menos, si no son portadores de esa capacidad de hacer pensar que siempre brinda la narrativa.

APÉNDICE

Testimonios *argies* en el relato inglés

Este trabajo cita algunos testimonios británicos incluidos en libros traducidos al español y publicados en la Argentina, por lo que los motivos narrativos examinados no pueden considerarse estrictamente como si estuviéramos estudiando los textos originales. Por eso, solo nos detenemos en aquellos fragmentos en los que puede inferirse cierta forma de diálogo entre relatos de ambas partes de la contienda ¿La mayor diferencia? Los libros británicos fueron escritos por militares de carrera, desde los maduros jefes máximos, Woodward y Thompson, hasta jóvenes oficiales, el antibelicista e ilustrado oficial Pinker y el herido de guerra Lawrence, al que la tesis retornará en sus conclusiones. Todos produjeron obras individuales, aunque la de Pinker, que incluye las cartas enviadas por el joven marino durante la guerra, fue publicada por su padre después de que él muriera en las Islas, muy poco tiempo antes de la rendición argentina.

En este territorio, tan diferente al corpus textual del trabajo, se distingue *Viaje al infierno*, la obra que el joven cabo paracaidista Vincent Bramley publicó en 1991 donde relata sus memorias de la guerra, que incluyen el asesinato de soldados argentinos que ya se habían rendido.

En 1993, Bramley viajó a la Argentina para reunir testimonios de excombatientes de Monte Longdon y Wireless Ridge, lugares donde –argentinos y británicos coinciden– se produjeron verdaderas carnicerías. Estos testimonios, sumados a los de ingleses que habían participado en esas batallas, organizaron su *Los dos lados del infierno* (1994), cuya realización –según narra el autor en el prólogo– contó con el aporte de periodistas argentinos.

A pesar de nuestro limitado conocimiento del relato testimonial inglés, podríamos preguntarnos: ¿ofrecía esta obra una versión diferente a la de los libros ingleses sobre la contienda –algunos apoloéticos, otros más distantes–, en un país que ya no conducía Margaret Thatcher?

Así lo hace pensar su autocrítica personal, la denuncia de errores de los mandos británicos y del posterior abandono estatal de los soldados que combatieron, algunos gravemente afectados por secuelas físicas y psíquicas. Así como también los descarnados testimonios de militares que en ciertos casos destruían la tradicional imagen de profesionales de guerra, el reconocimiento a los héroes propios y el respetuoso homenaje a los muertos, en este caso, de ambos bandos.

Ignorábamos qué pasaba en Inglaterra, pero sí conocíamos la situación argentina. Entre octubre de 1993 y julio de 1994, Scotland Yard había realizado en el país una investigación sobre crímenes de guerra británicos que no prosperó en los tribunales ingleses y que, según denunciaron los excombatientes argentinos, tampoco contó con la colaboración del gobierno argentino.

Es en el contexto creado por la política del estado nacional de esa época, la “*pax menemista*”, que insistía en construir una determinada forma de memoria de la guerra, donde podría ubicarse *Los dos lados del infierno*, cuyos testimoniantes (argentinos e ingleses) se identifican con nombre y apellido.

Aunque seguimos interrogándonos sobre la motivación del autor británico en esos años, hoy no podemos dudar del valor testimonial de la obra que aparece citada en las denuncias por crímenes de guerra ingleses que recientemente organizaciones de excombatientes han reiterado ante juzgados nacionales.

El objetivo de la tesis, estudiar las señales de identidad como configuraciones narrativas, definió el lugar desde donde leímos a los testigos argentinos de *Los dos lados del infierno*. Si bien sabíamos que ellos habían testimoniado en castellano, ignorábamos si sus discursos habían sido traducidos de la versión inglesa cuando la obra se publicó en el país. Los excombatientes argentinos convocados por el británico hablaron o respondieron por escrito en 1993, el mismo año en que se publicó *Iluminados por el fuego* y cuatro años antes de la aparición de *Partes de guerra*. Algunos de sus relatos hacen pensar que, de una u otra manera, ellos también eran o serían testigos en esos libros nacionales.

Los dos lados del infierno plantea una situación diferente e ineludible: ciertos testigos se enfrentan con Bramley y confirman que en 1982 habían estado a muy corta distancia y dispuestos a matarse. Pero, mirando fotos y mapas, comparten también la certeza de que esa guerra ya pertenece al pasado, algo que quizá illustre ese “Amigos y adversarios”, el título de la primera parte de la obra. Allí un argentino le dice a Bramley “Es un honor conocer a quien fue mi enemigo” (21).

La pregunta fue qué sucedía con las señales de identidad que este trabajo había estudiado, ahora formuladas en este texto tan distinto. ¿Podían siquiera imaginar los testigos de “aquí” que mientras ellos testimoniaban, un ex soldado de “allá”, en Inglaterra, describía la muerte de un *argie* en estos términos: “Mi bayoneta se hundió en él con una sencillez obscena”? (174).

Los testimoniantes argentinos coinciden en hacer de la conscripción el estadio inicial de una guerra impensada. Recuperan el vínculo con sus pares, cifrándolo en ese “En general la pasaba bien” (25), que define una forma de convivencia tanto en el relato testimonial (*Iluminados por el fuego*) como en la ficción (*Las Islas*). Recuerdan amargamente los castigos que mencionan todos los excombatientes: “nos pasábamos la mayor parte del tiempo ‘bailando’. Todos en el regimiento llamaban a la Compañía B, la ‘compañía’ del baile” (28).

Sus historias de vida hasta el momento de la conscripción revelan que los testigos piensan su adolescencia en formas diferentes, para algunos la “colimba” era una perturbadora interrupción a su programado destino, para otros una fantaseada salida a sus problemas hogareños.

Sin embargo, ese ser chicos aparece, por ejemplo, en el recuerdo del hambre que los flagelaba en Malvinas: “Los chicos a mi alrededor se estaban volviendo locos por comer. Completamente locos”. La evocación del testimoniante incluye dos imágenes terribles: la del chico que cocinaba un plato vacío y la del que cazó una rata para comerla. (117), imágenes que se asocian casi naturalmente con la locura de los jóvenes de la clase 63 comentada por Santiago en *Los chicos de la guerra* (Kon, 106).

En abril de 1982, los testimoniantes, al igual que los de *Partes de guerra*, no sabían a dónde iban: “Me acuerdo que yo me preguntaba: ¿adónde mierda nos llevan? ¿Para qué?” (25). Como Daniel Terzano, un testigo revela que se enteró del desembarco por la televisión: “Me acuerdo que pasé por la cantina a tomarme una coca y descubrí que habían tomado las Malvinas” (73).

¿Qué relación establecen con la historia argentina reciente? No todos revisten el no-saber absoluto, aunque quizá el saber del sujeto narrador pese significativamente en el discurso del sujeto narrado. Sobre su período de conscripción, dice un testimoniante: “Por entonces la ‘guerra sucia’ que aterrorizaba al país se estaba terminando”, pero también recuerda la desaparición jamás explicada de ciertos conscriptos cuando estaban de guardia (64). Otro reconoce que si bien lo alegró el desembarco en las Islas, creía que Galtieri quería salvar el poder porque el pueblo comenzaba a rebelarse. Ante la exaltación popular y la de sus propios camaradas causada por la toma de Malvinas, pensó: “Son todos unos tarados, no se dan cuenta de lo que va a pasar” (29).

No tenían instrucción militar ni jefes responsables. Recordando su escaso entrenamiento durante la conscripción, un testimoniante reflexiona: “No volví a disparar un arma durante un año [...], hasta que tuve que hacerlo en una guerra verdadera” (63).

Otro, que había sido estaqueado en las Islas, se pregunta: “¿Cuáles eran nuestras posibilidades, si nuestros propios superiores nos trataban del modo en que lo hicieron. Física y mentalmente, habíamos perdido antes de que se disparara el primer tiro” (243).

También asoma la visión farsesca cuando alguien evoca que le dieron un equipo de gimnasia para ir a Malvinas (29). Ya en 1982 un testigo de *Los chicos de la guerra* había denunciado el inadecuado equipamiento refiriéndose a las inútiles zapatillas deportivas que jamás pudo usar en las Islas.

El no tener comida los impulsa a prácticas ya asumidas en la obra de Kon:

Las cosas se estaban poniendo tan mal que no pensábamos si había que robarle algo a algún compañero, sea comida o equipo para vender o canjear por comida [...] Cambié mis binoculares por harina, dulce y leche en polvo. Subastamos nuestras boinas de paracaidistas y nuestros cuchillos. (117)

Tampoco tenían mapas: “Nunca vi un mapa en todo el tiempo que estuve en Malvinas. Ni un miserable mapa” (94). Al igual que el testimoniante de *Partes de guerra*, no podían penetrar la dura roca malvinense: “Las palitas que nos repartieron eran inútiles para cavar” (105).

Como en *Illuminados*, ellos también coexisten con la mierda: “cuando había un ataque teníamos que gatear sobre nuestra propia mierda para llegar a la trinchera” (108).

A diferencia de Terzano, desarrollan más profunda y dramáticamente el motivo de las marchas. Primero, las que los llevaban a los montes:

Habíamos llegado a las diez de la mañana y poco después estábamos en camino. A las cinco de la tarde todavía caminábamos. Era cansador debido a todo lo que cargábamos. No marchamos a través de Puerto Argentino sino que caminamos penosamente por ella [sic]. Me sorprendió sin embargo cuando nos ordenaron seguir marchando a través de la ciudad. (93)

Antes, el testigo había reconocido: “cuando vi las defensas supe que no estábamos preparados para la guerra. Se podía sentir en el aire” (93).

Pero también están las marchas desesperadas de la huida, el intento de llegar a Puerto Argentino. En la obra, el relato de un británico transforma a los *argies* casi en coprotagonistas de una farsa. Evocándose tan agotado como ellos, el inglés recuerda: “Era extraño. Marchábamos junto con los argentinos, que seguían armados. Nadie

hablaba, ni se reía: nada. Todos, los británicos y los argentinos, marchábamos hacia Stanley juntos” (229).

Hasta aquí este largo apéndice solo permite ratificar que, con ligeras variantes, en el interior de los testimonios británicos las señales de identidad de los excombatientes argentinos no difieren de las estudiadas en el corpus textual elegido.

Sin embargo, el examen de su no-poder podría abrir cierto cuestionamiento. Si bien, a diferencia de otros testimoniantes, ellos no convocan el orden de lo irrepresentable para contar la guerra, sí hablan de los muertos. Sus relatos no tienen los silencios de Terzano, ni las breves evocaciones que Esteban deposita en sus compañeros, ni las elipsis de Bustos.

Uno de mis compañeros, García, estaba muy cerca y lo agarró la metralla. Pobre García, se había terminado para él. La metralla le rompió los brazos y le hundió el casco. Lo evacuaron en un cajón. (131)

Dos de nosotros llevamos una camilla con un cuerpo. Estaba cubierto con una manta. Uno de los brazos cayó y pude ver la cara del que íbamos a enterrar. Era un muchacho más joven que yo y tenía los ojos abiertos. Esa mirada todavía me persigue. (223)

Era mi primera experiencia en ver cuerpos muertos. Nunca antes los había visto. Parecían muñecos de goma inflados. La mayoría aún tenía los ojos abiertos, lo cual me resulta incomprensible. (215)

Cayó a mi lado, las manos cubriéndole el rostro. Lo agarré y lo arrastré hacia mí. Estaba cubierto de sangre. Se le habían saltado los ojos. (182)

Este trabajo no se detendrá en el relato de los combates cuerpo a cuerpo, porque en *Los dos lados del infierno* su descripción está a cargo mayoritariamente de los británicos. De hecho, crean la imagen de que, como diría Levi, los argentinos que participaron no han podido volver para contarlo.

¿Cambia aquí el no poder hablar de la muerte? Los motivos narrativos varían, se enfatiza la dureza de la descripción. Pero si se los lee con atención aparecen las fórmulas-desvío: el cajón que se llevó al amigo, la mirada del muerto que aún persigue al que lo vio, lo incomprensible de los ojos abiertos de los muertos, los ojos saltados del que ya nada verá.

La forma en que el discurso protege de la memoria traumática también revela cómo los testimoniantes elaboran, privilegiándola, la mirada de los muertos. Otra vez volvemos a Levi: ¿cifran así eso que solo saben los que no pueden volver para contarlo,

eso que captó su última mirada? Además, debería recordarse que el no poder relatar a los familiares cómo habían caído sus hijos es un motivo recurrente del relato testimonial que *5000 adioses* o *Partes de guerra* ilustran con dramáticos ejemplos.

Si bien la evocación de los excombatientes *argies* del libro británico tiene un tono cercano a algunos incluidos en *Partes de guerra*, su diferencia habilita muchos interrogantes, el más básico sería qué motiva este cambio. ¿El paso del tiempo? ¿La presencia de un ex enemigo británico que era además un militar de carrera? ¿Cierta actitud crítica de los excombatientes frente a los relatos que narraban su experiencia? ¿El hecho mismo de testimoniar fuera del circuito editorial argentino?

Siquiera formular estas preguntas señala un rasgo significativo de la imagen de la guerra proporcionada por el relato testimonial aquí estudiado, donde son comunes motivos de nuestra cultura, como el estaqueo y aun el “baile”. ¿Acaso su silenciar o restringir la descripción de los muertos en combate clausura lo que podría concebirse como la etapa previa a la imposibilidad absoluta de hablar de la muerte?

No creemos que las posibles respuestas, cuya formulación quizá exceda el examen del relato testimonial, modifiquen el no-poder como señal de identidad. Pero tal vez le otorgarían otro nivel de complejidad.

CAPÍTULO III

El relato testimonial y las ficciones inspiradas en el escenario bélico de Malvinas ¿Acaso dialogan?

El objetivo del capítulo es postular la presencia de algunas señales de identidad del relato testimonial en ficciones literarias inspiradas en el escenario bélico de Malvinas publicadas durante el período 1982-2005.

Focalizado en el terreno narrativo, este trabajo consideró las señales de identidad del relato testimonial como formas de pensar la guerra quizá más sutiles y reveladoras –en todo caso diferentes– que los enunciados que sobre ella producen los testigos. Ahora, con igual criterio, las estudia en algunas ficciones que fueron seleccionadas siguiendo un itinerario arbitrario, sin formular un paradigma indicial probatorio del conocimiento previo que testimoniante o escritores tuvieran de tales obras.²²²

En síntesis, se asoma a dos territorios discursivos que se desarrollaron simultáneamente y se concentra en las coincidencias entre determinados registros narrativos, algo ya marcado en el capítulo anterior al referirse a *Los chicos de la guerra* y *Los pichiciegos*. Como Lara Segade (2009), pensamos que ambos textos tienen una condición fundacional en la narrativa inspirada en la guerra.

Este capítulo solo examina el potencial diálogo que establece la literatura con el relato testimonial (o viceversa), prestando especial atención a la forma en que opera el paso del tiempo al transformar, paulatinamente, la guerra en un recuerdo. Asumimos que este tipo de búsqueda adolece de un inevitable reduccionismo, pero reiteramos que el propósito no es estudiar la originalidad de las obras sino demostrar la permanencia de determinadas formas de pensar la guerra. Este camino permite preguntarse –por ejemplo frente a Borges y su “Milonga del muerto”²²³ (*Los conjurados*, 2005)– cuánto del no-saber de los excombatientes cifran los versos borgeanos, sin puntualizar la recurrencia del tema del culto al coraje ahora presente en el escenario bélico de las Islas. O bien,

²²² Naturalmente también pesaría el conocimiento de las versiones filmicas de *Los chicos de la guerra* e *Iluminados por el fuego* y de los muchos documentales que a partir de 1983 contaron con la participación de conscriptos excombatientes. Algunas de estas películas son citadas en este trabajo.

²²³ “Una de tantas provincias / del interior fue su tierra. / No conviene que se sepa / que muere gente en la guerra / Lo sacaron del cuartel / le pusieron en las manos / las armas y lo mandaron / a morir con sus hermanos” (ob. cit., pp.93-94). Se podría decir que esta descripción del no-saber es reconocible, por ejemplo, ya en el relato del desierto del siglo XIX, sobre todo cuando se alude a esa institución que fue la leva, lo que también haría preguntarse si el servicio militar no funciona en el relato testimonial como una suerte de leva.

cómo funciona la importancia del saber inglés de un soldado patagónico convertido en traductor durante la guerra en “La balada de un soldado solo” de Marcelo Eckhardt (escrito en 1992 e incluido en *El desertor*, 2010), sin aludir al diálogo manifiesto que este cuento establece con “Juan López y John Ward”, el famoso poema de Borges publicado en 1982.

Este reduccionismo no puede obviar que gran parte de los autores citados pertenece a lo que Drucaroff (2012) llama la primera generación posdictadura de la NNA (nueva narrativa argentina), jóvenes nacidos entre 1960 y 1970, “cuya conciencia ciudadana tendió a producirse frente a la guerra de Malvinas o frente al comienzo de la democracia en 1983” (178).²²⁴

La exhaustiva revisión de esa narrativa que ella realiza en *Los prisioneros de la torre* permitió prolongar las coincidencias entre el relato testimonial y las ficciones inspiradas en la guerra de Malvinas que ya habíamos destacado en su artículo de 2007 citado en la introducción. Si bien abordamos estas ficciones con un objetivo diferente, también planteamos que los registros narrativos elegidos pueden leerse a la luz de los conceptos centrales enunciados por la autora.²²⁵

Lo que sigue es simplemente una revisión del campo literario que se inicia precisamente en 1982, cuando Carlos Gardini escribe “Primera línea”, que ese mismo año obtiene el primer premio del concurso organizado por el Círculo de Lectores en cuyo jurado se encontraba Jorge Luis Borges. En dicho texto, el temor a la mutilación, un tema frecuente en los discursos de los excombatientes recién llegados de Malvinas y que prolongarán otros testimonios,²²⁶ se convierte en el trágico destino de su protagonista, un lisiado por heridas de guerra convocado a integrar una fuerza especial de discapacitados que intenta transformar sus prótesis en armas casi robóticas.

En el cuento ya aparecen algunos motivos que reiterará el relato testimonial, como la adhesión de la iglesia argentina –“La virgen nos protege” (162)–, el binarismo que organiza un lenguaje propio donde por ejemplo los no lisiados son los “enteros” para el mutilado jefe del operativo,²²⁷ y el peso permanente del miedo:

²²⁴ A continuación, indicamos la fecha de nacimiento de algunos de los autores citados: Juan Forn (1959), Miguel Vitagliano (1961), Carlos Gamerro (1962), Gustavo Nielsen (1962), Rodrigo Fresán (1963), Alejandro Alonso (1970). Muchos de ellos tenían en 1982 la misma edad de los jóvenes conscriptos que fueron a Malvinas.

²²⁵ Ver Apéndice “La nueva narrativa y el relato testimonial”, p. 179.

²²⁶ Herrscher confiesa que una pesadilla que lo torturaba era que volvía sin la pierna izquierda y que un oficial lo obligaba a él y a otros mutilados a buscar los miembros perdidos en el “depósito de dulce de batata de Puerto Argentino” (2007, 324). Veinticinco años separan este testimonio del relato de Gardini.

²²⁷ Como señalamos en el capítulo II, en “Primera Línea” aparece explícitamente el antisemitismo de los oficiales argentinos; aludido quizá más veladamente en el capítulo de *Los chicos de la guerra* (“Otras

[...] pero ese día no tenía miedo o estaba dispuesto a pagar el precio del miedo, y una bomba lo había despedazado. Era ridículo y doloroso, y ni siquiera había heroísmo, sólo una absurda falta de miedo. (153)

Este campo literario, que no dejó de crecer, recibió juicios muy valiosos sobre la forma distintiva en que leyó la guerra de Malvinas, entre ellos, el que formula Martina López Casanova:

[...] en los textos que narran la guerra de Malvinas, la carencia afecta al *espacio mismo* de la guerra (que queda fuera de *escena*) o el del relato (que queda fuera del lugar). Ambas carencias llevan a otra: la falta de sentido, y las tres indican tanto *causas* como *efectos* de la derrota. (2008,100) (cursivas en el original)

La autora concluye que *Los pichiciegos* de Fogwill y *Las Islas* de Gamarro elaborarían una línea narrativa que representa “una guerra que no puede ser heroica porque se arma fuera de la lógica de la causalidad y por fuera de la lógica del tiempo” (87), y advierte que habría una segunda línea integrada por obras como *Cuerpo a tierra* de Norberto Firpo (1983) y *Ciencias Morales* de Martín Kohan (1998), cuyas tramas se desarrollan en Buenos Aires, donde “El relato de la guerra ingresa por la palabra que se pronuncia [...] Malvinas ingresa por un relato no central” (90).

Este trabajo se preguntó qué motivos del relato testimonial, la mayoría de los cuales ya habían sido elaborados por los exconscriptos en 1982, podían forjar otra visión del tema, por lo menos en lo que hacía a ese fuera del espacio y del tiempo que señala López Casanova.²²⁸

III.1. La guerra se libra en novelas y cuentos

Historias”) donde se habla del pibe judío ortodoxo castigado hasta el congelamiento por robar comida. Este antisemitismo reaparecerá luego en *Las Islas* de Gamarro, como la continuidad de crímenes que se retrotraen a la Alemania nazi, pero también asociado a un ridículo exponente del nacionalismo ultramontano vinculado con los veteranos. El tema de los soldados judíos ya está en *Los pichiciegos* de Fogwill: uno de ellos es Acevedo, que debe mostrar su condición de tal exhibiendo la circuncisión y que no genera rechazo entre los otros pichis, más allá de la sorpresa que les causa su apellido tan común en la Argentina. Prolongan así la tendencia a identificar nacionalidad con religión, que ya en la Semana Trágica hizo que los nacionalistas de Carlés llamaran judíos a los ácratas rusos.

²²⁸ En su libro, López Casanova elige tres ejes para estudiar cómo la narrativa literaria ha representado el terrorismo de estado; uno de ellos es la guerra, y allí observa la problemática de volver creíble el relato en el caso de *Los pichiciegos*, y la de definir el espacio, la voz y el lenguaje para narrar Malvinas en *Las Islas*. La autora opone esta línea de representación a la que narra la guerra desde Buenos Aires, observando la misma imposibilidad, señalando “una ausencia de voz, de lógica, de apropiación de la historia” (95).

El itinerario comienza con *Los pichiciegos* de Fogwill, donde está la imagen de los pibes de la guerra asociada al robo, esa práctica que la guerra había naturalizado y que ya en 1982 un testimoniante de *Los chicos de la guerra* temía se prolongara en la vida civil.²²⁹ Quiquito, el sobreviviente pichi que narra la historia, le pregunta a su interlocutor: “¿Leíste en el diario de hoy la banda de los cuatro pibes de la guerra que estaban afanando coches?” (142). Solo esta cita justificaría hablar de *Los pichiciegos* como una obra muy compleja, cuya lectura de la guerra excede largamente la visión farsesca que tanto señaló la crítica literaria.²³⁰

Como los testimoniados del 82, los desertores de Fogwill se definen por su ser chicos, por haber nacido “en el putísimo año mil nueve sesenta y dos” (118)²³¹ y, como ellos, roban y transan en su intento de sobrevivir. El mismo nombre que eligen (Pichis)²³² señalaría un dato clave de la identidad forjada en el escenario bélico, un nombre que remite a múltiples asociaciones que ya formulan los testigos de *Los chicos de la guerra*, relacionadas con la forma en que se perciben, desde animales hasta seres sin valor para nadie.

Ellos reiteran a través del lenguaje ese convencional imaginario Buenos Aires-interior, típico del relato testimonial, donde hay “ideas de porteño” (71) y un estudiante cordobés que repite doctoralmente “es notable” (60). Pero además cierta apreciación sobre los provincianos que crecerá en los discursos de los testigos.²³³ “El tucumano

²²⁹ Guillermo en su testimonio sostiene: “Robamos solamente por necesidad. Claro, quizá un pibe, el día de mañana, si tiene una necesidad, si realmente le falta algo, puede recordar que en Malvinas le resultó fácil y va y roba de nuevo. Pero creo que un chico haría eso sólo frente a una necesidad superior” (28).

²³⁰ Podría decirse que la obra anticipa la violencia de algunos excombatientes, que muchas veces se tradujo en episodios delictivos. La literatura recogerá esta idea en obras como *Segunda vida* de Guillermo Orsi (2011), donde una banda de excombatientes, devenidos ladrones experimentados, son presionados por ciertos policías para participar en un robo a ricos productores agrícolas. Los personajes de Orsi remiten incesantemente a su experiencia en las Islas mientras viven aventuras rocambolescas en la carenciada Argentina de fines de los 90. Aun cuando puede reconocerse en la novela el peso del relato testimonial –especialmente de *Los chicos de la guerra*–, es muy notoria la influencia de *Los pichiciegos*. No por casualidad uno de los ladrones excombatientes se apoda el Turco, como el personaje de Fogwill.

²³¹ Dice el narrador sobre el Turco, uno de los jefes pichis: “Tenía diecinueve años, como la mayoría de los pichis, pero parecía más: de veintidós, o veinticinco. Por ahí, de la costumbre de mandar, parecía más grande” (67).

²³² En la primera edición de la novela la grafía del título era *Los pichy-cyegos*. El narrador sostiene que toman el nombre de un pequeño animalito ciego, nocturno y subterráneo, típico del noroeste argentino al que alude un Pichi santiagueño. Schwartzman (1996) habla del matiz fálico que además tendría la palabra, y se podría plantear que por lo menos en el argot porteño, Pichi es un pez chico, un personaje poco importante, como sostiene Teruggi (1998) en su *Diccionario de Voces Lunfardas Rioplatenses*.

²³³ Como ya señalamos en el capítulo II, ser originario del interior es un diferencial que enfatizan los testimoniados de *Los chicos de la guerra* (1982) y se prolonga con distintas formulaciones en todo el relato testimonial. La idea de que la esforzada vida anterior a la guerra había preparado mejor a los provincianos para la dura experiencia de Malvinas es central en *Los peones de Malvinas* de Roberto García Lerena.

jodía a los forros diciendo que los del comando habían elegido mayoría de ‘cabezas negras’ porque el porteño no sabía pelear” (115).

En la pequeña comunidad imaginada de la pichicera también funciona el “mientras tanto” de las radios, la argentina y la inglesa, cuya evocación remite a la *Radio Atlántico Sur*,²³⁴ una emisora creada por los británicos para desmoralizar a sus enemigos. Aunque ambas se escuchaban mal y mentían, los Pichis detectaban en ellas indicios de esa realidad exterior que definía su suerte.

Este trabajo ya citó a testigos del relato testimonial que suelen describir de la misma manera la función que cumplían los medios a los que accedieron durante la guerra y que construían lo que –inspirados en Benedict Anderson– denominamos su “mientras tanto”,²³⁵ que también aparece en el relato de los desertores de Fogwill:

Mientras tanto, la radio argentina llamaba a pelear: según la radio, ya se había ganado la guerra. Pero: ¿cómo creerle si veían montones de oficiales vendándose para ubicarse primero que nadie en las colas de la enfermería. (120)

Mientras tanto, la radio argentina seguía diciendo que se había ganado la guerra. Y en la británica, entre los chamamés y zambas que pasaban, hacían la lista de los entregados. (125)

La radio permite que los Pichis construyan un rasgo de identidad a partir de sus gustos musicales, distantes de los testimoniados por los testigos, puesto que prefieren el tango, el folklore y el rock norteamericano de Elvis Presley, emitidos por la radio inglesa, al rock argentino. Si bien se burlan de la locutora de la emisora británica que “hablaba en chileno” (73), advierten que el final de la guerra también se escucha,

²³⁴ ¿Qué radio inglesa escuchaban los Pichis? El relato testimonial habla de la BBC, cuyas emisiones traducían Herrscher (2007) y Milton Rys (Eckhardt, 2010). Pero el tono chileno de la locutora, su discurso y la música (tango y folklore) hacen pensar que se trata de *Radio Atlántico Sur*, cuya creación, según Terragno (*Falklands*, 2002), fue anunciada por un comunicado del gobierno británico el 19 de mayo de 1982. Destinada a desmoralizar a los soldados argentinos, la emisora transmitía desde la isla Ascensión y no tenía vínculo con la BBC, cuya política comunicacional inhibía esa clase de iniciativas. Según Bullrich (*La Nación*, 2/1/2012), documentos de la guerra recientemente desclasificados en Londres, aluden a que la radio tenía locutores latinoamericanos que cometían muy frecuentemente errores idiomáticos. Esta característica puede confirmarse a partir de fragmentos de esas emisiones retransmitidas en los programas de *La rosa de Tokio* (Radio Provincia) de junio de 2012, dirigidos a evocar las comunicaciones radiales durante la guerra. Además, estos programas permiten conocer la argentina *Radio Liberty*, que en el mismo período emitía en inglés mensajes desmoralizantes para las fuerzas británicas, con la dirección de Enrique Alejandro Mancini y la voz de Silvia Fernández Barrios. La posible presencia de *Radio Atlántico Sur* en *Los pichiceros* es un hecho notable por el secreto que acompañó en su momento estas iniciativas. Hoy Mancini les reconoce escasa penetración: piensa que el bloqueo tecnológico de las naves británicas y la carencia de transmisores de onda corta de los argentinos inhibían su accionar.

²³⁵ Ver II.3.1. “La experiencia adolescente de ayer define hoy a una generación”.

porque –detectados los canales secretos– las transmisiones militares inglesas y argentinas “Se puteaban por radio” (153).²³⁶

A veces los Pichis negocian con el enemigo, por ejemplo, pasándoles un mapa de las minas; dudan de su precisión al escuchar más tarde que las ovejas siguen explotando (31), un hecho grotesco, típico de la visión farsesca de la guerra que, sin embargo, reaparecerá en el relato testimonial británico muchos años después.²³⁷

Como ya lo habían hecho los testimoniantes de Kon, los Pichis reconocen a partir de la imagen exterior la superioridad de ese Otro que tiene todo: “se les ven las caras afeitadas, alegres, lisitas, y se les ven los dientes de Kolynos” (118).²³⁸

Su propia imagen se desconfigura brutalmente hasta sintetizarse en el despreciado “olor a Pichi” (107), que remite a la cercanía de la mierda. La falta de baños químicos y duchas, un hecho referido en todos los testimonios, determina que ellos también conozcan ese “¡Cagarse encima! El que se caga encima se hace hediondo, se escalda. Apesta a todos” (88).

Los pichiciegos anticipa las “pastillas de pelear” (37) de los ingleses, las fantasías sexuales y la homosexualidad, tres temas que muy pocos testimoniantes evocarán.²³⁹ Allí aparecen sin eufemismos: “Soñó que culeaba a una oveja. Algunos –se decía– habían culeado con ovejas, con yeguas y hasta con burras. El soñó con ovejas” (42).

Manuel, ese Pichi que es quizá un homenaje a Manuel Puig, entabla una relación amorosa, la única en la narrativa inspirada en el escenario bélico, con un inglés que “Era muy rubio” enviado a la cueva (109). Y como ya se marcó en los testimonios de Esteban y de Herrscher, el ser rubio es percibido como un diferencial en las Islas.

La pertenencia de los Pichis a una generación que creció mirando televisión se advierte, por ejemplo, en los sobrenombres: llaman Pipo Pescador al “contable” de la pichicera y el Chavo al británico que “Tenía la tonada de los artistas de las series

²³⁶ En 1994 un testigo argentino citado por el relato testimonial inglés observa algo semejante. El testigo narra que, en su desesperada huida desde Monte Longdon a Moody Brook, “predominaban las voces inglesas que se oían, no las argentinas” (Bramley 1994, 212).

²³⁷ En su *No pic-nic*, el jefe inglés Thompson relata que un grupo de hombres usaron pozos hallados en el terreno y que creyeron causados por granadas. Después advirtieron que eran las huellas de vacas que habían pisado minas (1987, 147). Martín Balza también recuerda con humor el miedo que causó en su posición escuchar estallidos que, pensaron, eran producto de sabotajes ingleses, hasta que descubrieron que lo producían vaquillonas pisando minas y “cazabobos” colocados por las fuerzas propias (2003, 106).

²³⁸ Ver capítulo II. En *Los chicos de la guerra*, Guillermo decía que los ingleses lucían impecables; la prolija imagen británica también impresionará a los testigos de *Partes de guerra*.

²³⁹ Con respecto al tema de las drogas, solo Fabián Bustos (2005) discute si es cuestionable el uso de las drogas para pelear, pero casi todos los testimoniantes reiteran la referencia a los dopados gurkas y al hecho de haber recibido calmantes durante la travesía del Canberra. Algunos además citan otros testimonios sobre las drogas y las revistas pornográficas que hallan en el cuartel inglés malvinense.

mexicanas de televisión” (109).²⁴⁰ Como los testimoniantes de 1982, el narrador usará el cine o la televisión para registrar la ajenez del paisaje, un hecho central en su no-saber: “En el televisor la nieve es blanca”, pero en Malvinas “es jabonosa y marrón” (12).

También empleará la noción de espectáculo para convocar la memoria del escenario dantesco de la guerra; por ejemplo, cuando los Pichis presencian el ataque de los Harriers a los argentinos asomándose “por la cabecera del tobogán para no perderse el espectáculo” (47), o cuando se alude al contrato de rendición que distribuían los ingleses como “la entrada intransferible para el gran teatro de los muertos” (149).²⁴¹

El sobreviviente Quiquito, al igual que Fabián Bustos en *Los chicos de la guerra*, reconocerá a partir de la extranjería del paisaje que

“Esto es de ellos”, pensó. “Esto es para ellos”. Había que ser inglés, o como inglés para meterse allí a morir de frío habiendo la Argentina tan grande y tan linda siempre con sol. (69)

El sueño de volver a las Islas que muchos testimoniantes manifiestan y algunos lograron concretar, ya está en Quiquito como una utopía personal: “me gustaría ser un malvinero y tener una de esas estancias enormes, vivir ahí [...] sin que me vengan a joder los británicos ni los argentinos” (39).

A diferencia de los testimoniantes de 1982, los Pichis manifiestan un saber confuso sobre la historia reciente del país. Tampoco enlazan su condición de víctimas con las del proceso militar, aunque participen del fenómeno que crea las imágenes de los desaparecidos, los desertores producidos por la guerra en las Islas y las monjas francesas asesinadas por el proceso militar.²⁴²

²⁴⁰ Reiteramos que ambos eran personajes televisivos: Pipo Pescador fue un notorio animador de programas infantiles, y el Chavo era un personaje de una serie mexicana destinada a los niños (*El Chavo del ocho*).

²⁴¹ La misma idea aparece cuando se refiere a los momentos finales de la guerra: “Era como en el cine, cuando se sabe que la función acaba porque atrás ya andan los acomodadores estirando las cortinas pero se desconoce cómo termina la película” (130).

²⁴² Martina López Casanova señala la incredulidad que manifiestan los Pichis tanto frente a la tragedia que están viviendo en las Islas como ante los crímenes del proceso militar; destaca el rol de la literatura para rescribir y hacer verosímil lo que no se puede creer. Por otro lado, cita a Christian Ferrer, que en 1996 señala que la palabra pichicera bien podría ser una homofonía de la “pecera” de la ESMA: “Los pichis negocian con unos y otros, están inmersos en estrategias de desertión, traición, trastocamiento de identidades. Desde esta perspectiva, *Los pichiceros* cifraría no tanto una representación de la guerra sino de las estrategias de sobrevivencia durante la represión del terrorismo de Estado” (2009, 82).

Aunque acumulan desesperadamente aquellos productos que aseguran su supervivencia, privilegiando la comida sobre el carbón o el dinero, ellos no tienen ni jefes ni entrenamiento militar. El narrador observa: “Pero pelear, pelear, en realidad, nadie sabía” (115); y al igual que los testimoniantes, definirá las minas que planta su propia fuerza como una frontera mortal: “Y las minas son lo peor que hay” (115).

Los Pichis que solo tienen los jefes, pares que han elegido ellos mismos, denuncian la brutalidad de sus superiores militares y su cobardía frente al enemigo. Aunque despreciándolos, ese enemigo negocia con ellos en un campamento tan dotado que les despierta envidia.

Su misma visión de la inútil resistencia que un oficial argentino reclama a un grupo que ya se ha rendido, consagra los motivos típicos del no-tener: “armas trabadas, balas húmedas, falta de fuerza o ganas, guantes almidonados por el barro” (150).

La creación de un lenguaje propio de los conscriptos que tantas veces evoca el relato testimonial de la guerra de Malvinas, estructurado por un binarismo muy elemental, aparece en esta obra permitiéndole, por ejemplo, configurar categorías para una realidad terrible donde los “fríos” son los muertos y los heridos “los helados”. Algunos Pichis son “los despiertos” y otros “los dormidos”, esos que “se habían olvidado de pararse, comían poco y acostados y se movían agachados para salir a mear” (130), una descripción que evoca la idea de los “hundidos” de Primo Levi, cuya influencia quizá inspire ese llamar “salvados”²⁴³ a los sobrevivientes, que también serán los “vuelos”.

¿Puede hablar de la guerra y la muerte el único Pichi sobreviviente? Aunque relata – como los testimoniantes del 82– que los desertores matan y presencian agonías terribles, defiende frente a su interlocutor la insularidad de su experiencia: “te pensás que sabés. Pero vos no sabés. Vos no sabés” (95); así como también la condición intransferible de la memoria bélica: “No. Ni parecido es: pensá en el frío. Pensá en el miedo. Pensá en la mierda pegada en la ropa...” (94).²⁴⁴

Para los Pichis, más allá de las interpretaciones que se han hecho sobre la pichicera, esa cueva funciona como un refugio-hogar que termina siendo el escenario de su destrucción. ¿Por qué no pensar entonces en la trágica función que tienen otras casas isleñas ocupadas por colimbas argentinos en el relato testimonial? Este trabajo ya citó la casa donde se refugian colimbas desesperados que solo ruegan no volver al frente, tan

²⁴³ “Esto se puede confirmar preguntando a cualquiera de los salvados...” (79).

²⁴⁴ Este trabajo ya planteó que los testimonios de los excombatientes aluden, quizá ignorando su origen, a esas categorías de Levi. ¿Acaso no lo parafrasea Herrscher (2007) cuando sostiene que “El 13 y sobre todo el 14 el pueblo se llenó de esos esqueletos andantes, que bajaban de las montañas con unos ojos intensos, insoportables, *ojos de haber visto el fondo?* (121).

flacos que el testimoniante de *Los chicos de la guerra* los llama “chupados”²⁴⁵ (1982, 103).

El excombatiente Luis Alberto Bassano narra la historia de pibes que salen a patrullar y eligen una casa como hogar por una noche: “Hacía tanto frío y ellos estaban sin equipamiento para resistirlo, que decidieron meterse adentro y hacer fuego para calentarse. Aparentemente se quedaron dormidos y la cabaña se prendió fuego [...] y los tres murieron quemados. Algunos otros compañeros pudieron tirarse por la ventana y se salvaron” (*Los peones de Malvinas*, 2009, 211).

Elegimos cerrar este abordaje de las señales de identidad en *Los pichiciegos* con dos citas que –pensamos– anticipan la evolución del relato testimonial, desde el ascético dramatismo de los que retornaban de la guerra en 1982 hasta la necesidad de representarla de quienes la evocan años después. Ante el reiterado bombardeo inglés, el sobreviviente Pichi recuerda que “Muchos se volvían locos” (120), del mismo modo en que lo hace Santiago en 1982 (*Los chicos de la guerra*, 106) evocando el descontrol de los pibes de la clase 63 y su propia situación.

Como Terzano (*5000 adioses a Puerto Argentino*, 203) y Gómez Centurión (*Partes de Guerra*, 33), Quiquito constituirá en escena el recuerdo de la rendición: “Daba pena ver a los flaquitos, muertos de sueño y hambre, mal vestidos, ilusionándose con el papel. Esas colas fueron uno de los espectáculos más tristes de la guerra” (122-123).

Podría decirse que a partir de la aparición de *Los chicos de la guerra* de Kon y *Los pichiciegos* de Fogwill se instala ese motivo de los protagonistas adolescentes de la guerra, colimbas que llegan a las Islas como una prolongación de su servicio militar y viven allí una experiencia que de muy diversas maneras la literatura transformará en la cifra de un grupo generacional y en una metáfora de nuestra historia.

Ambos atributos de la guerra ya aparecen en *Arde aún sobre los años*, la novela de Fernando López fechada en 1984 y publicada en 1986, donde el narrador, adolescente en esa época, reproduce el escenario bélico de las Islas a través de las cartas de su amigo el Moro, un muchacho con inquietudes, que quería hacer cine y soñaba con conocer el mundo exterior, al que imaginaba más amplio e interesante que su pequeño pueblo del interior.

El Moro había intentado de todas maneras salvarse de la colimba. No obstante, tras efectuar su entrenamiento en Bahía Blanca, parte cargado de entusiasmo a Malvinas, donde soñará con filmar una película sobre la guerra. Ya en el cuartel de Bahía Blanca,

²⁴⁵ Es imposible no evocar que durante el proceso se llamaba “chupados” a los detenidos-desaparecidos.

el Moro había descalificado el servicio militar como rito de iniciación: “Y eso de que te hacés hombre en la colimba son cagadas” (84); critica la comida que recibe y a sus superiores corruptos. Afirma además que en la colimba le fueron revelados los crímenes del proceso militar que antes desconocía: “entre canas y milicos se limpiaron 30.000 que eran de la zurda. ¿Vos sabías algo?” (90).²⁴⁶

En las Islas, ganado por la exaltación inicial, recupera el vínculo con sus pares –un motivo típico del relato testimonial– y evoca la música que escuchan –otro motivo recurrente–, pero esta vez ya con inspiración fogwilliana: “esos chicos que duermen en mi carpa y gritan silencio cuando suena un tango, un tango y no un rock, hermanitos qué locura” (120).²⁴⁷

Allí el Otro es el kelper, “que no se pierde detalle de nuestras insolencias” (121); sobre el que se deposita lo que quizá piensan los conscriptos: “Los más viejos no quieren salir de sus casas para ir a un sitio seguro. Salen a la calle y nos miran, como reprochando que estemos en un lugar que no nos pertenece” (121).

Sarcasmo y una resignación que no incluye ese sentido de pertenencia se reiteran en el registro de la extranjeridad del paisaje, donde Malvinas aparece como “una tierra que es de barro y turba, cubierta de neblina, habitada por ovejas que balan en inglés” (120); pero también: “Estamos preparados para pelear por estas piedras inhóspitas sabiendo que la guerra es inevitable” (120).

Las cartas del Moro, que elogiaban las cartas “A un soldado argentino” y hasta al capellán que estaba junto con su grupo, se interrumpen y su misma vuelta concreta dramáticamente el no poder hablar de la guerra y de la muerte Según dice su hermano, que lo visita en un hospital: “No habla, no camina. Parece un muñeco desarticulado con cara de idiota en un silla de ruedas...” (210).

Sus amigos no filmarán la película sobre la guerra que él había soñado realizar, pero en el esbozo del guión aparece ya una idea sobre el enemigo inglés que recorre todo el relato testimonial.

²⁴⁶ El narrador que –según señaló este trabajo– alude a la guerra como un hecho decisivo para su generación define la época de Malvinas como ese tiempo “en que empezaron a morir los nuestros sin saber que antes habían muerto los de antes...” (11); lee la derrota y el conocer las mentiras de la manipulación mediática como señales de que “la edad de la inocencia estaba irremediabilmente conclusa” (185).

²⁴⁷ El gusto musical de estos conscriptos remite a *Los pichiciegos* –ver p. 150 de este trabajo–, cuyos protagonistas prefieren el tango y el rock de la radio inglesa. El relato testimonial mayoritariamente señala el rock nacional como la música favorita. Sin embargo, muchos años después, la ficción hará una lectura política de esta diferencia; en *Montoneros o la ballena blanca*, un guerrillero iniciado en la práctica militante en 1973 y que termina impensadamente en las Malvinas de 1982, disputa con sus jóvenes camaradas de la UES porque escuchan Sui Generis: “Esa es música de putos y faloperos”, “Estos son unos hippies de mierda. A ver apaguen eso, ¡un poco de folklore, carajo!” (Lorenz 2012, 159-160).

Soldado Dos: ¿Serán pendejos como nosotros? [...] Soldado Uno: No creo (piensa un instante). Deben ser hombres. Soldado Dos: ¿Y nosotros qué somos? Soldado Uno: *Quiero decir tipos grandes.* (151)²⁴⁸

Protagonistas adolescentes y una visión farsesca de la guerra –esta última, una impronta fogwilliana que, según ha marcado este trabajo, ya podía reconocerse en ciertos discursos de los testimoniantes del 82– se prolongarán en las ficciones inspiradas en el escenario bélico de Malvinas y así aparecerán en “Soberanía nacional”, cuento incluido en *Historia argentina* de Rodrigo Fresán (1991).

Los colimbas adolescentes de Fresán tienen distinta extracción social e historia previa a la guerra, y no los motiva ninguna reivindicación patriótica aunque sí un imaginario de aventuras que ya describía el relato testimonial. En este caso, uno de los protagonistas, fanático admirador de los Rolling Stones, se había ofrecido como voluntario con la fantasía de que ser prisionero de los ingleses facilitaría su viaje a Londres: “Por eso me mandé de frente march y derecho a la hermanita perdida. Bien cul, man. Te cagás de frío pero no es para tanto” (38).

Otro personaje, el violento que ha asesinado a su novia y al amante, cree que allí logrará transformarse en un héroe, algo que soñó desde su infancia. De Alejo, el protagonista, que termina matando por accidente a un gurka, sabremos por otro cuento (“El aprendiz de brujo”) que tiene una hermana desaparecida y un hermano que estudia gastronomía en Londres y lo imagina “silbando bajito rumbo al campo de batalla, pensando en cualquier cosa menos en la soberanía nacional” (26).

Pero en el escenario bélico de Malvinas, estos personajes, tan distintos a los sujetos narrados del relato testimonial, reiteran sus señales de identidad. El no-saber es asumido por el *rolinga* (cuya admiración por los Rolling Stones²⁴⁹ instala el motivo del rock, infaltable en el relato testimonial): “la verdad que acá nadie tiene la más puta idea de lo que está pasando” (38). Este no-saber, que desembocará en el engaño revelado durante la guerra, es ratificado por el asesino pasional: “Muchos oficiales pensaron que iba a ser fácil, pensaron que no iban a mandar la flota” (40). En el sargento Rendido, cuyo mismo

²⁴⁸ El cap. II de este trabajo cita referencias de testimoniantes que reiteran esta autopercepción como adolescentes frente a un enemigo física y militarmente adulto. En *Partes de guerra*, Huircaparán llama a los ingleses “gente grande” (162); en *Los peones de Malvinas*, Faustino Miño dice que parecían de película “Pero eran de verdad” (200).

²⁴⁹ Este grupo de rock inglés comenzó a cantar en 1962, el mismo año en que nacieron la mayoría de los chicos de la guerra; dio su nombre además a una famosa revista norteamericana fundada en 1967, que comenzó a publicarse en la Argentina en 1998.

nombre concreta la visión descalificadora de los superiores observada en el relato testimonial, se deposita el engaño –ya denunciado por los colimbas del 82– que en el continente y en las Islas anunciaba “Estamos ganando” (12).²⁵⁰

El saber inglés, otro motivo que diferencia a los sujetos narrados en el relato testimonial, también es constitutivo en este cuento, porque esta competencia es la que le permite a Alejo dialogar con el temido gurka.

Auténtico locus narrativo del no-tener, el pozo de zorro aparece en el discurso del asesino:

La lluvia golpea contra los costados de la bolsa de arena. El pozo se está llenando de agua. Desperté a varios pero no me hicieron caso. Siguen durmiendo mojados, como esos pescados pudriéndose en el barro. (41)

Ese no-tener que él intenta revertir remendado obsesivamente su uniforme, que es “la piel del soldado”, motivará que el *rolinga* robe chocolate, sea estaqueado y probablemente sufra la amputación de sus pies congelados, coincidiendo así con un registro narrativo típico de los discursos de los excombatientes.

Creemos que lo más notorio de este cuento –tan característico del sesgo de cierta narrativa de los 90– es la constitución del Otro, en este caso el gurka, que ya era una presencia virtual en el relato testimonial de 1982. Los testigos se referían a ellos a través de otros testimonios que los definían como casi no humanos (ver cap. II, p. 62).²⁵¹ Aquí la asociación es con un personaje de dibujos animados (Bugs Bunny), reiterando la función referencial que el cine y la televisión exhiben en el relato de los excombatientes. El mismo gurka parece aceptar la convención del imaginario juvenil al aludir a una diosa hindú que hizo famosa la saga de Sandokán, el héroe creado por Emilio Salgari: “Puedes guardarle todo eso para los adoradores de la diosa Khali, porque yo soy tu prisionero” (37).²⁵²

²⁵⁰ Ver nota 160. En *Los peones de Malvinas*, Jorge Vázquez recuerda que el capellán les decía “Vamos ganando”. Muchos años después–en el 2000– esta frase dará título a un cortometraje guionado y dirigido por Ramiro Longo (ver nota 98). Posiblemente el origen del “vamos/estamos ganando” sea mediático: apareció en las tapas de *Siete días* (“Estamos ganando”, 5/5/82) y *Gente* (“Seguimos ganando. Vengan a buscarnos” 27/5/82). María Esperanza Sánchez, pp. 255 y 287 respectivamente.

²⁵¹ Ya *Los pichiciegos* de Fogwill incluía una imagen de los gurkas llamándolos *gurjas* (68). Rubione recordaba haberse atemorizado al verlos: “Eran negros, oscuros, petisitos y anchos, y no miraban a la cara”.

²⁵² Un especialista en los Rolling Stones contradiría esta interpretación, diciendo que la diosa Khali había inspirado el logo del grupo rockero inglés, que con los años se transformó en su símbolo más famoso. Desde esa lectura el gurka se estaría refiriendo a los británicos.

La omnipresencia de ese imaginario cinematográfico y televisivo quizá explica por qué el protagonista primero piensa en pedirle un autógrafo, y luego se detiene al recordar el “mito gurka”, que algunos sostienen fue una creación argentina:²⁵³ “Los gurkas cortaban orejas o al menos eso dicen” (86).

Accidentalmente, Alejo mata al gurka y, a través del relato del *rolinga*, concluimos que después se infligió una herida para ser repatriado con honores al continente, reiterando así esos casos de autolaceración –verdaderos *leitmotivs* del relato testimonial–, que también habían sido referidos en *Los pichiciegos*.

El gurka, ese Otro ni blanco ni rubio, que como hemos señalado ya había aparecido en el alienado discurso de un colimba internado en el Hospital Militar en *Los chicos de la guerra*, reaparecerá en “El desertor” de Marcelo Eckhardt,²⁵⁴ un relato escrito en 1992 y que citamos en su edición de 2010. Aquí el narrador es un excombatiente que durante la guerra conoció a un gurka que, cansado de pelear, deserta con él de las Islas durante la guerra. Ambos seguirán luego un alocado itinerario pleno de insólitas peripecias.

Nuevamente la imagen del Otro se configura desde lo casi no humano, esta vez con el nombre de un famoso isotipo publicitario (Hang Teng) y mediante atributos que proponen viejas y nuevas asociaciones que remiten al cine y a la televisión, como por ejemplo, “comando cipayo mercenario terminator” (44), o el degollador: ese “matarife limón estaba ya dispuesto a tajar mi miserable cuello” (43).²⁵⁵

Esta *nouvelle* de las aventuras internacionales de dos desertores en los comienzos de la globalización²⁵⁶ presenta por primera vez un protagonista colimba miembro de un pueblo originario, que se reconoce sin patria desde hace cuatro siglos: “Yo Perro García, nací en los bordes del impenetrable [...] descendiente de indios comprobé desde niño lo que es ser nada en el ser argentino” (83). Cree compartir esta situación con el gurka, que aprendió español en el Peñón de Gibraltar –otra cuestionada posesión inglesa–, y, desde lo físico, se identifica con él: “si parecía uno de los míos” (50).

²⁵³ Ver Gómez Centurión en *Partes de guerra* (cap. II, p. 63).

²⁵⁴ El cuento está incluido en *El desertor y otros relatos sobre la guerra de Malvinas*.

²⁵⁵ La imagen del gurka que proporcionó la prensa argentina aparece reflejada en *Banderas en los balcones* de Daniel Ares, cuando el narrador, un improvisado corresponsal de guerra, se refiere a “aquellos asesinos nepaleses que no envainaban su cuchillo sin bañarlo en sangre, que iban a cobrar no sé cuántas libras esterlinas por cada oreja de los *argies* que supieran conseguir” (1994, 166).

²⁵⁶ En la contratapa de la versión publicada por la editorial Quipu, dedicada a un público muy joven, se la define como una novela sugerida para niños a partir de los 13 años, sin explicar qué criterios fundamentan este consejo.

¿Lo nuevo? Un cambio de actitud frente a la diversidad propia y ajena que cuestiona el convencional imaginario del interior argentino, pero también esa visión de la pluralidad del enemigo inglés que ya perturbaba a los Pichiciegos.²⁵⁷

Sin embargo, en el escenario bélico de las Islas, el protagonista reitera las señales de identidad forjadas por el relato testimonial, su no-saber: “Bajé al desierto patagónico y me di cuenta de que esa zona era ya otro país, totalmente distinto de lo que yo conocía como Argentina” (37). A él tampoco le informan adónde va: “Claro, ahora vos sabés adónde íbamos, pero en ese momento no lo sabíamos muy bien. Era irnos, irnos a un lugar de la patria, irnos a hacer la guerra en serio, de verdad” (36).

Y como tantos testigos plantea la centralidad del miedo: “Desde ese instante, la inseguridad, la intranquilidad nunca me abandonarían. Tuve ganas de llorar” (38). Al igual que otros testimoniados recupera la camaradería en el grupo de pares: “lo único lindo de una guerra es la solidaridad entre soldados” (40).

Recurriendo al cine también concreta la imagen de la guerra como gestora de la democracia: “Lo cierto es que nos fuimos, lentamente a velocidad de documental dramático, nos fuimos y nos llevamos con nosotros una década maldita de la historia argentina” (36).

Como lo había hecho Fernando López, Eckhardt realiza en el prólogo (fechado en 2009) un encuadre personal de su obra: “Pertenezco a la generación de Malvinas, tenía 17 años cuando irrumpió la guerra en nuestras despreocupadas vidas de adolescentes en un pueblo del sur, Trelew” (11). Señala que luego de la derrota sobrevino “el silencio histórico” (13), y alude al saber revelado que llegó con la democracia, algo que también registrará el protagonista de *El desertor*, cuando recuerda: “Si esto es patria, yo soy extranjero, cantaba Charly García en 1974 contando su experiencia como colimba” (14).

Si bien sería sencillo advertir la presencia de muchos motivos típicos del relato testimonial, en estos textos resulta innecesario, puesto que, como ya se señaló en la introducción, Eckhardt es uno de los pocos escritores que reconoce los posibles vínculos entre los testimonios y las ficciones literarias.

La idea de la guerra de Malvinas como el hito fundacional de una nueva generación, esbozada por Kon en su recopilación de testimonios de 1982 y ya asumida por Fernando López en su novela de 1986, se había reiterado en relatos urbanos donde —al igual que

²⁵⁷ “Che: escots, wels, gurjas... ¿no hay ingleses? Todos son ingleses: los ingleses son así: escots, gurjas, wels. ¡Y todos se garchan a los presos!” (Fogwill, 68).

los escritores que los crean– los protagonistas serán muy jóvenes, casi coetáneos de los conscriptos.

Antes que en *Illuminados por el fuego* (1993), el relato testimonial que habla de la “Generación Malvinas”, el “nosotros” generacional aparecerá en *Posdata para las flores* de Miguel Vitagliano (1991), cuando el protagonista exhibe una actitud crítica ante la guerra. Por otro lado, al observar las donaciones efectuadas para los combatientes, sostiene: “la guerra no era nuestra pero éramos nosotros los que estábamos en el frente. *Por primera vez, nosotros. ¿Cómo no festejar el hundimiento de un acorazado inglés?*” (76).

Ese “nosotros” generacional volverá en 1994, con *Banderas en los balcones* de Daniel Ares, que en el prólogo afirma que la novela es “la historia de un joven argentino que tiene la suerte de ser corresponsal de guerra cuando tiene la edad de ser un soldado”. Señala también que son ciertos los lugares, los hechos históricos, los regimientos y las personas, y que “El resto es ficción, vale decir, una prolongación perversa de la realidad” (6).

Creemos que esta obra confirma un motivo que recorre todo el relato testimonial, y que es la forma diferente en que se vivió la guerra en el interior, particularmente en el sur patagónico, un hecho que evidenciarán los testimonios de *Partes de guerra* tres años después, al narrar la experiencia de un improvisado corresponsal de guerra que llega a Río Grande el 9 de abril de 1982. Mimetizándose con los conscriptos consigue ser trasladado a las Islas y participa de la etapa final de la contienda en Tierra del Fuego y Río Grande.

Casi con la óptica de un testigo urbano, el protagonista introduce la exaltación porteña ante el desembarco y advierte que en su editorial no comprendían que el país estaba al borde de un conflicto bélico. Al llegar a Puerto Argentino reconocerá, como tantos testimoniantes, que eso “Era la guerra, la guerra de verdad” (69). Lo que este trabajo llamó el saber revelado in situ del relato testimonial llega cuando se desencadenan los primeros combates: “entonces llegó el 1º de mayo y empezaron los combates. Los combates en serio y las bajas de verdad” (124).

Antes, también el *maître* de un restaurante de Río Grande había actualizado el recuerdo del probable conflicto bélico con Chile, citado por los testimoniantes originarios o pertenecientes a regimientos patagónicos en *Partes de guerra*.

Acá la gente está acostumbrada. Desde que empezó el asunto de la guerra con Chile, desde el 78 que la gente acá vive distinto. Dos años atrás todavía se hacían simulacros de invasión y tenía que participar todo el mundo. (48)

Banderas reitera la visión del argentino irruptor en la plácida vida kelper, que ya había construido Fabián Bustos en *Los chicos de la guerra*: “Entonces el tipo sin mucha cortesía y en inglés nos explicó que ellos estaban tranquilos hasta que llegamos nosotros *los argies*, que fuimos a molestar” (73). De ese modo evidencia la afirmación de pertenencia británica que el relato testimonial deposita en los nativos de las Islas, así como también cierto vínculo con el continente que luego revelarán los kelpers de *Partes de guerra*. En perfecto castellano otro kelper le dirá: “nacimos acá, hablamos inglés, somos tan británicos como ustedes argentinos” (76).

El protagonista marca la indiferencia que gana a la gente que tanto se había exaltado con el desembarco, y en ese momento, manipulación mediática mediante, se interesaba por el Mundial de Fútbol, un hecho que reprochan sistemáticamente los excombatientes en el relato testimonial.

El resto de la población participaba cada vez menos, ya de reojo, frunciendo la cara a la hora de los noticieros, molesta y perturbada por el olor a pólvora y carne quemada que hacían desde el sur los vientos de la guerra. Y encima en vísperas de un Mundial. Demasiado. (164)

Señala la diferencia sustancial de vivir la contienda en el Sur: “Aquí la guerra no era una ficción de los noticieros, sino un hecho cierto, tangible, que de una manera u otra nos involucraba a todos personalmente” (149). Como los testimoniantes, elogia el desempeño de los aviadores, transformándolos además en un signo de la declinación bélica argentina:

El 24 de mayo, cuando al cabo de tres días logré salir de Gallegos, en la mesa de los pilotos, de los que comían juntos, sólo quedaban cinco. Los otros cuatro ya eran héroes. Héroes de paso por la gloria camino del olvido. (185)

Si ya los testimoniantes del 1982 recurrían a la intertextualidad con el cine y la televisión para configurar sus personajes, y así, por ejemplo, el superior arbitrario era siempre un Sargento García, el narrador de *Banderas* usará el mismo recurso al sostener

que el fotógrafo que lo acompaña “parecía el hijo natural de Bugs Bunny y el Pato Lucas” (40).²⁵⁸

En su prólogo, Marcelo Eckhardt (2010) habla del “silencio histórico” para referirse a la dura etapa que siguió al retorno de los excombatientes y que denunciaba *Iluminados por el fuego*; este hecho permite introducir otra línea de las ficciones que, como los testimonios, piensan el “después de Malvinas”.

III.2. La literatura del después de la guerra

“Memorándum Almazán” de Juan Forn (*Nadar de noche*, 1991) no transcurre en el escenario bélico de las Islas sino en la embajada argentina en el Chile de la época de Pinochet, después de la guerra. Allí llega un muchacho que manifiesta haber combatido en Malvinas y solicita ayuda económica. Solo el narrador, un diplomático en ascenso, desconfía de la trágica historia que cuenta el muchacho al que todos llaman “el chico”.

Elegimos este cuento porque pensamos que evidencia cómo se consolidan algunos motivos típicos del relato testimonial ya referidos, por ejemplo, la constitución de los sujetos narrados como adolescentes, pero también porque anticipa otros que hacen al relato de la “vuelta” de los excombatientes, desarrollados crudamente por *Partes de guerra*, que se publicará seis años después.

¿Qué usa el falso Almazán para usurpar la identidad del verdadero excombatiente argentino, para construirse como tal? Básicamente una forma del no-poder, la mudez, que convenientemente le permite esconder su acento chileno.

Además, en los papelitos que le escribe a Aranguren, el diplomático que se transforma en una de las víctimas del engaño, aparece el no-tener centrado en la evocación del frío: “Tenía tanto frío que le metí las manos en la herida y me embadurné la cara de sangre. ¿Alcanza eso?” (96).²⁵⁹ Así como en el peso definitorio de ese recuerdo que hasta consagra la nostalgia de lo escatológico, que los testimoniantes citaban con espanto: “Ahora nada es igual, los días a veces son insoportables. Se extraña hasta la mierda que nos hicieron cagar los putos ingleses” (97).

²⁵⁸ Cine, televisión e historieta son referentes del relato testimonial que se reiteran en esta obra. El narrador dice que el fotógrafo “Miraba para todos lados, enarcaba las cejas y se relamía los dientes mientras revolvió el vaso con el índice al mejor estilo Humphrey Bogart. ‘Ese es mi muchacho’ habría dicho Bugs Bunny de haberlo visto” (52). Recordemos que Alejo, el protagonista de “Soberanía Nacional” de Rodrigo Fresán (1991), también asocia al gurka que encuentra con Bugs Bunny.

²⁵⁹ Esa visión del frío como algo incorporado a la imagen del excombatiente aparece en la observación del narrador cuando descubre a Almazán frente a la Embajada: “Parecía ignorar el calor. Tenía el pelo muy largo, borceguíes y una campera azul, barata, cerrada hasta el cuello” (79).

La “vuelta”, esa reinserción tan difícil en la vida civil, referida en 1997 por un excombatiente recordando que le decían “Ese es el loco de Malvinas”,²⁶⁰ será un dato considerado por el mitómano cuando confiese que no pudo conseguir trabajo en Mendoza porque, según el narrador, “No tuvo en cuenta que nadie toma así como así a un ex Malvinas” (104). “Acá no preguntan el año en que hice la colimba” (76), señala el joven con el objeto de explicar su regreso a Chile.

Cierta imagen de la guerra asociada al duro paisaje malvinense, que instalan las obras de Kon (1982) y de Fogwill (1983), aparece en el discurso de Aranguren, el diplomático seducido por el mitómano Almazán, convertida ya en fragmentos retóricos. Al leer que el excombatiente se manifestaba cansado “pensó en la guerra, en barro y escarcha y neblina, en pesadillas tremendas...” (88).

Una referencia del narrador sobre la construcción misma de su relato alumbra el motivo del héroe, que había sido rechazado por los testigos de Kon,²⁶¹ y que problematizará todo el relato testimonial: “el chico había perdido el habla para ser un héroe de guerra. Yo sé que suena raro, pero parecía realmente una elección, no una trágica circunstancia” (86). Curiosamente, el silencio de los excombatientes, tantas veces señalado en los discursos de los testigos, es aquí funcional a la estrategia del falso Almazán. Según el narrador, permite que Aranguren, asumiendo que era el primer discapacitado que trataba, reconozca que “la mudez del chico había carajeadado el curso de la situación” (86).

Esta imagen del personaje coexiste con la del verdadero Almazán, un muchacho mendocino condecorado por su valor en la batalla de Puerto Argentino, que había vuelto a Mendoza con el único recuerdo de un puñal entregado por el Ejército y una mudez transitoria. Según el mitómano que roba su identidad, este pibe, que “estaba totalmente loco” (104), solía hacer campamento con él en la cordillera, una experiencia que quizá podría asociarse con la insularidad de Malvinas.

Un día, “allá arriba” (104), le regaló sus documentos, el puñal recibido y le manifestó su decisión de no retornar. El falso Almazán nunca volvió a verlo y podemos conjeturar que el verdadero excombatiente, como tantos otros, decidió quedarse para siempre “allá arriba”.²⁶²

²⁶⁰ Walter Donado en *Partes de guerra* (217). En el cap. II se citan los testimonios que en esta obra evocan las dificultades de los excombatientes para conseguir empleo.

²⁶¹ Ver *Los chicos de la guerra*: Guillermo (43), Ariel (64).

²⁶² Creemos que debería profundizarse el análisis narrativo de la tensión de la altura, por definirla de alguna manera, frente a la imagen de las Islas como un pozo. ¿Algunos indicios? Desde la admiración de los testimoniantes por los aviadores hasta la elaboración literaria de *Los pichiciegos*, que asocia los Sea

Los trastornos psíquicos que llevan al suicidio y la marginalidad, temas que serán centrales en las crónicas de “Nuestro Vietnam” que Daniel Riera publica en 2000, también construyen el personaje del auténtico excombatiente.²⁶³ Leyendo hoy el relato de Forn, quizá pueda asignarse a este personaje un peso narrativo distinto que, por lo menos, supere su mera funcionalidad en la revelación del engaño.

Locura y farsa, dos elementos recurrentes en la imagen de la guerra forjada muchos años antes, básicamente en los testimonios de *Los chicos de la guerra* de Kon y la ficción de *Los pichiciegos* de Fogwill, se hacen definitivas en la observación del narrador sobre lo que está sucediendo, al mismo tiempo que resulta difícil no asociar dicha observación con una metáfora de la guerra del 82:

La locura (si es que el chico estaba loco) y la farsa (si era apenas un farsante excepcional) no se planteaban como misterios; son, para mí, únicamente lo que parecen: mera locura y farsa. (77)

Ya es perceptible que los motivos narrativos del relato testimonial pueden rastrearse en obras literarias cuya visión del conflicto bélico de Malvinas difería de la que ofrecían muchos testimoniados. Sin embargo, y a pesar de que en la década del 90 había amplia información sobre la guerra, esos motivos narrativos eran elegidos para asegurar la cuota de verosimilitud que exigía la reterritorialización del escenario bélico, concretada por escritores que no habían participado de la contienda ni conocían las Islas.

Al cumplirse 25 años del desembarco en Malvinas, el escritor Eduardo Belgrano Rawson y el fotógrafo Eduardo Longoni, auspiciados por *Clarín*, visitaron las Islas, Esa experiencia inspirará tres relatos de Belgrano Rawson²⁶⁴ que entran en este itinerario por diversas razones.²⁶⁵

Harriers con un fenómeno meteorológico atípico en las Islas; sin olvidar a ese muchacho alienado por sus recuerdos, evocado por Riera (2000), que muchos años después se sube a un tanque de agua para “tocar los aviones”. Tampoco obviaríamos que el “allá arriba” es también la forma distanciada por el recuerdo del “acá arriba” de los exconscriptos que vivieron la guerra en los montes próximos a Puerto Argentino. Relatando su regreso a las Islas, al llegar al lugar de su antigua posición, Gabriel Sagastume (2008) evoca: “Francia, al borde de la desnutrición [...] la bomba que hirió al Sapo y a Soto, y al negro Ortega, *acá arriba*, detrás de esa barranquita...” (39).

²⁶³ El informe que recibe el narrador sobre el auténtico Almazán hablaba de su mudez como un trastorno psíquico que no afectaba su capacidad auditiva; también aconsejaba tratamiento terapéutico y reconocía no tener noticias sobre el muchacho, que no se había conectado con asociaciones de excombatientes; finalmente, presentaba la posibilidad de que estuviese en Chile.

²⁶⁴ La versión digital que usamos para el análisis de estos tres textos (“El misil”, “La casa de John” y “Darwin”, disponibles en <http://www.clarin.com/suplementos/especiales/2007/04/02/1-01392034.htm>), no está paginada.

²⁶⁵ Tan mediático como el realizado en 1999, que incluyó a diversas personalidades argentinas, entre las que se encontraba el periodista y excombatiente Eduardo Esteban, autor de *Iluminados por el fuego*.

En primer lugar, porque ratifican de manera transparente el vínculo entre testimonio y ficción. Por otra parte, la elección de sus escenarios, sobre todo en el caso de las Islas, consagra ese “después de Malvinas” que ya era dominante en el relato testimonial y en las ficciones. Finalmente, pensamos que señalan la intersección entre la “historización” de la guerra que promovía el Gobierno y aceptaba la sociedad argentina, y la presencia de los nuevos espacios narrativos que podría abrir la evocación de la contienda.

Prologado con una dramatización de la pericia de los aviadores argentinos durante la guerra para sortear los radares ingleses (“van a diez metros del agua”), “El misil” desarrolla el relato de un psicólogo de origen árabe que atiende a un presidente francés que ha vendido armas a los argentinos, un hombre gravemente enfermo y acosado por una loca mujer británica, obvias referencias a François Mitterrand y Margaret Thatcher. Así ficcionaliza un motivo permanente del relato testimonial, constituido por los temores y las esperanzas que despertaba la actitud internacional en los jóvenes e inexpertos soldados, una presencia que crece a medida que los exconscriptos acceden a obras de investigación sobre el tema, como sucede en *Iluminados por el fuego* y *Crónicas de un soldado*.²⁶⁶

“Darwin” construye la visión de un conscripto muerto y enterrado en las Islas,²⁶⁷ un “Soldado argentino sólo conocido por Dios” que, al evocarse, reitera las señales de identidad ya consagradas por el relato testimonial; desde la imagen convencional Buenos Aires-interior, donde su camarada “Llamarada” Fernández era “*un pibe salteño que conoció Buenos Aires cuando lo llamaron a la colimba*”, hasta los motivos típicos del no-tener, como el pozo de zorro –“Pasamos la guerra en un pozo, con el Ruso y Llamarada Fernández”– y el hambre:

Lo peor de ir por comida eran los campos minados. Yo integraba el equipo de los cazadores de ovejas. Llamarada era un genio para voltear gansos a la carrera, hasta que se agarró lo del pie. El Ruso se especializaba en robar los depósitos militares. Además sabía hurgar como nadie en la basura de los colonos.

Como se ha señalado, Esteban escribió un nuevo capítulo de su libro donde relata la experiencia y reformula algunos tópicos de su visión anterior, sobre todo con respecto a los kelpers. En cuanto a los isleños, este trabajo recordó que en esa época hacia ellos se dirigieron algunos intentos conciliadores del gobierno argentino a través de su canciller Guido Di Tella.

²⁶⁶ Aunque no lo hace aludiendo específicamente a este tema, Herrscher (2007), que relató su experiencia en la guerra como conscripto de la Marina y reconstruyó además la historia de la goleta donde prestó servicio, sostiene: “Siempre se cuenta a partir del conocimiento que tenemos hoy” (57).

²⁶⁷ La idea de la guerra relatada por un muerto, casi una alegoría de la condición fantasmal de la contienda del 82 en la memoria nacional, volverá en *Trasfondo*, la novela de Patricia Ratto (2012).

Lo nuevo en estos cuentos es lo producido por el paso del tiempo, que opera tanto en los testimonios como en las ficciones, por ejemplo, en la mirada sobre el gurka, “un viejo conocido nuestro”, que ahora trabaja en el servicio de seguridad de los cruceros turísticos que visitan las Islas.

Pobres gurkas. Los trajeron para el aseo de los campos y aquí los demonizaron. Su fama de gente degolladora se la inventaron los servicios ingleses, pero sólo alcanzaron a disparar unos tiros al aire.

A ese “después de Malvinas” también pertenecen las referencias a los británicos y al territorio narrativo que ellos construyeron después de la guerra.²⁶⁸

“La casa de John” duplica el vínculo con el relato testimonial: está construido sobre el testimonio del kelper John Fowler, que junto con su esposa aparecerán como expresión de compatibilidad argentino-kelper en el capítulo final de *Illuminados*, escrito por Esteban ocho años antes para narrar su vuelta a las Islas.

A través del testimonio de Fowler, Belgrano Rawson crea un personaje que difiere de esa visión del peor Otro que había consagrado mayoritariamente el relato testimonial. Fowler se evoca comprensivo durante la guerra, percibiendo que los argentinos no son malos, solo “hombres atrapados en una mala situación”. Políticamente sorprendido por el desembarco –“Si algo temían los malvineros era al gobierno británico, que parecía resuelto a entregarlos a la Argentina”–, brinda un juicio ecuánime sobre los sucesos:

Dentro de todo, reconoce ahora John Fowler, refiriéndose al desembarco, el trato a los civiles fue bueno [...] En cuanto a los casos de robo, se trató de incursiones a casas abandonadas²⁶⁹ de soldados que buscaban provisiones o asaltaban un gallinero. Por su parte, los malvineros se compadecieron más de una vez de los argentinos que pedían comida por las casas. Los sabotajes nunca fueron sanguinarios.

²⁶⁸ Este relato habla de un inglés quemado en el bombardeo al barco Sir Galahad que visita las Islas. Creemos que se refiere a Simon Weston, citado por Lorenz (2006, 260) como protagonista de varios documentales de la BBC y partícipe de la ceremonia conmemorativa celebrada en la catedral de Saint Paul, donde los argentinos rindieron tributo a los muertos británicos. “La casa de John” alude a David Tinker, un joven teniente que estaba en desacuerdo con la guerra y que murió en el bombardeo a su nave. Tinker, cuyas cartas y poemas fueron publicados con posterioridad, ya había sido citado en el libro de Jenkins y Hastings (1984).

²⁶⁹ James Peck, que era un niño kelper cuando se desencadenó la guerra en las Islas, relató sus recuerdos en *Malvinas. Una guerra privada* (2013). Evocando su experiencia, uno de sus amigos de entonces (Bobby), que coincide con Fowler en minimizar los robos argentinos, ofrece una notable imagen: “lo más divertido fue cuando salimos y vimos un montón de chicos argentinos que llevaban suéters de mujer que habían robado para abrigarse...” (84).

Fowler asume sentimientos ambiguos frente a la situación: “Estar del lado enemigo, cuando la propia tropa se viene encima, podía ser el infierno”, o: “Fue extraño también estar del lado argentino y ver a los conscriptos hambreados y sentir simpatía por ellos”. Como algunos kelpers de *Partes de guerra*, Fowler tenía un vínculo anterior con la Argentina:²⁷⁰ “John extraña también sus excursiones a Buenos Aires, para ver todo el teatro posible y perderse en la multitud de Florida”.

Lo significativo en este relato es la historia de las amigas de la familia Fowler, que se refugian en su casa y mueren durante un bombardeo iniciado por una nave británica. Esteban no se refiere a este episodio en su capítulo final de *Illuminados*, aunque sí alude a la actitud comprensiva que tantos años después ofrece la pareja británica a los argentinos.

¿Una versión nacional del “war is over”, con un prolijo enfoque de los kelpers –que ya no lo eran–²⁷¹ como objeto de seducción, compatible con la política oficial de los 90? Es probable.

Pero un año después la literatura volverá a ofrecer un nuevo planteo con *Las Islas* de Carlos Gamerro, el otro gran clásico de la narrativa inspirada en la guerra; una obra que reúne y reelabora todos los motivos del relato testimonial evocados por un excombatiente, un colimba que, al igual que sus camaradas está detenido en el recuerdo de esa guerra que cambió drásticamente su destino.²⁷²

En los turbios años menemistas y tratando de develar un misterio que, como en toda novela negra, comienza con una muerte a investigar –en este caso, a ocultar–, entabla una relación especial con una muchacha. Ella fue víctima de la represión estatal y es madre de las mellizas Soledad y Malvina, que sufren síndrome de Down; su padre, el militar que la torturó durante su detención, ha desaparecido en el escenario bélico de Malvinas.

Planteando una vinculación muy amplia entre la guerra y los negociados de la época, instalando un mito malvinense que se remonta a la época del virrey Sobremonte, y

²⁷⁰ Algunos de estos vínculos son descriptos en el documental *Las islas del viento* de Juan Luis Cebrián (2013), que brinda los testimonios de quienes concretaron el apoyo ofrecido por el gobierno argentino a los isleños en los años 60 y 70. Entre ellos, sobresale especialmente la evocación de la maestra que enseñaba castellano a los niños kelpers y usaba la radio para que sus clases llegaran a zonas rurales más distantes. Si bien este trabajo menciona vínculos previos culturales y sociales, nos gustaría recordar que la obra de James Peck relata la relación amorosa que su madre estableció con un argentino, enviado por YPF a las Islas. El romance fue abruptamente interrumpido por la guerra.

²⁷¹ Después de la guerra, los originarios de las Islas obtuvieron status pleno de ciudadanía británica.

²⁷² Guillermo Aliaga, que era un joven subteniente durante la guerra, ratificará esta imagen quince años después desde la diferenciación personal: “Trato de que no me pase lo que a muchos compañeros para quienes todavía la guerra está en el centro y hacen girar su vida en torno a eso” (*Partes de guerra*, 205).

reflexionando sobre ciertas constantes del pensamiento nacional, esta novela es quizá el mayor intento de presentar Malvinas como una metáfora de nuestra historia, donde además debe reconocerse el sólido trabajo de documentación efectuado por su autor.

Gamerro contó en un ensayo reciente (“El eterno retorno”, 2012) que en 1992, mientras trabajaba en su novela, escuchó el relato de unos excombatientes de La Plata sobre hechos que eran de conocimiento público, marcando la diferencia entre *entender* o *no entender* y *percibir*, que es “cuando sentimos en el cuerpo, detrás de las conocidas y hasta ahora predecibles palabras, la vibración de la violencia física” (25). Deposita una revelación en ese *percibir* lo que los exconscriptos contaban sobre el frío, el hambre, los castigos y el miedo.²⁷³ Más aún, coloca en la respuesta afirmativa de los excombatientes sobre si volverían a las Islas, una decisión que sería vital para construir el núcleo duro de su novela, algo que, más allá de su propia incomprensión, debía entender su protagonista Felipe Félix: “Si no, la novela sería un fracaso; él, un excombatiente trucho” (26).

Las Islas no solo brinda notables registros narrativos de las señales de identidad forjadas por el relato testimonial, también construye los del “después de la guerra”, que son centrales en la evocación de los excombatientes. Transformándola en una prolongación natural de “A vos te falta Malvinas”, hace de la frase “Yo estuve en Malvinas” una señal de identidad que, leída desde el territorio narrativo, plantea una imagen posible para los pibes del 82 cuando pisaban los treinta años.²⁷⁴

Entonces, más que indagar el hambre, el frío, la arbitrariedad de los superiores, el castigo a los conscriptos y la angustia bajo los bombardeos ingleses sufridos en los inútiles pozos de zorro, todo lo que desarrolla con solvencia narrativa la novela, nos concentraremos en esa memoria detenida en el tiempo que, por ejemplo, ya asomaba en *Iluminados por el fuego* y mucho más en *Partes de guerra*.

Esa memoria se construye con lo que ya eran motivos típicos del relato testimonial; quizá el veterano Felipe Félix lo advierta cuando reconoce: “pensar que no hace tanto

²⁷³ En ese ensayo Gamerro también explica qué organiza la empatía inicial con los excombatientes: “los había elegido a ellos porque tenía los contactos, pero también sostenían posturas críticas frente a la guerra y los militares, estaban vinculados con las madres de Plaza de Mayo [...] hablábamos el mismo idioma, pensaba, íbamos a entendernos” (25). Cabe recordar que Gamerro, nacido en 1962, ha declarado que *Las Islas* es su biografía en negativo, lo que le podría haber sucedido (Drucaroff, 2012).

²⁷⁴ Ya antes, la experiencia de Malvinas como constitutiva de la identidad había sido anticipada por la literatura. No solo lo hace “Memorandum Almazán” de Forn, sino también *Acerca de Roderer* de Guillermo Gutiérrez, cuyo protagonista, un brillante matemático exconscripto, duda ante la posibilidad de aceptar una beca en Cambridge: “Si fuera otro lugar, otro país, pero justo Inglaterra...” (2002, 118). Negando que obedezca a una cuestión de patriotismo, deposita la causa en su experiencia: “pero yo estuve en las Islas” (48).

éramos todavía *los chicos de la guerra*” (321).²⁷⁵ Al principio, en Malvinas, el saber inglés lo había diferenciado; traducía todo el tiempo la BBC hasta que haciéndolo informa el desembarco inglés en San Carlos. Entonces, víctima de la mentira organizada de los mandos argentinos, pierde su cómoda posición.²⁷⁶

Como tantos testimoniantes, el joven conscripto deposita irónicamente el origen de su “mala suerte” en su servicio militar, que coincide con “la única guerra en cien años”, al mismo tiempo que busca un sentido a la experiencia: “no iban a ser para darme un susto nomás” (319).

Al igual que ellos reconoce la falta de preparación, ese no-tener que estalla en la extranjería del paisaje, un motivo central en el no-saber de los testimoniantes:

Por reflejo todos hacemos lo que nos enseña la instrucción para confundirnos entre los árboles, congelándonos en la posición en la que estamos como en el juego de las estatuas: sólo que en Malvinas no hay árboles. (553)

Muchos años después asociará las Islas al desierto,²⁷⁷ otro motivo típico del relato testimonial, cuando le responda “Ya estuvimos” a un compañero que afirma estar muy presionado y querer irse a una isla desierta.

Casi al final de la guerra, un disparo –presumiblemente de su propia fuerza– le deja un pedazo de metal en la cabeza y lo deposita mudo²⁷⁸ durante un año en el Borda, hundiéndolo en el no-poder hasta que lo rescatan sus camaradas, prolongando así la solidaridad del grupo de pares, que es otro motivo del relato testimonial.

²⁷⁵ El uso de los títulos de los libros clásicos del relato testimonial para definir a los combatientes, un recurso que Gamero volverá a usar, podría entenderse como una aceptación desde la literatura del carácter icónico ya adquirido por las dos únicas obras del relato testimonial que llegaron al cine.

²⁷⁶ Ser rubio y saber inglés son rasgos diferenciadores en la autoconfiguración de los testimoniantes; muchas veces consideran que esos rasgos han definido parte de sus particulares experiencias en las Islas. Herrscher (2007) se recuerda a sí mismo como “un conscripto traductor rubio y de apellido raro” (38).

²⁷⁷ Este personaje tiene una vinculación especial y nada casual –considerando la lectura de la historia reciente que hace la novelística de Gamero– con la Conquista del Desierto. En *El secreto y las voces* (2002), el protagonista Felipe Félix, al retornar a su pueblo natal Malihuel (Santa Fe), evoca que había sido fundado por un conquistador del desierto, alude a la matanza de indios que recordaba un destruido mural de la iglesia local y descubre que su padre, un peronista arribista y estafador, fue asesinado por el comisario del pueblo, por presión de las autoridades del proceso militar, el mismo año en que se celebraba el centenario de la Conquista del Desierto.

²⁷⁸ Es significativo cómo las ficciones depositan el no poder hablar de la guerra en la mudez –verdadera o falsa, transitoria o permanente– de sus protagonistas. Desde *Arde aún sobre los años* (López 1986), pasando por “Memorandum Almazán” (Forn 1992), hasta *Montoneros o la ballena blanca* de Federico Lorenz (2012). En esta última, el guerrillero, que impensadamente termina participando del escenario bélico de Malvinas, vuelve de las Islas con la mandíbula rota, secuela de su encuentro con un militar represor que había masacrado a sus compañeros en Buenos Aires. De ahí que anote la historia en una libreta: literalmente, no puede hablar.

¿Cuánto hay de la imagen del enemigo inglés que forjó ese relato? Es el cruel antagonista que roba las botas de los muertos argentinos porque parecen mejores que las propias;²⁷⁹ pero también es aquel que les promete cruces a los desesperados colimbas que cavan las tumbas de sus compañeros caídos: “Put a helmet, a helmet over it “(563).

Quizá la más coincidente aceptación de la superioridad de ese enemigo resida en su respuesta a un atemorizado camarada que pregunta si los ingleses matan a los prisioneros: “No, son ingleses” (548).

La memoria detenida en el tiempo de los excombatientes busca estrategias de reterritorialización, desde la más literal, como es tomar la isla del lago de Palermo para celebrar el décimo aniversario del desembarco argentino en Malvinas, hasta el tatuaje con que Tomás imprime la silueta de las Islas en su cuerpo. Esa estrategia organiza la pasión de Sergio por la historia alternativa, su propósito de escribir un libro –“Mil finales posibles distintos para la guerra de Malvinas”– y su obsesión por volver al principio, que lo lleva a mirar películas al revés.

Pero también está en esa maqueta de Puerto Argentino que Ignacio construye en el sótano de su casa. Ante el riesgo de no poder concluirlo, amenaza desesperado: “no voy a entregarlas nunca. [...] van a tener que matarme antes de sacármelas de nuevo” (80).²⁸⁰ Frente a esa maqueta el narrador evoca el recuerdo de la tregua amable durante los duros momentos de la guerra; recuerdo cifrado en ese motivo de “pasarla bien” que, como este trabajo señaló,²⁸¹ ya aparecía en *Illuminados por el fuego*.

Aparte de él y de mí estaban Sergio y Tomás, y al parecer comíamos algo y tomábamos mate todos juntos, charlando y pasándola bien, deseando que esa charla no terminara nunca. (79)

¿Acaso no es una estrategia de reterritorialización el *videogame* que el *hacker* Felipe Félix construye para seducir primero y castigar luego a su brutal superior Verraco? Lo que los testimoniados intentan hacer con palabras, él lo concreta con imágenes

²⁷⁹ El relato testimonial británico confirma esa práctica: Julian Thompson, jefe de la infantería inglesa que tanto enfatiza el profesionalismo de su tropa, en *No pic-nic* reconoce que los despojos favoritos de los argentinos eran “los excelentes borceguíes que sirvieron para reemplazar el gastado y húmedo calzado que tenía la mayor parte de la Brigada de Comandos. Tan ansiosos estaban algunos por conseguirse un par de botas decentes que ni siquiera esperaban a que estuvieran muertos sus propietarios, como le pasó al cabo Kolezar [...] que hizo saltar a dos soldados argentinos a los que suponía muertos cuando se dispuso a descalzarlos” (1987, 235).

²⁸⁰ La frase, respuesta del joven a la amenaza de sus compañeros de concluir la financiación de su trabajo, revela hasta qué punto ha identificado las Islas reales con esas islas que tan minuciosamente reconstruyó su recuerdo.

²⁸¹ Ver II.3.1. “La experiencia adolescente de ayer define hoy a una generación”.

–“trabajo cansador este de rehacer la guerra” (93)–, donde los argentinos pueden ser los iraquíes de la guerra del Golfo. Elige como escenario el frente ruso del 45, porque “no había tanta nieve y el terreno pasaba bastante bien, pero los soldados estaban demasiado abrigados para hacer de argentinos” (83), y observa que las caras de los prisioneros iraquíes después de la derrota “se parecían bastante a las nuestras” (87).²⁸²

Las recurrentes referencias al cine de testimoniantes como Daniel Terzano (*5000 adioses a Puerto Argentino*) u Oscar Poltronieri (*Partes de guerra*), que este trabajo ha mencionado, evidencian que ellos también buscan referentes para su evocación, homologías entre los dantescos escenarios bélicos cinematográficos y los que les tocó vivir.

“Yo estuve en Malvinas”, que podría leerse como la actualización de esa señal de identidad que comenzó siendo “A vos te falta Malvinas”. Es lo que afirma Felipe para diferenciarse ante matones y falsos excombatientes, o para reconocer el tipo de relato que hacen los excombatientes dirigido a prolongar el dominio sobre su interlocutor: “La mayoría de los veteranos de Malvinas somos expertos en esto: conocemos todos los trucos” (304).

Como tantos excombatientes citados en este trabajo, Felipe Félix reconocerá que el recuerdo lo fija en el pasado: “Nunca volví. Nunca dejé las Islas” (575). Diez años después de la guerra ese recuerdo sigue definiendo su forma de vivir, donde todo sucede “rozándome sin tocarme...” (529).²⁸³ La locura y las pesadillas, tantas veces mencionadas en el relato testimonial, asoman en su descripción de la vuelta:

[...] volvimos diez mil *iluminados*, locos, profetas malditos, y ahí andamos sueltos [...] hablando un idioma que nadie entiende [...] sabiendo que algo nuestro valioso e indefinido quedó enterrado allá. En sueños, al menos, todos volvemos a buscarlo. (404)

Asumiéndose como víctima de un resultado injusto que lo dañó, insiste con esa obsesión de volver: “Somos nosotros, los perdedores, los triturados, los que gritamos

²⁸² Paulatinamente aparece cierta identificación de la propia imagen con quienes no responden al paradigma del hombre blanco. El protagonista de *Las Islas* evoca a los árabes derrotados de la guerra del Golfo, y el “Perro” García, el protagonista de “El desertor”, dice del gurka: “Si parecía uno de los míos” (Eckardt 1992, 50).

²⁸³ Casi diez años después de la publicación de *Las Islas*, el exconscripto de la Marina Roberto Herrscher (2007) testimoniará sobre esta memoria detenida en el tiempo: “cada vez menos pero siempre en algún momento imprevisto, me ataca la sensación de que nunca volví. Que una parte mía sigue ahí, en la guerra, en la turba, en el viento, en Malvinas y en las ásperas planchas de madera de la cubierta del Penélope” (19).

volveremos...” (404-405). Como Poltronieri en 1997 (*Partes de guerra*),²⁸⁴ su volver ya carga con un saber adquirido que, congelado en el tiempo, también asume Ignacio al referirse a su maqueta:

Cuando volvamos seré de una ayuda invaluable, repetía [...] Tendrán que encargarme la estrategia. Podríamos bombardear Stanley y hasta hacerla desaparecer y reconstruir Puerto Argentino a partir de mi maqueta con la ventaja adicional de librarnos de los cambios que habrá sufrido en diez años... (99)

Y si Ignacio quiere volver al mismo lugar sabe que no lo hará de la misma manera, porque incorpora ese conocimiento que supera el no-saber y no-tener en las Islas, denunciados por Guillermo (*Los chicos de la guerra*) en 1982: “Ahora no es como antes, tenemos mapas, conocimiento del terreno...” (101).

En su ensayo (2012), Gamero lee una referencia de Poltronieri (*Partes de guerra*) sobre su decisión de volver a las Islas, ahora con experiencia e información, como una de las formas en que se configura el regreso a Malvinas: “volver, en el sentido más literal es volver a invadir las Islas, esta vez para ganar la guerra” (26). Lo cierto es que Guillermo, Poltronieri y su personaje también están construyendo formas superadoras de ese no-saber que define una de las señales de identidad del relato testimonial.

Presentándose como mutilado afectivamente por el recuerdo, Felipe Félix alude a los suicidas volviendo al cuerpo como cifra, otro motivo típico de este relato: “En el corazón de cada uno hay dos pedazos arrancados y cada mordisco tiene la forma escueta de las Islas [...] ¿sabés cuántos de nosotros nos suicidamos por ese amor?” (404-405).

Elegimos cerrar esta referencia a *Las Islas* con lo que pensamos podría leerse como una síntesis de todo lo aquí examinado, en tanto recupera la imagen del linyera -tantas veces mencionada en el relato testimonial desde 1982-, esa expresión de la desconfiguración de la imagen de los combatientes que emblematiza su no-tener. En la novela, es un linyera quien revela el asesinato –clave para la trama– de otro linyera que, como él, había estado en Malvinas:

²⁸⁴ Aunque ya fue citado en el capítulo II, en *Partes de guerra*, Oscar Poltronieri explica su decisión, que cree comparte con otros veteranos, de volver a Malvinas si fuese necesario: “Porque ya tenemos experiencia y los que están acá no saben nada. Porque cuando nosotros recién fuimos no sabíamos lo que era una guerra, pero ahora sabemos cómo es y sabemos cómo es el terreno y todo” (197).

Decía siempre que se hizo linyera allá. Después le pareció natural seguir. Se vino al puerto con la esperanza de encontrar una nave que lo llevara de vuelta a las Islas. Yo estaba dispuesto a ir con él. (571)

La literatura siguió forjando personajes y escenarios posibles para ese “después de Malvinas”. En 2006, el joven protagonista de *Los estantes vacíos* de Ignacio Molina identificará a los excombatientes casi como un detalle del paisaje en un tren suburbano, aunque la imagen que construye de ellos podría leerse como otra expresión de ese “estar congelados en el recuerdo”, que es típica del relato testimonial.

Viajé escuchando el discurso de un excombatiente de Malvinas. Un compañero suyo ofrecía un calendario, “al precio que les diga el corazón”, que tenía en blanco y celeste el mapa de las islas. Los dos estaban de botas y uniforme, como si acabaran de salir de una trinchera, y yo calculé que todavía les faltaba un par de años largos para cumplir los cuarenta. (126)

Trece años antes, Oscar Poltronieri, el conscripto que recibió la mayor condecoración del ejército argentino por su heroico desempeño en las Islas, había testimoniado en *Partes de Guerra* su trabajo de venta de autoadhesivos en trenes suburbanos al retornar de Malvinas.²⁸⁵

Otra forma de pensar el “después de Malvinas” es la que ofrece el *thriller Kelper* de Raúl Vieytes (1999), que transcurre muchos años después de concluida la guerra y cuya trama se organiza a partir del asesinato de un comando argentino en las Islas, que habría concretado ese “volver” tan citado en el relato testimonial. El personaje principal, un brutal estanciero originario de Malvinas que odia a los *argies*, está construido con algunos de los motivos típicos que la literatura inspirada en la guerra había asignado a los argentinos, casi forjando la imagen invertida de un espejo revelador de que los otros somos nosotros.²⁸⁶

Más allá de la interpretación posible de este *thriller*, lo cierto es que la configuración de su protagonista dialoga con motivos creados por el relato testimonial que hasta ese momento brindaba una visión negativa de los *kelpers*, como la proporcionada por los

²⁸⁵ “Porque hasta hace poquito, yo anduve arriba de los trenes de Constitución vendiendo calcomanías, diarios, con mis compañeros” (196).

²⁸⁶ Si bien la observación se inspira en cierto principio del existencialismo sartreano, lo cierto es que esta idea vuelve, por ejemplo, en *Segunda vida* de Orsi, cuando el excombatiente, ya devenido delincuente, recuerda en los años 90 su regreso de las Islas: “Pero al mirarnos por primera vez en los espejos descubrimos que nuestros enemigos éramos nosotros mismos” (2011, 15).

testigos de *Partes de guerra* (1997). Algo que cambia ese mismo año con la crónica que Edgardo Esteban escribe sobre su retorno a las Islas, donde modifica el juicio que había forjado sobre los kelpers en *Illuminados por el fuego* (1993).

Como el isleño que conversaba con Fabián Bustos en 1982 (*Los chicos de la guerra*), este kelper esgrime una visión utópica de las Islas antes de la guerra: “La nuestra era la vecindad más pacífica del planeta hasta que los argentinos vinieron a agitar la idea de que los kelpers les pertenecíamos a ellos” (29). Y utiliza ciertos registros narrativos del relato testimonial –como las zonas minadas–, ahora ya convertidos en huellas del paisaje isleño: “Otra estupidez de los *argies* durante la guerra, a la que no encontrábamos ninguna solución satisfactoria” (46).

La filiación argentina se hace inocultable en su amenaza de castigo al antiguo kelper colaboracionista de los argentinos: “le prometo que va a dormir con la bandera *estaqueada* en su endemoniado culo” (17). El mismo origen podría leerse en su reelaboración retórica del paisaje isleño: “Mis lágrimas australes se congelaban bajo la inclemente lluvia malvina” (32); o en su reiterada asociación mierda-temor, que tantas veces este trabajo señaló en el relato testimonial, cuando se evoca durante la guerra: “cagado de pánico ante la inminente aparición de los aviones *argies*” (93).

El comando argentino muerto que llevaba en su cuerpo, más precisamente en el culo, “el hueso de Darwin” (117), como llaman a una supuesta información supersecreta, “hablaba perfectamente como un galés” (24), porque en realidad pertenecía a una colonia galesa de la Argentina. Al volver, este *argie* reitera un gesto que frecuentemente mencionan los testigos, cuando evocan que tras la rendición y para sortear la vigilancia inglesa, ocultaban algún recuerdo en su propio cuerpo, como el protagonista de *Illuminados por el fuego*, que lo esconde en sus genitales.

Pero además hablaba inglés, un saber que el relato testimonial consagra como distintivo y al que la literatura transforma en atributo ficcional. Así lo evidencia “La balada del soldado solo” de Marcelo Eckhardt (2009), un cuento inspirado en el testimonio del ex combatiente Milton Rys, de ascendencia galesa, que fue uno de los traductores de Benjamín Menéndez en las Islas.

Patagónico, preso por razones disciplinarias en la Base Almirante Zar de Trelew, donde se había producido la masacre de los guerrilleros fugados en 1972, el protagonista de “La balada del soldado solo” sabía inglés y manejaba la radio.²⁸⁷ Al

²⁸⁷ El contacto previo de los kelpers con argentinos, que ya había sido señalado en *Partes de guerra*, es también un atributo de este protagonista: “Además conoce a isleños que habían ido a Trelew por un intercambio cultural” (110). En este relato el joven participa de una ceremonia religiosa en un templo

igual que otros testimoniantes (ver, por ejemplo, Daniel Terzano), muchos años después de concluida la guerra, se pregunta por qué fue si podría haberlo evitado.

Como en *Illuminados por el fuego*, el protagonista recuerda la ducha, la única en sesenta días, que puede disfrutar ya prisionero en el Canberra, y reiterando otro motivo típico del relato testimonial evoca el olor de su ropa, “Un olor terrible, inclasificable, a muerte” (116), que obliga a bajar las ventanillas del auto que lo devuelve a su casa.

Quizá en este relato el no tener jefes esté cifrado en la imagen de sus superiores alcohólicos –“Tres militares borrachos hasta ahora” (112)–, que el protagonista vincula con la adicción de Galtieri, “el borracho más conocido de la guerra” (112). Notoriamente, el brutal autoritarismo de los oficiales argentinos comienza a tener otra expresión de descontrol en el alcohol que también afectará al jefe del testificante Fabián Bustos en la oficina postal de Puerto Argentino. Quizá sea el paso del tiempo lo que permita que los testimonios y la literatura creen otras imágenes de la degradación de esos Otros, siempre configurados como corruptos y arbitrarios.²⁸⁸

Este capítulo concluye con dos relatos, cercanos a la literatura fantástica, que ratifican la pregnancia de los motivos narrativos que, según nuestra hipótesis, construyen las señales de identidad del relato testimonial. Pensamos que constituía un buen epílogo a nuestra revisión el hecho de que, a partir de un género literario tan singular, un relato volviera al escenario bélico y otro lo evocara muchos años después.

“Hombres y piedras”²⁸⁹ de Alejandro Alonso (2003) plantea un cruce temporal que envía a un grupo de soldados que combaten en las Islas en 1982 a las Malvinas de 1833, cuando se produce la apropiación de los británicos.

En primer lugar, la dosis de realidad que este tipo de relatos necesita afirmar para producir el salto hacia lo fantástico se construye con rasgos típicos del discurso testimonial, como las referencias al cine y la historieta o la intertextualidad con la retórica de la época.²⁹⁰ Del mismo modo, la animización de las Islas, que las transforma

malvinense durante la guerra, un hecho que luego popularizará una canción inglesa aludiendo “al encuentro entre el soldado invasor y los lugareños en la iglesia” (113).

²⁸⁸ En la película *Malvinas: Historia de traiciones* (1983), de Jorge Denti, se escucha durante una manifestación posterior a la rendición, a la gente gritando “Galtieri, borracho, mataste a los muchachos”. El alcoholismo de Galtieri, casi un motivo del relato testimonial, reaparece en un poema que Caso Rosendi (2009) dedica a los muertos del Belgrano: “No tenía esos agujeros hechos / por algún pequeño infierno / escapando de la colilla del ebrio / que espera la cuenta de sus whiskies / (no era la propina de la fortuna de Fortunato). (*Soldados*, “Pérdidas”, 83).

²⁸⁹ La versión digital con que trabajamos (disponible en: aaxon.com.ar/rev/125c-125Cuento.H y P.htm) no está paginada.

²⁹⁰ “El sargento sacó la *Condorito* y repasó seis o siete páginas que ya conocía de memoria”. *Condorito* era una revista de historietas de la época. “La roca lo repetía, la isla toda había resuelto darle la espalda. “I am not your lost sister –decía– Go home”. “Sergio Gómez abandonó la tienda, con la sensación de que Abreu tenía un ataque místico. Como en *Apocalypse Now*”.

en una entidad autónoma, consagra todos los registros de la extranjeridad del paisaje del relato testimonial y confirma la visión de los exconscriptos sobre el clima y el paisaje malvinenses como sus peores enemigos.

[...] descomunal, la lluvia, la burla de las gaviotas, los escarpes y los filos del cerro, el oleaje impetuoso en la costa, la turba blanda que te hundía hasta las rodillas, la nieve, el granizo, el cielo encapotado, la monotonía del ambiente [...] Las Islas tenían un arsenal de armas físicas y psicológicas para asediarlos y Abreu presentía que había más. No, las islas no estaban indefensas. La bruma, el frío, la ventisca, el silencio...

Prolongando una percepción que ya habían tenido los expedicionarios del siglo XIX sobre el poder del desierto, este relato define el poder de las Islas: “No era la artillería enemiga la que quebraba la permanencia de las cosas y la idea de continuidad en la mente de los hombres, eran las islas”. Ellas usarán el inglés para decirle “We have the power, sergeant”.

El otro relato, “El beso de la valquiria” de Carlos Gardini (2004), el escritor que en 1982 produjo el primer cuento inspirado en la guerra, narra el cruce de destinos entre un veterano argentino y un ex corresponsal de guerra inglés acosados por la Calígene, una misteriosa fuerza subterránea malvinense. Como en “Hombres y piedras”, aparece desde la imagen de los soldados como adolescentes casi niños hasta el autoritarismo de los oficiales argentinos, confirmando así la pregnancia de motivos narrativos que habían creado los testimoniantes de 1982.²⁹¹ ¿Acaso esta Calígene no podría considerarse como una elaboración literaria de la turba malvinense, tan citada por los testigos, que hacía inútiles sus pozos de zorro? El relato la configura como entidad que atrapa a los soldados y les extrae los ojos para que los entes subterráneos que pueblan Malvinas puedan ver. Con reminiscencias borgeanas, el encuentro entre el inglés y el argentino permite descubrir que el primero es mensajero de una muerte que el segundo ha sorteado ya en las Islas y seguirá haciéndolo con la ayuda de la mítica valquiria.

Ya en 2000, Edgardo Russo había planteado, como uno de los temas de su novela *La guerra conyugal*, la proliferación de testimonios sobre Malvinas y su peculiar

²⁹¹ “El soldado Sánchez abrazaba su ametralladora pesada como un oso de peluche”. El colimba le dice: “usted no es como los otros oficiales [...] Usted no maltrata al colimba”. Gardini tampoco ignora el antisemitismo de los oficiales, ya presente en su primer cuento. En este relato, al escuchar una referencia del protagonista a Von Clausewitz, el superior le responde: “Aquí no estamos en el Colegio Militar. Aquí no necesitamos ningún judío que nos hable de luchadores para romperles el culo a esos ingleses maricones”.

funcionamiento,²⁹² algo que también aparece en “Hombres y piedras”. Cuando el inglés invita al argentino a participar en un nuevo libro de testimonios, casi reconociendo el peso de lo testimonial en la narrativa inspirada en la contienda, el argentino le responde: “Hay mil libros de testimonios. No hay almirante, político, periodista ni conscripto que no haya escrito algo”.

¿Formula el personaje una demarcación del territorio aún inexplorado de la literatura, o un juicio sobre el agotamiento del interés por los testimonios? Cualquiera sea la respuesta elegida, este narrador, como tantos otros aquí citados, no pudo sustraerse a lo que testimoniaron algunos conscriptos para representar el escenario bélico de Malvinas.

Tercera síntesis provisoria

Si bien citamos a estudiosos que advirtieron los vínculos entre el relato testimonial de la guerra de Malvinas y las ficciones, asumimos que la forma de lectura desarrollada en este capítulo es producto de elecciones personales que nuestras siempre provisionales conclusiones no intentarán justificar. Quizá sea más conveniente marcar ciertos aspectos que podrían contribuir a forjar un espacio desde donde seguir pensando la cuestión.

Como hemos señalado, el hambre padecido por los conscriptos de Malvinas, el frío, los abusos, los jefes ineptos eran informaciones ya proporcionadas por la prensa en 1982 y ampliadas considerablemente por la investigación posterior. Examinamos además, cómo ser chico, no-saber, no-tener y no-poder constituyen señales de identidad de los testimoniados, cuyos motivos narrativos (desde la extranjería del paisaje hasta el pozo de zorro) se convierten en formas de pensar la guerra, más amplias y reveladoras que las enunciadas explícitamente por los testigos. Reconocimos que a partir de la publicación de *Los chicos de la guerra* de Kon y *Los pichiciegos* de Fogwill es posible que testigos y escritores se hayan influenciado recíprocamente, sin olvidar el peso que con el tiempo adquirió la filmografía inspirada en la guerra.

Siguiendo el itinerario del relato testimonial, indagamos la construcción de ese “después de Malvinas” –una forma de pensar la posguerra– en testimonios que intentaban de muy diversa manera reterritorializar la traumática experiencia de los

²⁹² Esta novela narra la historia de un escriba por encargo que también registra esta hiperproductividad testimonial, sobre todo en los jefes militares argentinos como Anaya, Büsser y Lombardo: “Sorpresivamente todos se habían vuelto escritores” (100). Además, constata que frente a la reticencia a brindar información de esos militares, ya en los 90 los británicos proporcionaban numerosas y muy documentadas obras sobre la guerra.

testigos mientras luchaban vanamente por incorporarse a una sociedad que quería olvidar su historia reciente.

Nunca buscamos esa originalidad que cifrarían las fechas de publicación por las razones que explicamos al comenzar este capítulo. No obstante, reconocemos que fue significativo leer cómo Gamberro asumía que la obsesión de volver a Malvinas que anima a los protagonistas de *Las Islas* se inspiró en el diálogo que sostuvo con excombatientes.

Lo cierto es que esta revisión de ficciones literarias inspiradas en el escenario bélico permite advertir la presencia de las señales de identidad del relato testimonial, alumbrando que sus configuraciones discursivas resultan ineludibles para representar la guerra, con independencia de la visión que se forje de ella.

Fortaleciendo la idea de que hay un diálogo narrativo entre ambos relatos (el ficcional y el testimonial), esta lectura también permite otra mirada sobre ciertos juicios de la crítica literaria, en particular, aquel que asocia el relato testimonial con una versión épica de la guerra (“la gesta”)²⁹³ y la literatura con la versión farsesca, a partir de *Los pichiciegos*.

Pensando en la especificidad de la guerra, que fue un principio básico para este trabajo, y circunscribiendo la observación al período cubierto (1982-2005), elegimos citar a especialistas muy diferentes.

Dicen los psicoanalistas franceses Davoine y Gaudillière sobre el trauma bélico en excombatientes de la segunda guerra mundial:²⁹⁴ “Como lo indican los supervivientes de situaciones extremas, lo trágico y lo cómico dibujan una línea imprevisible. De la risa a la desesperación hay un solo paso” (59-60). Sostiene el periodista argentino Marcelo Cantelmi, corresponsal de guerra que cubrió las recientes contiendas norafricanas (“la primavera árabe”): “A veces la épica es un instante fugaz de pequeños sonidos

²⁹³ Aunque no encontramos referencias a “la gesta” en el corpus textual elegido, citamos a modo de ejemplo el testimonio de un soldado correntino incluido en una publicación militar. Orgulloso de su experiencia, pero sin ahorrarse críticas –“éramos los últimos orejones del tarro”–, señala: “Cuánta ignorancia por nuestra condición de simples soldados y de jóvenes. Transcurridos cuatro años, voy armando despaciosamente, dolorosamente, el rompecabezas de la gesta” (*Malvinas: relato de soldados*, Balza comp., 1986, 124 y 126). Quizá sus palabras ilustren que tampoco en la literatura apologética hay una única concepción de “la gesta”. En este caso, sin cuestionar el valor épico de la guerra, lo mediatiza a partir de su experiencia personal.

²⁹⁴ El trabajo de los psicoanalistas franceses registra la perduración del trauma bélico en los discursos de los hijos de las víctimas. Quizá un eco de este hecho vinculado a Malvinas ya tenga forma narrativa. En 2012 Agustín Gallardo publicó *Vidas marcada* que, entre otros, reúne testimonios de hijos de sobrevivientes de la guerra o muertos en acción. También la guerra de Malvinas como trauma de los hijos de excombatientes inspiró algunas ficciones, por ejemplo, *Cuando te vi caer* de Sebastián Basualdo (2008), *La balsa de Malvina* de Fabiana Daversa (2012), y la reciente *Sobrevivientes* de Fernando Monacelli (2012).

amontonados que sólo escuchará, aturdido, quien esté listo para oírlos. Y otras veces es sólo furia. Y desesperación” (2012, 231).

Advertir que, como otros registros ya marcados, los farsescos y los épicos son típicos del discurso bélico universal, implica preguntarse si el mejor camino no sería indagarlos junto a todos los registros narrativos del relato testimonial, especialmente a la luz de su pregnancia en las ficciones. Entonces quizá sí puedan comenzar a percibirse formas muy definitivamente argentinas de pensar la guerra de Malvinas.

APÉNDICE

La nueva narrativa y el relato testimonial

En la introducción citamos “Malvinas: una mancha temática que aún sangra”, un artículo de Elsa Drucaroff de 2007, destacando que había sido muy valioso para el abordaje del relato testimonial de la guerra de Malvinas.

En 2011, la autora publicó *Los prisioneros de la torre*, que concreta un análisis completo de la nueva narrativa argentina con lúcidas lecturas de autores aquí examinados al estudiar las ficciones inspiradas en el escenario bélico de la guerra (Fogwill, Fresan, Forn, Gamarro).

Usando el concepto de “manchas temáticas” que toma de David Viñas y trabajando sobre un corpus narrativo muy amplio, Drucaroff fija en *Los pichiciegos* de Fogwill el nacimiento de ciertas manchas temáticas que recorrerán luego la narrativa posterior, como el tabú del enfrentamiento (943), la memoria falsa (380) y el filicidio (333). Cree que con la novela de Fogwill nacieron la ficción gótica vinculada con la violencia política reciente y “el humor políticamente incorrecto, el cinismo lúcido” (301).

Al señalar la despolitización que caracterizó la infancia y la adolescencia de la primera generación de posdictadura y para la que la guerra de Malvinas y el advenimiento de la democracia fueron esenciales en el nacimiento de su conciencia ciudadana, ella insiste en que estos jóvenes escritores heredaron una democracia que era

producto de la derrota que sufrieron los sectores populares en 1976. Desde ese lugar recupera en los relatos de *Historia Nacional* de Fresán –“paródicos, farsescos, voluntariamente caricaturescos” (100)–, el propósito de revisar la historia nacional con una perspectiva propia muy distinta a la última generación de la militancia. Y reconoce en “Memorándum Almazán” de Forn la culpa del nuevo estrato de “yuppies” –producto de la impronta neoliberal del menemismo– “que nunca se sintió en riesgo porque ‘los chicos de la guerra’ fueron mayoritariamente de familias humildes”.

Interesante es su idea de que las obras de Carlos Gamerro (*Las Islas*, *El secreto y las voces*, *El sueño del señor Juez*) representarían el primer intento de forjar la novela histórica por parte de un autor representativo de quienes escriben “después de la masacre” y reinstalan la violencia “como protagonista primordial del presente democrático de nuestra historia y de nuestra literatura” (204).

Si bien la tesis trabajó estas obras con un objetivo diferente –señalar la pregnancia de las señales de identidad del relato testimonial– lo hizo a partir de considerar este relato como parte de la narrativa inspirada en la guerra de Malvinas. De ahí que sea posible recuperar algunos vínculos entre estas señales y las manchas temáticas que registra el complejo análisis de la nueva narrativa argentina realizado por Drucaroff.

En primer lugar, ya los testimoniantes del 82 (*Los chicos de la guerra* de Kon) hacen gala de su no saber lo acaecido durante el proceso militar, refiriéndose a la despolitización que había sido signado su adolescencia: “Yo tenía once años la última vez que se votó en la Argentina y catorce cuando subió Videla” (151). Muchas temáticas como el trauma de la historia reciente y aun la memoria falsa, están latentes en los silencios –o formas de elaborar lo que Drucaroff llama “la marca de lo no dicho”– que este trabajo señaló, por ejemplo, en el testimonio inicial de Fabián Bustos (*Los chicos de la guerra*) y en la novela de Edgardo Esteban (*Iluminados por el fuego*).

El no-tener de los conscriptos remite siempre a su corporalidad, el territorio donde inscriben el hambre, el frío y el miedo, esa etapa última a la que llegan luego de la desconfiguración de sus imágenes, compartida tanto por los testigos de *Partes de guerra* como por el protagonista de *Crónicas de un soldado*. El cuerpo será para Drucaroff una mancha temática que recorre la nueva narrativa argentina: “lo único que realmente existe: la única materialidad cierta es mi cuerpo” (416). Esta mancha temática se opondría, según la autora, a la sentencia “todo es lenguaje” y, por ende, “lábil y desolador”. ¿Acaso el no-poder de los testigos, ese “la guerra no se puede contar”, que

recorre todo el relato testimonial de la guerra de Malvinas no cifra la misma impotencia del discurso?

Finalmente Drucaroff se refiere a una modalidad de esa mancha temática que es el obsesivo diálogo con los medios masivos; con respecto a los jóvenes escritores, sostiene: “Mirar televisión es para ellos como hablar, aprendieron todo junto” (422). En todo el relato testimonial aparece este vínculo con los medios masivos, especialmente con la televisión, ya que, como se dijo, la generación 62, por lo menos su segmento urbano, creció mirando televisión, un rasgo que se reitera en todos los testimonios, inclusive en *5000 adioses a Puerto Argentino*, una obra muy marcada por las influencias literarias de su autor.

Estas observaciones no entran en contradicción con algunas premisas básicas. La coincidencia nunca justifica la pertenencia; por ende, el relato testimonial no se define necesariamente como parte de la narrativa inspirada en la guerra. La segunda premisa reconoce que Drucaroff trabaja con autores que comenzaron a escribir después de Malvinas, y que la complejidad y variedad de las obras analizadas excede totalmente las posibilidades de nuestro material narrativo, caracterizado por todas las mediaciones que suponen los testigos y compiladores y la naturaleza misma del género testimonial. La tercera, central, asume el rol fundacional que, según Drucaroff, tuvo *Los pichiciegos* de Fogwill y su previsible influencia en los escritores que le siguieron.

No obstante, las observaciones anteriores habilitan por lo menos una pregunta que vuelve a la idea de “manchas temáticas”: ¿acaso reconocer siquiera su sombra en los discursos de los testigos no justificaría pensar en un discurso social previo, y que en algún momento se hace paralelo a la joven narrativa? En su libro, Drucaroff recuerda que Nicolás Rosa explicaba las manchas temáticas diciendo que eran “un ‘tema’ que ‘se extiende’ longitudinalmente para encontrar la dimensión ‘historia’” (291).

CAPÍTULO IV

El relato testimonial y la narrativa expedicionaria del desierto

Cuando la pampa se hace Islas

En 1898 el comandante Prado, experimentado militar de frontera y partícipe de la Conquista del Desierto liderada por Julio Argentino Roca, narra su llegada al Río Negro. En su relato comenta que desde el río se elevaba un vapor convertido en “espesa e impenetrable neblina” (1961,126), casi anunciando un rasgo característico de ese otro desierto que configurarán algunos exconscriptos de 1982 al referirse a las Islas. Este rasgo ya había sido señalado por la marcha creada en 1939²⁹⁵ –“Tras su manto de neblinas / no las hemos de olvidar”–, que tiene una especial presencia/ausencia en el relato testimonial estudiado.²⁹⁶

¿Estamos frente a una casualidad? Seguramente, pero el contenido de este capítulo se propone transformarla en el símbolo de las coincidencias que unen ciertos registros narrativos de la narrativa expedicionaria, integrante de ese relato del desierto que cruza gran parte de la literatura argentina, con los testimonios brindados por los excombatientes de la guerra de Malvinas.²⁹⁷

Superando las obvias diferencias históricas, nuestra hipótesis plantea que algunas características de la configuración del desierto en los expedicionarios se reiteran en el imaginario de las Islas Malvinas construido por los discursos de jóvenes soldados que, previsiblemente, no conocían a sus antecesores del siglo XIX.

Este capítulo indagará esa permanencia sin preguntarse cuáles habrían sido los vínculos transmisores, aunque para buscarlos quizá debería rastrearse cómo la cultura popular ha evocado la experiencia de los soldados de línea y de los expedicionarios,

²⁹⁵ Letra de Carlos Obligado, música de José Tieri.

²⁹⁶ La marcha está ausente porque los testimoniados no reproducen ni citan el texto de esta canción, excepto en *Iluminados por el fuego*, donde se relata que fue cantada en el Canberra: “esa música nos tocaba a todos muy de cerca. No porque la cantáramos en Malvinas (que no era el lugar apropiado para cantar) sino porque la habíamos oído en la radio cada vez que se transmitía alguna noticia sobre la guerra” (Esteban y Borri 2007, 204-205). Es presumible que los testigos, como la mayoría de los argentinos, recién conocieran la marcha en 1982. No obstante, más allá de su desconocimiento o su forma de evocarla, todos ellos transforman la neblina malvinense y el olvido en temas centrales de sus testimonios.

²⁹⁷ Llamamos relato del desierto a un territorio narrativo muy extenso, que funda Echeverría en su primer ensayo *Cartas a un amigo* (escrito en 1836, publicado en 1873) y consolida definitivamente en *La Cautiva* (1837). Un territorio donde ocupan roles centrales *Facundo* de Domingo F. Sarmiento (1845), *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla (1870) y *Martín Fierro* de José Hernández (1872 y 1879). Como señalan los críticos, algunas de estas obras serán fuente de inspiración insustituible para los creadores de la narrativa expedicionaria del desierto, aquellos que cuentan las desventuras en los fortines antes y después de que Alsina construyera su famosa zanja, y aquellos otros que relatan la exitosa y definitiva campaña de Roca.

específicamente lo que Jorge Rivera llama “la línea criollista” de la historieta en su prólogo a *Fuerte Argentino* de Portas y Ciocca (1981).²⁹⁸

Es obvio que se está abordando dos episodios radicalmente distintos separados por cien años de distancia²⁹⁹ y enormes diferencias. ¿Las más notorias? La guerra de Malvinas duró setenta y cuatro días y fue librada mayoritariamente por jóvenes e inexperimentados conscriptos contra una potencia militar extranjera cuyos súbditos habitaban desde 1833 el territorio a conquistar, localizado fuera del continente.

Tras un año de “paseo militar”,³⁰⁰ epilogando una larga lucha contra los indígenas, expedicionarios largamente curtidos en la vida militar concretaron la Conquista del Desierto, cuyo objetivo era extender el control del gobierno nacional sobre una zona del territorio habitada por pueblos originarios.

Para la búsqueda del hilo subterráneo que uniera la narrativa de ambos episodios resultaron importantes las ideas de Anderman y Fernández Bravo, ya citadas en la introducción. Pero leer “Las ciudades utópicas de la literatura argentina” de Marcelo Eckhardt permitió vislumbrar el sendero simbólico que uniría la pampa con la Patagonia y desde allí –literalmente– constituir otra mirada sobre las Islas Malvinas.

Eckhardt comienza definiendo las ciudades utópicas como “construcciones narrativas pensadas como vastos y dúctiles escenarios donde los sujetos históricos jugarían la historia del porvenir”; serían ciudades hechas para permanecer aunque su historia nos diga que sus creadores nunca pudieron habitarlas. En su amplia revisión de esas ciudades utópicas, una cita de Alberdi –“La estancia estaba ubicada entre la Patagonia y la pampa, un poco vecina al mar y más cercana de la colonia inglesa de Falkland que de Buenos Aires” (“Quijotanía”, *Peregrinación de luz de día*, 1871)– le permite enlazar los conceptos de llanura y desierto, pampa y Patagonia, y concluir que

²⁹⁸ Algunos testimoniantes mencionan revistas de historietas, y lo previsible es que, por lo menos los porteños, hayan crecido leyéndolas; de ahí que consideramos posible la influencia de la llamada “historieta gauchesca” o de “línea gauchesca”, de la que resultaría ineludible mencionar a “Lindor Covas, el Cimarrón” de Walter Ciocca, que *La Razón* publicó en 1954 y 1980, y “El cabo Savino” de Carlos Casalla, que aparece en 1951 en el mismo periódico, específicamente inspirada en la Conquista del Desierto. Revistas como *El Tony*, *Patoruzú*, *Fantasia*, *Misterix* y *Mundo Argentino* popularizaron este tipo de historieta, que tuvo cultores destacados como Enrique Rapela (“Fabián Leyes”, “El huinca”, “Mayor Laguna”), Raúl Roux (“Lanza seca” y “Fierro a Fierro”) Walter Ciocca y Julio Almada (“Fuerte argentino”), Almendro y Reler (“Martín Toro”). Dos figuras emblemáticas, Héctor G. Oesterheld y Enrique Breccia, también incursionaron en este género. El primero con “Patria vieja”, “Nahuel Barros” y “Comandante Prado” en 1962, cuando ya había creado “El sargento Kirk” con Hugo Pratt (1951) y “Santos Bravo” con Juan Arancio. Breccia es el creador de la famosa “La guerra del desierto”.

²⁹⁹ Ver Apéndice “Sustanciales diferencias”, p. 201.

³⁰⁰ La expresión “paseo militar” pertenece a Remigio Lupo, el periodista de *La Pampa* que acompañó la Expedición. Como observa Claudia Torre, “si bien tenía una impronta laudatoria –un ejército tan poderoso que todos se rendían ante él– se prestaba rápidamente para una interpretación negativa (2011,186).

[...] en ese campo imposible, sin lógica geográfica, se marca la frontera entre el desierto y la llanura y aparece por primera vez, esa otra isla Falkland, donde según nuestra hipótesis, se construirá en su negación, la última construcción utópica, como frontera, trinchera, casamata.

Conmovedores relatos de excombatientes de 1982 acerca de cómo la turba del suelo malvinense inutilizaba sus pozos de zorro transformándolos en nulas defensas ante el bombardeo inglés, ilustran su idea de que las Islas fueron quizá el último escenario de una construcción utópica nacional. Entonces la pregunta fue si la continuidad buscada no residiría en el discurso del desierto que desde la llanura pampeana, patrimonio de los indios del siglo XIX, llegó a la Patagonia atravesando ese Río Negro que era el último objetivo de Roca.

Roberto Payró nos brindó un puente inestimable en *La Australia Argentina* (1898), el libro que reunió sus crónicas periodísticas sobre el sur argentino. Allí, desde el desierto patagónico, cita reiteradas veces a las Islas Malvinas, sin hacer especial referencia a su carácter de posesión inglesa, asumiendo como propia la visión de los patagónicos que tenían contacto frecuente con la gente de las Islas y que no diferenciaban a los misioneros ingleses que vivían allá o en el continente.³⁰¹ Se refiere, por ejemplo, a la fertilidad de las ovejas malvinenses, esas que serán un tópico del relato testimonial y recuerda que los hacendados isleños quisieron residir en la Patagonia pero que al negárseles posesión y arrendamiento, emigraron a Chile.

A través del relato del comandante Godoy, Payró señala que en 1884 ya había tránsito ilícito de indios de la Patagonia a las Islas, auspiciado por los misioneros ingleses, y que, míseramente empleados, “allí estaban peor que acá” (69). A fines del siglo XIX Godoy no podía adivinar que el “allí/acá” sería un motivo central en los testimonios de los excombatientes, revelador del peso de su experiencia bélica de 1982, el cual –podría decirse– otorga a las Islas el carácter de un territorio tan vigente como inmediato. En *Partes de guerra* afirma el excombatiente Antonio Alves Oliveira: “ahora siento que allí quedé yo mismo. Aunque haya vuelto y siga viviendo” (117).

³⁰¹ En el cap. II este trabajo ya señaló las referencias del relato testimonial a los vínculos entre los malvinenses y el continente previos a la guerra, vínculos ligados a la educación y a la cultura, que eran frecuentes y usualmente considerados como exentos de problemas políticos. De ahí la sorpresa y los conflictos que despierta el desembarco de 1982, un tema que desarrolla especialmente *Partes de guerra*, pero que está presente en otras obras del relato testimonial.

Consciente del poder de consagración simbólica de la literatura, Bartolomé Mitre, el prologuista de *La Australia Argentina*, sostiene en el prólogo de la primera edición de la obra:

Por eso su libro, como comentario de un mapa geográfico casi mudo, importará la toma de posesión, en nombre de la literatura, de un territorio casi ignorado, que forma parte integrante de la soberanía argentina, pero que todavía no se ha incorporado a ella para relatarla y vivificarla. (1963, 18)

¿Acaso no volverá reiteradamente esta concepción del territorio lejano en el discurso oficial sobre la guerra de Malvinas, despertando la adhesión y/o el cuestionamiento de los forjadores del relato testimonial cuando se refieren a la soberanía nacional, la integración territorial y al mapa como cifra del territorio?

En el capítulo anterior este trabajo ya marcó algunas coincidencias de registros narrativos entre la narrativa expedicionaria y el relato testimonial para cuyo relevamiento fueron importantes las obras de Claudia Torre.³⁰² Por ejemplo, permitieron advertir que rasgos típicos de la primera, como el orientalismo, la regeneración y el mapa como cifra del territorio, también se hallaban en el segundo. Al estudiar la visión del Otro surgía que tanto los indios del desierto del siglo XIX como los kelpers del siglo XX eran juzgados como taimados y acomodaticios, pero también titulares de un lugar utópico y envidiado. Separados por cien años de distancia, Lucio V. Mansilla y Fabián Bustos coincidían en configurar de ese modo el desierto de los ranqueles y las islas de los kelpers.³⁰³

Más allá de que ambos relatos aluden a circunstancias similares, como la omnipresencia de los conflictos limítrofes con Chile y el peso del aparato

³⁰² Fue muy inspiradora para nuestro trabajo la concepción de la narrativa expedicionaria como un relato transversal y autobiográfico que Claudia Torre desarrolló en el Seminario “La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto (1870-1900)”, dictado el primer cuatrimestre de 2010 en el marco de la Maestría de Literaturas Española y Latinoamericana, Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Asimismo, fueron significativa sus observaciones sobre la modalidad que asume el posicionamiento del autor en la narrativa expedicionaria (ver Torre 1999), en el fondo un hecho similar al que percibíamos en las modelizaciones de lectura del relato testimonial (ver cap. I).

³⁰³ En *Una excursión a los indios ranqueles*, el narrador sostiene: “Estos bárbaros, dije para mis adentros, han establecido la ley del Evangelio; hoy por ti, mañana por mí...” (1962, 179). Un siglo después, en *Los chicos de la guerra*, Fabián se reconoce impactado por el reproche del kelper que lo increpa en estos términos: “Ustedes nos arruinaron la vida, nos ocuparon todo [...] Acá vivíamos todos en libertad, alejados del mundo, del ruido” (205). Citamos a Mansilla –que no fue un expedicionario de Roca– porque *Una excursión a los indios ranqueles* ejerció una notable influencia en los creadores de la narrativa expedicionaria del desierto.

propagandístico que los acompañó,³⁰⁴ creemos que una buena aproximación al abordaje específico de las coincidencias entre ciertos registros narrativos es observar cómo funciona la soberanía territorial en los discursos oficiales, el logro máximo que en ambos casos aparece asociado al acto de corregir la historia.

También resulta importante observar la visión del Otro, los indios o los kelpers, que eran en realidad los habitantes de los territorios a ocupar, a los que se configura como objetos de reintegración a la comunidad nacional y de una suerte de redención. La fórmula retórica que alude a los futuros redimidos silencia la violencia que de hecho se estaba practicando sobre ellos.

Julio Argentino Roca plantea corregir la historia en la Orden General del Día al comenzar en Carhué la expedición al desierto:

[...] en poco tiempo habéis hecho desaparecer las numerosas tribus de la Pampa que se creían invencibles con el pavor que infundía el desierto y que era como legado fatal que aún tenían que transmitirse las generaciones argentinas por espacio de siglos. (Citado en Olascoaga 1974, 181)

La redención del indio forma parte de sus objetivos, afirmando que la campaña se arma

[...] por la vida y la fortuna de millares de argentinos y aún por la redención de esos mismos salvajes que por tantos años librados a sus propios instintos, han pesado como un flagelo en la riqueza y bienestar de la República. (Ibíd.)

En el discurso que pronuncia al llegar a las Islas en 1882, el almirante Carlos Büsser, que dirigía la fuerza de desembarco, también plantea la reparación histórica:

Nuestra misión es la de desembarcar en las Islas Malvinas y desalojar a las fuerzas militares y a las autoridades británicas que se encuentran en ellas [...] *el destino ha*

³⁰⁴ La amenaza de guerra que representaban los conflictos limítrofes con Chile es registrada por el comandante Prado en su conferencia “La ocupación del Río Negro”, donde afirma que Chile habría avanzado sobre la Patagonia de no haberse afirmado la soberanía argentina sobre el Río Negro, y agrega que este hecho limitó “las pretensiones chilenas” (1900, 35). En el siglo XX, el excombatiente Jorge Vázquez testimonia que en su período de instrucción “siempre tenía como tema central de conversación un posible enfrentamiento militar, o con los chilenos o con los ingleses” (citado en *Los peones de Malvinas* de García Lerena, 2009, 35). Con respecto al aparato propagandístico bastaría con decir que, bajo el impulso de la prensa, tanto la partida de la expedición de Roca en 1898 como la de los soldados de 1882 se transformaron en actos confirmatorios del aplauso popular ante la gesta que iniciarían.

querido que seamos nosotros los encargados de reparar estos casi ciento cincuenta años de usurpación. (Citado en Partes de guerra, 27)

Una suerte de redención del kelper aparece en el discurso del excombatiente Edgardo Esteban cuando ya conoce la amargura de la desilusión:

Cuando yo había llegado a Malvinas estaba convencido de que venía a liberarlos de la opresión del Imperio Británico... Hacerlos argentinos era el espíritu que prevalecía entre los simples soldados. (Iluminados por el fuego, 128)

Si bien se podría ampliar este tipo de análisis recordando, por ejemplo, que poco antes de la guerra se había celebrado con gran énfasis el centenario de la Conquista del Desierto, el propósito es solo registrar ciertas coincidencias narrativas entre los relatos de quienes atravesaron ese espacio conflictivo y casi vacío que era la pampa del siglo XIX y los de aquellos que en el siglo XX llegaron a un territorio hostil y diferente al que también llamaron desierto.

Lo hacemos con la clara conciencia de una diferencia esencial: en la narrativa expedicionaria, según observa Claudia Torre, “la subjetividad era un derecho legítimo sólo si se garantizaba la verdad del relato con el valor de la experiencia” (186); en el relato testimonial la subjetividad es constitutiva del valor de la experiencia y, por ende, de la verdad del relato.

IV.1. Los Otros: ¿los mismos?

A diferencia del relato testimonial, la narrativa expedicionaria no tiene sujetos de narración adolescentes, salvo la evocación de Prado, que tenía 16 años cuando participa de la expedición de Roca. En sus ficciones –casi cercanas a la novela de aprendizaje– hallamos que los lazos fraternales entre pares son tan importantes en *La guerra al malón* que publica en 1907 como en *Iluminados por el fuego* y *Partes de guerra*, obras creadas casi noventa años después. En ese sentido, el viaje, el bautismo de fuego y las picardías juveniles podrían leerse como partes de un rito de iniciación, naturalmente muy distinto en ambas narrativas, pero celebrado en la misma conjunción guerra-desierto.³⁰⁵

³⁰⁵ Así se rememora el comandante Prado: “Es que entonces teníamos quince años y albergaban en nuestras almas todos los ideales [...] que el tiempo va reduciendo a escorias. O disolviendo en humo” (95). Narra además cómo se dividían la tarea de conseguir (robar) comida y ropa (92-96).

El relato de Prado no oculta la dramática experiencia final de los expedicionarios cercados por el hambre y la inundación:

[...] habíamos cruzado el Colorado y las raciones escaseaban. La galleta era un artículo de lujo y la yerba una ilusión [...] La ropa iba deshaciéndose podrida por las lluvias y desgarradas por las espigas [...] De vez en cuando solíamos tropezar, en alguna ronda nocturna, con un caballo cortado de las tropillas, y si no había quien nos delatara o nos viese, hacíamos carne para rato. (122)

¿Está tan lejos de la forma en que los excombatientes de Malvinas recuerdan su situación hundidos en los pozos de zorro, forzados por el hambre a robar comida, sintetizando en la imagen del linyera la desconfiguración de sus imágenes personales?

Sin embargo, creemos más significativo examinar en ambas narrativas la presencia del Otro, es decir, esa multiplicidad de sujetos diferentes cuya funcionalidad en el discurso del sujeto narrador está íntimamente vinculada con el peso del receptor, el público lector de las obras.

Este trabajo ya se refirió a ese Otro que es el enemigo, el bárbaro indígena en la narrativa expedicionaria y el kelper (mucho más que el militar inglés) en los testimonios de la guerra de Malvinas, y habló de ese imaginario utópico que en ambos casos tienta a algunos de sus narradores.

También aludió a la permanencia de un motivo típico de la primera, la práctica indígena del alarido y del degüello que, por ejemplo, cita Prado en su conferencia “La ocupación del Río Negro” (1900), y que volverá en el relato testimonial asociado a los gurkas, que eran de origen nepalés. Aunque hoy se discute quién creó la amenazante figura del gurka, ella es infaltable en el relato testimonial. Por ejemplo Guillermo, recuerda que “los que caían prisioneros de los gurkas eran degollados” (Kon, 36); y el protagonista de *Iluminados* refuerza: “Avanzaban a grito pelado arriesgando todo” (71).³⁰⁶

En *Una excursión a los indios ranqueles*, el narrador comprueba que, a pesar del poder absoluto de Mariano Rozas, hondas diferencias separan a los hombres de su tribu (caps. XLVI y XLVII), una situación homóloga a la advertida por Gómez Centurión (*Partes de guerra*) en Pradera de Ganso cuando ante el riesgo inminente de un

³⁰⁶ Ya este trabajo planteó que para Gómez Centurión (*Partes de guerra*) la creación de la terrorífica figura del gurka fue un error de las comunicaciones argentinas. El historiador Vicente Palermo (2007) e inclusive Belgrano Rawson, en su cuento “Darwin” (2007), sostienen que fue obra de la inteligencia militar británica. El general Balza (2003) cerró la polémica desmintiendo la participación de los gurkas.

bombardeo, el funcionario británico, titular de la compañía estatal, se niega a compartir el refugio con los nativos kelpers.³⁰⁷

Desde otra perspectiva se podría señalar que la conjunción de guerra y desierto plantea la presencia del Otro en el mismo bando, es decir, al victimario, al oficial abusador y autoritario que estaquea y “baila” a los soldados, una práctica que con la misma amargura recuerdan *La guerra al malón* en el siglo XIX e *Iluminados por el fuego* en el siglo XX.³⁰⁸ Pero también están las víctimas que crea la dura vida cuartelera del siglo XIX o el horror bélico en las Islas del siglo XX, donde revistan los alienados, los redimidos, que son aquellos capaces de transformarse en personas diferentes, y básicamente los desertores.

En todos los casos hay un narrador que, condenando al victimario o apiadándose de las víctimas, los identifica como diferentes y quizá por eso siempre son objeto de notorias ficcionalizaciones, como la realizada por Mansilla al relatar la degradación de Macías, el cautivo que en la toltería se ha transformado en secretario de Mariano Rozas (cap. XLIX).

En *Croquis y siluetas militares*, que Eduardo Gutiérrez³⁰⁹ publica en 1886, aparece Mañanita, el cobarde redimido por el amor de una mujer (1964, 95-96). *La guerra al malón* evoca a Eustaquio Verón, el desertor que no logra huir y que, castigado en nombre de los reglamentos militares, frente al pelón de fusilamiento, grita “¡Viva la patria!” (88).

En el relato testimonial de la guerra de Malvinas también están estos Otros, naturalmente protagonistas de ficciones diferentes pero que en el fondo ilustran esa trilogía de víctimas marcada más arriba. Es el alienado que patea belugas, es decir, fragmentos de bombas-racimo que no han estallado (*Partes de guerra*, 92), o el que, ante la llegada de los bombardeos ingleses, con resignación suicida se niega a correr y se queda parado como un espantapájaros (*Iluminados por el fuego*, 73).

³⁰⁷ Cuando Zeballos relata la rendición de Pinthén en *La conquista de quince mil leguas*, publicada en 1896, señala que el indio le ofrece al coronel Villegas ser su soldado para pelear contra los ranqueles, puesto que “era tan enemigo de los cristianos como de los caciques de Salinas y Leuvucú a los cuales había negado obediencia” (tomo II, 1986, 124). Gómez Centurión dirá que los kelpers celebraron la llegada de los británicos “y a los dos días los querían echar igual que a nosotros” (37).

³⁰⁸ Dice Prado en *La guerra al malón*: “Y después de todo, ¿qué era morir? ¿No se moría todos los días en aquel infierno de campamento, colgado del palo por la infracción más insignificante, descoyuntado en las estacas por el menor olvido” (83). El protagonista de *Iluminados por el fuego*, refiriéndose a su superior: “Perseguir a los soldados con cualquier castigo era su deporte favorito y su única forma de existencia” (78).

³⁰⁹ Eduardo Gutiérrez, autor de *Juan Moreira*, se había desempeñado como oficial fortinero y escribe esta obra a los treinta y cinco años.

Esta obra plantea como una transformación el hecho que el cabo Dumas, que solicitaba favores sexuales a los conscriptos a cambio de comida, al llegar los bombardeos enemigos, a diferencia de otros oficiales, colabora valientemente con los soldados (98).

En el relato testimonial de la guerra de Malvinas no aparece la figura del desertor, tan central en *Los pichiciegos* de Fogwill, posiblemente porque en las Islas no había adónde ir, como señalan los excombatientes. No obstante, creemos que aquí la deserción está concretada en el autoflagelamiento tantas veces citado. Por ejemplo, en *Illuminados por el fuego* se narra la decisión extrema de un soldado que bebe su propia orina para causarse hepatitis; es entonces cuando la observación del narrador sobre su compañero permite vislumbrar la tensión de la espera, un motivo recurrente en el relato de los soldados de línea en los aislados cuarteles del siglo XIX: “No soportaba la espera del enemigo: para él significaba una tortura insoportable y antes de eso acudiría al suicidio” (187).

En la narrativa expedicionaria hay otros Otros, los que pertenecen indistintamente al fortín y al desierto, esos indios y esos gauchos que por ejemplo Mansilla describe en *Una excursión a los indios ranqueles*, definiendo así una zona ambigua de pertenencia que también esboza el relato testimonial.

En *Partes de guerra* el oficial Esteban organiza la tarea diaria de Pradera de Ganso con Janet, hija de Hardcastle, que era el gerente local de la compañía estatal FIC. Con ella –que había sido compañera de su esposa en un colegio de Córdoba– y su padre suelen compartir la británica costumbre de tomar el té.³¹⁰ Esteban recuerda que ellos le piden amistosamente que se vaya, advirtiéndole del poder de la flota inglesa próxima a llegar (38), una escena que bien podría pertenecer al libro de Mansilla.

En *Illuminados por el fuego*, cuando el protagonista retorna a las Islas en 1999 se encuentra con una kelper que no solo le devuelve objetos que durante la guerra soldados argentinos habían dejado en su casa y que ella cree significativos, también comparte con él su colección de música popular argentina (48).

³¹⁰ Mr. Hardcastle, el padre de Janet, tiene otra configuración en el relato de Gómez Centurión: es el que se niega a compartir el refugio de los isleños alegando su condición de súbdito británico; es también el que lo “marca” tras la rendición para que los oficiales británicos lo interroguen (164).

Dos testimonios distintos construyen un personaje tan ambiguo, como algunos de Mansilla, más allá de la carga que adquieren ciertos nombres. Hardcastle, que es un apellido real, significa “castillo fuerte” en inglés; la lenguaraz del texto de Mansilla, la que en el campamento ranquel le advierte del peligro al coronel, se llama Carmen, que significa “poema” en latín.

Finalmente, creemos que hay otro Otro insoslayable, que es la ciudad de Buenos Aires, como metonimia del poder político y de la opinión pública, que en ambas narrativas comparte la ambigüedad que le otorga ser la depositaria de todos los reproches pero también la receptora final de esos testimonios. De los muchos abordajes posibles elegimos la ciudad egoísta que, según afirma Prado en su conferencia, había vivido ajena a los dolores de quienes sufrían las invasiones indígenas (16), un motivo que volverá en los relatos de los excombatientes cuando denuncien que Buenos Aires miraba el Mundial de Fútbol mientras los pibes argentinos morían en Malvinas.

Buenos Aires, como cifra del poder político, es el blanco de la dura crítica que hace Prado en *La guerra al malón* a la especulación de tierras posterior a la Conquista: “al ver la garra de favoritos audaces clavada hasta las entrañas del país y al ver cómo la codicia les dilataba las fauces y les provocaba babeos innobles de lujurioso apetito” (127).

En el relato del regreso de los excombatientes de 1982 aparece la misma amargura; está en la diferencia que marcan respecto de su retorno de las Islas los que volvieron a la Capital –casi clandestinamente, bajo el silencio impuesto por los militares y ante la indiferencia porteña– y los que volvieron a los pueblos del interior, recibidos muy cálidamente. Pero también está en su recuerdo de las enormes dificultades que hallaron para reinsertarse laboralmente y recibir las pensiones de guerra que los ayudaran en muchos casos a sobrellevar dolencias físicas y psíquicas; quizá sintetizadas en esta dura expresión de Oscar Poltronieri sobre la gente de Buenos Aires y Gran Buenos Aires que recoge *Partes de guerra*: “A nosotros nos pegaron una puñalada en la espalda” (196).³¹¹

Es difícil no asociara Poltronieri con el comandante Prado cuando este recuerda que los milicos después de conquistar veinte mil leguas de territorio:

[...] no hallaron –siquiera en el estercolero del hospital– rincón mezquino en qué exhalar el último aliento de una vida de heroísmo, de abnegación y de verdadero patriotismo. (127)

Podría decirse que los soldados de 1879 volvieron con un triunfo y que los combatientes de 1982 cargaron con el peso de una derrota inevitable, pero lo cierto es que tanto la narrativa expedicionaria como el relato testimonial de la guerra de Malvinas

³¹¹ El heroico desempeño de Poltronieri durante la guerra y su dura vida posterior ya fueron descriptos en el capítulo II de este trabajo.

señalan que el poder político, que siempre está en Buenos Aires, les deparó el mismo olvido. Separados por un siglo de distancia, los Otros, en la conjunción guerra-desierto de ambos relatos, son naturalmente muy distintos, pero la forma de articularlos ofrece significativas coincidencias.

IV.2. Ese otro desierto

Fabián Bustos (*Crónicas de un soldado*) evoca el desierto del siglo XIX comentando que, en su período de entrenamiento durante el servicio militar, siguió en la pampa una de las rutas de la expedición de Rosas de 1833: “la historia de aquel ejército se yuxtaponía con nuestros movimientos, las cabalgaduras y las fogatas para el mate ahora eran camiones que funcionan como cocinas de campaña” (31). Así plasma una imagen muy echeverriana de ese desierto que “se extendía en sus ondulaciones hasta donde era posible ver” (31).³¹²

Ya durante la guerra de Malvinas, Daniel Terzano (*5000 adioses a Puerto Argentino*) ve a través de su visor “un desierto helado, medio nevado, con luces amarillentas mortecinas o blanquísimas...” (79).

Gómez Centurión (*Partes de guerra*) dice sobre Pradera de Ganso: “Las lomas y praderas de un verde intenso, como un pedazo de campiña británica en medio del desierto” (34).

En 1877 cuando era un recluta de solo 14 años, el futuro expedicionario Prado narra su llegada a destino: “Aquí empezaba el misterio y se abría ante mis ojos, inmensa y enigmática, la puerta sombría del desierto” (196, 133). Durante la expedición de Roca, el experimentado Olascoaga evidencia la misma tensión: “La distancia andada de Nueva Roma hasta aquí, es de cinco leguas. Es esta la primera jornada que hacemos sobre el desierto desconocido, separándonos de la última línea de frontera militar, trazada por el doctor Alsina” (1974, 192).

De todas las observaciones posibles sobre estos testimonios tan distantes en el tiempo, elegimos la idea de que los testigos se ubican en la frontera, allí donde comienza el desierto, ese territorio desconocido y misterioso.

¿Que los testigos de la guerra de Malvinas tenían una tradición fundada por el relato del desierto y prolongada infinitamente por la cultura popular argentina? Es una

³¹² En *Montoneros o la ballena blanca*, la novela de Federico Lorenz, que es uno de los más notables especialistas en el tema Malvinas, el personaje –un guerrillero que llega al Sur ya muy cerca de las Islas– realiza la misma asociación: “Estábamos en un verdadero desierto, y lo mejor que encontramos para quemar eran matas secas de pasto puna. La luz del fogón se extendía...” (2012, 209).

explicación posible que quizá este trabajo solo puede fortalecer indagando otras coincidencias entre ciertos motivos de la narrativa expedicionaria y las señales de identidad del relato testimonial.

Una clave del no-saber de este relato es la extranjería del paisaje: la angustia de no tener mapas, esa clave de la localización geográfica que preocupaba a Guillermo en *Los chicos de la guerra* y a Gómez Centurión en *Partes de guerra*, ya había sido registrada por el experimentado Olascoaga en el siglo anterior al abandonar el territorio cubierto por el telégrafo. Entonces decide contradecir al oficial Daza y elige el rumbo de los expedicionarios según un viejo mapa de Chiclana: “Fácilmente descubrí en seguida todas las relaciones entre la carta y el terreno (215).³¹³ El valor que le asigna a la experiencia in situ es el mismo que recuperan los conscriptos del 82 cuando asumen que el paisaje malvinense no se parece a lo que habían supuesto o fantaseado.³¹⁴

El orientalismo que impulsa la comparación de los conscriptos, nutridos por el cine o la televisión, con paisajes que no conocían está implícito tanto en la queja de Fotheringham en el siglo XIX cuando, al llegar a la confluencia del Limay y del Neuquén, sostiene que las noches eran “noches de Siberia” (1908,189), como en la de Gómez Centurión, que afirma en el siglo XX que las noches de Malvinas eran “noches de Transilvania” (67).³¹⁵

La nominación es otro gesto que reiteran estos protagonistas separados por cien años de distancia: traduciendo del mapuche al castellano, Olascoaga llama “codo de Chiclana” al punto estratégico que elige para definir el rumbo de la expedición. En territorio malvinense el oficial Esteban reconoce que no le gustaban los nombres

³¹³ Chiclana era el ingeniero que había acompañado la expedición de Rosas en 1833.

³¹⁴ En 1879 Olascoaga cuestiona las descripciones de naturalistas –Alfred de Mussy y Charles Darwin– que no conocían el terreno, sosteniendo que la sierra de Choique “es un paisaje diferente al que han pintado nuestros maestros de geografía de la pampa” (216).

³¹⁵ Fernández Bravo (1994) advierte que la localización simbólica del territorio ya preocupaba a Mansilla en *Una excursión a los indios ranqueles*. Como Sarmiento en el *Facundo*, recurrirá a figuras orientalistas para aludir al desierto. Lo cierto es que todos buscan referentes que ilustren la percepción de lo contemplado, esa “Tierra adentro” donde Mansilla afirma no existen los cardales y los ombúes que han cantado los poetas (51), y donde se esconde el poder del “gualicho”, algo que está por encima del valor del gaucho, como dramática y teatralmente lo enuncia el comandante Prado en su conferencia “La ocupación del Río Negro” (5). La experiencia in situ también genera cuestionamientos: Olascoaga dirá de la sierra de Mahuida que “no es el cadáver que nos han descrito como una especie de desierto arábigo” (216). El conflicto de la localización simbólica reaparece en el terreno testimonial como ya se señaló en el capítulo anterior. Gómez Centurión define Malvinas “como un pedazo de campiña británica” (*Partes de guerra*, 34). Daniel Terzano confiesa que le parecía que “estábamos invadiendo un pueblo costero inglés” (*5000 adioses a Puerto Argentino*, 42).

ingleses: “tenían escaso valor para nosotros. Le cambiamos el nombre al pueblo. Unificamos Darwin y Goose Green y lo llamamos Puerto Santiago” (34).³¹⁶

Después de la rendición, el amargado protagonista de *Illuminados por el fuego* se pregunta “qué había de nuestro ahí. Todo era distinto a la Argentina” (77). Excediendo lo geográfico, el interrogante desnuda la misma dificultad de elaboración simbólica de un territorio que en lo conceptual y aun en lo afectivo se percibe como propio, pero cuya experiencia directa denuncia como ajeno.

El hambre y el frío, centrales en la constitución del no-tener, que es una señal de identidad del relato testimonial, también son protagonistas en la narrativa expedicionaria. A pesar de las diferencias históricas, ambos los presentan como formas de victimización perpetradas por autoridades incompetentes, los contratistas que denuncia Olascoaga en el siglo XIX o los oficiales en el caso de los exconscriptos de Malvinas. En ese sentido, podrían leerse el hambre y el frío como una forma de percibir el desierto desde esa realidad contundente que es siempre el cuerpo, tan vigente en 1879 como en el 1982, sujeto a una degradación que obliga a prácticas casi bestiales.

“Hizo un frío espantoso y era tan grande nuestra desnudez...”, comenta el comandante Prado cuando retorna a Choele Choel; y agrega que recuerda a sus compañeros girando en torno al fogón “para evitar que mientras se calentara el pecho, se escarchara la espalda” (1961,126). Y al llegar su regimiento a la confluencia del Limay y del Neuquén, Fotheringham sostiene: “quedamos pues a carne de yegua y absolutamente nada más, ni sal” (39).

Dos meses después de concluida la guerra de Malvinas, Ariel rememora su guardia en Stanley House: “Los ojos empiezan a cerrarse solos, por el cansancio y el frío [...] Llega un momento en que los reflejos no responden” (Kon, 68). Con respecto al otro gran padecimiento, Guillermo cuenta que cuando se acabó la comida comenzó a dispararles a las ovejas de los kelpers (24). Del mismo modo, el protagonista de *Illuminados por el fuego* rememora que sus famélicos camaradas comían la basura de los kelpers (112), y así se describe solo en su pozo de zorro la noche del 12 de junio:

³¹⁶ Roberto *Herrscher* (2007) relata que sus camaradas de la Marina pintaron el letrero que cambiaba el originario “Falkland Islands Company” por “Apostadero Naval Malvinas” (41). Yofre (2011) sostiene que entre los elementos incluidos en los preparativos que realizaban los militares a cargo del operativo de desembarco había “carteles impresos con los nuevos nombres de las calles de Puerto Stanley” (105). Terragno lo confirma relatando que el primer [avión] Hércules que llegó a Malvinas el 2 de abril transportaba un cartel que rezaba “Puerto Argentino”; “uno de los pilotos, el capitán Juan Carlos Hurbik, fue el encargado de colocar ese cartel en lugar de otro que decía Puerto Stanley” (2000, 57). También la llamada “literatura apologética” registra el nominalismo: un teniente correntino recuerda que bautizaron a Puerto Yapeyú a Puerto Howard, en homenaje a la localidad donde nació San Martín (*Malvinas: relato de soldados*, 1986, 53).

[...] mis pies estaban helados, prácticamente había perdido toda sensibilidad y corría el riesgo de contraer una gangrena [...] los guantes estaban mojados y rotos y entonces filtraba agua helada por todos lados. No podía hacer fuego para no dar referencia del lugar al enemigo y yo tenía frío y hambre, todo a la vez. (103)

Naturalmente hay enormes diferencias: en 1879, los expedicionarios del desierto descritos por Prado conocían bien el hambre y el frío que la dura experiencia en los fortines ya había inscripto en la memoria de sus cuerpos. Los conscriptos de 1982, sobre todo los porteños, carecían de esa experiencia, como lo enfatiza *Los peones de Malvinas*, donde García Lerena insiste en que los soldados del interior, que eran mayoritariamente peones rurales, estaban mejor preparados para sobrellevar las duras condiciones de las Islas. Por ejemplo, Oscar Poltronieri dice: “A mí me sirvió la experiencia del campo, porque muchos compañeros míos se quedaron congelados por el frío y yo como estaba acostumbrado al frío y a la helada, entonces no me hacía nada” (188); y el chubutense Miguel Marín recuerda que carneaba ovejas, un saber que refiere a su condición de hombre de campo. Lo llamativo es que veinte años después de concluida la guerra, estos relatos de hombres del interior enfatizan el valor que ganaron en el desierto malvinense sus saberes campestres adquiridos en ese otro desierto ya “domado” (198).

Quizá podría pensarse que, desde el relato, la percepción del desierto crea determinadas condiciones que superan la preparación militar. Algo así insinúa el comandante Prado en el siglo XIX cuando en *La guerra al malón* relata la desgraciada historia de los jujeños incorporados a la expedición de Roca, que no pueden adaptarse al frío del desierto y se van extenuando por los castigos y las malas cabalgaduras. “Ese no vuelve”, recuerda haber dicho cuando enviaron al coya como chasqui al fuerte Roca (121), una intuición que se confirma al enterarse de que el coya había muerto luchando contra los indios.

Siempre fue difícil vivir y guerrear en el desierto pero resulta notable cómo dos narrativas separadas por un siglo de distancia coinciden a la hora de elegir desde dónde relatar esa dificultad.

IV.3. La construcción del héroe

La narrativa expedicionaria del desierto construye héroes, famosos o anónimos, jefes o soldados, individuos o grupos; básicamente son héroes que responden a su condición de militares excepcionales, como Hilario Lagos en *Croquis y siluetas militares* de Eduardo Gutiérrez (1964,45-50), o soldados a los que un hecho inesperado convierte en héroes como el cabo Peralta en *Conquista de la Pampa. Cuadros de la guerra de Frontera* del Comandante Prado (2005,61-73).³¹⁷

El relato testimonial de la guerra de Malvinas también opera la construcción del héroe, aunque por razones comprensibles se refiere más a un héroe colectivo y anónimo que evoca la figura del soldado desconocido. Sin embargo, como en la narrativa expedicionaria, se privilegia el valor en combate y la solidaridad.³¹⁸ Héroe es el coronel Quevedo en *Illuminados por el fuego*, que permanece junto a sus hombres aun en la rendición; héroes son en *Partes de guerra* el joven teniente Estévez, que combate herido hasta el final, y el concripto Poltronieri que ante el avance del enemigo y para facilitar la retirada de sus camaradas, se queda solo disparando su ametralladora (episodios ya analizados en el capítulo II de este trabajo).

Si se lee con atención estos relatos contruidos con los testimonios de compañeros y superiores y, en el caso del teniente Estévez, con una carta enviada a su padre, se

³¹⁷ Sin embargo, el héroe indiscutible es Roca, consagrado tempranamente en 1880 por Olascoaga como un “hacedor”, estadista lúcido, estratega genial, jefe solidario con sus hombres y, sobre todo, el líder que exigían esos momentos cruciales. Así lo evoca Prado en *La guerra al malón*, cuando el éxito de Roca ya era historia: “Una vez al sur del Colorado, nos hallábamos en el más completo misterio, y en adelante iba a guiar nuestra marcha la sola intuición del general en jefe” (114).

³¹⁸ Si bien la narrativa expedicionaria asigna a los oficiales un conocimiento profundo de los soldados, lo que era una característica del ejército napoleónico del siglo XIX y el resultado de la convivencia que imponía la dura vida cuartelera, también critica su mal desempeño, un tema que será central en el relato testimonial de la guerra de Malvinas. Como señala Claudia Torre, la narrativa expedicionaria critica básicamente a los oficiales de menor rango (sargentos, cabos, tenientes), pero para los más importantes –Roca, Villegas, Racado, que estaban lejos de su contacto directo– reserva el rol de modelo y una profunda admiración (2011,107). Solo muchos años después, cuando los antiguos expedicionarios estén lejos de sus obligaciones contractuales con las instituciones que los auspiciaban y de los códigos disciplinarios del Ejército, asoma en sus relatos cierta dosis de humor y grotesco, formas encubiertas de la crítica que es posible encontrar, por ejemplo, en las obras de Fotheringam y de Daza. Los testimoniantes del siglo XX no tuvieron mayoritariamente posibilidad de contacto directo con altos oficiales, y sus referencias a ellos suelen armar un extraño abanico que creemos es una construcción posterior a la guerra y nutrida de informaciones que aparecieron después. Así, muchos cuestionan a Galtieri y Menéndez, transformados en emblemas de los errores cuya denuncia se multiplicó con el tiempo. Bustos (2005) formula una referencia a la admiración que despertaba Seineldín en Malvinas, sin nombrarlo porque ya en esa época era un personaje devaluado. Lo más notorio es el silencio del ex oficial Gómez Centurión en *Partes de guerra* sobre el coronel Piaggi y el general Parada (ver cap. II). Lo grotesco puede ser leído en la única mención que hace Poltronieri en *Los peones de Malvinas*, cuando relata que el general Jofré intercedió para que no fuera castigado por robar comida; recuerda además que este militar le regaló sus guantes (189-190). En 2003, el testimonio del general Balza, que incluye duras críticas a estos militares, revela que en Malvinas llamaban “capanga” al general Parada. Creemos que más revelador es un chiste de soldados que evoca el mismo Balza: “Aquí en Malvinas, tenemos tres enemigos: la GESTAPO [policía militar], el general Parada y los ingleses” (112). En nuestra opinión, una pequeña y anónima expresión de humor farsesco.

observa que aquí también, como en la narrativa expedicionaria, la construcción del héroe oscila entre el sujeto predeterminado por una convicción y aquel que se transforma en héroe por la coyuntura. Tal es el caso de Poltronieri que, al ver cómo morían sus compañeros y ante el inminente avance inglés: “a mí me agarró un ataque de locura y los quería matar a todos” (138).

Quizá un buen epílogo a estas observaciones sea registrar cómo ambas narrativas coinciden a la hora de elaborar los lazos jerárquicos en esa conjunción guerra-desierto. En el siglo XIX, Prado relata que cuando el cabo Peralta, brutalmente herido luego de un combate desigual con los indios, le solicita respetuosamente las nuevas órdenes al teniente Daza, este le ordena que lo abrace (71). En el siglo XX, el narrador de *Los peones de Malvinas* construye una escena similar cuando refiere cómo el joven Poltronieri pide integrar el grupo que defendería el inevitable repliegue de sus compañeros: “conociendo su tozudez, el subteniente le dio un abrazo” (184).

IV.4. Insoslayables

Este capítulo, limitado a marcar coincidencias narrativas sin profundizar su examen, se cierra citando, solo citando, algunos otros motivos que presentan ambas narrativas.

Infaltables son los sacerdotes: el relato de la Expedición de 1879 alude al rol de la Iglesia y de los sacerdotes que, como monseñor Espinosa (1968), evangelizaban al paso y así lo contabilizaban en su diario. Lo mismo hará en el siglo XX el capellán de la armada Angel Mafezzini en su *Diario de un cura soldado* (1982), registrando obsesivamente sus misas y bautismos.

La religión como actora en el terreno de la representación política y de la identificación espiritual queda confirmada por el general Roca celebrando el 25 de mayo, al llegar a Choele Choel, con una misa y una parada militar. Y así lo expresa en el telegrama que le envía al presidente Avellaneda el 1º de junio: “En ninguna parte, se siente uno más cerca de Dios como en el desierto” (citado en Espinosa 1968, 38).

El relato testimonial de la guerra de Malvinas evidencia también la importancia asignada por el poder militar a lo religioso; baste con decir que la operación de desembarco se llamó Operación Rosario, se distribuyeron rosarios entre los soldados y se celebró misa el 25 de mayo de 1982 en Puerto Argentino, aunque, según recuerda el protagonista de *Iluminados por el fuego*, la ceremonia se interrumpió por el bombardeo de los Sea Harriers.

En ambas narrativas las imágenes de los sacerdotes son funcionales al discurso del sujeto narrador: en el siglo XIX, los humildes, casi cómicos, curas de *Una excursión a los indios ranqueles* coexisten con la irónica visión de Olascoaga sobre el distante acompañamiento de monseñor Espinosa. En el siglo XX, el relato testimonial ofrece un verdadero abanico de imágenes. Está el que transmitía mentiras oficiales: “los domingos cuando teníamos misa, el mismo cura nos decía que iba todo bien, que íbamos ganando”, según recuerda Jorge Vázquez en *Los peones de Malvinas* (203); el que colocaba rosarios sobre las bombas inglesas que habían caído sin explotar, evocado por un soldado en *Partes de guerra* (85); y el que portaba armas, algo que nunca olvidó Roberto Herrscher (2007).³¹⁹

Recurrente es la noción de espectáculo: ¿por qué no leerla como un aspecto de la intertextualidad discursiva que poseen ambas narrativas, posiblemente originada en la condición de experiencia inédita que representan para los narradores la guerra y el desierto? Por otro lado, también sería lícito pensar si el espectáculo no es un gesto de distanciamiento, nunca gratuito, del sujeto narrador, motivado por una necesidad de representación que excede lo intrínsecamente testimonial.

En el caso de los expedicionarios es factible que el espectáculo esté ligado al teatro, un género importante a fines del siglo XIX, como lo evidencia por ejemplo Olascoaga cuando relata la misa celebrada al borde del Río Colorado el 11 de mayo: “El espectáculo era espléndido y la actitud de sus actores edificantes” (196). Esa forma de representación volverá encubierta una y otra vez en el relato testimonial, a través de referencias al cine y al rock nacional, inclusive usando desnudamente la idea de espectáculo, como lo hará Daniel Terzano al referirse a los soldados en la retirada como “testigos y espectadores de un espectáculo desolador” (119).

Esta idea posibilita otra mirada sobre el rol de la música que ambos relatos evocan, ya sea recordando la que ejecutaba la retreta del desierto o la que transmitían los altavoces en las Islas, lo cual la transforma en un elemento significativo de la ficcionalización.

Prado rememora que después de llegar al Río Negro, los expedicionarios, ateridos por el frío y la inundación, comiendo carne de caballo, “lo pasaban bailando, al compás de las bandas de música que tocaban, de orden superior, las más alegres piezas de sus repertorios” (131). En el siglo XX, Walter Donado recuerda: “Te ponían la marcha del

³¹⁹ Herrscher, que fue conscripto de la Marina, se recuerda en Bahía Fox “escuchando al cura oficial con la pistola en el cinto y la cruz en el cuello” (102).

regimiento y te inflaban tanto que no pasabas por la puerta. O cantábamos *Aurora* a la mañana y te los querías comer crudos a los ingleses (*Partes de guerra*, 87). Sostiene que en Malvinas cambió su anterior relación con la música porque en las Islas era diferente, allí “Le tomás respeto a esas cosas, cantás sin vergüenza, sin ponerte colorado y si desafinás, desafinás, pero cantás con ganas” (88).³²⁰

Cuarta síntesis provisoria

En *Partes de guerra*, el joven oficial Oscar Reyes narra que, al llegar con las fuerzas del desembarco a la casa del gobernador de las Islas, debe izar la bandera nacional pero en ese momento se rompe la driza. Con mucho esfuerzo, se sube al mástil para enganchar la enseña: “Había que izar la bandera argentina, era la *materialización de la conquista*” (32). Esta frase, como otras citadas en este capítulo, no fue pronunciada por un conocedor de las obras de los expedicionarios del siglo XIX, aunque elige una imagen sintetizadora que remite a ellas en forma incuestionable.

Enfatizando el carácter no definitivo de estas conclusiones, usaremos esta cita para consolidar lo que por ahora es solo una hipótesis muy provisoria sobre el hecho de que cuando la guerra ubica a los testimoniantes en un territorio hostil, inexplorado y diferente, sus discursos se encuentran con la narrativa que en el siglo XIX configuraba la conjunción guerra-desierto.

¿Que eran ávidos lectores de historietas o memoriosos de sus lecturas de la escuela secundaria? Puede ser, pero eso no inhabilita la pregnancia de una tradición literaria que se activa en el relato de los más dramáticos episodios de sus vidas.

Gustavo Caso Rosendi (2009) dirá de su camarada Martín Raninqueo, otro poeta excombatiente: “y el soldado Raninqueo / escribe / inocencias de otros fuegos / ternuras ya perdidas / habla de la tía abuela / de una cajita de música / ‘no entregar Carhué al huinca’ / escribe / Afuera el vivac es una toldería arrasada” (“Última carta”, 62).³²¹ Desde la poesía se alumbró otra lectura de esta historia y una verdad que ninguna indagación puede obviar: muchos de los soldados que fueron a Malvinas eran, como Raninqueo, descendientes de los vencidos del siglo XIX.

³²⁰ Este trabajo ya citó que en el mismo libro, Daniel Terzano recuerda que al llegar a Campo de Mayo tras la rendición, una banda salió a recibirlos. Piensa que fue por propia iniciativa de los músicos y, aún quince años después, no olvida que la marcha que tocaban era *La avenida de las camelias* (182).

³²¹ El vivac es un motivo de la narrativa expedicionaria, ilustrativo de las formas de conexión social de los soldados en tiempo de guerra, donde había recreación y circulaban relatos, algunos fantásticos, con historias sobre personajes singulares, misterios y desaparecidos. No hubo vivacs en la corta estadía de los conscriptos argentinos en las Islas, pero en el relato de los pocos momentos de intercambio entre los jóvenes, también aparecen este tipo de historias (ver cap. II, *Iluminados por el fuego*).

Daniel Mesa Gancedo, en el artículo que cierra el libro de Rosendi, señala la perduración de la consigna de Calfucurá (“No entregar Carhué al huinca”) como un hilo conductor del vínculo Malvinas-desierto: “La guerra de Malvinas es la guerra del desierto y la escritura es reescritura de una historia repetida, en que el bárbaro es el huinca es el inglés es el civilizado” (136). Creemos que, a la luz de la poesía de Raninqueo y Rosendi, Mesa Gancedo revela un indicio de lo que este capítulo ha planteado desde otra perspectiva y trabajando otros textos.

Por último, otra cita permitiría plantear que esta asociación Malvinas-desierto no es exclusiva del relato testimonial. En 1982, en su exilio brasileño, el poeta Néstor Perlongher (1997) había cuestionado sarcásticamente la ocupación militar de Malvinas realizada “en nombre de una abstracta territorialidad “(177) y denunciado “este triste sainete, que obra mediante el casamiento de los muchachos con la muerte” (179). Muy lejos de la tensión que mueve el discurso de los testigos, polemizando con otros exiliados por su adhesión a la guerra, escribe un año más tarde que los reclutas eran “sedentarios en un desierto del que no se deserta” (181).

APÉNDICE

Sustanciales diferencias

La expedición de 1879 fue una operación político-militar muy bien preparada con un aparato propagandístico que a pedido de Roca impulsó Estanislao Zeballos, al que David Viñas (1983, 217) llama “el intelectual más orgánico de la conquista”. En los meses previos los “malones blancos” del ejército nacional ya habían destruido la resistencia indígena, lo que de hecho aseguraba el éxito de la campaña de Roca y lo posicionaba como el candidato ideal para asumir la presidencia del país.

Los soldados de esa expedición eran experimentados militares del desierto pampeano y veteranos de la guerra del Paraguay, que es evocada en *Una excursión a los indios ranqueles* de Mansilla y mencionada en casi todas sus obras posteriores. Si bien hubo críticas en la prensa (Sarmiento, Lupo) y en el Congreso, por parte de quienes diferían sobre el tratamiento que debía darse a los indios, la expedición no generó los antagonismos que creó la guerra del Paraguay.

Por el contrario un siglo después, la guerra de Malvinas fue el último capítulo del agónico proceso militar, el intento de la nueva Junta Militar para neutralizar las diferencias entre las fuerzas armadas y el rechazo de amplios sectores a los crímenes que desde 1976 eran legitimados por la aniquilación del estado de derecho.

Aunque la recuperación de las Islas era un antiguo proyecto de la Armada, motorizado en su momento por el almirante Massera y promovido luego por su sucesor el almirante Anaya, los cronistas ingleses Jenkins y Hastings (1984, 33) entienden que ya la elección de Nicanor Costa Méndez como canciller se debió a que su trayectoria diplomática estaba vinculada con el tema Malvinas. Las más recientes investigaciones hablan del desembarco en Malvinas como un viejo proyecto político actualizado inesperadamente y de una organización militar improvisada que trabajó con la idea de llegar a las Islas, permanecer corto tiempo y retirarse luego al continente.

Si bien es conocido el efecto manipulador de los medios durante la guerra de Malvinas, operando sobre lo que la opinión pública juzgaba mayoritariamente como una reivindicación legítima, la guerra creó contradicciones graves en la *inteligencia* argentina, que en el país o en el exilio adoptaron actitudes diferentes, descritas por Jensen (2007) en su artículo “¿Guerra antiimperialista o maniobra dictatorial?”. Allí la historiadora examina desde el cuestionamiento más frontal –como el de Néstor Perlongher, ya citado en este trabajo– hasta el apoyo que, privilegiando la

reivindicación de soberanía, insinuaba que Malvinas podía convertirse en el hito de una nueva historia, una lectura que de hecho paralizaba el cuestionamiento a la Junta Militar.

En el terreno literario la objeción básica sería que la narrativa expedicionaria del desierto, que no careció de crítica al poder político, fue mayoritariamente escrita en el país que había construido una elite victoriosa que, ya en 1880, había vencido a sus enemigos (los caudillos del interior, los autonomistas porteños, los integrantes de la Confederación Argentina). Como el Martín Fierro de Hernández, muchos de ellos habían iniciado “la vuelta” integrándose al proyecto político que lideraba Julio Argentino Roca, el conquistador del desierto, que dominaría por treinta años el escenario nacional.

La narrativa inspirada en la guerra de Malvinas –los testimonios de excombatientes, las novelas que la tienen como hecho central o aquellas donde funciona como una metáfora de nuestra historia– fue creada en un período de grandes cambios sociales, políticos y económicos donde el primero y más notorio es el advenimiento de la democracia.

El 3 de abril de 1982, *La Razón* publicó un artículo –“Desde la Conquista del Desierto a la recuperación de Malvinas”– que prolongaba una idea sostenida por los apologistas del proceso militar y difundida por sus escribas; legitimaba el proceso militar asignándole un carácter fundacional homólogo al que la Argentina habría vivido en 1880.

El artículo afirmaba que había coincidencias en ambas situaciones históricas y políticas (la Conquista del Desierto y la guerra de Malvinas), en tanto llevaban las fronteras reales hasta las fronteras jurídicas. Leía la impronta del impulso modernizador de Roca en el accionar del gobierno de 1982 e identificaba el fin de las luchas civiles –que había sido prologado por la desaparición del malón– con el de la lucha subversiva. Afirmaba que la conclusión de esa lucha era el antecedente de una nueva unidad nacional como la que habría alumbrado la Generación del 80.

Citamos este artículo que ejemplifica la manipulación mediática de episodios históricos para contextualizar los sucesos del 82, algo común en esa época y que siguió siéndolo inclusive fuera del periodismo masivo. Nos referimos a ciertas lecturas maniqueas del pasado para establecer continuidades e identificaciones con el presente. Sin embargo, aceptamos la paradoja de reconocer la funcionalidad de la cita para este trabajo, ya que nos permite enfatizar la distancia que media entre un abordaje genérico y

no fundamentado de dos episodios históricos y la búsqueda de ciertas coincidencias entre dos discursos narrativos separados por cien años y diferencias sustanciales.

CAPÍTULO V

Conclusiones

Más preguntas que respuestas

Cada capítulo de esta tesis cerró el desarrollo de sus hipótesis formulando una síntesis que siempre definió como provisoria, considerando que la memoria de la guerra de Malvinas es una construcción abierta a los cambios que imprime la mutante relación que los argentinos tenemos con las Islas. Este hecho influyó, y sin duda lo seguirá haciendo, en la evolución de los productos culturales y las investigaciones relacionados con la guerra del 82.

Traté de que mis fuentes bibliográficas fueran lo más diversas posibles, pero nunca perdí de vista que yo era una argentina ya adulta cuando se desencadenó la guerra de Malvinas. Aunque me concentré en un determinado capítulo de la narrativa testimonial (1982-2005) sin buscar allí “el fiel reflejo” de esa guerra, acepto el peso silencioso pero inevitable de mis propios recuerdos en el desarrollo de la tesis.

Concluir con una o varias preguntas, es decir, cerrar este trabajo con interrogantes surgidos del examen de la narrativa testimonial, habilita otra forma de ratificar la pregnancia narrativa de los testimonios, que fue una de las hipótesis iniciales de la tesis, así como también sincera los límites de sus resultados.

1. El trabajo sostuvo que el corpus textual de la indagación estaba relacionado con las distintas visiones sociales de la contienda. Ese corpus fue definido como un itinerario posible del relato testimonial de la guerra de Malvinas, circunscripto en este caso al período 1982-2005 y a libros que eran el producto de la compleja transacción que supone una iniciativa editorial. Se eligieron obras que compiladores y autores concretaron para un público amplio, que muy genéricamente podría definirse como “interesado en la guerra de Malvinas”.

Aunque con posterioridad la narrativa testimonial ofreció obras significativas, como *Los viajes del Penélope* de Roberto Herrscher, lo cierto es que en 2005 el relato testimonial pareciera haber cumplido un camino que lo llevó desde la difusión masiva de *Los chicos de la guerra* de Kon al muy poco citado *Crónicas de un soldado* de Fabián Bustos. Un sendero paralelo al de la transformación de la guerra del 82 en un recuerdo histórico.

Pero también se advirtió que ese corpus textual construía un camino propio que desarrollaba y articulaba múltiples recursos narrativos: la canónica forma de la

entrevista de Kon, el estilo impresionista de Terzano, la novela de aprendizaje de Esteban, el relato coral de Speranza y Cittadini y la crónica casi picaresca de Bustos poseían muchos contenidos en común, pero una forma muy diferente en cuanto a su elaboración discursiva.

Ahora bien: ¿las distintas visiones sociales de la contienda agotan la explicación de ese relato creado para testimoniar la experiencia bélica? Bajo su aparente subordinación al pensamiento epocal, ¿encierra dicho relato aspectos que la desafían, la cuestionan, y que crean interrogantes que aguardan lecturas distintas, quizá en otros momentos de la historia?

Responder a estas preguntas implica un juicio tácito sobre el punto de partida que consideró los libros de testimonios como parte integrante de la narrativa inspirada en la guerra de Malvinas. La respuesta posible surge de la experiencia adquirida en la indagación.

Se leyó la narrativa testimonial del período 1982-2005 como tal, con pocas pero explícitas ideas previas: la guerra fue otro crimen del proceso militar, Malvinas fue y sigue siendo un conflicto de la cultura nacional, y la especificidad de la contienda es una característica insoslayable de los testimonios.

Todos los caminos que abrió el trabajo fueron un producto de esa narrativa. Esta permitió observar cómo el límite impuesto por el dictado de la época era superado por la diversidad de los discursos que, desde la evocación personal, nutrían, por ejemplo, la denuncia de *Los chicos de la guerra*, la emblemización operada por *Iluminados por el fuego*, la singularidad del abordaje de *Partes de Guerra*, que definía la existencia de un relato plural de la guerra, y la heterodoxia de *Crónicas de un soldado*, que rompía con ciertas convenciones forjadas por los testimonios anteriores.

A partir de lo específico y determinante que es la guerra surgieron las variantes de lo también específico y determinante que fue para estos testimoniantes haber prestado servicios en tierra. Así asomó, por ejemplo, el protagonismo (narrativo) que registran la forzada permanencia de los testimoniantes de *Partes de guerra* en Goose Green, o los desplazamientos de Bustos por las calles de Puerto Argentino. En 2012, un exconscripto³²² señaló que “la guerra para nosotros, era nuestro lugar”, y definió su percepción diciendo que era siempre producto de alguien “que puede ver 200 metros”. Si bien estaba refiriéndose a la falta de mapas e información, creemos que también

³²² Marcelo Postogna, “Treinta años, treinta historias”, en *Clarín*, 1/4/12, p. 13.

revelaba un rasgo definitorio del relato testimonial, que es narrar la guerra siempre desde un lugar.

¿Que ese lugar, como producto de una construcción discursiva, excede lo territorial y construye casi un juego de cajas chinas que remite a lo autobiográfico y lo cultural, a lo sucedido en el 82 y lo que vino después, a lo político y lo histórico? ¿Acaso este lugar no es la mejor prueba de la pertenencia del relato testimonial a la narrativa inspirada en la guerra de Malvinas?

2. Este trabajo señaló que los prólogos de los libros del relato testimonial estaban vinculados con las tramas político-culturales que la sociedad articuló en torno a la memoria de la contienda, tanto los escritos por los recopiladores como por los mismos autores. Ofreciendo a sus lectores un relato de la guerra, también les proponían una fórmula que cifrara ese recuerdo: la *guerra-denuncia* en Kon, la *guerra-hito generacional* en Esteban y Borri, la *guerra- relato plural* en Speranza y Cittadini. La *guerra-experiencia histórica* produjo la búsqueda de un referente cultural norteamericano en Leonardo Sacco (prologuista de Terzano) y convocó al aprendizaje de las futuras generaciones en Elena Nosedá (prologuista de Bustos).

¿Son estas modelizaciones producto de las tensiones político-culturales que las generaron, o todavía hoy proyectan su vigencia con los lógicos cambios que impusieron el paso del tiempo y la información acumulada? Si bien únicamente un análisis exhaustivo de la producción testimonial posterior podría responder a este interrogante, habría que preguntarse además si los nuevos prólogos reiteran no solo algunas de esas consignas de lectura, algo típico del género prologal, sino cómo las realizan.

El examen de esas construcciones en los prólogos del período aquí estudiado revelaron su funcionalidad para detectar lo epocal, pero abrieron otros interrogantes ligados a la evolución del relato testimonial, que aconsejan no enterrarlas como producto del pasado. Este trabajo observó cómo la guerra de Vietnam aparecía mencionada por prologuistas y autores. Sacco, en *5000 adioses a Puerto Argentino* (1985), proponía las consignas antibelicistas de la cultura beatnik; en 2000, tomando el título de una canción de Andrés Calamaro, Riera llamaba “Nuestro Vietnam” a las crónicas que relataban historias de excombatientes suicidas y alienados. Eran obras muy distantes en el tiempo, en los propósitos que las movilizaban, y ninguno de los testimoniantes aludía específicamente a esa guerra ni a la cultura contestataria

norteamericana.³²³ Parecía sencillo entonces advertir el uso de un referente cultural muy conocido, un gesto exterior a los testimonios que modelizaba su lectura.

Si bien seguimos pensando que las guerras de Malvinas y Vietnam no permiten homologación alguna, lo cierto es que en el relato de su segunda vuelta a las Islas el excombatiente Gabriel Sagastume (2012) identifica a su generación con la cultura beatnik; recuerda el impacto de las consignas antibelicistas norteamericanas, aunque evocando al pibe que era en el 82, reitera todas las señales de identidad que examina este trabajo. Podría decirse que hay circunstancias condicionantes,³²⁴ pero nada modifica el hecho de que *El rock de las Malvinas* pertenece al relato testimonial tanto como las obras aquí trabajadas.

Más allá de nuestra certeza de que Malvinas es una tensión abierta en la cultura argentina, lo que explicaría el intento y la imposibilidad de modelizar la lectura de la guerra, creemos haber demostrado la conveniencia de que cualquier examen del relato testimonial evite generalizaciones que excluyan su perspectiva futura.³²⁵

3. La imagen de “los chicos de la guerra” fue una construcción mediática formulada sobre el hecho evidente de que los conscriptos eran adolescentes. Ahora bien: ¿por qué los testimoniados del período 1982-2005 aceptan esa construcción y hacen de su “ser pibes” una definitoria señal de identidad? No importa la historia que cuente ni quién es cuando evoca su experiencia bélica, el sujeto narrador transforma en central, casi excluyente, la adolescencia de su sujeto narrado aunque, como en el caso de Terzano, que no era un adolescente, deba concretar una identificación con esos jóvenes.

¿Continúa la creación mediática que con el paso del tiempo se transformó en un verosímil realista inexcusable en cualquier representación de la guerra, o en realidad sigue la tradición política argentina de sacralizar a los jóvenes? ¿Está respondiendo a ese fenómeno cultural de la naciente democracia, que depositaba en los jóvenes el rol de actores de un presente que debía elaborar la pesada carga del pasado, sobre el cual,

³²³ Ya se señaló que solo Terzano, autor de *5000 adioses a Puerto Argentino*, lo hará muchos años después en *Partes de guerra*.

³²⁴ La obra dialoga con el relato testimonial anterior, especialmente con *Iluminados por el fuego*. Identificado con el rock inglés desde su adolescencia, Sagastume concreta su segundo retorno a Malvinas acompañando a una banda de rock anglo-argentina “Los Draytones”. El autor pertenece a una institución platense que reúne a excombatientes, su libro fue publicado por una editorial pequeña y no tiene difusión comercial.

³²⁵ La tesina de Andrea Belén Rodríguez incluye el testimonio de Claudio Guida, un conscripto que quedó a cargo de sus compañeros en la Península de Camber : “*Nosotros éramos una comunidad hippie que vivíamos sin mando*, estaba todo bien” (128) .Muchos años después de la guerra, en un testimonio brindado fuera del circuito editorial, este testigo, que había sido militante juvenil comunista, convoca al hippismo para configurar una situación dramática pero libre, ya que él y sus camaradas no tenían figuras de autoridad.

leyendo distintos productos culturales de la época, Schwartzman ironizó parafraseando una consigna electoral de Alfonsín: “Ahora, los jóvenes”?³²⁶

Cualquier respuesta a estos interrogantes explicaría su funcionalidad en la etapa de advenimiento de la democracia, pero esta señal de identidad se prolonga mucho tiempo después, aun en relatos de “la vuelta a Malvinas”, como los de Esteban y Sagastume, cuando la ya inevitable referencia al pasado inmediato aparece en distintas y muy distantes fórmulas que incluso encubren sus propias experiencias personales.

Lo cierto es que ese pasado y sus protagonistas asomaron en la literatura y en obras testimoniales hasta tal punto que, como observaron los críticos, neutralizaron la memoria del crimen de la guerra de Malvinas, creando lo que Tozzi (2012) llama el “limbo mnémico”, una posguerra subsumida en la posdictadura.

¿Respondían los testimoniados, mayoritariamente urbanos (porteños o bonaerenses) a excepción de los de *Partes de guerra*, a una visión de la contienda –vvida con distancia en Buenos Aires a diferencia de otras zonas del país– que presentaba como único logro haber recuperado la democracia?³²⁷

¿Se transformaban así en actores “impolutos” de un logro frágil cuya mera instalación invitaba a callar la historia anterior, y de ese modo explicaban su silencio sobre los crímenes del proceso militar o episodios de violencia política sufridos en carne propia?³²⁸

Pero ¿acaso la literatura inspirada en el escenario bélico, escrita entre 1982 y 2005, forjó mayoritariamente otros protagonistas que no fueran pibes, cercados por el hambre, el frío y el autoritarismo de sus superiores, padecimientos que luego se convertirían en el recuerdo traumático que los perseguiría en su “después de Malvinas”? Los protagonistas literarios, como Felipe Félix (*Las Islas de Gamerro*), también silencian su historia anterior a la guerra.

³²⁶ Schwartzman desarrolla estas ideas en un artículo publicado en *El Ojo Mocho* (“Llegar a jóvenes. Entre el travestismo y la disponibilidad”). Resultan significativos los títulos elegidos para iniciar sus comentarios sobre dos películas: “Un muro de lamentos” para *Un muro de silencio* de Lita Stantic (1993), y “Respuestas previas” para *El viaje* de Fernando Solanas (1992).

³²⁷ Desde los conscriptos testimoniados hasta el mismo general Balza sostienen que la guerra fue esencial en el advenimiento de la democracia. Esto habría generado una debilidad de origen en esa democracia, como lo plantea el filósofo Rozitchner (ver Belloti 2012). Desde otra perspectiva, los historiadores Novaro y Palermo (2006) sostienen que la derrota de Malvinas acotó los márgenes de negociación de los militares en una retirada del poder civil que ya percibían como inevitable.

³²⁸ Asumiendo que quizá haya otros testimonios similares a los que no hemos tenido acceso, señalamos que en 2012 un exconscripto, militante del PST, Juan Salvucci, narra que fue secuestrado por la Triple A antes de ir a Malvinas (“Malvinas, 30 años 30 historias”, “Suplemento Especial” de *Clarín*, 1/4/12, p. 12). En *Guerreros sin trincheras*, la tesis de Andrea B. Rodríguez, el exconscripto de la Marina Claudio Guida destaca el conocimiento previo que le daba su condición de militante de la Federación Juvenil Comunista y el hecho de tener en esas épocas familiares detenidos-desparecidos.

Transformando la guerra en un episodio de sus biografías individuales, territorio fundante de una experiencia definitoria cuyo peso se prolongará toda su vida, la narrativa testimonial nos habla de muy distintos pibes, pero siempre de pibes. Aunque la corta edad no siempre forme parte de las consignas de modelización de sus relatos, resulta central en la construcción de su imagen, desde donde proponen una determinada visión de la contienda.

Así nacen los chicos con destino manifiesto de Kon, el testigo verosímil e ilustrado de Terzano, el adolescente frente a un aprendizaje decisivo de Esteban, los protagonistas de uno de los relatos bélicos posibles de Speranza y Cittadini, y el pibe pícaro, casi un antihéroe, de Bustos.

La investigación se inició en ese “A vos te falta Malvinas” y debemos reconocer que volvió siempre a esa frase polisémica que, desde el relato testimonial, puede leerse como una alusión al saber revelado en las Islas, el que critica al gobierno que había decidido el desembarco y la sociedad que lo había exaltado; refiere además a un territorio que se ha vivido como extranjero, escenario de transformaciones personales impensables y de memorias traumáticas que marcarán su vida futura.

Seguramente los jóvenes conscriptos hablan de su experiencia bélica, pero sus discursos cifran también aspectos de todo lo que aún hoy transforma a Malvinas en una tensión abierta de la historia y la cultura argentinas. En el extenso arco que dibuja esa tensión, este trabajo ya señaló, para dar solo dos ejemplos extremos, el sentimiento de pertenencia y aquello que in situ lo contradice –como el paisaje y la cultura ajenos de las Islas–, así como también la necesidad de recurrir a ciertos motivos de antiguas tradiciones literarias para configurar el relato de la experiencia.

En 1982, durante poco más de setenta días, los testigos vivieron una forma terrible de tener las Islas, y sus testimonios nos advierten además que hicieron de Malvinas un significativo que todavía abarca significados de la más diversa naturaleza. Solamente siguiendo los testimonios forjados por el mismo testigo en distintas épocas, como Terzano o Bustos, podríamos anticipar cómo su narrativa resemantiza ese lugar de pertenencia que construye su memoria.

En ese sentido, creemos que los testimonios, los ya forjados y los futuros, pueden dar indicios para explorar otros itinerarios que nos acerquen a entender mejor el sentido que tenía en 1982 y lo que ahora representa ese “A vos te falta Malvinas”, comenzando por el hecho obvio de que, si bien la frase suena a giro porteño, señala una verdad tanto de los conscriptos urbanos como aquellos del interior, muchos de la “Argentina profunda”.

Bastaría asomarse a los retratos de excombatientes de todo el país realizados por Juan Travnik para vislumbrar la dimensión que sigue teniendo hoy “A vos te falta Malvinas”.³²⁹

4. El no-saber, no-tener y no-poder es definitorio en los testimonios: las carencias materiales ya habían sido denunciadas por la prensa, más aun aparecen en la literatura apologética creada para exaltar la guerra y la actuación de los militares.

Ya en 1982, los testimoniantes de Túrolo, oficiales cercanos a los 30 años, plantean el no-saber: “Una marcha muy penosa, no conocíamos bien el terreno” (94); y, aludiendo a los mapas que tenían nomenclatura inglesa: “Esta cartografía es la que ellos usaban en las Islas [...] Recién al final nos llegó alguna cartografía [...] de conocimiento popular. Ahí figuraban los nombres en castellano” (53). Para ellos también Malvinas era un interrogante: “No teníamos una conciencia real de lo que podía ocurrir” (45), aunque alguno aluda a los enfrentamientos anteriores con la guerrilla en Tucumán, asumiendo e identificándose con lo actuado por el proceso militar.

Su no-tener aparece encubierto en la sorpresa de un oficial frente a los numerosos helicópteros ingleses que hacían en corto tiempo lo que a ellos les llevaba días (133). Pero también aparecen la referencia al cine y cierta visión farsesca: “Nosotros vimos todo esto desde la platea” (48), “Parecía una película cómica cada vez que sonaba una alarma “(49).

Tres años más tarde, el historiador militar Isidoro Ruiz Moreno, en un libro dedicado a relatar y exaltar la labor de los comandos en Malvinas, recordará la impresión que causó en esos oficiales, recién desembarcados en las Islas, el pedido de los soldados que estaban al borde del camino: “Ché, tírennos algo de comer, por favor, ustedes que recién llegan” (1986,195). Tan explícito como el recuerdo de otro comando sobre la forma en que fue recibido en Madryn: “Me despidió mejor el enemigo que lo que me recibió la propia tropa” (437).

Queda claro pues que ciertas configuraciones del no-saber y del no-tener de los exconscriptos son definatorias pero no exclusivas, también están en otros discursos.

¿Cuál es la diferencia? Aunque ambos proporcionan un relato de la guerra a partir de la experiencia de los testigos, la literatura apologética focaliza en su accionar bélico, reivindicando la política que decidió el desembarco, más allá de las críticas a su organización. En el relato testimonial, los conscriptos hacen de lo vivido en las Islas una

³²⁹ En la década del 90, Travnik viajó por todo el país fotografiando a excombatientes. Este material organizó su libro *Malvinas, retratos y paisajes de guerra* (2008), que contó con textos de Graciela Speranza.

experiencia totalizadora, fundante y resematizante, donde su propio accionar bélico se construye con otros elementos y de manera distinta. Esto transforma sus señales de identidad, las configuraciones que narran su experiencia en Malvinas, en formas de representar una guerra que manifiestan no poder definir ni contar y que, podría decirse, no existe fuera de esas construcciones. Este trabajo ya indagó cómo ellas también se encuentran en las ficciones iniciales inspiradas en el escenario bélico, más allá de que con el transcurso del tiempo, testimonios y ficciones hayan dialogado nutriéndose mutuamente.

La narrativa que elabora esas formas de representación revela que recibió el aporte de distintos productos culturales. Fundamentalmente, de la televisión, porque los testimoniados urbanos eran la primera generación que había crecido mirando la televisión; también del cine, el rock nacional y –como un eco lejano– de la narrativa expedicionaria del desierto del siglo XIX, probablemente transmitida por la historieta.

Sus silencios –por ejemplo, sobre los episodios terribles que habían acaecido en el país antes de que fueran enviados a Malvinas– son tan pregnantes como las voces que construyen imaginarios convencionales (la imagen materna, los símbolos patrios o la diferencia Buenos Aires-interior).

“Literatura no académica”, como la definió Beatriz Sarlo,³³⁰ producto complejo entre la voluntad de testimoniar y el cálculo del interés del público lector que hace cualquier editorial, siempre ligado además a las distintas visiones sociales de la contienda: ¿este encuadre es definitorio o simplemente señala hechos insoslayables en el análisis de la narrativa testimonial?

¿Explican estos hechos por qué los jóvenes conscriptos configuran sus señales de identidad a partir de carencias, o por qué constituyen como fundante su experiencia bélica y sus registros narrativos ofrecen notables coincidencias con obras que difícilmente conocieran? ¿Qué une sus evocaciones con los recuerdos del expedicionario Prado del siglo XIX y del judío Primo Levi en los campos de concentración nazis del siglo XX?

¿Acaso alumbran por qué los programas televisivos que miraron en su infancia se transforman en una referencia ineludible para configurar los aspectos farsescos que perciben en la situación que están viviendo o en sus más enconados enemigos? Por último, eligiendo aunque no agotando los interrogantes: ¿nos permiten leer su imagen

³³⁰ Ver Introducción (Sarlo 2007, 29).

del Otro (el oficial abusador argentino, el kelper, los militares británicos) sin pensar en quién, por qué y cómo depositan la condición de enemigo?

Siquiera poder formular estas preguntas es un producto de la narrativa testimonial del período 1982-2005. Ahora bien, responderlas es mucho más complejo y quizá sea inevitable aceptar a priori que cuando alguien testimonia sobre una experiencia límite hay una tradición literaria que se le ofrece generosamente, la conozca a través de sus productos originales o de la cultura popular que la difundió. Por otro lado, resulta importante reconocer que ese tipo de experiencias homologa coincidencias más allá de lo que se puede explicar, como es no poder hablar de la muerte, lo cual –según Primo Levi y los pibes de Malvinas– es patrimonio de los que ya no pueden volver para hacerlo.

Quizá el último cruce que proponemos solo sirva para multiplicar estos interrogantes: las pequeñas pero reiteradas citas de Davoine y Gaudillère ya advirtieron que ciertos motivos del relato testimonial argentino aparecen en los discursos de excombatientes de la Segunda Guerra Mundial.

Considerada la última guerra convencional del siglo XX, Malvinas promovió también un amplio relato testimonial inglés. Citar ahora una de sus obras permitirá volver a examinar la singularidad del relato forjado por los argentinos. Nos referiremos brevemente a Robert Lawrence, un oficial perteneciente a una familia de militares, que tenía 22 años cuando combatió en Malvinas, de donde retornó cuadripléjico. En 1988 publicó *Después de la batalla. Tumbledown*. Allí Lawrence alude a su falta de experiencia, recordando que semanas atrás de llegar a las Islas estaba haciendo guardia en el Palacio de Buckingham (27), algo que no era lo apropiado para “librar una guerra en una pequeña isla abandonada de la mano de Dios, en medio de los quintos infiernos” (27).³³¹

A diferencia de los testimoniantes argentinos, Malvinas no forma parte de su historia cultural; más aún, el relato testimonial inglés es rico en referencias jocosas que revelarían la ignorancia de los británicos sobre las Islas. Sin embargo, Malvinas tenía una presencia en la literatura inglesa del siglo XX, un hecho que tampoco registran los trabajos críticos argentinos sobre las ficciones inspiradas en la guerra. En *Un mundo feliz*, la novela que el británico Aldous Huxley publicó en 1932, se despliega la utopía

³³¹ La banalización de las Islas como causa bélica, un tema que este trabajo ya ha explorado, también aparece en el relato testimonial británico. Desde Sandy Woodward, el jefe supremo de la Royal Navy durante la guerra, quien acepta que “de ninguna manera las Falkland valen la pena de una guerra, la ganemos o no” (1992, 97), hasta el teniente pacifista David Tinker, que moriría en las Islas, hablando de la necesidad de “resolver una disputa por una roca con población de aldea” (1983, 44).

de una sociedad súper evolucionada tecnológicamente y sin libertades individuales. Allí se reitera la visión de las Islas (Falkland en la novela) como un lugar hostil y desértico cuando el rebelde profesor Helmholtz, que ha cuestionado el rígido sistema imperante, lo elige para purgar su condena porque considera que su paisaje desértico será un justo castigo (2004, 183-184).

Lawrence desconocía probablemente a su compatriota Huxley,³³² pero reitera una visión de las Islas como un peñasco desolado e inútil, visión que repetirán políticos e intelectuales de todas las épocas (ver capítulo II), tan vigente en 1982 como en la actualidad, inclusive en la opinión de un kelper notorio como John Fowler, que vivió la guerra y habla de Malvinas como una obsesión extraña para los argentinos, una obsesión por “unas islas con rocas, ovejas y tres mil personas”(Larraquy 2012, 36).³³³

Lawrence recuerda que en Tumbledown la defensa argentina más externa estaba integrada por conscriptos adolescentes, pero que luego debió enfrentar a marinos experimentados en la guerra civil argentina: “Habían tenido años y años de agresión: estaban acostumbrados a ella” (27).³³⁴ Nos permitimos señalar que más allá de la forma en que se refiere a la brutal represión del proceso militar, lo cierto es que el inglés incorpora una referencia a la historia argentina reciente.

Su evocación incluye el pozo de zorro: “Al minuto de cavar un pozo, éste se llenaba de agua casi congelada y teníamos que dormir” (24); el hambre: “Al cabo de dos días nos informaron que nuestras raciones debían durar el doble, pero ya era un poco tarde para eso porque habíamos comido las dos terceras partes” (24); y el frío: “El tiempo estaba horrible y la gente medio desnuda [...] aparecieron la hipotermia y otros problemas” (24).

Lawrence también se refiere al discurso televisivo como inspirador del relato de los excombatientes, y se vale del cine para explicar que el viaje a las Islas “Era algo parecido a una película de Julio Verne, pero también parecía un sueño” (23). Al volver

³³² También es difícil saber si Huxley conocía a su ilustre compatriota Samuel Johnson, que en el siglo XVIII había escrito sobre las Islas, refiriéndose a “la disputa de unos pocos trozos de tierra que, en los desiertos del océano casi habían escapado a la vista de los hombres...” (*Perfil*, 4/4/10, p. 5).

³³³ Aunque es posible que los yacimientos petrolíferos malvinenses hayan cambiado esta visión, que por otra parte nunca negó el rol estratégico de las Islas en el control del Atlántico sur –un hecho siempre considerado por los especialistas–, nos referimos a esa configuración de Malvinas como una zona carente de atributos positivos, “deseables”, que en muchos casos permitió banalizar una guerra que era condenable por otras razones, básicamente por ser una guerra, y que proyectó esa visión al relato de la contienda forjado por los exconscriptos.

³³⁴ Cuatro años más tarde, el paracaidista inglés Vincent Bramley, que realiza un descarnado relato de la batalla británica en los montes, confirma esta visión: “Tumbledown era un hueso duro de roer para la guardia que, al igual que nosotros, no sólo tuvo que enfrentarse a soldados conscriptos sino a fuerzas especiales y regulares” (1991, 195).

gravemente herido, comprueba que su idea de que serían tratados como héroes era errónea: los británicos ocultan a sus heridos y no les permiten asistir al Desfile de la Victoria presidido por Margaret Thatcher. Ante la indiferencia y la falta de apoyo a los veteranos concluye: “resultó que luchamos solos” (47).

Al igual que muchos argentinos respecto de su participación en la guerra, Lawrence piensa: “lo que hice en Malvinas valió la pena. Sigo creyendo que lo que hice debió ser hecho” (152); al mismo tiempo, no oculta el desengaño de comprobar que “Nosotros fuimos ‘sus muchachos’ peleando en las Malvinas, y cuando la guerra terminó nadie quiso saber nada más” (153). Tampoco falta la referencia al oscuro uso del dinero donado por la gente durante la guerra.

Este joven británico, cuya lesión lo obliga a forjarse otro destino, concluye su testimonio manifestando que quiere revelar a los ingleses la condición sangrienta de la guerra de Malvinas: “creo tener el deber de *informar a mi generación* no sólo acerca de cómo fue la lucha, sino también lo que puede sucederle a un soldado que resulte herido para hacer que la gente piense dos veces antes de involucrarse en otra guerra” (153).

Las citas eximen de cualquier comentario: aquí también están la falta de entrenamiento, el hambre, el frío, las referencias a la televisión y al cine, la soledad del regreso, inclusive cierta versión inglesa de la “causa justa” y un cauto alegato antibélico.

Esta somera revisión de testimonios de oficiales argentinos y de un joven combatiente inglés permite apreciar que los registros narrativos podrían equipararse, pero del lado británico no aparecen aquellas claves de subjetividad que definen el relato testimonial de los conscriptos aquí estudiado; para ellos, la forma de representar la guerra supone un territorio caracterizado por su ser pibes, no-saber, no-tener y no-poder.

Volviendo a “A vos te falta Malvinas”, creemos que todavía queda mucho por investigar para saber qué encierra esta frase o de qué manera la evolución posterior de la historia cultural argentina la cargó de sentidos. Este trabajo lo ha intentado en un período acotado (1982-2005) y durante su transcurso se demolieron algunas de nuestras certezas, se modificaron ciertas opiniones y aparecieron dudas que aún siguen vigentes.

□—□

Aunque la tesis no ha analizado el rol materno en los testimonios ni en la literatura inspirada en el escenario bélico, quiero concluir la rindiendo un tributo:

a las Madres de la Plaza que enarbolaron durante la guerra la consigna “Las Malvinas son argentinas, los desaparecidos también”, testimoniando sobre una forma de memoria que aún hoy conserva su valiente lucidez;

a la madre de Fogwill que, postrada por la enfermedad y mirando por televisión las noticias de la contienda, recibió a su hijo diciéndole “Hundimos un barco“. Según el autor, esta frase fue un disparador para escribir *Los pichiciegos*, una obra que testimonia el nacimiento de una identidad literaria;

a mi mamá, quien la noche en que, tras la rendición, el noticiero televisivo comunicaba –no mostraba– la llegada de los conscriptos de Malvinas a Buenos Aires, dijo: “A estos chicos habría que ir a recibirlos”. Para mí, otro testimonio de su amor por la justicia. Ella, que tanto miedo había tenido en los años de plomo, insistió en acompañarme a la Plaza de Mayo cuando los carapintadas se sublevaron. Era la primera vez en su vida que participaba de una manifestación.

BIBLIOGRAFÍA

Corpus textual

- Alonso, Alejandro (2003), “Hombres y piedras”, en *Revista Axxon*, 125 [disponible en: [aaxon.com.ar/rev/125c-125Cuento.H y P.htm](http://aaxon.com.ar/rev/125c-125Cuento.H%20y%20P.htm); última consulta: 6/1/11].
- Ares, Daniel (1994), *Banderas en los balcones*, Buenos Aires, De la Flor.
- Belgrano Rawson, Eduardo (2007), “El misil”, “La casa de John” y “Darwin”, en *Clarín* [disponible en: <http://www.clarin.com/suplementos/especiales/2007/04/02/1-01392034.htm>; última consulta 1/11/10].
- Bustos, Fabián (2005), *Crónicas de un soldado*. Buenos Aires, Distal.
- Eckhardt, Marcelo (1993), *El desertor*, Buenos Aires, Ediciones Quipu.
- Esteban, Edgardo (2007), *Iluminados por el fuego. Confesiones de un soldado que combatió en Malvinas*, Buenos Aires, Página 12/Editorial Sudamericana.
- Fogwill, Rodolfo (2008), *Los pichiciegos*, Buenos Aires, Interzona.
- Forn, Juan (1992), “Memorándum Almazán”, *Nadar de noche*, España, Planeta, pp. 43-76.
- Fresán, Rodrigo (1991), “El aprendiz de brujo” y “La soberanía nacional”, *Historia Argentina*, Buenos Aires, Planeta, pp. 11-33 y pp. 89-93.
- Gamerro, Carlos (1998), *Las Islas*, Buenos Aires, Ediciones Simurg.
- García Lerena, Roberto (2009), *Los peones de Malvinas*, Buenos Aires, Runa Comunicaciones.
- Gardini Carlos (1983), “Primera línea”, *Primera Línea*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 153-168.
- (2004), “El beso de la valquiria”, en *Revista Axxon*, 142 [disponible en: [aaxon.com.ar/rev.142/c-142Cuento 1.htm](http://aaxon.com.ar/rev.142/c-142Cuento%201.htm); última consulta: 13/1/11].
- Herrscher, Roberto (2007), *Los viajes del Penélope. La historia del barco más viejo de la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Tusquets Editores.
- Kon, Daniel (1983), *Los chicos de la guerra. Hablan los soldados que estuvieron en Malvinas*, Buenos Aires, Galerna.
- López, Fernando (1986), *Arde aún sobre los años*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Mansilla, Lucio V. (1962), *Una excursión a los indios ranqueles*, Buenos Aires, Espasa Calpe.
- Molina, Ignacio (2006), *Los estantes vacíos*, Buenos Aires, Entropía.

- Nielsen, Gustavo (1997), *La flor azteca*, Buenos Aires, Planeta.
- Olascoaga, Manuel (1974), *Estudio topográfico de La Pampa y Río Negro*, Buenos Aires, Eudeba.
- Prado, Manuel (1961), *La guerra al malón*, Buenos Aires, Eudeba.
- (2005), *Conquista de la Pampa. Cuadros de la Guerra de Frontera*. Buenos Aires, Taurus.
- Riera, Daniel (2010), *Nuestro Vietnam y otras crónicas*, Buenos Aires, Aguilar.
- Sagastume, Gabriel (2008), *La lluvia curó las heridas. Viaje a las islas Malvinas*. Buenos Aires, Libros de la Tablita Dorada.
- (2012), *El rock de las Malvinas*, La Plata, (edición del autor).
- Speranza, Graciela y Fernando Cittadini (2007), *Partes de guerra. Malvinas 1982*, Buenos Aires, Edhasa.
- Terzano, Daniel (1985), *5000 adioses a Puerto Argentino*, Buenos Aires, Editorial Galerna.
- Vieytes, Raúl (1999), *Kelper*, Buenos Aires, Clarín/Aguilar.
- Vitagliano, Miguel (1991), *Posdata para las flores*, Buenos Aires, Ediciones Último Reino.

Corpus crítico

- Anderman, Jens (2000), *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*, Rosario, Viterbo Editora.
- Arfuch, Leonor (2002), *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de la Argentina.
- Carbone, Rocco y Ana Ojeda (2010), “Estallidos: de la democracia a la depresión”, *De Alfonsín al menemato (1983-2001). Literatura argentina Siglo XX*, Buenos Aires, Fundación Crónica General, pp. 11-56.
- Drucaroff, Elsa (2007), “Malvinas: una mancha temática que aún sangra”, en *Perfil*, suplemento *Cultura*, 25 de marzo, pp. 8-10.
- (2011), *Los prisioneros de la torre*, Buenos Aires, Emecé Editores.
- Eckhardt, Marcelo (2010), “Las ciudades utópicas en la literatura argentina” [disponible en: <http://www.uchilecl/bibliotecas>; última consulta: 5/10/10].

- Fernández Bravo, Álvaro (1994), *Literatura y frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*, Buenos Aires, Sudamericana/Universidad de San Andrés.
- Ferro, Roberto (1998), *La ficción. Un caso de sonambulismo teórico*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Fienkielkraut, Alain (1990), *La memoria vana. Del crimen contra la humanidad*. Barcelona, Editorial Anagrama.
- Guber, Rosana (2011), *¿Por qué Malvinas?*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Kohan, Martín, Oscar Blanco y Adriana Imperatore (1994), “Trashumantes de neblina, no las hemos de encontrar”, en *Espacios de Crítica y Producción*, nº 13, pp. 82-86.
- Kohan, Martín (1999), “El fin de una épica”, en *Punto de Vista*, nº 64, pp. 6-11.
- Levi, Primo (1989), *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, Muchnik Editores S.A./Editorial Biblos.
- (1998), *Si esto es un hombre*, Barcelona, Muchnik Editores S.A./Editorial Biblos.
- López Casanova, Martina (2008), “¿Una historia ‘fuera de escena’ o un relato ‘fuera de lugar’?”, *Literatura argentina y pasado reciente. Relatos de una carencia*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional-Universidad Nacional de General Sarmiento, pp. 79-95.
- López, María Pía (2010), “Soldados, testigos y escritores”. *De Alfonsín al menemato (1983-2001). Literatura argentina Siglo XX*, Buenos Aires, Fundación Crónica General, pp. 151-163.
- Lorenz, Federico (2006), *Las guerras por Malvinas*. Buenos Aires, Edhasa.
- (2009), “La herida de Malvinas aún no cierra”, en *Clarín*, sección *Opinión*, 24 de septiembre, p. 31.
- Molina, María Elena (2008), “La guerra de Malvinas”, en *Espéculo*, p. 39 [disponible en: <http://www.dialnet.uniroja.es.html>; última consulta: 7/7/10].
- Molloy, Sylvia (1996), *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Noffal, Rosario (2002), *La escritura testimonial en América Latina. Los imaginarios revolucionarios del Sur 1970-1990*, Tucumán, UNT.

- (2009), “Literatura y testimonio”, en Miguel Dalmaroni, *La investigación literaria*, Santa Fe, UNL, pp. 147-164.
- Sarlo, Beatriz (1994a), “No olvidar Malvinas. Sobre cine, literatura e historia”, en *Punto de Vista*, nº 49, pp. 11-15.
- (1994b), “¿La voz universal toma partido? Crítica y autonomía”, en *Punto de Vista*, nº 50, pp. 5-9.
- (2007), *Tiempo pasado. Cultura de la memoria*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Schwartzman, Julio (1994), “Llegar a jóvenes. Entre el travestismo y la disponibilidad”. “Un muro de silencios”, “El viaje”, en *El Ojo Mocho*, (material proporcionado por el autor).
- (1996), “Un lugar bajo el mundo: *Los pichiciegos* de Rodolfo E. Fogwill”, *Microcrítica: lecturas argentinas*, Buenos Aires, Biblos, pp. 133-146.
- Segade, Lara (2009), “Usos formales del testimonio: el caso de los chicos de la guerra”, Ponencia, Actas del II Congreso Internacional “Cuestiones Críticas”, Rosario [disponible: http://www/org/publicaciones/index.php.pa=118_cat9; última consulta: 22/4/11].
- Torre, Claudia (2011), *Literatura en tránsito. La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
- Tossi, Verónica s/f, “Lo otro de la memoria. Olvidos, historias y testimonios de las Malvinas de posguerra”, *Dossier Malvinas* [disponible en: <http://www.no-retornable.com.ar/v2/dossier>; última consulta: 3/11/10].
- Vezzetti, Hugo (2003), *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.
- Vitullo, Julieta (2007), “Ficciones de una guerra. La guerra de Malvinas en la literatura y el cine nacional”, Tesis de Doctorado, New Brunswick Rutgers, The State University of New Jersey [disponible en: <http://lefty64.scc.net.rutgners.edu>; última consulta: 3/6/10].

Bibliografía general

- Agamben, Giorgio (2009), *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*, Valencia, Pre-textos.

- Anderson, Benedict (1993), “Las raíces culturales”, *La comunidad imaginada*, Barcelona, Paidós, pp. 26-60.
- Autor no mencionado (2007), “Festival de la solidaridad latinoamericana. ¿Cómplices o ingenuos?”, en *Puentes. Revista de la Comisión Provincial de la Memoria*, n° 20, marzo, pp. 63-64.
- Autor no mencionado (2012), “Malvinas, 30 años 30 historias”, *Clarín, Suplemento Especial*, 1 de abril.
- Balza, Martín (coord.) (1986), *Malvinas. Relatos de soldados*, Biblioteca del Suboficial, Volumen, n° 154, Buenos Aires, Editorial Lilo.
- (2003), *Malvinas. Gesta e incompetencia*, Buenos Aires, Atlántida.
- (2012), “Malvinas: un regreso cruel y sin gloria”, en: *Perfil*, 8 de enero, p. 12.
- Barthés, Roland y otros (1996), *Análisis estructural del relato*, México, Coyoacán.
- Basualdo, Sebastián (2008), *Cuando te vi caer*, Buenos Aires, Bajo la Luna.
- Belloti, Alejandro (2012), “Filosofía a mano armada”, en *Perfil*, suplemento *Cultura*, 9 de octubre.
- Borges, Jorge Luis (1974), “Historia del guerrero y de la cautiva”, en *Obras completas 1923-1972*, Buenos Aires, Emecé Editores, pp. 557-560.
- (2005), *Los conjurados*, Buenos Aires, La Nación.
- Bramley, Vincent (1991), *Viaje al infierno. Escenas de una batalla de la guerra de la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Planeta.
- (1994), *Los dos lados del infierno*, Buenos Aires, Grupo Editorial Planeta.
- Bremón, Anunciata (1985), “Perfil de Daniel Kon. Periodista y autor de un libro de entrevistas a los jóvenes soldados de la Guerra de Malvinas” [disponible en: <http://www.el país.com>, última consulta: 10/3/11].
- Cantelmi, Marcelo (2012), *Una primavera en el desierto. Crónicas de un periodista argentino en el norte de África*, Buenos Aires, Debate.
- Carballo, Pablo (1985), *Halcones sobre Malvinas*, Buenos Aires, Ediciones del Cruzamante.
- Cardoso, Raúl, Ricardo Kirschbaum y Eduardo van der Koy (1983), *Malvinas: la trama secreta*, Buenos Aires, Sudamericana/Planeta.
- Casas, Fabián (2005), “Apéndices al Bosque Pulenta”, *Los lemmings y otros*, Buenos Aires, Santiago Arcos Editor/Parabellum.

- Caso Rosendi, Gustavo (2009), *Soldados*, Buenos Aires, Ministerio de Educación de la Nación.
- Conde, Oscar (2001), “El idioma es imparable”, en *Revista Ñ*, 25 de junio.
- Daversa, Fabiana (2012), *La balsa de Malvinas*, Buenos Aires, Alfaguara.
- Davoine, Françoise y Jean-Max Gauillière (2011), *Historia y trauma. La locura de las guerras*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Ediciones de periódicos:
- Clarín* 31/3; 2, 4, 5, 6, 7, 9, 10, 11 y 16/4; 2 y 10/5/82.
- La Razón* 3, 15 y 26/4/82.
- Crónica* 2/4/82.
- Espinosa, Antonio (1968), “La expedición al Río Negro en 1879”, *La Conquista del Desierto. Diario del capellán de la expedición de 1879, Monseñor Antonio Espinosa, más tarde Arzobispo de Buenos Aires*, Buenos Aires, Editorial Freeland, pp. 16-53.
- Flaschland, Cecilia (2007), “Una banda de sonido para Malvinas”, en *Puentes. Revista de la Comisión Provincial de la Memoria*, nº 20, marzo, pp. 56-62.
- Fuller, Norma s/f, “Los grupos de pares y las identidades masculinas”. *Adolescencia y riesgo: reflexiones de la antropología y los estudios de género*, pp. 71-83
[disponible en: <http://www.flascoandes.org/biblio/catalog/resGet.php?resid=24236>;
última consulta: 10/9/13].
- Gallardo, Agustín (2012), *Vidas marcadas. Nuevas crónicas sobre Malvinas*, Buenos Aires, Atlántida.
- Gamerro, Carlos (2005), *El secreto y las voces*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- (2012), “El último retorno”, en *Página /12*, sección *Radar*, 10 de junio, pp. 25-27.
- Genette, Gerard (2001), *Umbrales*, México, Siglo XXI Editores.
- Gilio, María Ester (2003), “Por qué Edgardo Esteban. Los ingenuos del 82”, en *La fogata digital* [disponible en: http://www.lafogataorg/003arg/4/ar_cumplen.htm;
última consulta: 10/4/12].
- Golding, William (1988), *El señor de las moscas*, Buenos Aires, Alianza Editorial.
- Gutiérrez, Eduardo (1960), *Croquis y siluetas militares* (selección), Buenos Aires, Eudeba.
- Hastings, Max y Simon Jenkins (1984), *La batalla por las Malvinas*, Buenos Aires, Emecé.

- Hawa Arellano, Samy s/f, “Historia y concepto de la guerra justa”, en *Revista de Marina* [disponible en: <http://revistamarina.cl/revistas/2000/hawa/pdf>; última consulta: 20/3/13].
- Hernández Menéndez, Eric s/f, *La guerra justa y sus expresiones contemporáneas, un acercamiento a la teoría de la guerra en Michael Walzer* [disponible en: <http://148.206.53.84/UNAMI/5345.pdf>; última consulta: 10/4/13]
- Herrscher, Roberto (2007), “Tony Smith, enterrador de fantasmas”, en *Puentes. Revista de la Comisión Provincial de la Memoria*, n° 20, marzo, pp. 34-41.
- Huxley, Aldous (2004), *Un mundo feliz*, México, Editores Mexicanos Unidos.
- Jensen, Silvina (2007), “¿Guerra antiimperialista o maniobra dictatorial?”, en *Puentes. Revista de la Comisión Provincial de la Memoria*, n° 20, marzo, pp. 22-29.
- Johnson, Samuel (2010), *Recientes conversaciones sobre las islas Falkland (1771)* (fragmento), en “Las opiniones de un noctámbulo malhumorado”, *Perfil*, 4/4/10, pp. 4-5.
- Kohan, Martín (2002), *Dos veces junio*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Kosellec, Reinhart (1993), “‘Espacio de experiencia’ y ‘Horizonte de expectativa’. Dos categorías históricas”, *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, pp. 334-356.
- Lamborghini, Osvaldo (2003), “La causa justa”, *Novelas y cuentos*, tomo II, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 10-46.
- Larraquy, Marcelo (2012), “Malvinas, 30 años después”, en *Clarín, Zona/Malvinas*, 25 de mayo.
- Lawrence, John y Robert Lawrence con Carol Prince (1989), *Después de la batalla. Tumbledown*, Buenos Aires, Red Editorial Iberoamericana Argentina S.A.
- López, Marcelo s/f, “Pequeña entrevista a Carlos Gamerro, autor de *Las Islas*”, *Dossier Malvinas* [disponible en: <http://www.no-retornable.com.ar/v2/dossier>; última consulta: 3/10/10].
- Lorenz, Federico (2008), “Es hora que sepan. La correspondencia de la Guerra de Malvinas: otra mirada sobre la experiencia bélica de 1982”, en *Páginas. Revista digital de la Escuela de Historia*, Facultad de Humanidades y Artes. Universidad Nacional de Rosario, n° 1 [disponible en: http://www.revistaisher-conicet.gov.ar/index.php/Revista_Paginas/article/view/14/9; última consulta: 6/12/10].

- (2012), *Montoneros o la ballena blanca*, Buenos Aires, Tusquets Editores.
- Lorenz, Federico y María Laura Guembe (2007), “Cruces, idas y vueltas de Malvinas”, en *Puentes. Revista de la Comisión Provincial de la Memoria*, n° 20, marzo, pp. 18-19.
- Lupo, Remigio (1968), “Crónicas”, *La conquista del desierto. Crónicas enviadas al diario La Pampa desde el Cuartel General de la Expedición de 1879*, Buenos Aires, Editorial Freeland, pp. 49-79.
- Martínez Guillermo (2002), *Acerca de Roderer*, Buenos Aires, Grupo Editorial Planeta.
- Monacelli, Fernando (2012), *Sobrevivientes*, Buenos Aires, Clarín/Alfaguara.
- Moreno Ruiz, Isidoro (1986), *Comando en acción. El ejército de Malvinas*, Buenos Aires, Emecé Editores.
- Natanson, José (2005), “Partes de guerra: Malvinas contada por soldados, oficiales y suboficiales”, en *Página/12*, suplemento *Radar*, 17 de abril [disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/Radar/9-2166-2005-04-17.html>; última consulta: 5/4/11]
- Niebieskikwiat, Natasha (2012), *Lágrimas de hielo. Torturas y violaciones a los derechos humanos en la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- Niro, Mateo s/f, “Las pruebas de vida: cartas que quedaron de la guerra de Malvinas”, *Dossier Malvinas* [disponible en: <http://www.no-retornable.com.ar/v2/dossier>; última consulta: 3/12/10].
- Novaro, Marcos y Vicente Palermo (2006), “La guerra de las Malvinas”, *La dictadura militar 1976/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, pp. 411-459.
- Orsi, Guillermo (2011), *Segunda vida. La guerra no siempre te convierte en héroe*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- Palermo, Vicente (2007), *Sal en las heridas. Las Malvinas en la cultura argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Payró, Roberto (1963), *La Australia Argentina. Excursión periodística a las costas patagónicas, Tierra del Fuego e Islas de los Estados*, Buenos Aires, Eudeba.
- Peck, James (2013), *Malvinas. Una guerra privada*, Buenos Aires, Emecé.
- Perlongher, Néstor (1997), “Malvinas argentinas”, *Prosa plebeya*, Buenos Aires, Colihue, pp. 177-185.

- Prado, Manuel (1900), “Conferencia: La ocupación del Río Negro”, Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico. Harvard University-Colección Development Department, Widener Library, HCL.
- Pron, Patricio (2007), *Una puta mierda*, Buenos Aires. El Cuenco del Plata.
- Quiroga, Horacio (1978), “Los buques suicidantes”, *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, Buenos Aires. Losada, pp. 51-59.
- Ratto, Patricia (2012), *Trasfondo*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora.
- Rivera, Jorge (prólogo) (1981), en Julio A. Portas y Walter Ciocca, *Fuerte Argentino*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Rodríguez, Andrea Belén s/f, *Guerreros sin trincheras. Experiencias y construcciones identitarias de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas en el Conflicto del Atlántico Sur*, Tesina de grado, Licenciatura en Historia. Departamento en Humanidades. Universidad Nacional del Sur [disponible en: http://inforuniversidades.suc.edu.ar/tercera_descrip.php?.id=2; última consulta: 12/7/12].
- Romero, Luis Alberto (Director Académico) (2000), “El problema militar”, en *Historia Visual de la Argentina Contemporánea*, 2 Vol. Buenos Aires, Clarín, cap. 48, p. 667.
- Ruso, Edgardo (2000), *La guerra conyugal*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora.
- Salvatori, Samanta (2007), “Las películas de la guerra”, *Puentes. Revista de la Comisión Provincial de la Memoria*, n° 20, marzo, pp. 56-62.
- Sánchez Amar, Ana María (1992), *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonios y escritura*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora.
- Sanchez, Hugo s/f, *Brilla tú, borracho loco* [disponible en: <http://hugoemiliosanchezblogstop.com.ar>; última consulta: 2/5/12].
- Sanchez, María Esperanza s/f, *Tras un manto de neblinas. El circuito de las fotos de Malvinas y su lugar en los medios*, Tesina de grado, Facultad de Ciencias Sociales. Ciencias de la Comunicación Social. Universidad de Buenos Aires [disponible en: http://inforuniversidades.suc.edu.ar/tercera_descrip.php?.id=2; última consulta: 5/7/12].
- Schwartzman, Julio (2013), *Letras gauchas*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- Shakespeare, William (2008), *Enrique V*, Buenos Aires, Losada.
- Sirvén, Pablo (1988), *Quién te ha visto y quién te ve. Historia informal de la televisión argentina*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.

- Soriano, Osvaldo (2010), *A sus plantas rendido un león*, Buenos Aires, Seix Barral.
- Stamedianos, Jorge (1995), *Latas de cerveza en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Emecé Editores.
- Terragno, Rodolfo (2002), *Falklands*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- Thompson, Julián (1987), *No pic-nic. La actuación de la 3ª Brigada de Comandos de Infantería Británica en la guerra de las Malvinas 1982*, Buenos Aires, Editorial Atlántida.
- Tinker, David (1983), *Cartas a un marino inglés* (compiladas por Hugo Tinker), Buenos Aires, Emecé Editores.
- Torre, Claudia (2006), “Autobiografía y campaña”, en Noé Jitrik (comp.), *Aventuras de la crítica. Escrituras latinoamericanas del siglo XXI*, Buenos Aires, Alción Editora.
- (2008), “Estanislao Zeballos y el relato de la Araucanía”, en Graciela Batticuore, Loreley El Jaber y Alejandra Laera, *Fronteras escritas, cruces, desvíos y pasajes en la literatura argentina*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora.
- (2011), *Literatura en tránsito*, Buenos Aires, Prometeo.
- Tozzi, Verónica (2012), “Malvinas, la posguerra que aún no fue” [disponible en: <http://elpinguinodeminervawoedpress.com>; última consulta: 30/4/12].
- Travnik, Juan (2008), *Malvinas: retratos y paisajes de guerra*, Buenos Aires, Larivière.
- Túrolo, Carlos (1983), *Así lucharon*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Verbitsky, Horacio (2006), *Malvinas. La última batalla de la tercera guerra mundial*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Viñas, David (1983), *Indios, ejércitos y frontera*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Violi, Patricia (1987), “La intimidad de la ausencia: formas de la estructura epistolar”, en *Revista de Occidente*, enero, n° 68, pp. 86-99.
- Warley, Jorge (introducción y selección) (2007), en *La guerra de Malvinas (Argentina 1982)*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Woodward, Sandy (1992), *Los cien días. Las memorias del comandante de la flota británica durante la Guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Yofre, Juan Bautista (2011), *1982. Los documentos secretos de la guerra de Malvinas/Falklands y el derrumbe del proceso*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Yooll, Andrew Graham (2012), “En tierra extranjera”, en *Perfil.*, suplemento *Cultura*, 1º de abril, p. 10.

Zeballos, Estanislao (1986), *La conquista de quince mil leguas. Estudio sobre la traslación de la frontera sur de la república al Río Negro*, Buenos Aires, Hyspamérica.

Zito Lema, Vicente (1988), "Gurka", *Delirum Teatro*, La Plata, De la Campana, pp. 13-24.

PELÍCULAS MENCIONADAS

Locos de la bandera (Julio Cardozo, 1982).

Malvinas: historia de traiciones (Jorge Denti, 1983).

Los chicos de la guerra (Bebe Kamin, 1984).

El visitante (Julio Trappichio, 1999).

Vamos ganando (Ramiro Longo, 2000).

Iluminados por el fuego (Tristán Bauer, 2005).

No tan nuestras (Ramiro Longo, 2005).

El héroe del monte Dos Hermanas (Rodrigo Vila, 2009).

Guariso, los olvidados (Bruno Stagnaro, 2009).

Desobediencia debida (Victoria Reale, 2010).

Las islas del viento (Juan Luis Cebrián, 2013).